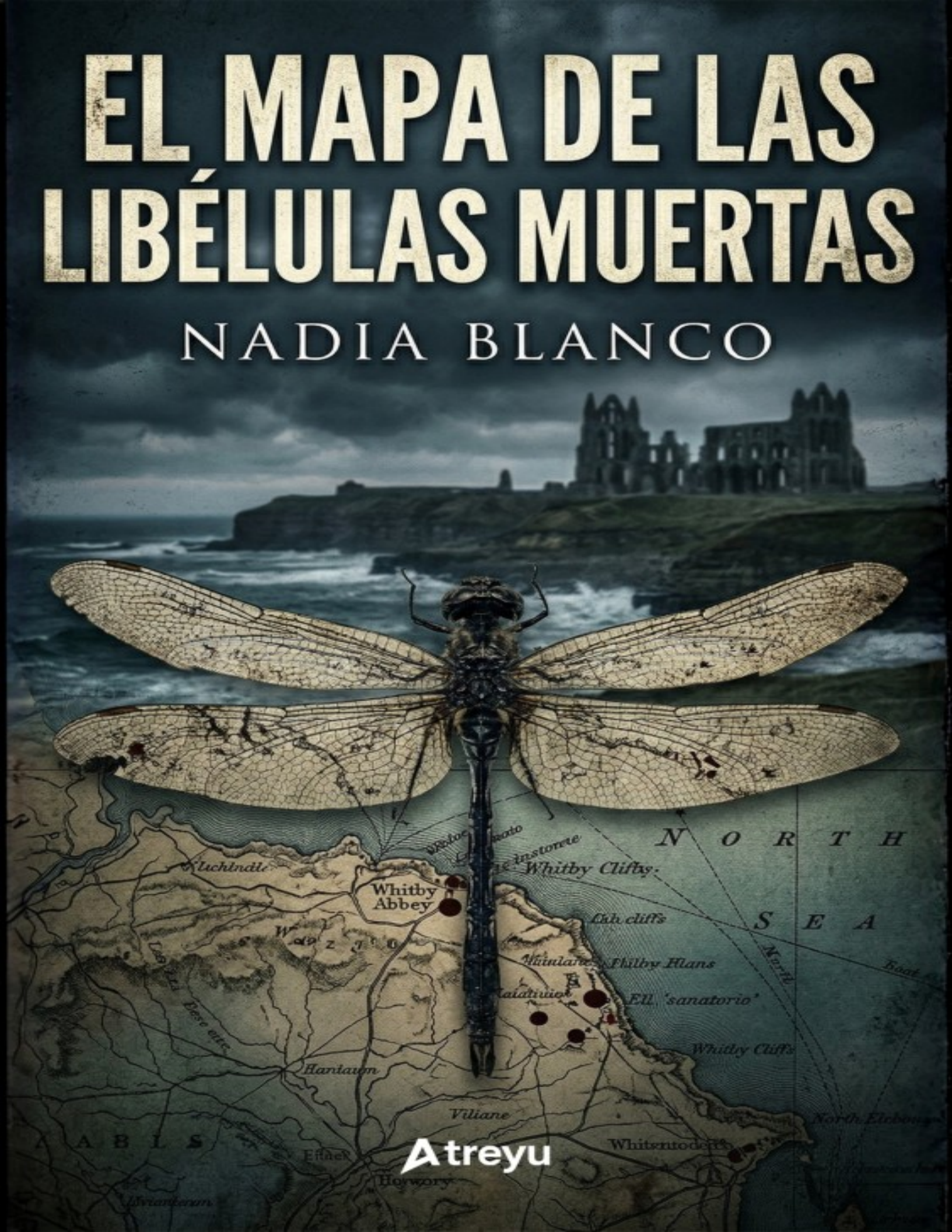
EL MAPA DE LAS LIBÉLULAS MUERTAS

NADIA BLANCO



EL MAPA DE LAS LIBÉLULAS MUERTAS

Nadia Blanco

Atreyu Servicos Digitales

Atreyu

Derechos de autor © 2026 Francisco Javier González Rolo

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

CONTENIDO

Página del título
Derechos de autor
El Mapa de las Libélulas Muertas
Prólogo: El Último Pabellón
Capítulo 1: Ecos en el Cristal
Capítulo 2: El Rastro de Ceniza
Capítulo 3: La Maldición de los Rostros
Capítulo 4: El Eco de las Desapariciones
Capítulo 5: El Susurro del Orfebre
Capítulo 6: La Sombra del Vigilante
Capítulo 7: Las Páginas Ocultas
Capítulo 8: El Hilo Invisible
Capítulo 9: Sombras en la Galería
Capítulo 10: El Agujero en la Memoria
Capítulo 11: La Danza de las Pistas
Capítulo 12: La Biblioteca Olvidada
Capítulo 13: La Cacería se Intensifica
Capítulo 14: El Enigma de Penhaligon
Capítulo 15: El Reflejo Oculto
Capítulo 16: La Falsa Pista Final
Capítulo 17: La Llamada del Pasado

Capítulo 18: La Última Pieza de Ajedrez
Capítulo 19: El Último Mensaje de Mila
Capítulo 20: El Laberinto de la Mente
Capítulo 21: Ecos de un Traidor
Capítulo 22: El Santuario de Conciencias
Capítulo 23: El Cerco de Scotland Yard
Capítulo 24: La Danza de las Almas
Capítulo 25: El Último Susurro
Capítulo 26: El Eco de las Cenizas
Capítulo 27: La Prueba Silenciosa
Capítulo 28: Memorias del Olvido
Capítulo 29: La Fuga de la Realidad
Capítulo 30: El Último Secreto de Black
Capítulo 31: El Retorno del Coleccionista
Capítulo 32: La Fusión de Almas
Capítulo 33: El Rostro Recuperado
Capítulo 34: El Nuevo Amanecer
Capítulo 35: El Espejo Infinito
Epílogo: El Eco Eterno

EL MAPA DE LAS LIBÉLULAS MUERTAS

Nadia Blanco

PRÓLOGO: EL ÚLTIMO PABELLÓN

El aullido del viento era la única constante en aquel pabellón. Se enroscaba en los pilares desnudos, silbaba entre las grietas del muro, se filtraba por el cristal roto de la ventana, tejiendo una sinfonía desolada que hablaba de tiempo detenido y olvido. El aire, denso y frío, arrastraba consigo la esencia de metal oxidado, de moho aferrado a la piedra húmeda y un rastro casi imperceptible de éter rancio, una herencia de siglos de agonía y silencio.

Era un hedor pesado, persistente, que se aferraba a la garganta, una atmósfera que devoraba cualquier luz y aplastaba el espíritu. La negrura del exterior se derramaba por las aberturas, pero la luna, una astilla plateada que se había escurrido entre la cortina de nubes perpetuas de los páramos escoceses, lograba proyectar una lámina oblicua de blancura sobre el polvo milenario.

Esa claridad efímera se alargaba en el suelo como un dedo espectral, revelando el contorno de aparatos extraños, inmóviles y silenciosos. Eran siluetas angulosas, de metal pulido y cables intrincados, que parecían haber emergido de un sueño febril de alquimista o de la fantasía de un grabador. Había una mesa de acero inoxidable, con sus bordes velados por una pátina de óxido, sobre la que descansaban herramientas diminutas, casi quirúrgicas, bañadas en la lúgubre plata de la luna.

A su lado, un conglomerado de pantallas apagadas, sus cristales como ojos ciegos, reflejaban la penumbra con una frialdad desapasionada. El mobiliario era escaso: una silla de ruedas volcada, su cojín de cuero desgarrado y supurante, como una herida abierta, y estantes vacíos que antes debieron albergar expedientes o medicamentos, ahora solo testigos mudos de un pasado incomprensible. Cada sombra, cada recoveco de aquella estancia, parecía contener un suspiro ahogado, un grito atrapado en la piedra, una memoria latente, aguardando el momento de manifestarse.

El silencio de las máquinas, sin embargo, era el más inquietante de todos, una quietud tensa que presagiaba un despertar, una actividad que desafiaba la lógica del abandono y la desolación.

En el epicentro de aquel ecosistema de sombras y lamentos silentes, una figura alta y delgada se movía con una precisión casi coreográfica. Sus desplazamientos eran lentos, fluidos, carentes de cualquier titubeo, como si cada paso hubiera sido trazado con la frialdad de una ecuación matemática. La penumbra engullía los detalles de su rostro y su vestimenta, transformándolo en una silueta alargada, una sombra más en la oscuridad, distinguible únicamente por el brillo ocasional que se desprendía de sus manos.

Manos largas y finas, que manipulaban con destreza asombrosa una maraña de cables finos. Estos, como venas metálicas, se extendían desde un panel de control, igualmente enigmático, hacia una matriz de objetos translúcidos que flotaban en el aire, suspendidos por filamentos apenas visibles.

Eran objetos de una belleza inquietante: libélulas de cristal, centelleando con una luz interna mínima, como estrellas diminutas atrapadas en ámbar. Sus cuerpos estaban tallados con una fidelidad biológica espeluznante, cada faceta, cada nervadura de sus alas, una réplica exacta de las criaturas vivas, pero inmovilizadas en una eternidad de vidrio. Había decenas de ellas, suspendidas en formaciones ordenadas, una vasta colección iridiscente que giraba lentamente sobre su propio eje, ajena al mundo exterior.

El Coleccionista, pues aquella debía ser la mente detrás de aquella obra, se inclinó sobre una de las criaturas, su aliento no empañando el cristal. Sus dedos, más que tocar, danzaban sobre las conexiones, apretando terminales diminutas, ajustando calibraciones con la delicadeza de un orfebre. Su mirada, aunque invisible en la oscuridad, se adivinaba penetrante, concentrada en el núcleo de cada libélula, como si intentara descifrar un secreto grabado en el corazón del cristal.

Aquel ser no parecía buscar el contacto físico, sino la resonancia, la vibración imperceptible que emanaba de aquellos frágiles capullos. La tarea era meticulosa, interminable, una danza silenciosa de cables y cristales, cada movimiento imbuido de un propósito, de una obsesión que trascendía la mera ciencia o el arte.

Un susurro, apenas una brisa fantasma, se deslizó desde el centro de la matriz de cristal, rompiendo la quietud opresiva. Era tan tenue que podría haberse confundido con el ulular del viento, con el crujido de la madera vieja, con el murmullo de la propia sangre en los oídos, pero no lo fue. Poseía una cualidad anímica, una resonancia que se adentró en el aire helado, una voz distorsionada y quebradiza, un eco que evocaba un sufrimiento antiguo, una memoria atrapada en el tiempo.

La figura se detuvo, su mano permaneciendo suspendida sobre el último conector. Su cabeza se inclinó ligeramente, como un depredador que agudiza el oído ante el más leve indicio de su presa. La voz, casi una queja, parecía surgir de una de las libélulas más grandes, situada en el centro de la colección, su cristal un poco más opaco, como si contuviera una niebla interna más densa.

—...no puedo ver… no puedo recordar… —la voz era femenina, joven, ahogada, y las palabras se disolvían en un hilo tenue que parecía estirarse hasta el punto de romperse.

El Coleccionista se mantuvo inmóvil, sin mostrar emoción alguna. No había un gesto de compasión, ni un asomo de crueldad en su postura, solo una atención fría y científica. Aquel lamento, que en

cualquier otra circunstancia habría helado la sangre, parecía ser para él un dato, una medida, una confirmación de que el proceso funcionaba. La voz se esforzaba, como un pez boqueando fuera del agua, por articular una última palabra, un nombre, quizás, o una súplica.

—…Grace… —La sílaba, apenas audible, se extendió en la penumbra, una sílaba cargada de una desesperación tan profunda que pareció impregnar las paredes, añadiendo otra capa al hedor de la angustia. La voz se apagó en un sollozo seco, un final abrupto que dejó tras de sí un vacío aún más pesado que el silencio anterior. El Coleccionista no hizo ni un movimiento para consolar, para intervenir, para nada. Simplemente observó la libélula, su forma en el aire como una cápsula de lamento, como un vaso que contuviera la esencia misma del desasosiego. La oscuridad del pabellón pareció apretarse un poco más alrededor de la figura, envolviéndolo en una complicidad tácita con aquel sufrimiento encapsulado, una obra maestra de la crueldad fría y la experimentación sin límites.

La figura se enderezó, sus movimientos lentos y meditados, como si cada articulación de su cuerpo fuera una extensión de la maquinaria que manipulaba. Sus manos, antes inmersas en el trabajo minucioso, ahora se entrelazaban a la espalda, los nudillos, apenas perceptibles, brillando con una luz espectral. Observó su 'obra', el conjunto de libélulas de cristal flotando en su órbita perfecta, con una satisfacción que no era de triunfo, sino de una fría y calculada comprensión.

No había arrogancia en su postura, sino la calma de quien ha resuelto una ecuación compleja, la serenidad del maestro que ha perfeccionado su técnica más allá de toda duda. Cada libélula, cada brillo, cada eco silente, formaba parte de un diseño mayor, una sinfonía de conciencias suspendidas.

Su mirada, aunque oculta por la oscuridad, recorrió la totalidad de la matriz, deteniéndose en los matices, en las pequeñas variaciones de luz y opacidad entre los cristales. Para él, aquello no era una

colección de objetos, sino una biblioteca de almas, un archivo viviente de pensamientos y emociones, congelados en su momento más puro y vulnerable. Una sonrisa, apenas un movimiento tenue en la penumbra de su rostro, podría haber cruzado sus labios, una expresión casi imperceptible que sugería no felicidad, sino una profunda confirmación, un asentimiento existencial.

El ulular del viento afuera pareció responder a su silencio, como si la propia naturaleza reconociera la magnificencia y el horror de su logro. Aquel pabellón olvidado, impregnado de la desesperación de antaño, era ahora un santuario para una nueva forma de desesperación, una que se extendía más allá de los límites de la carne y el tiempo. El Coleccionista no buscaba la inmortalidad para sí mismo, sino para el concepto, para la experiencia humana, despojada de su envoltorio perecedero. Era un custodio de esencias, un arquitecto de la memoria eterna.

Un primer plano, acercándose a una de las libélulas, una en particular, un poco más pequeña que la que había proferido el lamento, pero con un brillo interno más intenso. Su cristal, transparente al principio, ahora albergaba una nebulosa interna que palpitaba con una luz tenue y constante, como el latido silencioso de un corazón. No era una luz fría ni artificial; al contrario, emanaba una calidez espectral, un fulgor suave que se extendía en minúsculas hebras, como filamentos de una telaraña cósmica.

Dentro de aquella niebla luminosa, formas indistintas se movían y arremolinaban: destellos de colores, fugaces contornos de rostros que se desvanecían antes de poder ser reconocidos, fragmentos de paisajes que parpadeaban y desaparecían. Era una 'conciencia' capturada, no una imagen estática, sino una corriente vibrante de experiencia. La nebulosa se expandía y contraía rítmicamente, sugiriendo un aliento, una vida que se negaba a extinguirse, a pesar de estar encapsulada.

Al observar más de cerca, era posible discernir, en el centro de aquel torbellino, una figura diminuta. No era el cuerpo físico, sino una

representación etérea, un espectro de luz que danzaba. Estaba encorvada, parecía luchar contra una fuerza invisible, sus brazos levantados en una pose de súplica o de desesperación. Su forma no era nítida, sino que fluctuaba, se descomponía y reconstruía con cada pulso de la luz interna.

Era una identidad en perpetuo devenir, un fragmento de ser que se aferraba a su existencia dentro de los límites de aquel recipiente de cristal. La imagen era hipnótica, una ventana a un alma atrapada, un suspiro cristalizado. Cada destello, cada sombra fugaz, revelaba la complejidad infinita de una mente, la riqueza de una vida reducida a un mero eco, a una vibración luminosa. Era la prueba tangible de la "colección" del Coleccionista, la manifestación más pura de su propósito: la inmortalidad, no del cuerpo, sino de la impronta, de la esencia más profunda. La criatura de cristal, en su fría belleza, era un mausoleo viviente, una promesa aterradora de la supervivencia del yo más allá de la piel.

El Coleccionista, su silueta aún más alta y delgada en la penumbra, se acercó a la libélula palpitante. La luz etérea que emanaba de su interior se reflejó en sus ojos, si es que la oscuridad permitía verlos, como dos puntos de una incomprensión brillante y fría. Susurró, su voz baja y serena, una nota apenas perceptible que, sin embargo, llenó el aire como una profecía ineludible.

—La muerte no es el fin, solo un umbral. Aquello que llamamos alma, conciencia, memoria… es lo único que merece trascender — Cada palabra era un filo de hielo que cortaba el silencio, una verdad autoproclamada que se instalaba en el espacio como un hecho inamovible—. La verdadera inmortalidad no reside en la carne, que se corrompe, sino en la esencia que se puede preservar. En cada una de estas. En *mi* colección.

Levantó una mano, no para tocar, sino para señalar la totalidad de la matriz de libélulas que giraba silenciosa y luminosa. El movimiento fue lento, majestuoso, como el de un director de orquesta que presenta su obra magna. Sus ojos, aunque aún invisibles en la

penumbra, se posaron en cada libélula, cada cápsula de luz, cada fragmento de vida encapsulada.

—El mundo… —continuó, con una pausa que añadió peso a la afirmación— …está a punto de conocer una verdad que siempre le ha sido velada. La verdad del tiempo y el ser. Y de lo que es posible.

Su mirada se detuvo en una última libélula, una que aún no palpitaba, una que parecía esperar su activación. Era una libélula grande, brillante, con el cristal más puro de todas, como si esperara el alma más valiosa. Un escalofrío, más allá del frío del pabellón, pareció recorrer el espacio, una sensación de fatalidad inminente que no provenía de la amenaza física, sino de la audacia de su ambición.

La promesa de una revelación aterradora flotaba en el aire, una verdad que cambiaría la concepción de la vida y la muerte para siempre. Y en el corazón de aquella promesa, una pregunta silenciosa resonaba en el lamento del viento: ¿Qué ocurriría cuando aquella última libélula cobrara vida? ¿A quién estaba destinada esa pieza final?

CAPÍTULO 1: ECOS EN EL CRISTAL

El primer atisbo de conciencia de Julian Stark llegó con el incesante golpeteo del agua contra los ventanales de la cabaña. Un ritmo percutor que parecía querer perforar el cristal y, con él, la frágil barrera de su letargo. La madrugada se aferraba aún a los páramos de Whitby, una manta de tinieblas densas y pegajosas que el viento, aullando como una bestia desatada, intentaba arrancar de los acantilados.

Su lamento, cargado con el aliento salobre del mar, se colaba por las rendijas, y Julian sentía el frío y la humedad incrustados en sus propios huesos. Una sensación tan familiar como el eco de su respiración. Seis años, o una eternidad, desde que Grace se había desvanecido. El colchón se hundió bajo su peso, un abismo más en la sucesión de vacíos que le roían la existencia.

Se pasó una mano por el rostro. La barba de dos días rasguñaba su palma, una evidencia de la negligencia que había reemplazado cualquier impulso vital que no fuera la mera subsistencia. La mirada de Julian buscó el techo, donde las sombras danzaban al compás de la luz mortecina que se abría paso por la única ventana, una hendidura grisácea que apenas delineaba el contorno del mobiliario espartano.

La cabaña, su única guarida contra la vorágine del mundo, era una fortaleza erigida sobre el dolor, encaramada con precariedad sobre

un precipicio. Abajo, el océano mugía con una furia incesante, como si pretendiera arrastrar la tierra, los recuerdos y a él mismo hacia sus profundidades gélidas. Julian cerró los ojos, un intento vano de invocar la imagen de Grace, la calidez de su sonrisa, el destello de sus ojos castaños, vivos.

Pero su prosopagnosia, esa infame compañera de su duelo, actuaba como un velo impenetrable. Un contorno, una sensación, un vago aroma a jazmín y papel envejecido, pero nunca el rostro nítido, los rasgos definidos. Era una tortura cotidiana, la negación de la única verdad que anhelaba: la impronta visual de quien amaba. La culpa, como el frío, se le adhería a la piel, recordándole su impotencia, la imposibilidad de haberla retenido.

El hueco en la almohada contigua era una herida abierta, siempre supurante, un recordatorio constante de su ausencia, de cómo había permitido que el mundo, o algo peor, se la arrebatara. El dolor era un ancla corroída, arrastrándolo sin cesar hacia el fango de la desesperación. Cada día era un reflejo del anterior, una monotonía sombría donde la única variación era la intensidad de la lluvia o la densidad de la neblina. No había esperanza, solo la expectativa de un final que nunca llegaba.

En aquella desolación cotidiana, la vista de Julian, ya habituada a la penumbra y a las formas difusas, se detuvo en el espacio vacío que Grace había dejado. Allí, en el algodón prensado que aún conservaba un rastro fantasmal de su cabeza, un destello antinatural rompió la monotonía del gris amanecer. No era el reflejo de la lluvia en el cristal, ni un juego de la luz matutina. Era una libélula de cristal.

Su abdomen, tallado con una precisión casi imposible, capturaba y refractaba la escasa luminosidad que se filtraba, como si albergara una fuente propia. Las alas, de un azul iridiscente, parecían vibrar con una vida suspendida, frágil, casi etérea. Un objeto ajeno, un intruso de belleza incongruente en la cabaña espartana de un

hombre que había renunciado a cualquier ornamento, a cualquier consuelo visual.

A Julian la incredulidad le tamborileó en las sienes. Llevaba años enclaustrado. Nadie había cruzado su umbral. Aquel refugio era inexpugnable. ¿De dónde había brotado aquel objeto, tan perturbador en su hermosura?

Su mirada se clavó como una daga en cada faceta del cristal. El objeto no era grande, apenas cabía en la palma de su mano, pero su presencia llenaba la habitación con una extraña resonancia, un eco silencioso que solo él parecía captar. Su mente de exinspector, oxidada por el dolor y el aislamiento, de pronto se puso en marcha, trazando conexiones inexistentes. ¿Una broma? Imposible. Nadie conocía su ubicación exacta.

¿Un mensaje? ¿De quién? El cuerpo de la libélula, diáfano al principio, ahora parecía contener una nebulosa interna, un diminuto vórtice de luz que latía con suavidad. No era un brillo frío ni artificial; al contrario, emanaba una calidez espectral, una luminiscencia suave que se extendía en minúsculas hebras, como filamentos de una telaraña cósmica, atrapando su atención. Se levantó con la lentitud de un autómata, sus articulaciones crujiendo, el aire glacial de la habitación mordiéndole la piel expuesta.

Cada paso hacia la almohada era una lucha contra una fuerza invisible que lo repelía, una advertencia silenciosa. La libélula lo aguardaba, inmóvil, pero con una energía latente, una promesa de lo desconocido que se cernía sobre él. Se arrodilló, su rostro apenas a unos centímetros del objeto. Su aliento empañó el cristal por un instante, y en esa neblina fugaz, creyó discernir un contorno, una sombra danzando. El corazón le atronaba en el pecho, un tambor sordo que marcaba el compás de un terror ancestral. No podía ser. No después de tanto tiempo.

Estiró una mano. Sus dedos largos y finos temblaban ligeramente, un movimiento casi imperceptible que no lograba controlar. El roce fue suave, casi reverente, contra el cuerpo facetado de la libélula. La

frialdad del cristal, más allá de la temperatura ambiente, le traspasó la piel, se le ancló en la yema del dedo como una aguja helada. Entonces, un suave zumbido, casi un susurro audible, llenó el aire de la cabaña, envolviendo el lamento del viento y la lluvia.

No era un zumbido mecánico, sino uno orgánico, vibrante, como el de un insecto atrapado en un frasco, pero mil veces más potente. La nebulosa interna del cristal se expandió, latiendo con más fuerza, y una luz tenue, de un color blanco verdoso, emanó de su interior. No era deslumbrante, pero llenaba el espacio con una claridad fantasmal, proyectando una imagen borrosa en la pared opuesta, justo encima de la cabecera de la cama.

La imagen, difusa y parpadeante como un sueño a punto de desvanecerse, mostraba un conjunto de formas indistintas, destellos de colores fugaces, contornos de paisajes que aparecían y desaparecían. Era una conciencia fragmentada, capturada, luchando por manifestarse. Pero no fue la imagen lo que paralizó a Julian. Fue el sonido. Una voz. Un susurro cargado de pánico y desesperación, apenas audible, pero inconfundible, resonó en la habitación. Cada sílaba era un filo de hielo que se clavaba en sus oídos, en su corazón, en cada fibra de su ser.

—Julian… —La palabra, entrecortada por un sollozo ahogado, se materializó en el aire denso, suspendida entre el ahora y el pasado, entre lo posible y lo imposible.

Era Grace. Inconfundible. La cadencia, la inflexión, el leve temblor final que siempre le rompía la voz cuando sentía una emoción profunda. Su voz. Su ancla. Su tortura.

—Ayúdame, Julian. Me han… me han llevado.

Julian no podía moverse. Sus pulmones parecían haberse negado a funcionar; su corazón, encogido, era ahora una piedra inerte en su pecho. El aire de la cabaña, antes denso de salitre y humedad, se le antojó pesado, opresivo, cargado de una electricidad gélida. La voz de Grace, su amada Grace, resonaba en su cráneo como un eco

incesante, martilleando la imposibilidad, la aberración de lo que estaba escuchando.

Seis años. Seis años desde el informe policial. Seis años desde la llamada que había reventado su vida. Seis años desde el abismo de su «suicidio» en los acantilados de Cornualles. Seis años de silencio, de duelo, de una culpa que le roía el alma. Y ahora, aquel susurro, grabado en el objeto iridiscente, hablaba de un presente, de un ahora.

Su mente de exinspector, entrenada para la lógica, para la deducción fría y precisa, se estrelló contra la abrumadora evidencia de lo sobrenatural, de lo imposible. Sus manos, antes temblorosas, ahora estaban inertes, sus dedos helados, paralizados por el estupor. Quiso gritar, exigir una explicación, pero su garganta se había cerrado, sellada por un nudo de terror existencial. Era como si el mundo entero, con sus leyes de física y de tiempo, hubiera implosionado ante sus ojos.

La voz de Grace. Viva. Con miedo. Pidiendo ayuda. ¿Cómo? ¿Cómo era posible? La fecha grabada en la profundidad de su psique, la imagen del informe forense, las lágrimas amargas. Todo se desmoronaba. Era una ilusión, una cruel artimaña de su mente enferma, exhausta por el duelo. La prosopagnosia no era solo una incapacidad de reconocer rostros, sino una puerta a la duda, a la manipulación. ¿Estaba perdiendo la razón? ¿Era esto el final de su cordura, una alucinación inducida por la soledad y la culpa?

La culpa, como un látigo invisible, le azotó el alma. No la había salvado entonces. No la había visto venir. Se había sumergido en su trabajo, en la abstracción de sus casos, mientras ella… mientras Grace se deslizaba hacia la oscuridad. Ahora, su voz, un fantasma audible, volvía para recordarle su fracaso, para pedirle auxilio de nuevo, una segunda oportunidad que la lógica gritaba que era imposible.

La cabaña, que antes había sido su refugio, ahora le pareció un lugar hostil, un escenario para una pesadilla. Cada fibra de su ser se

rebelaba contra lo que acababa de presenciar, pero el eco de la voz de Grace, tan real, tan suya, se negaba a desaparecer. Era una herida antigua que se reabría, una cicatriz que volvía a sangrar con una fuerza renovada, insoportable. Quería creer, deseaba con cada célula de su cuerpo que fuera verdad, que Grace de alguna forma…

No. La lógica se lo impedía. Era un engaño. Una trampa. ¿Pero de quién? ¿Y para qué? La posibilidad, por mínima que fuera, le quemaba en el pecho, un ascua incandescente de esperanza y horror.

La proyección parpadeó, la imagen borrosa se distorsionó un instante más, y la voz de Grace se quebró en un sollozo ahogado, apenas un murmullo final que se desvaneció en el aire gélido de la cabaña.

—Me han… me han llevado. —La frase postrera, pronunciada con una desesperación tan cruda que la piel de Julian se erizó, resonó en el silencio que siguió. No un suicidio. Un rapto. Seis años antes. O tres días. La contradicción le arañó la mente, un animal salvaje intentando abrirse paso. La voz se cortó abruptamente, la luz verdosa de la libélula se atenuó con un último destello, y el cristal volvió a su estado inerte. Su iridiscencia, un mero eco de la vida que había albergado un instante antes. El silencio, un sudario pesado y denso, volvió a descender sobre la habitación, roto solo por el lamento incesante del viento y la constante sinfonía de la lluvia.

Julian permaneció arrodillado, inmóvil, durante lo que parecieron horas, con la libélula de cristal apretada entre sus dedos, el frío del objeto perforando la palma de su mano. La frase de Grace, «me han… me han llevado», se repetía sin cesar en su cabeza, un mantra macabro que ahogaba cualquier otro pensamiento. Si no fue un suicidio, si de alguna manera estaba viva, si había grabado ese mensaje hacía solo tres días…

La posibilidad, absurda, improbable, le taladró el alma como una espina envenenada. No había espacio para la lógica. No ahora. Había un hueco, un abismo en su vida que solo Grace podía llenar. Y

si ese hueco ahora hablaba, ¿cómo podía ignorarlo? La culpa, que había sido su compañera constante, ahora se transformaba en un motor, una furia fría y controlada. La inacción ya no era una opción. El dolor no era solo una carga, sino una antorcha.

Se levantó. La cabaña entera parecía girar a su alrededor, los muebles indistintos, las paredes distorsionadas por la urgencia repentina que lo invadía. Sus ojos azul grisáceo, antes ensombrecidos por el cansancio, ahora ardían con una intensidad febril, una nueva obsesión. Londres. Grace siempre había amado Londres, sus galerías, sus librerías. La capital, aquel laberinto de secretos y sombras, era el único lugar donde podía empezar a desenmascarar esta locura.

Apretó la libélula contra el pecho, sintiendo el cristal, la promesa y la condena en su mano. La cabaña, con sus recuerdos y su aislamiento, ya no podía contenerlo. El mundo exterior, que había evitado durante seis años, lo reclamaba. Y con él, un misterio que desafiaba toda comprensión.

—Estás viva —susurró, su voz rasposa, una mezcla de esperanza y terror, una promesa que ahora también era una condena.

El mapa de su vida se había reescrito en ese instante, en el eco de una voz. La persecución, o quizás la redención, había comenzado.

CAPÍTULO 2: EL RASTRO DE CENIZA

OXFORD, 2019

El aire en la sala de archivos de la Biblioteca Bodleiana permanecía estancado, denso, cargado con el aliento de siglos de papel viejo, cuero seco y el polvo que danzaba en los escasos haces de luz que se colaban por los ventanales góticos. Cada aspiración era una lección de historia, un trago amargo de conocimiento añejo que se asentaba en la garganta, dejando un regusto metálico en la boca. Mila Belcombe, la melena rojiza cobriza desordenada como si una tormenta interna la hubiera peinado, se movía entre las estanterías de roble oscuro.

Sus gafas de montura fina resbalaban por la nariz, ajena al mundo. Los crujidos de las tablas del suelo bajo sus zapatos, apenas audibles, eran la única intrusión en el solemne silencio. Su presencia, ligera y etérea, casi se fusionaba con la penumbra. Dedos largos y nerviosos acariciaban lomos de volúmenes antiquísimos, carpetas amarillentas y legajos olvidados que contenían vidas y secretos hace tiempo silenciados.

No había nadie más en aquel rincón del laberinto bibliotecario: solo ella, el crepitar ocasional del mobiliario antiguo bajo el peso de la historia y el susurro incesante de su propio pensamiento. Era su

santuario, su laberinto personal, el único lugar donde una mente siempre febril encontraba una paz agitada, una especie de éxtasis analítico.

Para Mila, la verdad no residía en las evidencias, sino en las grietas, en los patrones ocultos que la razón ordinaria se negaba a ver. Sus profesores, académicos venerables con la mirada fija en lo establecido, habían intentado encauzar su intelecto hacia vías más «prácticas», más «aceptables». Pero ella, una estudiante de neurología brillante y escéptica, había aprendido a desconfiar de lo práctico, de lo que todo el mundo daba por sentado.

La ciencia era una frontera, no una fortaleza. Su método no era lineal, sino una red de araña tejida con hilos invisibles de datos, coincidencias y anomalías que solo ella parecía percibir. Ojos verdes, siempre inquisitivos, saltaban de una página a otra, de un extracto de periódico a un informe policial desclasificado, buscando una resonancia, un eco. Aquel día, la resonancia era casi ensordecedora, una vibración grave que le hacía zumbar los oídos.

Llevaba meses rastreando algo que ninguno de sus colegas consideraba más que una obsesión juvenil, una fantasía de una mente demasiado brillante. Ella, sin embargo, sabía que había más. Una pila de expedientes, marcada con caligrafía apretada y elegante, yacía abierta sobre la mesa de lectura. Sus bordes estaban deshilachados y las esquinas dobladas por el uso, y las páginas amarillentas exhalaban un aroma a olvido que a Mila le resultaba casi embriagador.

El cuaderno, repleto de anotaciones, diagramas y ecuaciones garabateadas con furia, era un testimonio de su tozudez, de la negativa a soltar un hilo una vez que lo había capturado. Mila se ajustó las gafas y se inclinó. El olor acre a tinta seca despertó una punzada de concentración en sus sienes. El aire de la biblioteca, aunque viciado, era su estimulante, su combustible.

Un mapa de corcho cubría la pared lateral de su mesa de investigación, una improvisada exhibición de la certeza que había

estado persiguiendo. No era un mapa cualquiera, sino una cartografía de la pérdida, salpicada con la geografía de Gran Bretaña. En él, trece fotografías de mujeres sonreían con la ingenuidad del pasado, o miraban con incertidumbre, ancladas con chinchetas de cabeza plateada. Algunas eran imágenes sepia de principios del siglo XX, con los bordes deshilachados y el grano grueso de una época pretérita.

Otras, retratos digitales impresos en baja calidad, con la nitidez cruda del presente. Todas mujeres, todas desaparecidas. No asesinadas, no encontradas. Simplemente, esfumadas. Trece hilos que el mundo había visto como tragedias aisladas, incidentes sin conexión, consignados al olvido. Trece agujeros negros en el vasto lienzo de la realidad, puntos vacíos donde la vida se había desvanecido sin dejar rastro lógico.

Trece mujeres que, para Mila, eran parte de un mismo tapiz, tejidas en la misma tela de misterio. Cada foto tenía una ficha manuscrita, donde había anotado fechas, lugares y un detalle particular que la había llevado hasta ellas.

Mila tomó una de las chinchetas y la clavó con un golpe seco, el sonido resonando con una extraña finalidad en el silencio de la sala. La foto correspondía a una mujer de ojos amables y cabellos plateados, el rostro surcado por las huellas de la edad y la experiencia. Su nombre era Eleanor Vance, desaparecida en 1987. Un círculo rojo intenso resaltaba un punto en la muñeca izquierda, justo donde la manga de su blusa dejaba ver un tatuaje diminuto con la forma delicada de una mariposa.

La imagen, tan nítida y a la vez tan lejana, parecía mirarla desde el pasado, una súplica silenciosa. Mila movió el dedo hacia otra chincheta, esta vez sobre la fotografía de Charlotte Davies, una joven de los años sesenta, con un flequillo impecable y una sonrisa luminosa. Una pequeña mancha de nacimiento con un diseño similar se señalaba en la clavícula, casi imperceptible bajo el cuello del vestido.

Así, una tras otra, el patrón se repetía con una insistencia que le oprimía el pecho. La coincidencia era evidente, cruelmente obvia una vez que se sabía qué buscar.

La marca de un ala de insecto. Pero no era solo eso, y el «solo» la hacía temblar. Todas habían desaparecido un 17 de abril. Todas. La regularidad era un martillo golpeando los pilares de su escepticismo, un impacto que la hacía estremecer, no de miedo, sino con el estremecimiento que precede a un descubrimiento monumental, a la fractura de una verdad incómoda. La luz que se filtraba por las vidrieras de la Bodleiana se teñía de oro viejo sobre su cabello, una corona irónica para una mente a punto de desentrañar una historia que el mundo había sepultado.

El murmullo de sus pensamientos se aceleró, buscando conexiones, intentando descorrer el velo que separaba el orden del caos. Su cerebro, un engranaje incansable, procesaba los datos con una voracidad insaciable, intentando dar forma a la sombra que se alzaba ante ella. El tic-tac de un reloj invisible marcaba el compás de su obsesión.

Mila revisó sus notas. El pulso era un tambor silente bajo la piel de la muñeca, una orquesta de la ansiedad. Cada renglón, cada número, cada fecha garabateada con prisa, confirmaba la siniestra orquestación. No podía ser un error. Aquel patrón de trece desapariciones, espaciadas en el tiempo pero unidas por hilos invisibles, no era el fruto de una mente sobrecargada de cafeína y teorías descabelladas.

Era una verdad que gritaba desde la penumbra, una melodía disonante que solo ella parecía escuchar. Murmuró para sí, apenas audible sobre el eco de sus deducciones, el sonido de su propia voz una extraña compañía en aquel silencio denso:

—Memoria genética. Sí. Una marca… un patrón hereditario que las convierte en objetivo.

La idea era un anatema para la ciencia convencional, una herejía en los pasillos de Oxford, donde las mentes brillantes se aferraban a lo tangible, a lo demostrable. Había intentado presentar su teoría a sus mentores, pero la habían descartado como una brillante pero descabellada fabulación, la efervescencia de una joven con demasiado tiempo libre, con una imaginación desbordada. Pero los datos, los malditos datos, eran innegables.

La misma fecha. La misma marca. La misma efigie de la desaparición. Era como si un titiritero invisible hubiera estado jugando con vidas humanas durante un siglo, siguiendo un guion macabro que solo ahora empezaba a revelarse. La garganta se le secó, la lengua se le pegó al paladar.

Su mente, un remolino de hipótesis y conexiones, saltaba entre la genética, la psicología de masas y la criminología esotérica. ¿Un culto? ¿Un asesino en serie con una fijación perturbadora? Pero las desapariciones abarcaban un siglo, con métodos y contextos tan dispares que el perfilado criminal se desmoronaba. No había un *modus operandi* claro más allá de la marca y la fecha. Era algo más sutil, más elaborado, algo que escapaba a las categorías conocidas.

La coincidencia era una estadística, lo sabía, un juego de números que podía engañar a la mente. Pero trece casos idénticos que abarcaban cien años no eran una casualidad, sino la huella dactilar de una voluntad. Una voluntad paciente, metódica, invisible, que se movía entre las sombras de la historia. El escalofrío que la invadía ya no era solo intelectual, un cosquilleo en el córtex prefrontal.

Se deslizó por la columna, un alfiler gélido que perforó su concentración y la conectó con las fotos del mapa. Las mujeres no eran desconocidas para ella; a fuerza de estudiarlas, de intentar desentrañar sus últimos momentos, las había adoptado, las había hecho suyas. Eran ecos del pasado que resonaban con una frecuencia alarmante en su presente, fantasmas que le susurraban desde el corcho. Las puntas de los dedos se enfriaron, la boca se le secó, una sensación de arena en la garganta.

Algo monumental, y peligrosamente oscuro, se agazapaba en los intersticios de su investigación, una bestia latente. Sintió la cercanía de una verdad que no solo cambiaría su percepción del mundo, sino que amenazaba con devorarla, con arrastrarla a un abismo. El olor a polvo y tiempo de la biblioteca se tornó más opresivo, más denso, como si los secretos encerrados en los libros comenzaran a ejercer un peso físico sobre su pecho, aplastándola.

Se levantó, estirando la espalda. El crujido de sus vértebras resonó con un eco cavernoso en el silencio de la sala. Caminó hacia una de las estanterías más antiguas. Los lomos ajados de los volúmenes, cubiertos de una fina capa de polvo, le ofrecían un consuelo ilusorio. Necesitaba otra perspectiva, un hilo suelto en los márgenes de lo conocido, algo que sus ojos hubieran pasado por alto en la vorágine de su obsesión.

Había un legajo, un antiguo volumen sobre leyendas locales de Yorkshire, que contenía una nota marginal que siempre la había intrigado, un enigma menor en la periferia de su mente. Un detalle insignificante, irrelevante, o eso le había parecido en un principio, una curiosidad folclórica. Lo encontró. La página veintisiete, en el pie de página, una referencia casi ilegible, escrita con una tinta descolorida que apenas se distinguía del papel amarillento.

«El coleccionista de almas». La tinta, ajada por el tiempo, parecía más oscura ahora, más ominosa, como si el propio paso de los años le hubiera otorgado una nueva carga. No era una frase que uno esperara encontrar en un tratado sobre folclore, en un compendio de supersticiones rurales. El autor de la nota había trazado un pequeño pictograma junto a las palabras, un dibujo primitivo pero inconfundible: una libélula, con sus alas finas y su cuerpo estilizado.

El aire de la biblioteca se heló en los pulmones. Un frío que no provenía de las corrientes o las ventanas rotas, sino de las profundidades de su propia mente. El escalofrío esta vez no era una punzada de intelecto, un chispazo de comprensión. Era una gélida corriente que le atravesó el cuerpo, desde el cuero cabelludo hasta

las puntas de los pies, erizándole cada vello de la nuca. Un miedo ancestral la dejó sin aliento, un terror irracional que se negaba a ser analizado o descartado.

Un puño se apretó en su estómago, una advertencia visceral que no podía ignorar. «El coleccionista de almas». Las palabras resonaron en el eco del silencio de la Bodleiana, cobrando una vida propia, un peso inusitado, una voz que hablaba directamente a sus huesos. Su significado se desplegaba, oscuro y aterrador, en la tela de su mente, conectando los puntos con una precisión desoladora. La imagen de las mujeres desaparecidas, la marca del ala de insecto, las fechas exactas.

Todo se entrelazaba en una trama macabra, tejida por una entidad invisible que se había estado moviendo en las sombras durante un siglo, una araña tejiendo su tela con vidas humanas. Mila sintió que el mundo giraba, como si estuviera al borde de un precipicio que nadie más había osado mirar, una grieta en la realidad que ahora se abría ante sus ojos. La verdad, fría y afilada como una hoja de obsidiana, le rozaba la piel.

Con una lentitud forzada, como si sus propios músculos se hubieran rebelado y se negaran a obedecer, Mila Belcombe levantó la mano izquierda. La luz tenue de la sala, que parecía luchar por sobrevivir, se posó sobre la parte interna de la muñeca. Allí, apenas visible, una pequeña mancha de nacimiento. Una imperfección de pigmentación que, mirándola con la suficiente obsesión —con la misma obsesión que había dedicado a las trece mujeres del mapa—, revelaba una forma.

La forma delicada e inconfundible de una minúscula libélula, con sus alas finas y su cuerpo alargado, casi transparente. Un temor ancestral, más allá de la razón y la lógica, la invadió. Se le erizó el vello de los brazos. La piel le quemaba, como si la marca acabara de aparecer, grabada a fuego en su carne, una señal de propiedad. Trece mujeres. Todas con la misma fecha de desaparición. Todas con la marca del ala.

Y ahora, ella. Con el mismo patrón, la misma señal. La Bodleiana se convirtió en una jaula, las estanterías en barrotes, los ventanales en muros infranqueables. El aire, antes un mero conductor de polvo, ahora le oprimía el pecho, robándole el aliento.

Miró el mapa de corcho. Las fotos de las trece mujeres la observaban, sus ojos vacíos, un silencioso coro de advertencia que se alzaba desde el pasado. La siguiente fecha. La siguiente víctima. Su pulso se disparó, golpeándole en los oídos con la fuerza de un martillo, un ritmo frenético que ahogaba el murmullo de sus pensamientos. No podía ignorar aquello. No podía. Si había alguien tejiendo este tapiz de desapariciones, alguien que «coleccionaba» a personas con una marca específica, entonces ella…

ella era la siguiente. El pensamiento le cortó el aliento, un cuchillo frío que le atravesó el diafragma. Tenía que ir a la policía. Tenía que exponerlo, sacarlo a la luz, aunque la tacharan de demente, de fabuladora, de una mente brillante que se había perdido en sus propias fantasías. La lógica, su compañera más fiel, la impulsaba a la acción, a buscar la protección de las instituciones, a gritar la verdad.

Pero bajo la lógica, un presentimiento se anudó en la garganta, gélido y pesado, como una piedra que se hundía en el estómago. Un susurro de fatalidad que no podía acallar. «Estás a punto de despertar a algo», pensó. Los ojos verdes fijos en la libélula de la muñeca, una marca que ahora le parecía una sentencia. «Y no querrá que sepas su nombre». La sombra de un ala se extendió sobre ella, el lamento del destino, una promesa de oscuridad que la esperaba.

CAPÍTULO 3: LA MALDICIÓN DE LOS ROSTROS

El traqueteo del tren era una sorda vibración que le ascendía por la columna vertebral, un recordatorio constante de su evasión. No lo atormentaba el golpeteo rítmico de las ruedas contra los rieles, sino el incesante desfile de rostros frente a él, un flujo de contornos que su mente se obstinaba en no retener. Julian Stark se aferraba al reposabrazos, con los nudillos blanqueados. El aroma a café recalentado y a metal oxidado se mezclaba con un vago rastro de desinfectante, un hedor industrial que se le anclaba en las fosas nasales.

Fuera, el paisaje de Yorkshire se difuminaba bajo una cortina de lluvia incesante. Sin embargo, Julian no miraba los campos verdes convertidos en acuarelas grises; sus ojos estaban clavados en la pareja de mediana edad que leía un periódico al otro lado del pasillo, y en la joven de cabello cobrizo que observaba la lluvia por su propia ventanilla. Eran figuras sin ancla, sin un rasgo distintivo que su cerebro pudiera asimilar.

Una cacofonía visual de contornos cambiantes: narices que se estiraban, ojos que se hundían, mandíbulas que se desplazaban sin sentido. La prosopagnosia selectiva que lo había asaltado tras el supuesto suicidio de Grace lo había convertido en prisionero de un

mundo de caras en perpetuo movimiento. Cada nueva mirada era un lienzo borroso, una colección de trazos que su mente rehusaba fijar. Era como intentar atrapar el vapor con las manos: la forma estaba allí, pero se disipaba en el instante en que intentaba aferrarla.

Jamás un rostro se asentaba lo suficiente para ser reconocido más tarde. Eran como nombres susurrados al viento, sin eco, sin memoria, condenados a una novedad perenne. Una condena perpetua, pensó. Un exilio visual.

Apenas unas horas habían transcurrido desde que la libélula de cristal había pronunciado la voz de Grace, la promesa de una vida que se negaba a permanecer sepultada. La determinación, una llama pálida y temblorosa, se encendió en sus entrañas, quemando los cimientos de su reclusión en Whitby. No obstante, con cada kilómetro devorado por el acero, el pánico comenzaba a horadar sus huesos, un frío que nada tenía que ver con la humedad del vagón.

No era el miedo a la ciudad ni a lo desconocido lo que le oprimía el pecho, sino la certeza de su propia debilidad, la aflicción que se había enraizado en su mente. Había jurado encontrarla, sacar a Grace del abismo donde la habían conducido, pero el juramento se sentía hueco, una farsa cruel. La promesa de rescate se desvanecía ante la pregunta más brutal: ¿Cómo buscar un rostro si el suyo propio se había esfumado en una niebla irremontable?

La culpa, un veneno lento, le recorría las venas, agudizando su particular tormento. Intentó evocar la cara de Grace. Siempre lo hacía. Un ritual de auto-flagelación silenciosa que se repetía incontables veces al día: al despertar, al cenar, antes de conciliar el sueño. Cerró los ojos con fuerza, apretando los párpados hasta sentir los puntos luminosos danzar en la oscuridad, una danza caprichosa que se burlaba de su voluntad.

Buscó la curva de sus labios al sonreír, aquella marca que le recordaba la ligereza que había existido en su vida; la profundidad de sus ojos castaños que siempre irradiaban calidez, un refugio en sus tormentas; el modo en que su cabello color miel caía sobre sus

hombros. La imagen se le escurrió, como agua entre los dedos, una y otra vez. Solo encontró un vacío nebuloso, una amalgama de colores y formas genéricas, ninguna que pudiera anclar en el recuerdo de su esposa.

Una opacidad persistente se había aposentado en su memoria visual, un muro invisible que le negaba el privilegio de verla, de retenerla, de reconstruir la figura más importante de su existencia. Seis años había vivido bajo esa carga, con esa plaga que lo había asaltado tras el supuesto suicidio de Grace. Seis años desde que ella se había ido y, con ella, la capacidad de Julian para recordar su rostro.

Era una ironía cruel, una herida que sangraba en cada parpadeo, una dolencia visual implacable que le arrancaba la paz. ¿Cómo perseguir un eco en el cristal, una verdad que la devolvía del más allá, si la imagen más vital de ella se le negaba con tanta ferocidad? La garganta se le cerró, un nudo apretado de frustración y desesperación que amenazaba con ahogarlo allí mismo, en el falso refugio del vagón. El aire se le atascaba en el pecho, denso y pesado, como si la misma bruma de su mente se hubiera materializado para oprimirle los pulmones.

El pánico, una punzada helada, se clavó en su pecho. Un sudor frío perló su frente. Las palmas de sus manos se humedecieron, pegándose a la tela del asiento. Un temblor incontrolable recorrió sus dedos, extendiéndose por sus brazos hasta mimetizarse con el temblor rítmico del tren, una vibración constante que lo sacudía desde dentro. Cada pasajero era un lienzo en blanco que su cerebro no conseguía pintar, una promesa de anonimato que le oprimía el alma.

Una mujer joven, sentada a dos filas de distancia, reía con su compañero. Su cabello, oscuro y rizado, se movía como una cascada, pero su rostro, en el instante en que Julian intentó retenerlo, se disolvió en una serie de manchas indistinguibles. La forma de su nariz se estiró, sus ojos se hundieron, sus labios se

volvieron una línea sin expresión. Era una caricatura en movimiento, un rompecabezas cuyas piezas se resistían a encajar.

Giró la cabeza, buscando otro punto de apoyo, un ancla visual. Un hombre anciano, con gafas de montura gruesa, leía el periódico. Sus arrugas eran surcos profundos en una tierra erosionada, pero su faz, al intentar fijarla, se convirtió en una masa informe. La frustración le quemó la garganta. ¿Cómo confiar en sus ojos, en un mundo donde todos eran desconocidos, si su propia esposa se había convertido en un fantasma visual?

Su condición era una barrera insalvable que lo aislaba, un castigo que no comprendía. El horror de su prosopagnosia no era solo la incapacidad de reconocer, sino la demoledora evidencia de que la realidad, para él, era un concepto maleable, una ilusión que se desvanecía con cada parpadeo. El peso de esa verdad, de su propia mente traicionera, era casi insoportable, una losa que le aplastaba el espíritu, dejando su cordura al borde del abismo.

Se preguntó si Grace, en su ausencia, también se habría convertido en un rostro olvidado, una víctima más de su propia mente. La idea le produjo un escalofrío que no pudo achacar al aire helado del vagón. El sabor de la bilis le subió a la garganta.

Sacó la libélula de cristal del bolsillo de su abrigo. El cristal iridiscente, de un azul eléctrico, capturaba la luz turbia del vagón y la devolvía multiplicada, creando pequeños arcoíris que danzaban en sus nudillos, efímeros como la memoria que se le escabullía. La sostuvo entre el pulgar y el índice, su peso liviano, pero su significado, aplastante. Aquella pequeña pieza de artesanía había roto seis años de silencio, de duelo impostado, de una vida vivida al margen de la realidad, encapsulada en la bruma de Whitby.

Había devuelto a Grace, al menos su voz, del sepulcro de su memoria, de la tumba que él mismo le había construido en su mente. La grabación, corta y aterradora, era tan vívida, tan real, que el sonido se grababa a fuego en las paredes de su cráneo, un eco persistente que no podía silenciar. Podía escuchar la angustia en su

entonación, la urgencia en su aliento, el miedo que se filtraba en cada sílaba.

«Ayúdame, Julian. Me han… me han llevado». Y luego, el ahogo, el silencio. Ese era el contraste más brutal, la disonancia que lo desgarraba: la nitidez hiriente de su voz contra la imposibilidad de verla. La prueba sonora de su existencia, viva y en peligro, contra la condena visual de su propia mente. Era un martirio diseñado con precisión, un sutil mecanismo de crueldad que le recordaba cada segundo su propia incapacidad.

Como un orfebre del dolor, alguien había esculpido su particular infierno, dejando a su alcance el hilo de la verdad, pero vendándole los ojos con una cortina densa, la de su propia mente traicionera. El cristal se calentaba en su palma, como si la conciencia de Grace intentara quemarle la piel, una última advertencia, una promesa de que no estaba solo en aquella locura.

Se reclinó contra el áspero tejido del asiento. El olor a humedad y a un vago perfume floral de otro pasajero invadió sus fosas nasales, una distracción fugaz que apenas lograba desviar su mente de la espiral de pensamientos. Grace. Su amor había sido su ancla, su brújula en la tormenta de una vida que a menudo se sentía sin rumbo, sin dirección. La recordaba por sus gestos, por el modo en que se llevaba una mano al pelo cuando estaba nerviosa, un tic que le provocaba una punzada de nostalgia; por la suave presión de sus dedos en su nuca, un toque que aún sentía como un fantasma; por el tono grave de su risa, una melodía que resonaba en el vacío de su cabaña.

Pero no su rostro. Nunca su rostro. Era un fantasma visual que lo habitaba, que bailaba en la periferia de su entendimiento, una sombra que se rehusaba a materializarse. Ahora, la libélula le gritaba que Grace no era un fantasma. Estaba viva. ¿O al menos, su conciencia persistía en algún lugar oscuro y desconocido? Aquel objeto era la única prueba, una anomalía en un universo de lógica rota, una fisura en el muro de su realidad.

Una parte de él se preguntaba si la prosopagnosia era, de alguna forma, parte de aquel retorcido juego. Si la imposibilidad de recordar su cara era una barrera intencionada, un bloqueo diseñado para impedirle reconocer algo esencial, o a alguien. Un detalle en el plan de Grace para revelarse, o en el plan de su captor para ocultarla. La idea lo heló, otro escalofrío que no pudo achacar al aire del vagón.

La cabeza le zumbaba con la complejidad del pensamiento, una maraña de posibilidades que se superponían y se contradecían, cada sendero llevando a una oscuridad más profunda. La voz de Grace resonaba en su cabeza, un eco de desesperación que exigía respuestas, pero su mente, su propia mente, le negaba la herramienta más vital para encontrarlas.

Abrió su vieja agenda de cuero, gastada por los años y las incontables notas tomadas en su época de inspector, un vestigio de su vida anterior. Sus dedos recorrieron las páginas amarillentas, buscando nombres, fechas, lugares que pudieran resonar con el misterio. El papel, fino y seco, crujía bajo sus yemas, un sonido que lo anclaba en la tangible realidad de su búsqueda. Grace era psiquiatra. Tenía contactos, pacientes, colegas.

¿Quién podría haber estado cerca de ella, o de su trabajo, en los días previos a su desaparición? Buscó entradas de los últimos meses, semanas antes del diecisiete de abril, la fecha que la voz de Grace había desmentido como final. Nombres surgieron como ecos lejanos de su memoria, figuras que su mente registraba como «conocidas» pero de las que no podía evocar una imagen nítida. El doctor Alistair Black, un colega con quien Grace había discutido teorías sobre la memoria, un nombre que le sonaba a discusiones acaloradas en el salón, a noches enteras de debate intelectual.

Mila Belcombe, una estudiante brillante a la que Grace había mentorizado en algún momento, obsesionada con un patrón de desapariciones en el pasado, una joven que Grace siempre mencionaba con una mezcla de admiración y preocupación, una mente tan aguda como inquieta. Arthur Penhaligon, un anticuario

excéntrico al que Grace le había encomendado la tasación de unas piezas antiguas en un momento dado. ¿Qué piezas?

No lo recordaba. Eran solo fragmentos, migas de pan que se dispersaban en el viento de su prosopagnosia, indicios que se resistían a consolidarse en algo concreto. Escribió los nombres con letra apretada en un cuaderno nuevo que había metido en su maleta, un intento de solidificar aquellos fantasmas, su propia búsqueda de la luz en la bruma que lo envolvía. Cada trazo de bolígrafo era un acto de fe, una pequeña victoria contra el olvido, un desafío a la enfermedad que lo consumía.

Necesitaba aferrarse a algo, a cualquier cosa, para no perderse en la vorágine de su mente. La tinta se deslizaba, dejando una estela azul sobre el papel blanquecino, creando un mapa rudimentario en su lucha contra el vacío.

El tren comenzó a reducir su velocidad, un siseo prolongado del aire liberado que presagiaba la llegada. El traqueteo se suavizó, transformándose en un deslizamiento sobre los rieles, una promesa de quietud que no traería paz. Por la ventanilla, el gris verdoso del campo dio paso a una explosión de ladrillo y cristal. Londres se alzaba, una maraña de edificios apiñados, de siluetas angulares que se recortaban contra un cielo plomizo, una ciudad que se extendía hasta el infinito, devorando el horizonte.

El aire, ahora más denso, olía a escape de vehículos y a la humedad de millones de vidas, un aliento industrial que le raspaba la garganta. La urbe, que había evitado durante seis años, se presentaba ahora como un dédalo sin fin, una constelación de rostros anónimos que se rehusarían a fijarse en su memoria, un desafío monumental para su condición. El estómago se le revolvió. Guardó la agenda y la libélula.

El cristal, aún tibio, se aferraba a su palma como una promesa de rescate o una condena silenciosa, el único punto de anclaje en la marea de la incertidumbre. Cerró los ojos por un instante, el temblor ahora más contenido, transformado en una vibración de acero en su

determinación. El tren se detuvo con un último y pesado suspiro. La ciudad lo esperaba, con sus secretos y sus sombras, su propia condena de rostros.

Y él, un hombre a quien su propia mente le negaba la imagen de la mujer que amaba, se lanzaba a la vorágine. «Te encontraré, Grace», juró, la voz ronca, apenas un susurro que se perdió en el estruendo del frenado del tren y el murmullo creciente de los pasajeros. ¿Pero cómo, si los ojos del mundo, y los suyos propios, se rehusaban a mostrarle el camino?

CAPÍTULO 4: EL ECO DE LAS DESAPARICIONES

LONDRES, JUEVES, 2026

El aliento de la ciudad, una mezcla acre de humedad y combustión, se colaba por la ventana del café, un soplo irritante para Julian. Había pasado la noche en un albergue anónimo, el sueño una sucesión de imágenes borrosas y la voz de Grace, una letanía gélida en el cristal de la libélula, que no le concedía tregua. Ahora, sentado frente a una taza de té humeante que no lograba calentarle los huesos, la espera era una losa.

Arthur Penhaligon, el anticuario cuyo nombre había emergido de la niebla de su memoria en el tren, era su única esperanza, un hilo frágil en la madeja del misterio. El local, una guarida de maderas oscuras y terciopelo gastado, ofrecía un refugio relativo del torbellino exterior. Los rostros de los otros clientes pasaban como sombras sin anclaje, su prosopagnosia transformando cada interacción en un acto de fe, una constante lucha por aferrarse a la forma, al contorno, a lo efímero de la identidad.

La libélula, un peso familiar en el bolsillo de su abrigo, vibraba con un eco silencioso, una promesa de verdad que lo impulsaba a seguir adelante, a desafiar la desconfianza que le inspiraba aquel hombre.

Un tintineo metálico anunció la llegada de Penhaligon. Julian levantó la vista. El anticuario, más bajo de lo que recordaba, se movía con una precisión casi felina, sus ojos grises, pequeños y penetrantes, escudriñando el lugar. Llevaba un traje de lana impecable y un anillo de plata antigua en el meñique. La presencia de Arthur no era imponente, sino incisiva, como la punta de un estilete. Se sentó sin pedir permiso, deslizando un pesado sobre de papel manila sobre la mesa, empujándolo hacia Julian con un gesto casi imperceptible de sus dedos largos y finos. El tacto del sobre, grueso y cargado, prometía una verdad que pesaba.

—He movido algunos hilos —dijo Penhaligon, su voz, un susurro ronco, apenas audible sobre el murmullo del café—. No era fácil. La policía no suele compartir sus tesoros. Pero tengo mis métodos. Y usted, señor Stark, tiene la suerte de que aún se le recuerda, aunque sea como una leyenda urbana.

La mención de su pasado como inspector, ahora un eco distante, le provocó una punzada. Julian asintió, sin apartar la vista del sobre. Su garganta se había secado de pronto.

—¿Qué es esto? —preguntó, la voz áspera.

Penhaligon sonrió, una mueca más que una expresión de alegría.

—Un compendio. Casos. Anomalías. Desapariciones sin resolver que la 'lógica oficial' ha archivado como... peculiares. Trece, para ser exactos. Todas mujeres. Todas con una característica inusual. Y todas, curiosamente, ligadas a una fecha.

Julian sintió el frío de las palabras del anticuario calarle hasta los huesos. Trece. Mujeres. Una fecha. El patrón de Mila. La libélula en su bolsillo se antojaba más pesada. Extendió la mano, sintiendo la rugosidad del papel manila. Sus dedos, temblorosos, deshicieron el nudo de la cuerda que lo sellaba. El aroma a papel viejo y a un metal casi imperceptible, como el óxido de una llave antigua, se desprendió del interior, una mezcla que le recordaba a la biblioteca de su padre, pero con una subcapa de algo más oscuro.

Dentro, no había un solo expediente, sino una pila de informes cuidadosamente ordenados, cada uno con una fotografía en blanco y negro grapada a la primera página. Julian deslizó el primero. Una joven de ojos oscuros y cabello recogido. "Desaparición: 17/04/1998". El siguiente. Una mujer mayor, de expresión severa. "Desaparición: 17/04/2005". Así, uno tras otro, una macabra procesión de ausencias. La ira, una corriente subterránea, comenzó a ascender por su garganta. No eran simples desapariciones. Eran fragmentos de un rompecabezas que alguien había ensamblado con precisión quirúrgica.

Detuvo su mirada en una fotografía. Un rostro joven, con una melena rojiza cobriza que, incluso en la palidez de la instantánea, parecía vibrar con vida. Sus ojos, aunque fijos en el papel, eran verdes y vibrantes, una chispa de inteligencia que se negaba a ser borrada por el tiempo. No necesitaba ver la etiqueta para saberlo.

—Mila Belcombe —susurró, su voz apenas un roce.

Penhaligon asintió, su mirada fija en Julian.

—La estudiante de Oxford. Desaparecida hace seis años, el diecisiete de abril de 2019. Un caso que causó bastante revuelo en círculos académicos. Una mente brillante, obsesionada con patrones, con la memoria genética y las desapariciones inexplicables.

Julian deslizó el expediente de Mila hacia sí, notando el grosor del papel, la huella de los años. Abrió la tapa de cartón, sintiendo el peso de la historia bajo la yema de sus dedos. El informe hablaba de una "desaparición inexplicable de una habitación cerrada en Oxford". Las palabras clave resonaban en el silencio de su cabeza, un eco distante del mensaje de Grace. Un frío seco, sin origen físico, le recorrió la espalda. Como el caso de su esposa.

Se detuvo en la sección de evidencias. "Se encontró un rastro de ceniza fina en el suelo de la habitación, junto a un libro de anatomía humana abierto por la página de la muñeca. No se detectaron signos de entrada forzada ni lucha. La ventana estaba cerrada por dentro.

No había huellas dactilares relevantes". Ceniza. Un libro de anatomía. La misma fecha. El patrón. Era como si una mano invisible estuviera escribiendo los destinos de estas mujeres con la misma tinta, el mismo sello.

La mandíbula de Julian se tensó, un dolor sordo que se extendía por su cuello. Se sentía como si el aire le faltara, el hedor a papel viejo y a café más asfixiante que nunca. Lo que había creído una tragedia personal, un crimen aislado, comenzaba a desvelarse como parte de algo mucho más grande, más frío y metódico, una tela de araña que se extendía por el tiempo. Y Grace, su Grace, estaba enredada en ella.

OXFORD, VERANO DE 2019

El sol de verano, a punto de precipitarse tras el horizonte, teñía el aula vacía de la Universidad de Oxford con tonos miel y ámbar. El polvo, invisible en la penumbra, bailaba ahora en los haces de luz anaranjada que se colaban por el gran ventanal gótico, formando pequeñas galaxias efímeras. Mila Belcombe, con el pelo cobrizo cayéndole como una cascada desordenada sobre los hombros, estaba de pie junto a un mapa de corcho, casi un mural, que cubría toda la pared.

Clavaba pequeños alfileres de cabeza roja, marcando puntos. Sus gafas, deslizándose por la nariz, la obligaban a empujarlas con el índice de vez en cuando, un tic nervioso que revelaba la intensidad de su concentración. El olor a papel, tinta y café frío llenaba el ambiente, una mezcla que se había vuelto tan familiar como su propia respiración.

La tabla era un lienzo de obsesión. Sobre un mapa de Gran Bretaña, decenas de fotos de mujeres, todas de rostros borrosos para Julian, estaban unidas por hilos de lana roja. Trece, contó Mila con un susurro apenas audible, su voz rasposa por el cansancio. Trece desapariciones en el último siglo. Mujeres jóvenes, brillantes, todas con un rasgo en común, un detalle que había tardado meses en descubrir de legajos polvorientos y expedientes clasificados.

Un lunar, un tatuaje discreto, una marca de nacimiento. Siempre en forma de ala de insecto. Unas mariposas, otras abejas, las más extrañas, libélulas. Mila misma se llevó la mano a la muñeca, donde una diminuta marca de nacimiento con forma de libélula se ocultaba bajo la manga. El diecisiete de abril. Todas las desapariciones habían ocurrido en esa fecha. Un ritual macabro, una firma en el tiempo.

Un mapa, trazado con la precisión de un entomólogo, mostraba las ubicaciones de cada desaparición. Los hilos rojos se cruzaban, se superponían, formando una constelación de tragedias. Oxford, Whitby, Edimburgo, Bath. Nombres que ahora eran coordenadas de un juego retorcido. La última, la más reciente, una joven bióloga de Cambridge, en 2018. Desaparecida de su apartamento, dejando solo un rastro de ceniza en su lecho y un microscopio encendido.

La luz del atardecer se hizo más tenue, pintando el aula con sombras alargadas y ominosas. Mila se sentía como una polilla atraída por una llama, hipnotizada y aterrada a la vez. El Coleccionista. Había encontrado una mención en un antiguo tratado sobre sectas esotéricas, un grupo marginal que creía en la 'colección de almas' como vía a la inmortalidad. Lo había descartado como fantasía, pero el patrón… el patrón no mentía. Las piezas encajaban. Demasiado bien.

Un frío ascendió por la espalda de Julian en el presente, arrancándolo del flashback como un golpe seco. La imagen de Mila, con sus hilos rojos y su mapa, se desvaneció, dejando solo el recuerdo de su determinación febril. El frío del café parecía más denso ahora, una losa. Grace. ¿Cómo encajaba Grace en ese rompecabezas? La voz en la libélula lo había asegurado: "Me han llevado". No era un suicidio.

Nunca lo fue. El diecisiete de abril. No, Grace no había desaparecido el diecisiete de abril. Según los registros, su 'suicidio' se había fechado el veinte de abril de 2020. Tres días después de la fecha recurrente del patrón. ¿Era una excepción, o simplemente una pieza más cuidadosamente oculta en aquel entramado infernal?

La revelación de la escala de aquel misterio lo abrumaba. No era solo la tragedia personal de Grace; era la punta de un iceberg de desapariciones sistemáticas, un depredador que actuaba con una lógica propia, una firma. El Coleccionista. El nombre se le quedó grabado en la mente, pesado y opresivo. ¿Y si Grace, en lugar de ser una víctima fortuita, había estado investigando a ese monstruo? ¿Y si su 'suicidio' era una estratagema para encubrir su implicación en aquel juego?

La idea lo golpeó con la fuerza de un vendaval, retorciéndole el estómago. Se sentía como un títere en una obra que no entendía, sus hilos manejados por manos invisibles. La culpa, esa vieja amiga, se transfiguró en una rabia sorda. Había creído que la buscaba a ella, a la Grace que conocía. Pero la Grace que le gritaba desde el cristal, la que le revelaba un mundo de sombras, era una extraña. Una psiquiatra.

Su mente se aferró a ese detalle. Mila había sido una estudiante de neurología, Grace, una psiquiatra. Conexiones, hilos finos y casi imperceptibles que empezaban a tensarse.

Julian regresó a su vieja agenda de cuero, cuyas páginas amarillentas estaban repletas de su apretada caligrafía de detective. Recordó los nombres que había anotado en el tren, las escasas migas de pan que su prosopagnosia le había permitido rescatar del abismo. Black, Belcombe, Penhaligon. Y ahora, un nuevo nombre, una revelación silenciosa que había permanecido oculta en las entrañas de su memoria: Dra.

Evelyn Reed. Una psiquiatra que Grace había visitado en varias ocasiones en los meses previos a su desaparición. Había una pequeña nota marginal, escrita con la letra elegante y personal de Grace, que antes le había parecido trivial, pero que ahora cobraba un significado inquietante: "ER. Consulta sobre casos inusuales. Ubicaciones. 17/04". El corazón le dio un puñetazo seco en el esternón. Las ubicaciones.

El diecisiete de abril. Los patrones de Mila. La conexión era tan brutalmente clara que le dolió. Grace no solo la había visitado como paciente; Grace también estaba investigando algo, uniendo los mismos puntos que Mila, quizás incluso antes. La Dra. Reed se convirtió de pronto en una figura central, una guardiana del umbral hacia la verdad.

El aire frío del café ya no le parecía una molestia, sino un estimulante. El miedo se había transformado en una energía que le corría por las venas, un propósito ineludible. Julian apretó los puños, la libélula de cristal, que había olvidado en el bolsillo del abrigo, ahora se sentía como un hierro candente contra su piel. La Dra. Evelyn Reed. Ese nombre, antes una mera silueta en la bruma de su pasado, ahora se alzaba como un faro en la oscuridad.

No solo era una psiquiatra; era la psiquiatra de Grace, conectada a los "casos inusuales" y a la fecha que obsesionaba a Mila. La verdad era mucho más retorcida de lo que había imaginado. Grace, su esposa, no era una víctima pasiva. Estaba metida hasta el cuello en aquella vorágine, un eslabón, quizás uno vital, en la cadena mortal del Coleccionista. La idea lo consumía. Cerró el dossier de Penhaligon con un leve crujido. Salió del café, el olor a papel y polvo reemplazado por la promesa de un rastro fresco.

—Grace, ¿qué demonios estabas haciendo? —susurró Julian, su voz apenas un roce en el bullicio de la calle. El murmullo de la ciudad le pareció más distante, menos relevante que el zumbido en su cabeza. La caza de las libélulas, una persecución de ecos y sombras, había comenzado de verdad. Ya no era solo una búsqueda de redención, ni la resurrección de una imagen olvidada. Era una carrera contra el tiempo, contra un enemigo invisible que se regodeaba en la memoria, contra una verdad que prometía desdibujar para siempre la línea entre la vida y la muerte. Y él, Julian Stark, el hombre a quien su propia mente le negaba los rostros, era el cazador, o quizás, la presa siguiente en la macabra colección.

CAPÍTULO 5: EL SUSURRO DEL ORFEBRE

LONDRES, 2026

El repiqueteo de la lluvia era una vieja canción de cuna para Julian, una melodía incesante que lo había acompañado desde Whitby. Pero aquí, en el corazón de Londres, bajo el palio asfixiante de la urbe, aquel rumor se transformaba. Cada gota que se estrellaba contra el asfalto sucio, contra los cristales empañados de los taxis, martilleaba con la prisa y la indiferencia de miles de vidas ajenas, recordándole su soledad.

Julian se movía por el callejón, un corte estrecho y húmedo entre edificios centenarios que exhalaban el olor agrio de la humedad y el tabaco rancio. La fachada del anticuario de Arthur Penhaligon era una grieta en la pared, una puerta de madera oscura sin cartel ostentoso. Solo un farol de gas mortecino colgaba precariamente, parpadeando; su luz tenue parecía cómplice de la oscuridad que lo envolvía.

Un frío ajeno al ambiente se le coló por la espalda. No el de la metrópolis, sino la helada premonición de un paso en falso. El aire en el callejón era denso, más que la neblina pegada a los adoquines. Era una mezcla embriagadora de madera añeja, incienso rancio y un atisbo metálico, el rastro de mil objetos que habían visto pasar mil

vidas. Un teatro de sombras donde los ecos del pasado parecían colarse por cada rendija. Julian empujó la pesada puerta, que cedió con un gemido ahogado, abriendo paso a un santuario, o a una trampa.

El interior era un laberinto, un caos organizado donde la luz se negaba a penetrar por completo, dejando al acecho rincones de penumbra y sombras alargadas. Estanterías de roble oscuro, talladas con motivos grotescos y elegantes a la vez, se alzaban hasta un techo que se perdía en la oscuridad, repletas de objetos que desafiaban toda categorización: cráneos de animales exóticos, esferas armilares oxidadas, manuscritos iluminados cuyas páginas amarillentas parecían respirar. El olor a cera vieja, a metal pulido y a un perfume especiado, casi esotérico, era tan denso que se le aferró a la garganta. Cada pieza de aquel lugar guardaba un secreto, un murmullo de historia esperando ser descubierto. El lugar rezumaba la misma ambigüedad que su dueño.

Arthur Penhaligon. Apareció de entre las sombras como una de sus propias reliquias, sin que Julian sintiera su presencia ni escuchara sus pasos. Era un hombre pequeño, de complexión delgada, pero su estatura engañaba, pues su aura llenaba la habitación. Su cabello, de un gris plateado inmaculado, estaba peinado hacia atrás con una pulcritud que contrastaba con el desorden circundante. Sus ojos grises, pequeños y penetrantes, parecían dos astillas de hielo incrustadas en el mapa arrugado de su rostro.

Observaban a Julian con una mezcla de curiosidad distante y un conocimiento que iba más allá de lo evidente, un brillo astuto que prometía saberlo todo sin decir nada. Llevaba un traje de lana pulcra, sin una sola arruga, y en el meñique izquierdo, un anillo de plata antigua relucía como una baliza en la penumbra.

—Señor Stark —su voz era un susurro gutural, como el roce de dos piedras, pero llevaba el peso de una autoridad silenciosa. No había sorpresa en su saludo, solo una confirmación de lo esperado, como si su visita ya estuviera escrita en alguna de sus vetustas profecías.

Julian dio un paso hacia él, sintiendo el crujido de las tablas del suelo bajo sus botas, el único sonido en aquel silencio denso. La prosopagnosia le volvía a jugar una mala pasada. El rostro de Penhaligon, aunque nítido en sus contornos, era como una figura de cera, un molde sin el alma que permitiera la conexión del reconocimiento, una mera abstracción.

—Penhaligon —respondió Julian, la tensión apretándole la mandíbula. Estaba acostumbrado a esa barrera invisible, a la frustración de la no-conexión, pero nunca dejaba de ser un aguijón.

Arthur no se movió, solo extendió una mano huesuda, palma arriba, en un gesto que invitaba a la revelación. Julian entendió la muda petición. Sin vacilar, extrajo la libélula de cristal de su bolsillo. La posó en la palma abierta del anticuario.

La libélula, bajo la tenue luz del anticuario, adquirió una cualidad casi mística. Sus alas iridiscentes, de un azul eléctrico, parecían contener una galaxia en miniatura. Arthur la sostuvo con delicadeza, sus dedos largos y finos rodeando el cristal con una reverencia que rozaba la obsesión. Julian observó su rostro impasible, buscando alguna señal, una fisura en aquella máscara de neutralidad. Los ojos grises del anticuario se entrecerraron, escrutando cada faceta, cada milímetro de la talla imposible.

Su pulgar se deslizó por el abdomen facetado de la pieza, una caricia leve, casi una comunicación silenciosa. El silencio se prolongó, llenándose con la respiración contenida de Julian y el lento, pausado tictac de un reloj invisible en algún rincón. La pausa se convirtió en un abismo, un teatro de expectación.

—Muy rara —murmuró Arthur, su voz apenas un hilo, casi reverente, mientras giraba la libélula bajo la luz—, y muy peligrosa.

Julian tragó saliva. La confirmación, tan esperada, lo golpeó. No era el primero. No era un capricho. La libélula tenía un linaje, un origen.

Arthur levantó la mirada, sus ojos perforando a Julian, como si pudiera leer los pensamientos más ocultos en las profundidades de

su alma. La libélula danzaba entre sus dedos, un pequeño faro de verdad en la penumbra.

—He visto algo parecido —continuó Penhaligon, su tono grave, matizado con un conocimiento que le hizo erizar el vello de los brazos a Julian.

Julian apretó los puños. La rabia sorda que había estado incubando se intensificó. La voz de Grace le taladró la mente: «Me han llevado». No estaba loca. Él no estaba loco. Este hombre lo sabía.

Arthur dejó la libélula sobre un paño de terciopelo negro que había sacado de un cajón oculto. El contraste entre el cristal luminoso y la tela oscura era dramático. La pieza parecía cobrar aún más vida, más significado.

—No con esta… precisión —dijo Penhaligon, señalando la libélula—, pero sí la esencia. Fragmentos pequeños, grabados. Se venden en subastas clandestinas a precios que desafían la razón. Piezas únicas, supuestamente. Siempre vinculadas a «recuerdos incrustados»… a «voces del pasado»… o a «visiones de otros». Hay un mercado negro para estas… antigüedades del alma, si se quiere llamar así.

La sangre se le heló. Las piezas del puzle se estaban uniendo, pero no con la limpieza de un encaje perfecto, sino con la brutalidad de un martillazo. Fragmentos. Recuerdos incrustados. Voz del pasado. Era Grace. Eran las demás. Mila.

—¿De dónde vienen? —preguntó Julian, con la voz áspera, esforzándose por mantener la calma mientras un fuego le quemaba las entrañas. La realidad de la situación, la confirmación de sus peores temores, lo estaba sobrepasando.

Arthur se encogió de hombros, un gesto estudiado, casi un acto escénico.

—Su origen es un misterio aún sin resolver. Algunos los llaman reliquias ancestrales de una civilización perdida que conocía los secretos de la conciencia. Otros, tecnología punta, tan avanzada que

roza la magia, creada por… mentes excéntricas. Lo que sí es cierto es que siempre aparecen acompañados de un… patrón. Un tipo de pieza. Un tipo de... víctima.

La palabra «patrón» le taladró la mente. La investigación de Mila. Las trece mujeres. El diecisiete de abril. La marca del ala de insecto. Un frío nacía de la comprensión de la magnitud de la red, erizándole el vello. Esto no era un caso aislado, una locura de un día. Era una red.

El peso de la información lo aplastó. La cabeza le zumbaba con la urgencia de conectar los hilos. Las palabras de Arthur se trenzaban con los archivos de Mila, con las notas de Grace, con el nombre de la Dra. Reed. Grace no había enloquecido. Él no estaba loco. Su voz, que lo atormentaba en el cristal, era real. El mensaje, «Me han llevado», adquiría una nueva y aterradora dimensión. El Coleccionista.

Ya no era una sombra, un concepto abstracto en los márgenes de un dossier. Era una fuerza activa, un depredador que tejía una red con estos objetos, una entidad que se atrevía a jugar con las almas y la memoria.

Una bilis amarga le subió a la garganta. Se había culpado durante seis años, arrastrándose por el fango del duelo, por el abismo de su prosopagnosia, creyendo que Grace se había rendido. Pero ella no se había rendido; la habían tomado. Era una pieza más en este macabro juego, no una ficha perdida. Una parte de una colección de recuerdos forzados, de conciencias capturadas. La idea lo consumió, transformando su dolor en un fuego helado. No había tiempo para la melancolía. Solo para la caza. Para la verdad.

El aire del anticuario, antes cargado de misterio, ahora se sentía pesado, opresivo. Cada objeto parecía susurrar una historia de desdicha, de memoria arrancada, de almas fragmentadas. La mente de Julian trabajaba a una velocidad vertiginosa, uniendo puntos que hasta hacía poco parecían inconexos. Las «ubicaciones» que Grace había anotado junto a la Dra. Reed, los «casos inusuales» que la

psiquiatra investigaba, el diecisiete de abril, fecha recurrente de las desapariciones de Mila.

No eran coincidencias. Eran las coordenadas de una tela de araña invisible, una que se había estado tejiendo bajo sus narices durante años. Y Grace, su Grace, había estado en el centro de ese nido: una investigadora secreta, una pieza clave que había intentado desentrañar el rompecabezas antes de ser devorada por él.

Un nudo en el estómago se tensó. El miedo se había transformado en una determinación férrea. Tenía que encontrar a la Dra. Reed. Ella era la clave, el eslabón entre el pasado de Grace y el presente del Coleccionista. Arthur Penhaligon, con sus ojos de hielo y su conocimiento velado, era la confirmación de la pesadilla, el orfebre que entendía el valor de aquellas piezas de alma. Julian, hasta entonces un espectador, se había convertido, sin saberlo, en un participante. La paranoia se aferró a él, fría y pegajosa, la certeza de que no estaba solo en su búsqueda; el Coleccionista lo observaba, lo esperaba.

Arthur Penhaligon deslizó la libélula de nuevo hacia Julian. Sus ojos grises, agudos como puntas de flecha, se clavaron en él. El silencio se densificó, cargado de una advertencia implícita.

—Estos objetos —su voz era un silbido, apenas audible sobre el tenue zumbido que se colaba de la calle—, están relacionados con un… artista muy particular. Un coleccionista de la memoria. Él los crea, o los encarga, y luego… los llena. Es extremadamente peligroso. Opera en las sombras más profundas de la sociedad, y su trabajo deja un rastro: desapariciones. No de muertes, señor Stark. De desapariciones. Personas que simplemente… se desvanecen. Y nadie, ni la policía ni la ciencia, puede explicarlo.

La palabra «artista» se sintió como una blasfemia, una perversión para describir a un monstruo que jugaba con las almas. Desapariciones. No muertes. Aquel detalle reconfiguró toda la narrativa del «suicidio» de Grace, transformándola en una farsa calculada, una cruel broma del Coleccionista. Una brizna de

esperanza, diminuta, casi imperceptible, pero brutalmente intensa, prendió en Julian. ¿Y si Grace no estaba muerta? ¿Si solo había sido… coleccionada? La idea era tan aterradora como liberadora.

Arthur dio un paso atrás, observando a Julian con una cautela que delataba un miedo oculto, o un respeto por el peligro.

—Y a usted, detective, le sugiero que se retire. Esos juguetes no son para aficionados. No sabe con lo que se está metiendo. Hay quienes valoran tanto estos fragmentos que están dispuestos a… cualquier cosa para obtenerlos. Incluso su propia alma.

Julian contuvo la respiración. La advertencia de Penhaligon no era un simple consejo; era una amenaza velada, un eco del peligro que acechaba en la oscuridad. El anticuario se movió con agilidad hacia un viejo secreter de caoba. De un cajón oculto, extrajo un sobre de papel grueso, sellado con lacre. Lo extendió hacia Julian.

—Lo que busca, lo encontrará en una de mis… colecciones menos convencionales —dijo Arthur, sus ojos fijos en los de Julian—. Una dirección: la de la antigua psiquiatra, la Dra. Evelyn Reed. Ella podría decirle más sobre los que buscan el alma. Pero tenga cuidado, Stark. Algunos, quizás, no buscan solo el conocimiento. Algunos buscan la suya.

Julian tomó el sobre. El peso del papel era insignificante, pero el de las palabras de Arthur era una losa. El nombre de Reed en sus labios: una confirmación escalofriante de la dirección que había tomado su investigación. Un frío le subió por la columna, uno que no tenía nada que ver con la lluvia helada de Londres ni con la humedad del anticuario. Era el frío de una trampa, de un juego en el que se había adentrado más profundamente de lo que nunca había imaginado.

Arthur Penhaligon, el orfebre de secretos, el guardián de umbral, había abierto la puerta a un abismo. Julian apretó el sobre, el nombre de Evelyn Reed le ardió en la mente. La red del Coleccionista no era solo más grande, era más antigua, más

intrincada y más perversa de lo que había creído. Y él, Julian Stark, el hombre que no podía reconocer rostros, estaba dando los primeros pasos, ciego, dentro de ella, sin saber si era el cazador, o la próxima pieza a ser coleccionada.

CAPÍTULO 6: LA SOMBRA DEL VIGILANTE

LONDRES, SÁBADO, ANOCHECER, 2026

El asfalto, un espejo de obsidiana, relucía pulido por la lluvia constante. Gotas finas se adherían a cada superficie, desdibujando los faros en estelas ámbar. Julian Stark se adentró en la maraña de callejuelas secundarias del West End, sus pasos un eco amortiguado en la llovizna. La dirección de la Dra. Evelyn Reed, garabateada con caligrafía angulosa en el sobre de Arthur Penhaligon, quemaba en la palma de su mano, una promesa de apertura.

Cada hora, el enigma lo arrastraba más hondo, no hacia un abismo, sino hacia una compleja trama de engaños. No era la prisa lo que lo urgía, sino el imperativo de comprender, de unir los fragmentos que se escurrían como agua entre los dedos. El aire, denso y helado, arañaba sus pulmones con cada inhalación, un frío que iba más allá de la temperatura. A pesar del bullicio cercano de las arterias principales, aquel tramo, como una cicatriz olvidada en el mapa, permanecía en un silencio casi tangible. Solo el incesante torbellino de sus propios pensamientos, como avispas atrapadas en su cráneo, rompía la quietud.

Buscó el número en la fachada de un victoriano descolorido, cuya piedra oscura empapada parecía transpirar los inviernos londinenses. Los cristales, velados por el vaho y la mugre, ocultaban el interior como un enigma silencioso. La certeza, forjada en años de Scotland Yard leyendo los hilos invisibles de la calle, le indicó que aquel era el lugar. Un sitio apartado, ideal para guardar verdades que preferían la penumbra.

Se detuvo bajo el dintel, buscando un breve refugio de la lluvia. La piel de su nuca se erizó, un escalofrío que no provenía del frío exterior, sino de una familiaridad inquietante. Un tenue brillo, el de un cristal empañado al otro lado de la acera, atrapó su atención. Una luz que se movió, demasiado deliberada. No el reflejo de un taxi, ni de un poste. Una presencia. Una sombra agazapada, una silueta silenciosa que se desdibujaba en el límite de su visión.

No estaba allí por casualidad, lo sintió con la misma intensidad con la que se latía su corazón. El Coleccionista. O, lo que era peor, quienes venían a reclamar su esencia. La advertencia de Penhaligon resonó con eco metálico en su mente: «Algunos buscan su alma». El cerco se estrechaba.

Al abrir la puerta del consultorio de la Dra. Evelyn Reed, el tintineo agudo de la campanilla perforó el silencio con una violencia desproporcionada. El aire, denso y pesado, olía a naftalina, a papel viejo y a un rastro incierto de alguna hierba medicinal; una mezcla acre que se le pegaba a las fosas nasales. Las paredes, cubiertas de un papel tapiz desprendido y manchado, cedían bajo el peso de estanterías repletas de legajos polvorientos y libros de cuero desgastado.

Julian se encontró en una antesala donde la luz era tan tenue que las sombras se alargaban, inquietas, en cada rincón. Un escritorio de caoba, oscuro y abarrotado de papeles y objetos, dominaba la estancia. Detrás, una figura se movió con lentitud.

La Dra. Reed era una mujer de edad indefinida, con el rostro surcado por líneas de fatiga y una madeja de cabello gris plata, liso,

recogido en un moño tan estricto que parecía contener algo más que su pelo. Sus ojos, no obstante, brillaban como dos agujas de obsidiana, una vivacidad inusual que parecía atravesar la penumbra de la habitación y la propia defensa de Julian. Al ver la libélula de cristal en la mano de Julian —la pieza que había impulsado su búsqueda implacable—, un tic nervioso le contrajo la comisura del labio.

Un estremecimiento apenas perceptible la recorrió, pero la mirada de Julian, afilada por años en Scotland Yard leyendo gestos de criminales y víctimas, lo detectó. La psiquiatra observó el objeto con una mezcla de horror y fascinación, como si presenciara el despertar de un mal antiguo, o la desenterrada de un recuerdo que creía muerto. La luz iridiscente del cristal, reflejándose en las profundidades de sus pupilas, encendió un destello de familiaridad.

—¿De dónde ha sacado eso? —su voz, grave y rasposa, apenas un susurro que la lluvia parecía ahogar. No había sorpresa en ella, sino una resignación sombría, como si la libélula fuera una vieja y temida presencia que había vuelto a emerger. Sus dedos, finos y huesudos, se apretaron sobre un portapapeles de madera.

—Grace Stark. Ella me la dejó. —Julian se mantuvo, inamovible, su voz resonando con una extraña solidez en la marea de la duda.

La mención de Grace pareció quebrar la poca contención de la Dra. Reed. Sus ojos de obsidiana se anegaron, una humedad que empañó la mirada de Julian, y la mujer bajó el rostro, como si huyera de la visión borrosa que él le ofrecía. Julian lo entendió más que nadie: era el mismo gesto que hacía la gente cuando su mente se resistía a fijar sus rasgos.

—Grace… —su voz se le cortó en la garganta, un hilo delgado, antes de que lo reavivara un esfuerzo—. Y Mila Belcombe. Ambas fueron pacientes mías. Compartían… una misma obsesión. Usted las conoce, ¿verdad?

El estómago de Julian se retorció, un espasmo doloroso. Las piezas se ensamblaban con una frialdad matemática, no como un reloj, sino como un esqueleto revelado en la oscuridad. No era un capricho de su mente atormentada, ni el eco de un duelo persistente. Era real. Grace y Mila, conectadas por la misma psiquiatra, la misma fijación. El Coleccionista. Un nombre, un concepto, que ahora se materializaba, goteando densidad en la penumbra del consultorio.

Reed se levantó con un esfuerzo visible, como si la carga de sus memorias la inclinara. Recorrió la habitación con pasos lentos, arrastrados, las puntas de sus dedos rozando los lomos de los libros; un ritual silencioso que parecía reconstruir sus pensamientos dispersos. El ambiente se densificó, una tensión que Julian saboreó en la parte posterior de su lengua, un regusto metálico y amargo. Una verdad esperaba en aquel consultorio, una que sabía, desmantelaría su mundo, arrancaría las últimas hilachas de su incredulidad.

Los ojos agudos de la psiquiatra se clavaron de nuevo en la libélula, su brillo iridiscente, casi orgánico, parecía absorberla. Se acercó a una de las estanterías más antiguas, sus dedos nudosos titubearon sobre un volumen encuadernado en piel rojiza antes de detenerse. El título, borroso por el tiempo, era ilegible desde donde estaba Julian.

—Grace vino a mí con… sueños. Con memorias que no eran suyas. Fragmentos de vidas que nunca había vivido, pero que las sentía propias. Temía volverse loca, sentir su mente deshilacharse. Y luego, el miedo… se le pegó a la piel, le arañó por dentro. —La Dra. Reed tragó saliva con dificultad, sus ojos oscuros parpadearon, húmedos. El aire se hizo opresivo, cargado con el hálito de viejas confesiones, de verdades que habían sido silenciadas demasiado tiempo—. Hablaba de un patrón. De un ciclo que se repetía sin fin. De voces. Voces que le susurraban desde la oscuridad, desde los rincones de su propia mente, o quizás, desde más allá. Creía que la estaban… observando.

Un escalofrío, distinto al del frío o la paranoia, más gélido que la lluvia de Londres, le corrió por la espina dorsal. Grace no estaba trastornada. Estaba paralizada por el terror, sí, pero su miedo poseía una lógica, una coherencia que su propio dolor y culpa le habían velado. La verdad había estado allí, latente, aguardando ser desenterrada. La Dra. Reed se volvió hacia Julian, sus ojos ahora fijos en algún punto más allá de su hombro, como si el horror descrito se materializara en el aire, una presencia ominosa.

—Mila… Mila Belcombe. Compartía la misma obsesión, pero desde una perspectiva más… académica. Creía en la «memoria heredada». La posibilidad de que experiencias traumáticas, incluso recuerdos, se transmitieran genéticamente. Una conexión ancestral, un rumor en la sangre. Ella veía el patrón en las desapariciones, los enlaces invisibles que las unían. Lo que Grace solo sentía, Mila lo analizaba, lo desentrañaba. Tenía una inteligencia aguda, quizá demasiado para su propio bien. Joven, audaz, sin reservas. Le di acceso a algunos de mis archivos de casos. Casos inusuales. Creía que yo… yo también había percibido esa misma sombra, ese patrón.

Las palabras de Reed cayeron sobre la mente de Julian como fragmentos helados, solidificando la terrible verdad entre las dos mujeres. Grace, la paciente, atormentada por sensaciones que le robaban el sueño. Mila, la estudiante de neurología, persiguiendo la lógica de lo imposible. Ambas, a su manera, explorando las fronteras de la identidad, la memoria, la conciencia y la trascendencia. Eran investigadoras.

Cazadoras. Y, en última instancia, presas. Julian sintió una punzada de orgullo por la valentía silenciosa de Grace, mezclada con un terror profundo ante el precipicio al que se había asomado. Su mente, habitualmente distorsionada por la prosopagnosia que le impedía retener los rostros, ahora se veía asaltada por una riada de información, cada dato una piedra en el cimiento de una realidad recién construida.

La Dra. Reed era, para él, un rostro difuso, como todos los demás, una silueta sin detalles, pero su voz, su intensidad, su miedo, eran nítidos, reales, grabados a fuego en su conciencia. ¿La había visto alguna vez? ¿Este encuentro, esta confesión, era parte de una trama más antigua, o el simple eco de un destino ineludible que ahora se cernía sobre él? La desconfianza, un goteo frío en sus venas, pugnaba con la urgente necesidad de la verdad.

Quería creerle a Reed. Necesitaba creerle. La idea de que Grace había luchado, buscando respuestas, y no simplemente sucumbiendo a una depresión, era un consuelo áspero para su herida, una luz que se atrevía a parpadear en la oscuridad.

—¿Qué patrón, doctora? ¿Qué ciclo? —preguntó Julian, su voz ronca, la urgencia de la respuesta apenas un aliento en el aire denso del consultorio.

La Dra. Reed retrocedió, sus ojos escudriñando el rostro borroso de Julian, buscando algo que no hallaba, o quizás, eludiendo lo que sí. Su postura se encorvó ligeramente, como si el peso de lo que sabía la abrumara.

—Las trece. Las trece desapariciones. La marca del ala. Y el… el Coleccionista. Grace lo bautizó así. Un hombre que… coleccionaba recuerdos, decía ella. No los mataba. Los guardaba. Los preservaba, como insectos atrapados en resina. Ella sabía demasiado; sus pasos la habían llevado al corazón de su método. Y Mila, audaz, sin medir el peligro, creyó que su intelecto podría desvelar la oscuridad. Estaban tan cerca… ambas. Demasiado cerca.

El aire se enrareció, cargado con un olor a azufre invisible, a verdades ocultas por demasiado tiempo. Julian comprendió. Grace y Mila no habían sido víctimas pasivas, sino combatientes en la oscuridad, cada una un destello que intentó rasgar una verdad atroz. Su esposa no se había suicidado por debilidad; había sido silenciada por haber desvelado algo demasiado grande, demasiado aterrador para este mundo.

El dolor de la culpa, una carga de seis años, se transformó en una rabia helada, pura y cortante, como una hoja recién afilada. Grace había investigado. Grace había luchado. Un orgullo amargo, como un mordisco en el pecho, le inyectó una determinación furiosa. Pero este nuevo conocimiento lo enredaba más aún en la telaraña del Coleccionista, lo convertía en una pieza activa en un juego mortal. ¿Qué más sabía Grace?

¿Qué habían descubierto antes de que las "coleccionaran"? La Dra. Reed era el último cabo, el testigo de una conspiración que superaba su entendimiento, un nudo de mentiras y engaños. La paranoia se le pegó a la piel, fría y pegajosa, la certeza de que no estaba solo. El Coleccionista lo observaba, lo esperaba, como el cazador a su presa. Su prosopagnosia, esa ceguera facial, lo hacía vulnerable, un flanco expuesto. Pero también, un escudo. Si no podía ver los rostros de sus enemigos, ¿cómo podrían ellos predecir sus movimientos, anticipar sus intenciones?

Justo entonces, el claxon seco de un coche rompió el silencio de la calle. Anómalo, demasiado cercano para ser casual en aquella zona. La Dra. Reed, que se había acercado a la ventana, lanzó un jadeo, un sonido estrangulado que se le ahogó en la garganta. Su rostro, antes agotado, se contrajo en un pánico puro, los labios finos apretados hasta blanquear. Su mirada se fijó en un punto más allá del cristal, en la oscuridad de la calle, como si una aparición se hubiese materializado.

Julian, siguiendo su línea de visión, percibió una sombra. Un coche oscuro, aparcado discretamente bajo la marquesina de una tienda cerrada, su motor ronroneando en un ralentí casi imperceptible, pero constante, ominoso. Una silueta inmóvil al volante. Un escalofrío le arañó la espalda, un frío que le llegó hasta la médula, ajeno a la lluvia helada o la humedad. Scotland Yard. Se habían dado cuenta. Lo habían seguido. Su tiempo se escurría, fino como la arena entre los dedos.

—¡Señor Stark, debe irse! —exclamó la Dra. Reed, su voz ahora un hilo urgente, rasgado por el pánico. Sus ojos, dilatados, buscaron los de Julian, y en ellos, por primera vez, no solo vio miedo, sino una desesperada petición de auxilio, algo que iba más allá de las palabras. Se movió con una rapidez inesperada para su cuerpo encorvado, abriendo un cajón oculto en el viejo escritorio de caoba. De su interior, extrajo un diario de cuero gastado, sus páginas hinchadas por el tiempo y el secreto, y se lo extendió a Julian con una mano temblorosa.

—Grace me lo confió. Dijo que si algo le pasaba, debía protegerlo. Que era su… su legado. Pensé que nunca lo necesitaría, que esta verdad se quedaría en la sombra. Creí que nadie volvería a buscarla. Ahora usted. Lleve esto. Contiene sus últimas investigaciones. Su… su esencia. Es todo lo que me queda de ella. —Su mano tembló al entregar el objeto, sus dedos huesudos rozaron los de Julian—. Pero debe prometerme algo. Debe protegerla. A Grace. A su memoria. Y a usted mismo. Ellos… ellos no perdonan. No me deje sola.

Julian tomó el diario. El cuero frío y rugoso se sintió como una extensión de su propia piel, un peso tangible que lo anclaba en la borrasca. El nombre de Grace en los labios de Reed, su súplica, su terror, todo se apretó en su garganta, un cúmulo de emociones ásperas, indigeribles. No había tiempo para preguntas, para ahondar en las implicaciones de aquella última petición. El peligro era evidente, una presencia que se materializaba en la forma de aquel coche oscuro que esperaba pacientemente en la calle.

El sonido del motor se hizo más audible, un latido mudo, una cuenta regresiva. La Dra. Reed se aferró a su brazo, sus dedos finos y huesudos hundiéndose en su carne, un agarre desesperado.

—¡Váyase! —repitió, empujándolo hacia la puerta con una fuerza inesperada. Su rostro, una mancha borrosa para Julian, era una máscara de terror puro, de pánico desatado.

Julian salió al anochecer londinense, envuelto en la bruma de la lluvia que arreciaba, cubriendo su rostro, mezclándose con el sudor

frío que le perlaba la frente. El diario de Grace, un testamento mudo de su lucha, apretado contra su pecho, un peso a la vez reconfortante y aterrador. Scotland Yard, o quien fuera que ocupaba aquel coche, estaba sobre él. La sombra del vehículo se disolvió en la noche, girando por la esquina, pero la sensación de ser el blanco de una cacería brutal era más real que nunca.

Los adoquines resbaladizos bajo sus pies, el olor acre a gasolina y humedad que se pegaba al aire, la tensión en sus músculos: todo clamaba urgencia, la necesidad imperiosa de huir. La primera persecución había comenzado. «Se han dado cuenta», pensó, su mente febril, «y ahora me quieren a mí. Vivo o… en fragmentos. Como Grace. Como Mila». La memoria de los rostros, aunque difusa, ahora adquiría un significado aterrador, una amenaza que su mente podía palpar, aunque no ver.

La Dra. Reed se quedó en el umbral de su consultorio, una figura frágil y diminuta, una llama temblorosa en la tormenta, su silueta una última imagen borrosa antes de que Julian se fundiera con la oscuridad. ¿Qué otras verdades había callado? ¿Y por qué el Coleccionista los quería a todos, vivos o convertidos en ecos?

CAPÍTULO 7: LAS PÁGINAS OCULTAS

LONDRES, SÁBADO POR LA NOCHE, 2026

El repiqueteo incesante de la lluvia contra el cristal del hostal era una banda sonora monocorde, el lamento opresivo de la noche londinense. Julian Stark estaba acurrucado en una silla desvencijada, su espalda protestando contra el muelle roto, pero el dolor físico era un eco lejano comparado con el fragor que agitaba su mente. Había logrado eludir la vigilancia de Scotland Yard por un azar caprichoso, o quizá por la destreza de una vida anterior que aún se negaba a extinguirse del todo.

La adrenalina de la huida, aquel filo helado en sus venas, había cedido el paso a un cansancio que le pesaba en los huesos, una fatiga que amenazaba con aplastarlo bajo su manto. Cada músculo de su cuerpo clamaba por un respiro, pero su mente, una máquina febril, se negaba a silenciarse. La habitación, pequeña y cargada con el olor a humedad y a desinfectante barato, era una guarida precaria en medio de la vorágine.

El papel pintado, despegado en las esquinas, con dibujos florales descoloridos, le provocaba una extraña sensación de irrealidad, como si el tiempo se hubiera detenido en aquel lugar mucho antes de su llegada. El tráfico exterior, un zumbido constante, se filtraba a

través de los cristales sucios, un recordatorio de que la ciudad seguía con su pulso frenético mientras él se desmoronaba en silencio. El aire, denso y viciado, se le pegaba a la piel, una segunda piel de agobio.

El diario de Grace, envuelto en cuero gastado y con las esquinas magulladas por el tiempo, reposaba en sus rodillas. Su tacto era una conexión fantasmal, el último eco de una vida que se le había escapado como arena entre los dedos. Cada surco, cada raspón en la piel curtida, parecía contar una historia silenciosa, un preludio a las verdades que aguardaban entre sus páginas. La libélula de cristal, fría e iridiscente, permanecía oculta en el bolsillo de su gabardina, pero su presencia era casi una vibración bajo su piel, una llamada silenciosa de la voz de Grace que lo había puesto en este camino.

Era un peso, un talismán de su propia locura que, sin embargo, le ofrecía la única esperanza tangible en la oscuridad. Con dedos que delataban un temblor imperceptible, Julian abrió el diario. El papel, fino y amarillento, exhaló un perfume a viejo, a flor seca y a la esencia única de Grace, una mezcla dulce y terrenal que le apretó la garganta, un nudo doloroso de nostalgia y culpa. Era su aroma, un rastro que su mente sí podía retener, una punzada sensorial que lo anclaba a lo que había sido.

Su mirada se deslizó sobre la primera página, donde la caligrafía elegante de su esposa, tan familiar y tan distante a la vez, se extendía como un tapiz de secretos. Cada trazo de tinta era un hilo que lo unía a ella, un suspiro impreso. La culpa, ese viejo compañero, se le enroscó en las entrañas, una serpiente fría y persistente, al recordar su rostro borroso, incapaz de fijarlo en su memoria, incluso ahora que sostenía el último vestigio de su verdad.

El tiempo, inexorable, le había robado no solo su presencia, sino también la imagen tangible de su esencia, dejándole solo un fantasma visual que se burlaba de él.

Grace había comenzado a escribir con una cautela casi académica, delineando teorías que a Julian le parecieron, al principio, producto de una mente demasiado sensible, demasiado dada a la fantasía. Hablaba de la «transferencia de conciencia», de cómo la identidad no era algo inmutable, sino una serie de capas que podían ser despojadas o incluso trasplantadas, como si el alma fuera un órgano susceptible de ser diseccionado. Sus primeras entradas revelaban una fascinación intelectual, un análisis frío y científico de leyendas antiguas y casos anómalos que creía que se ajustaban a ese patrón.

Mencionaba antiguos mitos de almas que migraban, de memorias que se heredaban a través de las generaciones, y los contrastaba con reportes forenses de desapariciones sin explicación, de cuerpos encontrados sin rastro de identidad. Julian notó la pulcritud de los primeros párrafos, la forma en que Grace, la psiquiatra, había intentado dar forma a lo incomprensible con la lógica. Las frases se sucedían con una precisión quirúrgica, delineando la delgada línea entre la mitología y la ciencia incipiente, intentando construir un puente sobre el vacío de lo que escapaba a toda lógica.

Cada hipótesis se apoyaba en una referencia, cada especulación se tejía con la fibra de la investigación rigurosa. Pero a medida que Julian avanzaba por las páginas, el tono cambiaba, se volvía más febril, más aterrado. Los garabatos al margen, antes ordenados y precisos, se tornaban erráticos, como si la mano de Grace no pudiera seguir el ritmo de sus propios pensamientos, como si la pluma se hubiera vuelto un látigo que la impulsaba.

Tachaduras, frases inacabadas, interrogantes que se desbordaban por los márgenes de las hojas. «El Coleccionista», leyó en una entrada datada apenas unas semanas antes de su desaparición. El nombre resonó en la pequeña habitación como un conjuro ominoso, entrelazándose con la advertencia de Reed, ahora teñida con el terror de Grace. «No son fantasmas, Julian. No son espíritus. Son fragmentos de lo que fueron.

Y él los guarda. Los contiene. Los... utiliza». La tinta se había corrido en esa última palabra, un borrón oscuro que parecía una lágrima seca en el papel. El horror se le extendió por la piel a Julian, una ráfaga helada, al leer esas palabras. No un asesinato, sino una abominación, una profanación de la esencia humana. Un robo de almas. Recordó las palabras de Arthur Penhaligon, pronunciadas con una advertencia gélida: «Algunos buscan su alma».

El orfebre de secretos. Sabía más de lo que había admitido, mucho más. Aquel hombre no era un mero intermediario, sino un cómplice o, al menos, un conocedor profundo de la oscuridad que los rodeaba.

En un pasaje determinante, Grace mencionaba un encuentro fortuito en la Biblioteca Bodleiana, un lugar donde el tiempo se medía en pergaminos y el aire olía a tinta y silencio. Una joven con gafas y el cabello del color de las hojas de otoño se le había acercado, una pila de documentos en sus manos y fuego en la mirada. Era Mila Belcombe. La estudiante, con una obsesión casi idéntica a la suya, había descubierto patrones de desapariciones que se remontaban siglos atrás, todos conectados por la misma «marca del ala de insecto».

Mila había contactado a Grace, no como paciente, sino como una colega, una voz solitaria que había hallado la misma verdad aterradora, una mente gemela en la oscuridad. Habían compartido sus investigaciones, sus miedos, sus sueños de una ciencia que el mundo no estaba preparado para entender, forjando una alianza secreta contra un enemigo invisible. La descripción de Mila, tan vívida en las palabras de Grace, contrastaba con la incapacidad de Julian de evocar su propio rostro.

Cerró los ojos. La imagen de Grace y Mila, dos mentes brillantes unidas por una verdad que las había condenado, se formó en su imaginación. Pero, de nuevo, los rostros se le negaron, quedaron difusos, como sombras danzantes. Un tormento constante le impedía cerrar el círculo de la conexión. No podía verlas, no podía darles una

forma, solo sentir el peso de su intelecto y su miedo. El diario se abría como una herida, revelando la intrincada red que Grace y Mila habían tejido, cada hilo una advertencia, cada nudo una pregunta. La angustia se le anudó en el pecho, un peso denso, casi material.

El aire de la habitación se espesó, o quizá era el nudo en su propio estómago lo que le impedía respirar con normalidad. El sabor a bilis en su boca, el pulso acelerado en sus sienes, todo clamaba la urgencia del momento. Julian reabrió los ojos, la siguiente página del diario. La escritura de Grace se volvía más fragmentada, más urgente, como si el tiempo se desangrara entre sus manos, como si el Coleccionista estuviera ya al acecho.

Hablaba de un «mapa en el arte», una serie de pistas visuales, símbolos ocultos entre los lienzos de una galería. Mila, con su mente analítica y su precognición de ser la siguiente víctima, había ideado un sistema. Creía que si algo le sucedía, esas pistas, inteligentemente disimuladas en la National Gallery, podrían guiar a alguien lo suficientemente perspicaz, alguien que la estuviera buscando, que la creyera.

Un rastro de migas de pan sembradas en el corazón cultural de Londres, para que su memoria no se perdiera, para que su investigación no muriera con ella, para dejar una impronta de su paso por el mundo. El corazón de Julian se le apretó con una combinación de admiración y un miedo crudo. Admiración por la astucia de Mila, por la valentía de Grace al seguirla, al creer en una locura que ahora se revelaba como una verdad palpable.

Y miedo por lo que significaba. ¿Grace también había intentado dejar una guía, un testamento visual? ¿Fue a la galería? ¿Fue la siguiente en el plan del Coleccionista, justo después de Mila, o quizás antes, un cebo para atraer a la joven estudiante? La idea de Grace, su Grace, sumergiéndose en esa oscuridad, plantando esas semillas de esperanza en medio de un terror incomprensible, le provocó un escalofrío que le erizó los vellos de los brazos. Una pregunta quemó en su mente: ¿cuánto tiempo antes de su

«suicidio» había Grace sabido todo esto? La cronología se tambaleaba.

El vértigo lo invadió, un mareo que no tenía nada que ver con el cansancio o el hedor a humedad del hostal. Era la sensación de estar al borde de un abismo, de asomarse a una verdad que desdibujaba la línea entre la cordura y la locura, entre el dolor de un viudo y la misión de un detective. Intentó desesperadamente visualizar a Grace, su Grace, la mujer que había compartido su cama, su vida, sus secretos, escribiendo esas palabras con una urgencia febril.

Quería ver la concentración en sus ojos castaños cálidos, la forma en que su cabello color miel, ondulado y libre, se enredaba cuando pensaba. Quería fijar el pequeño lunar en forma de libélula en la parte interna de su muñeca izquierda, la marca de su destino. Pero su prosopagnosia era un muro insalvable, una niebla densa que se interponía entre él y el semblante de su esposa, una tortura visual que lo encadenaba al vacío.

Solo tenía una imagen borrosa, un contorno fantasma, un vacío que su corazón reconocía pero sus ojos se negaban a completar. La frustración le quemó la garganta, una bilis amarga que le subió por el esófago, el sabor de su propia impotencia. Había recuperado su voz, sus pensamientos, su esencia como investigadora valiente, pero no su semblante, no la imagen que lo había anclado a la tierra. Era una tortura, una crueldad que la verdad le impusiera una barrera tan cruel.

Se sentía incapaz de unir a la mujer que amaba con la mente brillante y aterrorizada que había escrito esas líneas, dos entidades distintas, separadas por la ausencia de un rostro. Él era Julian Stark, el hombre que no podía recordar la cara de su propia esposa, y en ese momento, esa incapacidad se sentía como una traición insuperable, una segunda pérdida que lo devoraba desde dentro.

El diario temblaba en sus manos, no por el propio peso del cuero envejecido, sino por el pulso frenético de sus dedos, por la rabia contenida que lo consumía. Una entrada posterior, escrita con trazos

aún más apretados, revelaba un encuentro secreto entre Grace y Arthur Penhaligon. Grace había acudido al anticuario, buscando respuestas sobre los orígenes de las «marcas» y de objetos similares a la libélula que había encontrado en el mercado negro, piezas que parecían susurrar ecos de vidas pasadas.

Le había confiado algunas de sus preocupaciones más urgentes sobre un «patrón que se estaba completando», sobre la inminencia de un peligro que se cernía sobre mujeres con la marca del ala, pero no el diario completo, ni la totalidad de sus teorías sobre la transferencia de conciencia. Grace, siempre astuta, había dosificado la información, protegiendo su investigación más profunda. Arthur, siempre tan cauto, le había ofrecido una ambigua ayuda, prometiéndole «mantener los ojos abiertos» a cambio de una suma considerable, un precio por el silencio y la información velada.

Grace había descrito a Penhaligon como un «hombre de sombras, pero con un código», alguien que se movía entre la luz y la oscuridad. Un mercader de secretos que, a pesar de todo, se regía por sus propias reglas, pero a quien se le podía arrancar información con el incentivo correcto. Julian sintió un escalofrío que no tenía nada que ver con el frío de la habitación. Arthur Penhaligon. El anticuario no solo había tenido la dirección de la Dra.

Reed, sino que había sido un confidente parcial de Grace. Sabía más. Mucho más de lo que había revelado en su encuentro, más de lo que había admitido al entregarle el dossier. No solo sobre los objetos, sino sobre la investigación de Grace y Mila, sobre la naturaleza del Coleccionista. La traición o la cautela de Penhaligon, un juego de lealtades ambiguas, se cernía sobre Julian, una nueva capa de la madeja que se enredaba a cada paso.

El hombre que se presentaba como un simple comerciante era, en realidad, un guardián de umbral, un custodio de secretos. Un cómplice silencioso en la tragedia de Grace o, quizás, un jugador más en la partida macabra del Coleccionista. La revelación de que Penhaligon no era un mero intermediario, sino una pieza activa en el

tablero, le provocó una punzada de rabia fría. Su mente, habituada a las lógicas policiales, ahora se enfrentaba a una red de engaños mucho más compleja, donde cada aliado potencial podía ser un enemigo encubierto.

La última entrada que Julian pudo descifrar con claridad contenía una imagen. No un dibujo, sino una frase, subrayada tres veces, casi grabada en el papel por la presión de la pluma, como si Grace hubiera querido asegurarse de que su mensaje no se perdiera. «El Retrato de Madame X. El inicio del mapa. La puerta.» La National Gallery. Un nombre, un cuadro específico que podría ser la clave, la primera pieza del rompecabezas visual que Mila y Grace habían sembrado para el futuro.

Un rayo de esperanza fría, afilada como un cuchillo, le perforó el pecho, abriéndole una grieta en la desesperación. La angustia por la persecución se mezcló con una determinación renovada, un fuego lento que le ardía en las entrañas, consumiendo el cansancio, transformándolo en pura voluntad. Sabía que no podía acercarse a la National Gallery sin ser visto, que Scotland Yard, o la Sombra de Davies, o el propio Coleccionista, lo tendrían bajo vigilancia, que sus pasos serían observados, sus movimientos anticipados.

Era un objetivo, una pieza en un tablero mucho más grande de lo que podía comprender. Cada paso que daba era escrutado, cada movimiento calculado para atraparlo, para sumarlo a la colección. El juego había pasado de las palabras a las imágenes, de las confesiones escritas a los símbolos ocultos, de la razón a la intuición. Se levantó de la silla, el diario de Grace apretado contra su pecho, su única brújula en esta tormenta.

La lluvia seguía golpeando la ventana, un telón de fondo para la ironía amarga de su situación. «El juego ha pasado de las palabras a las imágenes, Grace», pensó Julian, con la mirada perdida en el cristal empapado, donde los reflejos borrosos de la ciudad se fundían con el contorno de su propio rostro, un rostro que tampoco lograba retener. «Y mis ojos me odian por ello, me traicionan en

cada mirada». El mapa existía, la puerta estaba a punto de abrirse, pero sus ojos, su maldita prosopagnosia, eran el último cerrojo.

CAPÍTULO 8: EL HILO INVISIBLE

OXFORD, OTOÑO, 2019

El murmullo de voces, el tintineo de tazas, el crepitar de los portátiles: aquella cafetería universitaria construía una burbuja de ruido blanquecino. Era el único consuelo que Mila Belcombe se permitía en su autoimpuesto aislamiento. Ni el aroma a café recién molido ni el de las tostadas quemadas lograban disipar el hedor a papel viejo y a misterio que parecía adherírsele a la piel. Mila sorbió el café, un líquido amargo que apenas rozaba el paladar.

Sus ojos verdes, tensos y escrutadores, barrían la pantalla del portátil. No revisaba apuntes de neurología. La cuadrícula de la pantalla mostraba un mapa: una constelación de puntos rojos, cada uno marcando una desaparición. Trece en total, todas mujeres, todas con la misma e inequívoca marca de nacimiento o tatuaje. Era el diecisiete de abril. Siempre el diecisiete de abril. Un escalofrío, ajeno al calor de la cafetería, le ascendió por la espina dorsal.

Su móvil vibró sobre la mesa, rompiendo la concentración. Un número desconocido. El sudor frío le perló las sienes. La paranoia se le había vuelto una vieja amiga en los últimos meses. Dudó, los dedos se le crisparon sobre el trackpad. Ignoró la llamada, pero el teléfono volvió a vibrar con una insistencia que no admitía

objeciones. Sintió cómo un puño se le cerraba en el estómago, un presagio opresivo, pero contestó.

—¿Mila Belcombe? —La voz al otro lado era cálida, con un matiz de cansancio, pero su timbre escondía una velada autoridad profesional.

Mila se enderezó. La silla crujió bajo su peso. —¿Sí? ¿Quién...?

—Doctora Grace Stark. Nos pusimos en contacto por recomendación de un colega. Leí su correo. Es bastante... inusual.

La tensión en el rostro de Mila se relajó un ápice. Grace Stark. La psiquiatra. Era la pieza que había estado buscando para validar su teoría, para encontrar a alguien que la escuchara sin la condescendencia que acostumbraban sus colegas académicos.

—Inusual, sí —Mila sopesó las palabras, midiendo la apertura de la otra. Sentía la necesidad de ser cautelosa, pero también la urgencia de convencerla—. Si prefiere ignorarlo, lo entiendo. La gente suele hacerlo.

—No he dicho que lo ignore. Solo que es... inusual. Y, lo admito, inquietante. Su hipótesis sobre las memorias heredadas, los patrones de desapariciones, las marcas genéticas. Bastante alejado de la ortodoxia, ¿no cree?

—La ortodoxia no explica por qué trece mujeres, en un siglo, con un patrón de marca similar a un ala, desaparecen el mismo diecisiete de abril sin dejar rastro —replicó Mila, el café ahora frío, olvidado a su lado—. La ortodoxia las despacha como suicidios, fugas, accidentes. Pero yo he encontrado un hilo. Un hilo invisible. Y usted es la única que ha respondido a mi llamada sin colgarme.

Un silencio espeso se extendió entre ambas, cargado de expectativas. Mila percibió el leve suspiro de Grace al otro lado, la respiración controlada de alguien que se enfrentaba a una revelación.

—Tengo una hora entre consultas —dijo Grace, finalmente, con la voz algo más firme—. Hable. Convenza a una psiquiatra muy escéptica de que hay algo más que una mera correlación en sus datos. Pero sea concisa, señorita Belcombe. El tiempo corre para ambas.

Mila sonrió para sí, una sonrisa amarga y victoriosa. El anzuelo estaba puesto.

La primera vez que Mila Belcombe tropezó con el nombre de Grace Stark fue en las profundidades de un foro médico oscuro. Era un rincón digital, apenas recordado, donde algunos psiquiatras compartían teorías marginales y casos extraños que desafiaban la comprensión establecida. Mila no buscaba terapia, sino una mente abierta. Su propia investigación sobre los patrones de desapariciones de mujeres con la marca del ala la había llevado a un callejón sin salida en la academia tradicional.

Los expedientes, acumulados en una pila desordenada en el centro de su apartamento, parecían clamar por un patrón, por una conexión que sus profesores tachaban de fantasiosa. Sin embargo, para Mila, la evidencia era innegable, tangible. Trece casos. Trece veces el diecisiete de abril. Trece marcas, sutiles, casi invisibles, idénticas a la suya: una libélula estilizada en la parte interna de la muñeca izquierda. Su obsesión no era un capricho, sino un cálculo preciso, una deducción fría basada en la recurrencia.

En aquel foro, una tal Dra. G.S. había publicado varios artículos breves sobre la «memoria celular» y la «transferencia de recuerdos» en situaciones de trauma límite, explorando la posibilidad de que no todos los recuerdos residieran únicamente en el cerebro. No era la memoria heredada en sí misma, sino la apertura a la idea de que la conciencia podía manifestarse de formas aún no comprendidas. Mila, escéptica de nacimiento, sintió un atisbo de esperanza.

Aquella Dra. G.S., Grace Stark, era su única vía. Le envió un correo electrónico detallado, adjuntando una versión descafeinada de su dossier, cuidadosamente redactado para sonar científico sin parecer

paranoica. Grace, al principio, respondió con la frialdad esperada de una profesional. Sus palabras iniciales levantaron un muro: «interesante», «curioso», «necesitaría más evidencia». Mila, sin embargo, era persistente.

La acosó con gráficos, con análisis de probabilidad, con fragmentos de diarios antiguos y legajos históricos que mencionaban «coleccionistas de almas» y «criaturas aladas» en textos casi olvidados. La insistencia de Mila, respaldada por una lógica inquebrantable, empezó a erosionar la coraza de escepticismo de Grace.

La conversión no fue abrupta. Fue una erosión gradual, el lento goteo de la razón sobre una incredulidad pétrea. Mila no apeló a la emoción, sino a los datos, a la pura estadística de la recurrencia. Al hecho innegable de que no se trataba de coincidencias, sino de un patrón orquestado. Un día, Grace la llamó. Su voz, por primera vez, no estaba teñida de escepticismo, sino de una inquietud palpable.

Le habló de una paciente suya, una mujer que había relatado sueños y «recuerdos» que no eran suyos, memorias vívidas de una desaparición. Y esa paciente tenía la marca: una pequeña libélula en el cuello. Mila sintió un escalofrío. Una pieza clave había encajado. Grace, la psiquiatra pragmática, se había convencido. No de una fantasía, sino de la existencia de un fenómeno anómalo, un depredador que se alimentaba de la conciencia, o al menos, de sus ecos.

Fue en ese momento cuando Grace propuso la idea de un «seguro». Mila ya estaba preparando un rastro de su investigación, pero Grace lo llevó un paso más allá.

—Si vamos a investigar esto —dijo Grace por teléfono esa tarde, la voz más baja, casi un susurro, como si las paredes de su consulta tuvieran oídos—, debemos protegernos. Necesitamos un rastro lo suficientemente claro para que alguien lo siga, pero lo bastante ambiguo para que él... el Coleccionista... no lo descifre.

—¿Él? —preguntó Mila, la pluma suspendida sobre un cuaderno lleno de garabatos.

—Sí, él —respondió Grace, la convicción en su voz, fría y afilada—. Mi paciente lo describió: un hombre que colecciona memorias, que busca la trascendencia en la esencia de otros. Él sabrá que estamos cerca.

Mila sintió un escalofrío de miedo, una certeza sombría que la había acompañado en las últimas semanas. Era la primera vez que alguien confirmaba su presentimiento. El Coleccionista. No era solo un concepto, sino una entidad tangible, una sombra que ahora tenía un nombre, o al menos, un título.

El apartamento de Mila, siempre un caos organizado de libros, fotocopias y tazas de té a medio beber, se había transformado en un cuartel general. El olor a papel y tinta dominaba el ambiente. La luz del flexo caía sobre una serie de bocetos y anotaciones febriles, la génesis del «mapa en el arte». Mila explicaba el funcionamiento a Grace por teléfono, su voz vibraba con una mezcla de excitación científica y una paranoia que crecía.

—Mira, Grace. Los cuadros. Son perfectos —dijo Mila, con el teléfono apoyado entre el hombro y la oreja mientras señalaba con un lápiz una reproducción de «El Retrato de Madame X» sobre la mesa—. Cada uno es un contenedor, una clave visual que, por sí misma, no significa nada. Pero juntos, en el orden correcto, construyen una narrativa. Nuestra narrativa. Es como una clave pictográfica, un cifrado que solo tiene sentido si conoces la «lengua» correcta.

Grace tosió, una tos seca y nerviosa. —¿Y cómo, se supone, alguien sin nuestro conocimiento de estas... particularidades... lo descifraría? Tendría que ser alguien que nos conociera, alguien que pudiera entender nuestra forma de pensar.

—Exacto. Alguien con una mente entrenada para los patrones, para la deducción, para el arte. O alguien que buscara la misma verdad que nosotros. —Mila sonrió para sí, una sonrisa tensa—. La National

Gallery es un laberinto de historias, un lugar donde el tiempo se detiene y las miradas se cruzan sin que nadie se dé cuenta. «El Retrato de Madame X» no es solo una obra de arte, es un punto de partida. La postura del brazo, el collar de perlas, el color del vestido: cada detalle es un fragmento de una clave. Luego, se conectaría con otra obra, y otra, hasta tejer una red de pistas que culminaría en... nuestra historia.

Mila había trazado líneas en sus bocetos, conectando puntos, como un astrónomo trazando constelaciones. Había elegido cada obra con una precisión obsesiva, buscando subtextos ocultos, simbolismos que solo ella y Grace —o alguien con una mente similar— podrían desentrañar. La belleza de la idea radicaba en su sutileza. El Coleccionista, tan metódico como ella sospechaba, vería solo el arte. No el mensaje. No el rastro.

—Es ingenioso, Mila. Realmente ingenioso —admitió Grace, y Mila detectó una genuina admiración en su voz—. Pero también es peligroso. Si él lo descubre...

—No lo hará —Mila interrumpió, la voz firme, aunque sus manos temblaban ligeramente—. Está oculto a plena vista. Como las libélulas, ¿recuerdas? Tan frágiles y hermosas, pero también esquivas. Una metáfora perfecta de lo que hace. Colecciona lo efímero, lo invisible. Y le vamos a dejar un mapa de ello. Una burla.

Mila sentía la tensión en la mandíbula, un dolor sordo que le recordaba la vigilia constante. La brillantez de su plan no lograba apaciguar el hormigueo helado que le recorría los nervios. Estaba al borde de un descubrimiento monumental, sí, pero también al borde de un abismo que podría engullirla. La paranoia no era una sensación, sino una constante; una vibración de fondo en el mismo aire que respiraba.

Cada sombra que se alargaba en su apartamento, cada crujido del edificio, cada silencio prolongado la obligaba a girar la cabeza, a escanear su entorno con la agudeza de una presa. Se sentía como un hilo demasiado tenso, a punto de romperse, pero la verdad era

un imán que no podía ignorar. Su mente, habituada a desentrañar los secretos del cerebro humano, se enfrentaba ahora a un misterio que desafiaba la propia naturaleza de la existencia.

Su mirada cayó sobre la muñeca izquierda, donde la piel, un lienzo pálido, albergaba la marca de la libélula. No era un tatuaje. Era una mancha de nacimiento, una delicada sombra violácea con la forma de un ala de insecto, casi imperceptible si no se sabía dónde buscar. La misma marca que había encontrado en los expedientes, la misma que Grace, ahora lo sabía, había visto en su paciente. No era una coincidencia.

Era una premonición. La certeza de que ella era la siguiente pieza en la colección del Coleccionista le oprimió la garganta. La bilis le subió al esófago, un sabor amargo a miedo. El mapa no era solo un rastro, era una trampa, una forma de retrasar lo inevitable, pero también —y esto era vital— una forma de luchar. De no ser olvidada. De dejar su voz en el cristal, como esos ecos que Grace y ella discutían. Mila era una pragmática, una científica, pero en ese momento, la supervivencia era su única ecuación.

La voz de Grace, al otro lado de la línea, se volvió grave, casi sombría. —Mila, escúchame bien. Él es más poderoso de lo que imaginas. Y más paciente. Lleva haciendo esto décadas, incluso siglos, según tus legajos. No lo subestimes. Si este mapa va a funcionar, debe ser infalible. Y debe parecer una simple coincidencia. Un accidente.

—Lo sé —Mila sintió una punzada de rabia. La impaciencia le ardía en las venas—. Pero cuanto más complejo, más tiempo ganaremos. Y necesitamos tiempo.

Grace guardó silencio un momento, y luego su voz volvió, cargada de una preocupación más profunda. —Mila, la información es peligrosa. La verdad es un arma de doble filo. No estás sola en esto, pero debes ser cautelosa. Él no juega con reglas. Mila asintió, aunque sabía que Grace no podía verla. La cautela era la máscara que usaba cada día, la armadura que se ponía al salir del

apartamento. Pero ahora no era suficiente. Se le ocurrió una idea, un último giro a su intrincada red.

—El inicio del mapa debe ser una pista falsa —dijo Mila, la idea encendiendo un chispazo en sus ojos—. Un señuelo. Algo que lo lleve por un camino diferente, que le haga creer que estamos buscando algo, cuando en realidad la clave es otra. «El Retrato de Madame X» es el primer señuelo. La verdadera puerta está en la siguiente capa.

—Brillante —respondió Grace, un suspiro de alivio teñido de miedo en su voz—. Eso le dará tiempo a quien lo encuentre. Tiempo para entender.

—Tiempo para que nos vengue —Mila susurró, la palabra apenas audible, pero cargada de una promesa helada.

El teléfono se calentaba en su oído. La llamada se alargó, cada mujer puliendo un detalle, una conexión, una palabra que sería la brújula en el laberinto. El «mapa en el arte» no era solo un rastro, era un mensaje en una botella, arrojado a las turbulentas aguas del futuro. Mila colgó el teléfono. El silencio que siguió fue más pesado que el bullicio previo de la cafetería, más denso que el humo del incienso en un templo olvidado.

La luz menguaba tras las ventanas del apartamento, proyectando sombras alargadas sobre sus bocetos, sobre los planos de la National Gallery que había copiado, sobre la pila de expedientes que parecían clamar por justicia. El plan estaba listo. Cada pincelada, cada ángulo, cada referencia histórica del «mapa en el arte» había sido trazada con meticulosidad. Era su legado, su voz en el cristal, su última jugada en un tablero que el Coleccionista creía dominar.

La certeza de que el antagonista ya la estaba vigilando, de que su sombra la acechaba, era tan real como el olor a tinta fresca en el papel. Una risa fría y amarga, apenas un aliento, escapó de sus labios. Era un sonido hueco, desprovisto de alegría. El miedo era un veneno que le corría por las venas, pero la verdad era el antídoto. Se

puso de pie. La marca de libélula en su muñeca izquierda pulsaba con una vida extraña. Recogió la reproducción de «El Retrato de Madame X», la observó con una mirada desafiante. No era una imagen, sino un desafío. Una invitación.

—Que venga a buscarme —susurró Mila al aire enrarecido, con la voz firme, el eco de su propia determinación rebotando en las paredes—. Pero primero, tendrá que encontrarme. Y después, comprender que mis ojos ya vieron el suyo.

CAPÍTULO 9: SOMBRAS EN LA GALERÍA

LONDRES, DOMINGO POR LA MAÑANA, 2026

El frío de la noche anterior, un aliento gélido y pegajoso, aún se aferraba a las grietas de Londres, reptando por los callejones y colándose bajo las puertas. Julian Stark se movía entre la multitud del metro, una sombra más en el río subterráneo de cuerpos anónimos, cada cual con su propio destino, con una prisa ajena, su rostro apenas un destello reconocible en la marea. Los vagones, tubos metálicos que silbaban y traqueteaban, lo arrastraban hacia el corazón de la urbe con una urgencia que no era la suya, sino la del mapa.

La National Gallery se alzaba, una mole de piedra, al final de su trayecto, un gigante bañado por una luz mortecina que ya no prometía verdades ni enigmas, sino solo el peso ineludible de la búsqueda. El diario de Grace, un peso familiar en su mano, era su única brújula en aquel laberinto de mármol y carne. La certeza de que Grace y Mila habían urdido aquel mapa para él, un eco del pasado proyectado hacia el porvenir, le encendía un fuego frío en el pecho, una llama que se rehusaba a extinguirse incluso ante la desesperación. La magnitud de la galería, un santuario de arte y memoria, lo abrumaba al instante.

Columnas de orden clásico se perdían en la altura; cúpulas se disolvían en la luz; corredores infinitos, poblados por estatuas silentes. Todas lo observaban con una indiferencia milenaria, guardianes inexpugnables de un secreto que él, el intruso, jamás podría desentrañar. El eco de sus pasos se perdía en la inmensidad, un insignificante latido en la vasta catedral del arte.

Al cruzar el umbral, el olor a cera pulida, polvo antiguo y el perfume dulzón de cientos de visitantes lo golpearon, una pócima embriagadora que le revolvía el estómago, amenazando con devolverle el escaso desayuno. El murmullo constante de voces en mil idiomas, el arrastre de los zapatos sobre el parqué lustroso, el clic ocasional de una cámara, el susurro de las explicaciones de los guías. Se fusionaban en un zumbido denso que le nublaba los sentidos.

Concentrarse en la tortura visual que le esperaba se hacía aún más difícil. Su prosopagnosia era un velo cruel, un filtro caprichoso que transformaba cada rostro en una mancha, un borrón sin rostro, un lienzo abstracto donde solo la memoria debería haber pintado reconocimiento. Intentó, como un autómata programado por el duelo, invocar la imagen de Grace: la calidez de una sonrisa que ya no existía, la profundidad de unos ojos castaños que se difuminaban, el ligero pliegue en la comisura de unos labios cuando se concentraba.

Pero solo halló una nebulosa, una ausencia que le raspaba el alma, una tortura silenciosa que se repetía cada vez que extendía la mano hacia su recuerdo. Una opresión le cerró la garganta, dejándole un sabor a metal y derrota.

Después, el intento con Mila Belcombe, la joven de cabello cobrizo y ojos penetrantes, a quien solo conocía por fotografías, tampoco tuvo éxito. Sus rasgos se resistían, se esfumaban en una niebla interna, dejándole solo la frustración del recuerdo fallido, la cruda certeza de que su mente, al fin y al cabo, era su peor enemigo. Aquel día, en ese lugar, su maldición se magnificaba. Los lienzos, miles de rostros,

de vidas capturadas en óleo, le devolvían una extrañeza idéntica, el mismo vacío que él sentía al intentar reconocerlos.

Cada retrato, una burla silenciosa. No podía reconocer a los vivos, y mucho menos a los muertos. El arte, que debía ser una puerta a la belleza y la comprensión, se convertía en un muro, una pared que su mente se rehusaba a escalar, un laberinto de formas sin sentido. Cada pincelada magistral era un insulto a su incapacidad.

Se abrió paso entre los turistas, los grupos escolares, los amantes del arte, con la mirada errática buscando el rastro. Los codos y hombros lo empujaban, las conversaciones lo asaltaban, pero él estaba en su burbuja de aislamiento y propósito. El diario de Grace, su guía, la voz silenciosa de Grace, señalaba el inicio del mapa: «El Retrato de Madame X». Un frío metálico le trepó por la espalda, no por la temperatura, sino por la premonición de un desafío.

Grace había escrito que Mila había elegido esa pintura, pero con una intención específica: «La verdad no siempre se esconde donde la luz golpea con más fuerza». La frase le martilleaba la mente, un eco de la voz de Grace que ahora resonaba con la astucia de Mila. Un señuelo, había dicho Mila en sus notas, una pista falsa para el Coleccionista, para ganar tiempo. Un desvío calculado para quien creyera que la clave siempre estaría a la vista.

Julian atravesó varias salas. Sus ojos, febriles, escanearon las paredes con una urgencia que contrastaba con la calma pétrea de los visitantes. Ignoró las obras maestras en su búsqueda mecánica de la primera pieza del puzle. El tiempo era un depredador silencioso, y él, su presa. Los pasos lo llevaron a una de las salas más grandes y veneradas, donde las figuras de Sargent, Gainsborough, Velázquez competían por la atención, sus genios eternizados en el lienzo.

Y allí, en un lugar de honor, la silueta inconfundible de «El Retrato de Madame X», de John Singer Sargent, aguardaba. Era una presencia, casi una entidad, en la vasta sala.

Se detuvo ante la obra, la imagen de Virginie Gautreau, elegante y etérea, recortada contra el fondo oscuro. La pose, de una provocación exquisita: el hombro desnudo, la piel pálida como el marfil, el vestido de terciopelo negro que se fundía con la penumbra, una extensión de la noche. Las anotaciones de Grace y Mila en el diario hablaban de una «sombra» o un «detalle discordante» que el ojo inexperto pasaría por alto.

Un suspiro de frustración le escapó, apenas audible. La mente, una maraña de ansiedad; el corazón, un tambor desbocado. Julian intentó concentrarse, pero su prosopagnosia era una tortura. No era solo que no pudiera recordar el rostro de Grace; la incapacidad de procesar cualquier rostro se extendía a la percepción de patrones y formas complejas cuando estas se presentaban de forma sutil o camuflada.

Los detalles, las sutilezas que otros apreciarían en la pincelada de Sargent —la delicadeza del encaje, el brillo de la seda— se le antojaban un revoltijo, una amalgama de tonos que no lograba decodificar, como si la obra misma se burlara de su defecto. El vestido negro de Madame X parecía engullir la luz, sus contornos se volvían difusos, el rostro de la mujer, un mero óvalo pálido, una máscara más en su galería mental de ausencias. La irritación le encendió el paladar, un fuego que le subía por el esófago.

¿Cómo se suponía que iba a encontrar una pista visual si sus propios ojos le jugaban en contra, si cada forma compleja se disolvía en una confusión? Pasó los dedos por las páginas del diario, la caligrafía de Grace un consuelo táctil, buscando una clave, un atajo, pero solo encontró más preguntas sin respuesta, más enigmas trazados con la caligrafía elegante de Grace. Se obligó a respirar hondo, a ignorar la vorágine de su mente que amenazaba con arrastrarlo.

Mila no había dejado esto al azar. Había una lógica. Una trampa, sí, pero con una salida. El arte no era solo lo que se veía, sino lo que se sentía, lo que se intuía. Y él, en ese momento, solo sentía la frustración de la invisibilidad, la ira de su propia limitación. Grace y

Mila eran brillantes, pero no habían contado con el horror de su propia mente contra él. No habían anticipado que su ceguera facial se convertiría en un muro infranqueable.

Fue entonces, una punzada en la nuca, un viejo instinto policial, tenaz, que se rehusaba a morir, a pesar de los años de aislamiento y el trauma. Una familiar sensación de estar bajo escrutinio le erizó los cabellos del cuello, un escalofrío, ajeno al aire acondicionado de la galería. Aquello era diferente, más denso, cargado de una intención helada, como un aliento frío en la oscuridad. Julian deslizó la mano hasta su bolsillo, donde la libélula de cristal, dura y fría, le brindaba una falsa seguridad, un ancla en la tormenta.

Giró la cabeza, lenta y deliberadamente, como si admirara una de las obras contiguas, dejando que su mirada barriera la sala. Una marea de rostros indistintos, de sombras moviéndose al compás de la multitud, un mar de humanidad sin identidad. Y allí, a unos metros de distancia, la figura inconfundible del Inspector Davies. No recordaba su cara con claridad, no retenía los detalles exactos de sus facciones.

Pero la silueta, corpulenta, sí. El pelo canoso escaso, peinado a un lado con raya. La leve cojera de una antigua herida que lo obligaba a balancearse sobre su pierna derecha con cada paso. Todo gritaba Davies. El inspector intentaba disimular, fingiendo un interés profundo en un paisaje renacentista. Sus ojos marrones, siempre alertas, lo traicionaban. Parpadeaban hacia Julian con una frecuencia que delataba su vigilancia.

Una puñalada de hielo le atravesó el pecho, justo debajo de las costillas. Sabía que su tiempo se agotaba. Scotland Yard no solo lo vigilaba; lo acorralaba. La persecución había pasado de ser una sombra distante a una presencia manifiesta.

Una rabia hirviente le subió desde el estómago, un grito silencioso que amenazaba con rasgar el velo de su cordura, con estallar en el solemne silencio de la galería. ¿Cómo se atrevían a creerlo un desquiciado, un fugitivo, cuando una verdad tan grande, tan terrible

y tan vital se estaba desvelando ante sus propios ojos, una verdad que la mente de Grace y Mila había encapsulado en el arte? Un amargor le llenó la boca, un sabor a injusticia, a traición por parte del sistema al que había dedicado su vida.

Se prometió a sí mismo no ceder, no doblegarse ante la maquinaria de la ley, implacable, que lo perseguía por razones equivocadas, que lo creía un loco. La cara de Grace, aunque borrosa, se alzaba en su mente como un estandarte de desafío, un faro en la niebla de su memoria. Recordó su pasión, su determinación inquebrantable, su fe en la ciencia y en la verdad, incluso cuando esta se retorcía hasta lo inconcebible.

Pensó en Mila, la osadía de aquella joven, el precio que había pagado por acercarse demasiado a la sombra, por excavar un secreto que la había consumido. Eran ellas quienes lo impulsaban, quienes le recordaban que había algo más allá del dolor, más allá de la neblina de su prosopagnosia, más allá de la persecución de un inspector que no entendía nada. Se prometió a Grace, a la Grace que ya no recordaba pero que aún sentía en la médula de sus huesos, que no se detendría.

Jamás. No permitiría que la persecución de Davies, ni la traición de su propia mente, lo apartara del mapa, de la única oportunidad de entender. «No soy un loco, Inspector», pensó, clavando su mirada en la silueta difusa de Davies, quien ahora se movía con una lentitud casi ofensiva, como si disfrutara del juego del gato y el ratón. «Soy el único que está viendo la verdad, el único que se atreve a mirarla a los ojos».

Un pensamiento, una reminiscencia de las anotaciones de Mila, cruzó su mente, una chispa en la oscuridad que prometía una llamarada. Mila había descrito en su cuaderno, una de esas páginas llenas de garabatos y cálculos febriles, una técnica para analizar patrones en la «ausencia». No buscar la figura, sino su falta, el hueco, el espacio negativo que dejaba al ser extraída, el vacío que resonaba con la verdad.

Sus ojos, armados con una nueva perspectiva, con una lente distinta, se volvieron hacia «El Retrato de Madame X». Ignoró la figura central, la elegante mujer vestida de negro, y se concentró en el fondo, en la profundidad oscura que rodeaba su forma, la negrura que la engullía. Sus ojos, aunque defectuosos para los rostros, no lo eran para las irregularidades, para las anomalías en el tejido de la imagen, para las disonancias en el patrón.

La respiración se le aceleró, el aire le raspó los pulmones. Y allí, en el ángulo superior derecho, una mancha. No era una simple mancha de edad o suciedad, como las que salpicaban otros lienzos antiguos. Era una alteración sutil en el pigmento. Un desdibujamiento minúsculo. Una constelación de puntos pálidos que se unían en un patrón geométrico, casi imperceptible contra el lienzo opaco. Como si alguien hubiera rascado suavemente la superficie para revelar algo debajo.

No era una sombra, como Grace había sugerido, sino su opuesto: una *claridad* en la oscuridad. Una constelación de estrellas, un pequeño cúmulo de puntos luminosos que se extendían como un mapa estelar, un camino hacia lo desconocido. Era la marca, la pista siguiente. Su corazón le estalló contra las costillas, un tambor desbocado que vibraba en todo su cuerpo. El Coleccionista nunca buscaría el vacío, la ausencia. Solo la figura, la superficie.

Los pasos de Davies se hicieron más audibles, más cercanos, el eco de su cojera un tic-tac macabro. El Inspector avanzaba lentamente, la cabeza ligeramente inclinada, sus ojos fijos en Julian, como si pudiera leer sus pensamientos. No había prisa en su movimiento, solo la deliberación calculada de un cazador que sabe que su presa está acorralada y que solo es cuestión de tiempo. La tensión en la sala se hizo evidente, un hilo invisible que se estiraba entre los dos hombres, tan fino que amenazaba con romperse con el menor movimiento.

El murmullo de los visitantes se desvaneció para Julian, reemplazado por el latido desbocado de su propio corazón y el sonido distante de

los pasos de Davies. El arte, el conocimiento, la belleza: todo se había transformado en un campo de batalla, un escenario donde se jugaba su libertad y la verdad. Julian guardó el diario de Grace, la esquina de la página del descubrimiento doblada, un gesto impulsivo para no olvidar la revelación.

Se mezcló de nuevo con la gente, la siguiente pista en mente, una imagen de estrellas diminutas grabada a fuego en su retina, un faro en la oscuridad de su mente. La salida de la galería se mostraba como un espejismo lejano, pero la sombra de Davies, un velo pesado que amenazaba con aplastarlo bajo el peso de la ley, ya se cernía sobre él.

«No puedes escapar de tu pasado, Julian», la voz de Davies, o la que su mente le atribuía, resonó con una frialdad inapelable, un juicio sin apelación. Pero Julian ya no huía del pasado. Huía de un futuro que su voluntad se rehusaba a aceptar, de un destino que el Coleccionista había trazado para él y para Grace. Aquella persecución no era contra la ley, sino contra el tiempo mismo, contra el olvido, contra una manipulación que se extendía más allá de lo concebible. La caza había comenzado, sí, y él era el blanco, pero también el único que podía reescribir las reglas. El siguiente cuadro, la constelación de estrellas que lo guiaba, sería su última y única oportunidad de reventar el cerrojo de la verdad.

CAPÍTULO 10: EL AGUJERO EN LA MEMORIA

LONDRES, DOMINGO POR LA TARDE, 2026

El pub, oscuro y ruidoso, apestaba a cerveza rancia, a sudor pegajoso y a grasa vieja. Julian se había mimetizado con los muebles de madera oscura, acurrucado en un rincón apartado. Fuera, el pulso de la ciudad bramaba tras los cristales empañados. El calor del local le raspaba la garganta, una contrapartida incómoda al frío que aún le helaba los huesos desde la National Gallery. Sentía el eco de la persecución en cada fibra, el galope desbocado de su corazón en la galería resonando ahora como un tambor sordo en las sienes.

Scotland Yard. Davies. La imagen borrosa del inspector, cojeando tras él, una sombra tenaz, le había impulsado a cruzar callejones y estaciones de metro. Era la urgencia ciega de un animal acorralado. Ahora, la adrenalina se diluía, dejando a su paso la resaca amarga del cansancio y la paranoia.

Sacó el diario de Grace, camuflado entre las páginas amarillentas de un viejo periódico. La esquina doblada del Retrato de Madame X era una púa clavada en su memoria, una cicatriz imborrable. Era la anomalía, el cúmulo de puntos pálidos que se unían en un patrón geométrico, casi imperceptible en la oscuridad del lienzo. Aquella

alteración sutil en el pigmento, la *claridad* dentro de la negrura, era el lenguaje secreto de Grace y Mila.

Un eco desde lo más profundo de la tumba, un código que solo él, con la mente fracturada, parecía capaz de descifrar. La galería se había transformado en un laberinto, pero ellas habían tendido un hilo invisible, una secuencia de imágenes que se encadenaban más allá de lo evidente.

Las pintas de cerveza circulaban de mano en mano. Las risas sonoras estallaban a su alrededor, pero Julian sentía un aislamiento profundo. La prosopagnosia lo confinaba en una burbuja hermética. Los rostros de los parroquianos, caricaturas móviles sin identidad, no le transmitían ninguna conexión, solo la repetitiva y vana promesa de un reconocimiento que nunca llegaba. Recordar la forma humana era un ejercicio intelectual, nunca una experiencia visceral.

No podía permitirse un solo error; Davies estaría alerta, la sombra del inspector acechando en cada esquina. La pista en el cuadro era solo el principio, una puerta que se abría a un pasillo oscuro. Y en aquel pasillo, Julian lo sentía, no por lógica sino por una certeza helada que le corría por las venas, Arthur Penhaligon aguardaba. El anticuario, el hombre que traficaba con secretos y objetos velados, tenía más que decir, más que ocultar.

Las migajas de información soltadas hasta ahora no bastaban. Necesitaba la verdad entera, aunque esta se mostrara tan deforme como las caras que poblaban el espejo de su mente. Y estaba dispuesto a presionar a Penhaligon hasta que el secreto sangrara.

—Creí que Scotland Yard te tendría a estas alturas —dijo una voz grave, envuelta en una sonrisa que Julian no pudo registrar del todo. Se deslizó por el aire viciado del anticuario.

Arthur Penhaligon apareció tras una pila de volúmenes encuadernados en cuero que se apilaban hasta el techo. Estaba inmaculado, como siempre: traje de tres piezas impoluto, anillo de plata antigua brillando en el meñique. El olor a cera, a incienso

rancio y a metal oxidado le llenó las fosas nasales a Julian, un aroma denso, pesado, que se adhería a la piel. El interior de la tienda era un dédalo de sombras y vitrinas polvorientas, cada objeto un eco de un pasado olvidado. Un testamento a la persistencia de la historia.

Julian no se inmutó. La desconfianza le había endurecido el corazón. El trayecto desde el pub había sido una coreografía de evasiones: cada sombra, cada reflejo, un potencial Davies. Su mente, un mapa de estrategias grabado a fuego, había memorizado las rutas menos transitadas, las bocas de metro más discretas. La cojera del inspector lo había salvado, volviéndolo predecible. Pero Penhaligon era una incógnita, un tablero donde cada pieza se movía en silencio.

—Me subestimas —respondió Julian. Su voz, un susurro ronco, apenas rompió la quietud reverente del lugar. Los ojos azul grisáceo, siempre ensombrecidos por el cansancio, se clavaron en la figura del anticuario, buscando un indicio, una fisura. La prosopagnosia lo traicionaba de nuevo: el gesto de Penhaligon, la curvatura de sus labios, era solo una forma en el espacio. El subtexto emocional, la burla o la preocupación, se le escapaba como arena entre los dedos.

—¿Y tú a mí, Julian? —Penhaligon se sirvió un té de una tetera humeante que descansaba sobre un escritorio atestado. El vapor le envolvió el rostro en un halo etéreo. —Veo que has... desvelado el primer nudo. El Retrato de Madame X. Muy sutil. Una pista falsa, una broma de muy mal gusto para el ojo inexperto. O para el ojo que solo busca lo evidente.

Una descarga helada le recorrió la columna a Julian. «Sabe. Sabe del mapa, sabe de Mila». El anticuario no solo había adivinado su destino, sino que conocía la naturaleza exacta de la primera pista. Un detalle que solo la Dra. Reed, Grace, Mila y ahora él poseían. Arthur Penhaligon no era un simple intermediario; era parte de la urdimbre, un hilo oculto en el tapiz. Julian sacó el diario de Grace. El tacto del cuero le resultó reconfortante. Lo golpeó con el dedo.

—Grace confiaba en ti —dijo, la acusación velada en sus palabras—. Te confió sus temores sobre el patrón, sobre la marca del ala. Pero

no todo. No el diario. No la agenda que mencionaba a Mila.

Arthur Penhaligon detuvo la taza de té a medio camino de los labios. Los ojos grises, pequeños y penetrantes, se estrecharon, perdiendo por un instante el brillo astuto que los habitaba. Era una reacción casi imperceptible, pero para Julian, acostumbrado a buscar la ausencia, la desviación, aquello era un mapa en sí mismo. La expresión de Penhaligon se endureció, una máscara inerte que no se correspondía con la leve tensión que apareció en la línea de la mandíbula.

El anticuario dejó la taza con un tintineo delicado, el sonido vibrando en el silencio. Se irguió. Su estatura baja quedaba amplificada por una presencia imponente.

—Grace era una mujer de precauciones, Julian —comenzó Penhaligon, con una voz ahora más baja, desprovista de su habitual tono burlón. Caminó lentamente hacia una estantería abarrotada de objetos de ébano y plata. La mano, enguantada de forma impecable, recorría los lomos de los libros—. Había ciertos… círculos. Individuos con apetitos muy específicos. Ella lo sabía. Sabía que su investigación sobre el Coleccionista era peligrosa, que la situaba en una senda sin retorno. Me contactó. No una vez, sino varias. Tenía la sensación de que alguien la vigilaba, la observaba. Pensaba en un ‘agujero en la memoria’, un lugar donde las cosas desaparecían para no ser encontradas jamás. Un limbo para las verdades incómodas.

Julian notó el aire volverse más denso, cargado de una revelación inminente. La forma en que Penhaligon habló del Coleccionista —no como de una leyenda, sino como de un cliente recurrente, un conocido— le revolvió las entrañas. Penhaligon no era un mero comerciante de curiosidades; era una pieza clave en el engranaje, una bisagra entre el mundo de lo ordinario y el abismo.

—¿Qué significa eso? ¿Un agujero en la memoria? —Julian exigió, con la voz tensa, un hilo a punto de romperse.

—Significa un intermediario —Penhaligon se giró. Los ojos se le clavaron en Julian, la mirada gélida de un depredador que evalúa a su presa—. Grace me encargó que guardara… ciertos documentos. Notas. No para ti, no en ese momento. Para 'el caso de que yo no pudiera contarlo'. Para que si algo le sucedía, la verdad no se perdiera. Documentos que el Coleccionista, o sus agentes, nunca encontrarían. Documentos que podrían incriminar a una red mucho más grande de lo que imaginas.

A Julian le invadió una traición helada, como si el suelo bajo sus pies se hubiera abierto. Arthur Penhaligon había guardado silencio durante semanas, meses, mientras él se desangraba en la desesperación y la culpa, mientras Davies lo perseguía. Había dosificado la información como un veneno lento, revelando solo lo estrictamente necesario para mantenerlo en el juego. Pero a la traición se unía una certeza fría, una confirmación devastadora.

Grace había sido valiente. Había visto el peligro y había actuado, protegiendo su verdad incluso de la locura de Julian. Ella preparó el terreno, sembró las pistas, diseñó la contramedida.

La prosopagnosia hizo que Julian dudara de la expresión de Arthur. ¿Era miedo lo que se escondía tras la frialdad de los ojos, o una manipulación calculada? El rostro de Penhaligon, una forma sin identidad emocional, se convirtió en un lienzo en blanco para sus sospechas. No podía leerlo, no podía confiar en el instinto visual. Solo las palabras, la frialdad de la confesión, el peso de lo que había ocultado, se sentía real.

Pensó en Grace, en su astucia, en su determinación. Ella había sospechado de Penhaligon, o al menos de la ambigüedad de su posición. Había dejado la libélula, el diario y una agenda con un tercero de confianza, previendo que su propia mente —la mente de Julian— podría ser un arma en contra de sí mismo. La complejidad de la conspiración se enroscó en su garganta. El Coleccionista no solo coleccionaba conciencias; también compraba lealtades, tejía

una red invisible de cómplices y observadores. Penhaligon era uno de ellos, un engranaje en una máquina aterradora.

—Necesito esa agenda —dijo Julian, su voz un filo de acero. No era una petición, sino una orden.

Arthur Penhaligon, sin pronunciar palabra, se dirigió a una vitrina de caoba oscura. La abrió con una llave diminuta. Un clic metálico resonó en el silencio expectante. Dentro, entre sedas polvorientas y objetos antiguos, reposaba una pequeña agenda de cuero de color rojizo oscuro, el cuero desgastado por el tiempo, las esquinas romas. Penhaligon la extrajo con la delicadeza de un arqueólogo y se la tendió a Julian.

—Grace no quería que esto cayera en manos del Coleccionista. Es una parte de su verdad —murmuró Arthur, con la voz apenas audible —. Me encargó que se la diera a la persona que demostrara estar buscando más allá de lo evidente, más allá de la superficie. A alguien que tuviera una conexión con ella… y con la marca.

Julian cogió la agenda. El cuero, suave y cálido al tacto, vibraba con una energía extraña, como si contuviera una vida latente. La apertura de sus páginas, el contenido, era un umbral que Arthur Penhaligon había custodiado, un secreto que ahora se desvelaba.

OXFORD, MESES ANTES DE LA DESAPARICIÓN DE MILA, 2019

El café de la Bodleiana era un hervidero de cerebros. Mila Belcombe, con las gafas resbalándole por la nariz, entregaba un cuaderno similar a Grace Stark, quien la esperaba en una mesa apartada, entre estanterías repletas de manuscritos antiguos y el suave zumbido de la investigación. El olor a papel viejo y a barniz era reconfortante, un velo que parecía proteger las verdades más delicadas.

—Nuestra última esperanza, Grace —dijo Mila, sus ojos verdes intensos, cargados de una mezcla extraña de miedo y determinación. La marca de libélula en su muñeca izquierda parecía

palpitar bajo la piel—. Si pasa algo, si el Coleccionista nos encuentra… que alguien lo encuentre. Que sepa dónde buscar.

Grace, con los ojos castaños cálidos, asintió. El rostro era una máscara de preocupación apenas velada por una sonrisa forzada. Cogió el cuaderno. El tacto resultaba delicado.

El pasado se plegó sobre sí mismo. La imagen de Grace y Mila se desvaneció como humo en la memoria de Julian, dejando solo el presente: la agenda de cuero entre sus manos. Un puente entre dos tiempos, dos mujeres.

Julian abrió la agenda de Grace. El aroma a papel antiguo, a tinta descolorida y a un perfume floral tenue que le recordó a Grace le golpeó las fosas nasales, un torbellino de nostalgia y dolor. Las páginas, escritas con la caligrafía elegante de su esposa, revelaban un universo sombrío y metódico. Descripciones minuciosas de los métodos del Coleccionista, no como rumores, sino como hechos fríos y comprobados.

Anotaciones de ubicaciones previas de sus «colecciones» con una precisión aterradora: coordenadas geográficas, fechas, nombres de las víctimas y la infame «marca del ala». Cada entrada era un clavo en el ataúd de su cordura, la confirmación ineludible de que Grace no solo creía en la historia de Mila, sino que había invertido su propia vida en desentrañarla.

En una de las últimas páginas, Julian encontró un mapa mental de la National Gallery. No era un plano arquitectónico, sino un esbozo abstracto, salpicado de anotaciones adicionales en una letra más pequeña, más apretada, con trazos nerviosos: la letra de Mila. Las palabras «anotaciones adicionales» se destacaban, seguidas de «para el mapa en el arte – segunda capa». La primera pista que Julian había encontrado, la «claridad» en Madame X, era solo la superficie.

Existía una segunda capa, un nivel más profundo de símbolos y conexiones que la prosopagnosia de Julian dificultaría todavía más.

La mente de Grace y Mila había operado en sintonía, como dos ingenieros tejiendo un mismo mecanismo de defensa.

Penhaligon, apoyado en el marco de la vitrina abierta, observaba a Julian con una quietud perturbadora. El rostro era una esfinge indescifrable, una superficie sin grietas.

—Estás bailando con fantasmas, Julian —dijo Arthur, su voz una melodía baja y gutural que se deslizaba por el espacio—. Y algunos de ellos, quieren tu canción.

Julian sintió el frío de la revelación. El Coleccionista no solo había coleccionado y espiado a Grace y Mila; él también estaba siendo observado. Su propia danza con la verdad, su desesperación, su prosopagnosia, eran parte de la coreografía. Era su canción. El final de aquella melodía estaba cerca, y no sabía si sería una sinfonía o un grito ahogado. La agenda en sus manos era una brújula y una sentencia.

¿Cuánto tiempo le quedaba antes de que el Coleccionista decidiera que ya había bailado lo suficiente? Y lo que era más aterrador aún: ¿quién de los que lo rodeaban, quién en aquella red de sombras, había orquestado cada uno de sus movimientos, cada una de sus ‘elecciones’, desde el mismo principio?

CAPÍTULO 11: LA DANZA DE LAS PISTAS

LONDRES, LUNES POR LA MAÑANA, 2026

El tren se detuvo con un gruñido metálico en la boca del metro. Julian Stark, una silueta más entre la marea matinal, sintió la vibración del andén bajo sus pies, el eco hueco de los anuncios. Había salido del anticuario de Arthur Penhaligon con la agenda de Grace. No la sentía como un trofeo, sino como una condena. La certeza de que el Coleccionista lo observaba, que cada uno de sus pasos era parte de una coreografía que no entendía, le había instalado un frío persistente bajo las costillas, un frío que el aire gélido de la mañana ni siquiera arañaba.

Ahora, la National Gallery, un coloso de piedra y silencio, lo esperaba. Allí, sabía, la verdad y la locura danzaban su última melodía. Sus manos se aferraban al cuero desgastado de la agenda, un agarre desesperado contra el vértigo.

La luz que se colaba por los imponentes lucernarios de la National Gallery era más tenue que la del día anterior, un velo grisáceo que tamizaba los colores y suavizaba los contornos. Los pasillos, ahora menos concurridos, ofrecían una promesa de anonimato que sabía vana. Cada sombra, cada reflejo en el mármol pulido, era un posible observador, un par de ojos invisibles pero presentes en cada rincón.

Julian se movía con una lentitud deliberada, la agenda de Grace, ahora su único faro, oculta bajo el brazo. El cristal de la libélula, alojado en su bolsillo interior, no vibraba con la voz de Grace, pero emitía una pulsación fría contra su piel, un recordatorio mudo de la urgencia que lo asfixiaba. La galería, en ese momento, no era solo un museo; era un intrincado juego donde cada movimiento podía ser el último, una trampa de belleza y engaño.

Escaneó los rostros de los visitantes, figuras indistintas y desenfocadas que pasaban a su lado, buscando una señal, un gesto, cualquier indicio de un cazador oculto entre la aparente calma. Su prosopagnosia era un velo constante, pero también una protección: la incapacidad de reconocer a nadie significaba, en cierto modo, que todos eran sospechosos, y ninguno era un familiar. Un nudo de ansiedad se le apretó en el esófago.

Se detuvo frente a un banco de madera, extrayendo la agenda con cautela. Las anotaciones de Grace, escritas con tinta ya pálida, hablaban de un lenguaje cifrado. No eran pinceladas o pigmentos, sino sinapsis y arcanos.

El dedo de Julian recorrió las anotaciones de Grace, como si buscara desenterrar una geometría oculta en la página. El «mapa en el arte» no era una simple sucesión de cuadros, sino una construcción elaborada que trascendía la mera estética. Mila, con la frialdad de su intelecto, había tejido un intrincado bordado de pistas basado en principios de neurociencia y simbolismo arcaico, un «lenguaje de la mente» que solo alguien con su misma lógica, o con la desesperación de Julian, podía desentrañar.

Grace había dejado escritos fragmentos de la teoría de Mila: cómo ciertas combinaciones de colores activaban áreas específicas del cerebro; cómo la dirección de una mirada en un retrato podía emular un flujo neural; cómo los símbolos olvidados de antiguas civilizaciones resonaban en el inconsciente colectivo. Era un método para cifrar la verdad a plena vista, para que solo la mente adecuada pudiera discernirla. «El arte como espejo del cerebro», había escrito

Grace. Julian sintió el eco de esa frase en su propia carne, en su mente fracturada.

La prosopagnosia, que antes le parecía una maldición que le arrancaba el rostro de Grace, ahora le ofrecía una perspectiva diferente. Su cerebro, al no aferrarse a la identidad de los rostros, podía percibir las conexiones abstractas, los patrones subyacentes que el ojo no entrenado para este desorden, para esta bendición, pasaría por alto, distraído por la individualidad del sujeto. Él no veía a una condesa, veía la curva de su mano.

No veía a un rey, sino la orientación de su mirada. Era un don macabro, una ventaja inesperada en este retorcido juego de perspectivas. La agenda revelaba que Mila había estudiado tratados esotéricos y neurociencia computacional, fusionando ambos mundos para diseñar un enigma inexpugnable. La «claridad» en Madame X, la primera pista, no era solo un destello; era una grieta, un umbral hacia un universo de pensamiento tan intrincado como perturbador.

La mente de Mila se había convertido en su propio laberinto. Lo fascinaba y, a la vez, lo aterrorizaba, una dualidad fría que le erizaba la piel. Su propio cerebro, herido y fragmentado, era la única llave.

OXFORD, PRIMAVERA TARDÍA, 2019

El laboratorio improvisado en la residencia de estudiantes de Mila Belcombe apestaba a ozono y a café rancio. Libros de anatomía cerebral se amontonaban junto a grimorios polvorientos. Diagramas neuronales convivían con símbolos alquímicos. Un proyector viejo lanzaba imágenes superpuestas de cuadros de la National Gallery sobre una pared desconchada. Grace Stark, sentada en el borde de una cama deshecha, observaba a Mila.

Un escalofrío le recorría la espalda. En sus ojos se dibujaba una mezcla de admiración y un miedo velado. Mila, con sus cabellos rojizos revueltos, tecleaba frenéticamente en un ordenador portátil, sus dedos finos volando sobre el teclado.

—La neuroestética, Grace —explicó Mila, sin levantar la vista, con su voz en un murmullo intenso y concentrado—. Cómo el cerebro responde al arte. Pero ¿y si lo manipulamos? No para que lo perciba como «bello», sino para que active una secuencia lógica, una sinapsis visual. Las corrientes de pensamiento fluyen de un cuadro a otro.

Grace sintió el frío apretarle el pecho. El aire de la habitación, cargado de electricidad y de ideas, la oprimía.

—¿Y el ocultismo? —preguntó Grace, su voz apenas un suspiro.

Mila detuvo sus dedos. Giró en la silla. Sus ojos verdes, agudos y penetrantes, encontraron los de Grace. El rostro de Mila, habitual máscara de determinación, mostraba una tensión casi imperceptible.

—Los símbolos arcaicos, las geometrías sagradas… no son supersticiones, Grace. Son llaves. Llaves para el inconsciente colectivo, para un lenguaje anterior a las palabras. El Coleccionista busca una conciencia. Nosotros crearemos una red de conciencias que lo engañe. Un mapa indescifrable para el ojo común, para cualquier mente… a excepción de alguien que piense como nosotros. Alguien que no se detenga en la superficie, en lo obvio. Alguien capaz de ver más allá de las apariencias. De percibir la red que unía cada punto, no solo el punto en sí.

Mila se levantó, su silueta enérgica recortada contra la luz del proyector. Apuntó hacia la pared, donde la imagen de un rostro de un retrato renacentista se desdibujaba en una constelación de puntos de luz.

—Este cuadro, en conjunto con este otro —señaló, cambiando la imagen con un gesto rápido, ahora una mano extendida en una alegoría barroca—, forman una sinapsis. Una chispa. Solo hay que saber dónde buscar la conexión. El Coleccionista es un cazador. Piensa en líneas rectas. Nosotros pensaremos en espirales, en laberintos. Sus ojos, Grace, no podrán ver más allá de su propia

obsesión. Quienes lo busquen, verán lo que él quiere que vean. Salvo tú y yo. Y quien nos encuentre.

La marca de libélula en la muñeca de Mila parecía pulsarse bajo la piel, un latido diminuto que Grace notó. Mila la había creado, con su ingenio, pero también con su propia esencia. Era una trampa, sí. Una trampa para el que se creía su cazador.

Julian Stark cerró la agenda. La imagen mental de Mila en su laboratorio se disipó. El presente lo reclamó con una punzada en la nuca, un ligero escozor que le advirtió de la vigilancia constante. Una admiración extraña, teñida de un dolor sordo, le quemó la garganta. Mila, una mente brillante, había construido este intrincado dédalo de pistas, no para ser encontrada, sino para ser comprendida.

Su desesperación por sobrevivir se había transformado en una obra de arte, un desafío intelectual que el Coleccionista, en su arrogancia, subestimaría. Una conexión profunda, casi una resonancia de mentes, lo unía a ella. Era como encontrar un eco de su propio pensamiento, a pesar de la distancia temporal y el abismo de la muerte. Compartía su misma obsesión por la verdad oculta. Él, un exinspector de Scotland Yard, roto y perseguido, y ella, una estudiante de neurología, rebelde y brillante, se unían en esta coreografía silenciosa de sus destinos.

La prosopagnosia de Julian, su incapacidad para retener rostros, le había impedido ver a Grace. Paradójicamente, ahora le permitía ver los patrones y las conexiones que Mila había sembrado. Era como si su cerebro, liberado de la tiranía de la identidad facial, hubiera desarrollado una nueva forma de percepción, una visión periférica que capturaba las tramas invisibles que unían las obras de arte.

El peso de su destino, el destino de Mila, se posó sobre sus hombros, una carga fría y tangible. La National Gallery era su lienzo en blanco; el tiempo, la punta de su propio pincel, trazando el siguiente movimiento.

Con la agenda de Grace como guía, Julian se adentró de nuevo en los pasillos de la National Gallery, sus pasos lentos, mesurados, cada uno una pieza consciente en la danza del cazador y el cazado. Se detuvo ante un retrato flamenco. El brillo acerado de los ojos del sujeto era casi hipnótico. Las anotaciones de Mila en la agenda no hablaban de la identidad del retratado, sino de «la posición de la mano derecha, un puño cerrado, pero con el pulgar oculto, como un 'no-signo'».

Julian buscó la ausencia, el vacío, el mensaje en lo que no estaba. Descifró una primera pista, una conexión sutil con un bodegón cercano. Allí, un color inusual, un verde esmeralda inusitado, ajeno al fruto que lo rodeaba, destacaba en la pupila de un insecto: una libélula, dibujada con una precisión microscópica. El patrón se repetía, una constelación de detalles que su mente, ahora afinada para este «lenguaje de la mente», podía enlazar.

La tercera pista lo llevó a un paisaje romántico, un crepúsculo nebuloso, donde la dirección de la luz, no natural, sino artificial y angulada, no iluminaba el horizonte, sino que caía oblicuamente sobre un pequeño molino de viento a la izquierda, indicando una dirección. «Oeste», susurró Julian. Cada pista lo conducía a un nuevo cuadro, formando una secuencia, un rastro inquietante, un mapa para una mente precisa que se extendía por la vasta galería.

La agenda de Grace, abierta en sus manos, le mostró una última advertencia, escrita con una urgencia que trascendía el tiempo: «Cuidado con la trampa. La Biblioteca Olvidada de Carreg-Cennen. Es la que quieren que encuentren.» Un frío le corrió por la espina dorsal, el escalofrío que solo traía la certeza de la revelación. La «Biblioteca Olvidada» había sido mencionada en el dossier de Arthur Penhaligon, un supuesto refugio de textos arcaicos en un pueblo recóndito de Gales.

Una pista demasiado evidente, demasiado fácil. La había descartado. Mila había anticipado que el Coleccionista, o sus acólitos, seguirían el rastro obvio, la carnada. Julian había caído en ella brevemente,

antes de la agenda, antes de la segunda capa. El Coleccionista habría encontrado un camino directo a Carreg-Cennen, convencido de que allí se ocultaba la verdad.

Un silencio se extendió por la galería, solo roto por el eco de sus propios pasos. La luz, ahora casi crepuscular, proyectaba sombras largas y distorsionadas. Julian se dio cuenta: había pasado la «pista falsa». El Coleccionista, o quien estuviera al acecho, se había marchado, siguiendo un rastro fantasma, una quimera. Una sonrisa amarga se dibujó en sus labios. Mila había jugado con ellos, con todos.

—Ella sabía que la buscarían —susurró Julian al aire enrarecido de la galería, su voz apenas un hálito—. Y les dio lo que querían. A excepción de la verdad.

El verdadero camino, entonces, era otro. El Coleccionista, en su implacable búsqueda, se había encontrado con una inteligencia superior, una red tejida con símbolos y neuronas que lo había desviado. Pero una pregunta fría, insistente, se clavó en la oscuridad: si el Coleccionista no estaba allí, ¿dónde estaba la próxima pista? ¿Y qué ocultaba Mila detrás de esa trampa que ni siquiera el más sagaz de los cazadores había podido ver?

CAPÍTULO 12: LA BIBLIOTECA OLVIDADA

GALES, MARTES POR LA MAÑANA, 2026

El repiqueteo metálico de los raíles era una letanía, un martillo rítmico que golpeaba el cráneo de Julian Stark. No se trataba del traqueteo monótono de un viaje cualquiera, sino de la banda sonora de una huida, una persecución que lo había empujado fuera de los laberínticos pasillos de la National Gallery y hacia la desolación de Gales. Se había acurrucado en el asiento de tela raída del vagón, sus dedos aferrados a la vieja agenda de Grace; el cuero gastado era un ancla en la tormenta que arreciaba en su mente.

Afuera, la campiña galesa se extendía bajo un cielo plomizo, donde la niebla, densa como lana húmeda, se arrastraba por los valles, engullendo los contornos de los árboles y las ovejas que pastaban solitarias. El paisaje, borroso y desdibujado, era un reflejo inquietante de su propia percepción, de la neblina que cubría los rostros en su memoria. Cada curva del tren, cada frenada, le recordaba la premura, el aliento frío del Coleccionista en su nuca, la sombra de Davies acechando en las estaciones. La calma era una ilusión endeble, una pausa en la sinfonía de la trampa.

La agenda de Grace, abierta en sus manos, mostraba la última constelación de anotaciones de Mila: Llandudno, un punto costero

en el mapa de Gales. No era la Biblioteca Olvidada de Carreg-Cennen, la carnada que el Coleccionista había mordido, sino un desvío, una bifurcación que solo la mente de Mila —y ahora la de Julian— podía trazar. Sus ojos azul grisáceo, siempre cansados, danzaban sobre la caligrafía pulcra, un contraste helado con la vorágine de su propio cerebro.

La niebla se espesó, devorando los últimos vestigios de un mundo exterior que ya no importaba. Un aislamiento profundo lo invadió, no la soledad del duelo, sino la que precede a un descubrimiento capaz de reventar los cimientos de su realidad. Aquella piel curtida por el tiempo era el mapa de un tesoro que no quería encontrar, una verdad que ya lo había destrozado una vez y que amenazaba con pulverizarlo de nuevo.

El vaho en el cristal se disipó y Julian se vio reflejado por un instante: un hombre alto, de cabello castaño oscuro salpicado de canas en las sienes, encorvado, con la cicatriz fina sobre la ceja izquierda apenas visible. Un rostro que era el suyo, pero que sentía tan ajeno como los desconocidos que su mente se negaba a retener. La imagen se desvaneció cuando el tren entró en un túnel. La oscuridad lo envolvió, un abrazo gélido que le hizo sentir el peso de una pregunta aún más lacerante: ¿y si este viaje, esta búsqueda, era solo otra trampa?

Una diseñada para él por alguien que conocía sus debilidades con la misma precisión con la que Mila había explotado sus fortalezas. Un escalofrío seco le recorrió la nuca. El verdadero cazador aún no había revelado su rostro, y esa ausencia, se dijo, era el mayor de los temores.

Las puertas del vagón se abrieron con un siseo fatigado en la pequeña estación de Llandudno. El aire, denso y cargado con el olor a salitre, a madera húmeda y a decadencia marina, golpeó a Julian al descender. La calima persistía, una llovizna fina que se adhería a la piel, empapándolo por dentro, anclándolo a la atmósfera plomiza. El pueblo costero se presentaba desierto; sus casas victorianas,

antaño elegantes, teñidas de un gris uniforme por el clima, y sus escaparates cubiertos por una pátina de abandono.

Era la quietud que esconde un secreto, la calma que precede a la tormenta. La dirección, garabateada con prisa en una esquina de la agenda de Grace, lo llevó por calles adoquinadas, esquivando charcos y soportando el persistente ulular de las gaviotas, un canto desangelado y solitario. Un edificio modesto, de piedra oscura, se erigía al final de un callejón estrecho, apenas distinguible entre la bruma: una pequeña biblioteca con su letrero de madera carcomida por el tiempo, las letras desdibujadas, casi ilegibles.

El silencio que emanaba de aquellos muros era tan profundo que Julian casi podía oírlo, un zumbido denso que le apretaba los oídos. La puerta de madera, hinchada por la humedad, cedió con un gemido grave, revelando un interior que era una cápsula del tiempo.

El aire en el interior era espeso y polvoriento, con el hedor acre de celulosa rancia, de tinta desvanecida, de tiempo detenido. Estanterías de madera oscura, cubiertas de volúmenes olvidados, se alzaban como esqueletos de gigantes, con sus lomos agrietados y amarillentos. No había nadie. Solo el crujido de la madera vieja bajo sus botas y el eco de su propia respiración irregular, un sonido amplificado por el silencio.

Las anotaciones de Mila, a través de Grace, habían sido precisas. «Un lugar oculto dentro de lo obvio. El engaño está en la visibilidad». La biblioteca no era la trampa; era el umbral, la antesala de una verdad aún más profunda. Con un latido sordo en las sienes, Julian siguió las indicaciones crípticas de la agenda. «El pasaje de los condenados. Bajo la mirada de los caídos». Sus ojos, acostumbrados a la percepción de la ausencia, a la búsqueda de lo que no encajaba, se posaron en una serie de grabados de anatomía humana, colgados en una pared al fondo.

Manos sin rostro, órganos expuestos, una macabra danza de lo que se esconde bajo la piel. Un detalle lo detuvo. La mirada del ojo disecado de una ilustración de Vesalio no se dirigía al observador,

sino que se desviaba, ligeramente, hacia la derecha. Allí, la estantería parecía fundirse con la pared. Julian presionó con cautela un punto en el marco, exactamente donde la mirada del grabado señalaba.

Un clic metálico rompió el silencio opresivo. Una sección de la estantería, cargada de polvorientos volúmenes, se deslizó hacia un lado con un quejido fantasmal, revelando un estrecho compartimento oscuro. El aire allí era más frío, más viciado, con un matiz metálico, como a sangre vieja y óxido. Julian encendió la pequeña linterna de su teléfono. El haz de luz cortó la oscuridad, revelando una pequeña caja de madera de ébano, sin ornamentos, cubierta por una capa de polvo tan gruesa que parecía terciopelo.

Sobre ella, grabada con delicadeza, la inconfundible forma de una libélula. La respiración de Julian se aceleró, un tambor desbocado contra sus costillas. Aquello no era una simple caja; era un testamento. Retiró el objeto con sumo cuidado. El peso en sus manos era mayor del esperado, un presagio de la carga que contenía. No había cierres complicados, solo un pequeño pestillo de bronce. Al abrirlo, el olor a papel viejo y a un metal desconocido se hizo más intenso, dejando un regusto amargo en su garganta.

Dentro, apilados con metódica precisión, encontró varios cuadernos de cuero. Los diarios de Mila Belcombe. Escritos con la misma caligrafía pulcra y precisa de la agenda de Grace, pero con una urgencia palpable que se adivinaba en la presión de la tinta. No había rastro de Mila allí, solo su último eco, sus últimas palabras. La caza no había terminado; apenas estaba comenzando.

Julian se sentó en el suelo polvoriento del compartimento, la espalda pegada a la pared fría de la biblioteca, con el eco de la niebla filtrándose por las rendijas del exterior. El primer diario de Mila, entre sus dedos, era una reliquia, una bomba de tiempo. Las páginas, repletas de gráficos complejos, fórmulas de neurociencia y esquemas de simbolismo arcaico, le causaron un ligero mareo, como si se enfrentara a un lenguaje forjado entre la ciencia y lo inefable.

Su mente, ahora afinada por la prosopagnosia para ver patrones donde otros solo veían caos, comenzaba a descifrar aquel dialecto. Y entonces, un nombre, subrayado con tinta roja, apareció: «El Coleccionista de Conciencias». Mila lo había descubierto, lo había nombrado. Las entradas detallaban una verdad horrenda, un horror que habría paralizado a cualquier mente racional. El Coleccionista no mataba a sus víctimas en el sentido tradicional.

Las «recogía». Su método era un asesinato de la identidad, una violación del alma. Las conciencias de las personas eran «extraídas», no eliminadas, y «almacenadas» en los cristales de libélula que había encontrado. Eran trofeos, piezas de una colección infame, un museo de almas. Mila, con su mente brillante, había llegado a la médula del horror.

La palabra «borrar» aparecía una y otra vez, subrayada con una rabia apenas contenida, la tinta perforando casi el papel. El Coleccionista, para proteger su «obra» y mantener su anonimato, no solo se llevaba a las personas. También «borraba» su rastro, no solo de los registros físicos, sino de la memoria colectiva de quienes las habían conocido. Una tecnología capaz de manipular la percepción del cerebro, eliminando el rostro y los recuerdos íntimos de las víctimas de la mente de sus seres queridos.

Una cicatriz invisible, un agujero negro donde antes había habido un rostro. Julian dejó el cuaderno. Las palabras, crudas y precisas, habían dibujado un mapa del infierno en su mente. Su corazón, como un tambor desbocado, se agitó contra sus costillas, golpeando con una violencia que le ahogaba el aliento. El vello se le erizó en la nuca. La prosopagnosia. Su maldición, su tortura. Su incapacidad para recordar el rostro de Grace, la neblina que cubría su imagen en su mente, no era solo el resultado del trauma, ni una simple patología. Era una herida causada por el Coleccionista. Una manipulación directa. Un «borrado».

La revelación lo golpeó con la fuerza de un puño helado, dejándolo sin aire, el estómago contraído. Se sintió vaciado, profanado, como

si un intruso hubiera hurgado en los rincones más íntimos de su ser. La rabia, un fuego oscuro, le quemó la garganta, una bilis amarga que le subía por el esófago. No era solo la culpa, ni el duelo lo que lo había consumido durante años. Era la certeza de haber sido un títere.

Un peón en un tablero de ajedrez donde las piezas no eran de madera, sino de carne y alma. Grace. No se había suicidado. Había sido borrada. Su rostro, hurtado, no era una falla de su propia mente, sino una crueldad orquestada, una mutilación de su recuerdo. La bilis le subió de nuevo a la garganta. Sus manos temblaban con una furia incontrolable; apretó los puños hasta que los nudillos se pusieron blancos. El Coleccionista no solo le había arrebatado a Grace, sino que había secuestrado su propio recuerdo de ella, el último bastión de su amor.

El siguiente diario. Mila, con una lucidez aterradora, había analizado el patrón del Coleccionista. Había descubierto un «punto ciego», una grieta en su sistema de «recogida» y «borrado». Una vulnerabilidad. Era una ventana, pequeña y efímera, por la que se podía interferir en el proceso. No estaba claro cómo, pero la posibilidad existía, una fisura de esperanza en la oscuridad. Más adelante, Mila describía una «clave de resonancia», una frecuencia, un patrón que, según sus teorías, podría «despertar» las conciencias almacenadas en los cristales, un eco capaz de revertir el «borrado».

La idea era descabellada, casi mística, pero encajaba con el toque ocultista que Mila había infundido en su mapa, una fusión de lo científico y lo arcano. Y entonces, una palabra resaltada, una ubicación que resonaba en varias páginas: «El origen en los páramos escoceses». No era un lugar en particular, sino una región. Un vasto lienzo de turba y viento, de leyendas y misterios. La tierra del Coleccionista.

Julian sintió un frío que le trepó por la espalda, erizándole el vello del cuello. Escocia. No Carreg-Cennen, no Llandudno. Los páramos escoceses. El Coleccionista había estado allí. Era su base de

operaciones, su laboratorio. La última entrada del diario estaba escrita con una caligrafía temblorosa, la tinta corrida en algunos puntos, como si la mano de Mila hubiese sido presa de un miedo incontrolable o de una prisa desesperada.

«Lo he encontrado. Está aquí. Me está esperando. Pero he dejado una última señal, en el lugar donde todo empezó». La frase terminaba abruptamente, cortada por un espacio en blanco, como si la pluma hubiese caído al suelo, o la mano que la sostenía hubiese sido arrebatada por una fuerza invisible. El eco de la voz de Grace, la que había susurrado desde la libélula, resonó en sus oídos con una claridad aterradora.

—Me han... me han llevado. Julian cerró el diario. Los cuadernos de Mila eran un lamento, un grito mudo atrapado entre las páginas, un testamento de su ingenio y su desesperación. La ubicación en Gales era solo un desvío, un peldaño en la escalera hacia la verdad. El verdadero juego, entonces, se iba a jugar en Escocia. Aquellos páramos. El lugar donde todo había empezado, donde Mila había dejado la última señal. Julian se levantó, el cuerpo rígido, la rabia mezclada con una determinación férrea.

—Mila, ¿qué sabías antes de que te llevaran? —susurró Julian al aire enrarecido del compartimento, su voz apenas un hálito, su corazón latiéndole en el pecho con una furia y un miedo recién nacidos. La próxima fase de la caza estaba a punto de comenzar. Y esta vez, el rostro de Grace no sería una neblina, sino un fantasma que lo guiaría hacia la venganza. La prosopagnosia, su tormento, era ahora la prueba más cruel de la existencia del Coleccionista. ¿Cómo y por qué borraba el Coleccionista los rostros, y qué otras verdades se ocultaban bajo ese velo de olvido?

CAPÍTULO 13: LA CACERÍA SE INTENSIFICA

GALES, MARTES POR LA TARDE, 2026

El incesante repiqueteo de las gotas de lluvia contra el cristal del compartimento había arrullado a Julian Stark en una vigilia tensa. Desdibujado en el asiento, sentía el traqueteo del tren como un temblor en los huesos. Llandudno se había disuelto hacía tiempo en la neblina costera, un fantasma de piedra y salitre ya lejano. En su mente, sin embargo, el eco de las palabras de Mila, arrancadas con dolor de los viejos cuadernos, resonaba con la claridad hiriente de una sentencia: el Coleccionista, el borrado, su propia prosopagnosia.

Una verdad tan cruda que le laceraba la garganta. La culpa, que creía conocer en todas sus formas, ahora se le aferraba con garras desconocidas, más afiladas, más profundas: había sido un ciego, un títere en la desaparición de Grace. Su estómago se contrajo con fuerza, un puño helado.

Un televisor suspendido en la pared del vagón, sobre la puerta que daba al pasillo, parpadeó de pronto. La programación habitual, un desfile de paisajes galeses y noticias locales, se interrumpió sin aviso. Una imagen se materializó en la pantalla, una fotografía que le apretó el pecho hasta robarle el aire: su propio rostro. Una

instantánea de hacía años, cuando el uniforme de Scotland Yard no era un disfraz, sino una armadura. Debajo, un rótulo rojo, eléctrico, titilaba: «INDIVIDUO DE INTERÉS». La voz de la presentadora, grave y apresurada, se abrió paso entre el murmullo de los pasajeros:

«La policía metropolitana ha emitido una orden de búsqueda contra Julian Stark, antiguo inspector de Scotland Yard, en relación con la desaparición de Grace Stark… Se le considera peligroso y con facultades mentales alteradas. Cualquier dato…»

Un frío punzante, que no tenía nada que ver con la temperatura del vagón, se extendió por su piel. La nuca se le erizó. No había resquicio para la duda. El cerco se estrechaba, no por una infracción de la ley, sino por una verdad que los hombres de Davies jamás podrían comprender. Lo perseguían a él, un hombre que se había deshecho, que ya no era más que un borrón en el espejo de su propia memoria.

SALA DE CONTROL DE SCOTLAND YARD, MISMA HORA

El resplandor azulado de los monitores danzaba en la penumbra de la sala de control, proyectando sombras alargadas sobre los semblantes fatigados de los agentes. El Inspector Davies, con su cojera más pronunciada debido al trajín del día, giraba sobre sí mismo como un felino enjaulado. Su figura se recortaba contra una pared de pantallas que mostraban mapas topográficos de Gales, fotografías pixeladas de Julian y grabaciones de cámaras de seguridad. La sala vibraba con un nerviosismo palpable.

—¿Cómo es posible que un exinspector, un hombre que se ha mantenido en las sombras durante seis años, haya eludido cada uno de nuestros movimientos con esta facilidad? —La voz de Davies, grave y áspera, se expandió por la sala, cargada de una frustración apenas contenida. Golpeó la mesa de metal con la palma abierta. El reloj de pulsera de acero pulido, un destello fugaz en su muñeca, pareció absorber la luz con cada movimiento.

—Es un fantasma.

La fotografía de Julian, la misma que había irrumpido en las pantallas de los vagones, se mostraba ahora a tamaño completo en el monitor principal. Su rostro, marcado por el tiempo y la falta de sueño, con una barba incipiente, reflejaba el paso de años de sufrimiento. Davies no lo veía como un investigador. Lo veía como un ser a la deriva.

—Conecten esto con la muerte de su esposa, Grace Stark. Hay un patrón. Un trauma profundo, aislamiento, y ahora, un comportamiento errático. ¿No lo ven? —Davies se volvió, su mirada oscura recorriendo a sus hombres, quienes bajaron la vista, incapaces de sostener la intensidad de su escrutinio—. Este hombre está al borde de un colapso, lo sé. Está delirando, persiguiendo quimeras, y es un peligro para sí mismo y para cualquiera que se interponga. Ya no es el Julian que conocimos. Su mente se ha fragmentado, igual que la de Grace.

Era una declaración rotunda, una lápida para el Julian que una vez había respetado. El Inspector no buscaba una verdad compleja. Buscaba una explicación sencilla, una que encajara en los límites de su comprensión. Y Julian, con su búsqueda desesperada y su mente herida, era la pieza perfecta para ese rompecabezas de desequilibrio. La orden de arresto era una declaración de intenciones, una cadena que esperaba ceñirse al cuello de Stark.

ESTACIÓN DE TREN DE GALES, CONTINUACIÓN

El vagón se vació con un silbido de aire comprimido. Julian se deslizó por el pasillo, su cuerpo una sombra más en la marea de viajeros que descendían a la estación. El aire, denso y húmedo, se le pegaba a la piel, un manto pegajoso. La noticia de la televisión le había despojado del último velo de anonimato. Ahora no solo era un hombre que perseguía una verdad indescifrable; era un fugitivo, un paria que huía de los focos y las miradas.

La libélula de cristal, oculta en el bolsillo interior de su abrigo, parecía irradiar un fuego frío, una quemazón que le calaba los huesos. Era un nexo con la lucidez aterradora de Mila, con la existencia del Coleccionista, y al mismo tiempo, una baliza que lo señalaba. Cada rostro en la multitud, difuso por su prosopagnosia, se transformaba en una posible amenaza. ¿Un agente? ¿Un soplón? ¿Un peón más del Coleccionista? Sus ojos, azul grisáceo y cansados, rastreaban la marea humana, buscando patrones, microgestos, cualquier indicio de una intención oculta.

Dos figuras, envueltas en gabardinas oscuras, se movían con una cadencia demasiado calculada para el ajetreo de la estación. Sus miradas barrían el vestíbulo con una frialdad profesional que Julian reconoció al instante. Policías de incógnito. El puño en su estómago se apretó con más fuerza. La desconfianza era un veneno que le corría por las venas, un ácido que le horadaba la cordura. ¿Lo habían detectado?

¿Podían percibir la carga de su desesperación, la urgencia que le latía en cada arteria? Se sentía como un animal acorralado, su instinto de supervivencia al límite. La imposibilidad de distinguir los semblantes individuales amplificaba su tormento, convirtiendo a cada desconocido en un contorno indistinto de peligro. Un sudor frío le perló la frente. Las manos le temblaban. No era un miedo paralizante, sino la descarga adrenalínica de una persecución que ya no era una hipótesis, sino una realidad brutal. La red estaba tendida y los cazadores ya olisqueaban su rastro.

REFLEXIÓN DE JULIAN

«¿De verdad estoy perdiendo la razón?». La pregunta, afilada como un cuchillo, le taladró el cráneo. La voz de Davies, resonando en su mente, no era la única que lo acusaba. Su propia memoria, fragmentada y caprichosa, se alzaba contra él. Recordaba con una nitidez dolorosa el eco de la voz de Grace saliendo de la libélula, sus palabras quebradas. Pero el rostro, la expresión, el calor de su

mirada, seguían siendo una neblina impenetrable. La prosopagnosia, una herida que nunca cicatrizaba, lo aislaba del mundo, de los recuerdos, de la propia Grace. Cada intento por invocar su imagen era un fracaso, un abismo que lo hundía en una desesperación renovada. ¿Y si Davies acertaba? ¿Y si el Coleccionista no existía más allá de su mente febril, una invención para justificar una pérdida inaceptable? Las ideas de Mila, el «punto ciego», la «clave de resonancia», el borrado… ¿Eran desvaríos? ¿Ocultismo envuelto en el ropaje de la ciencia? Un espejismo en la aridez de su culpa.

No. El recuerdo de los diarios de Mila, las pruebas irrefutables, el patrón de las desapariciones, el horrendo descubrimiento de que su propia amnesia facial era una manipulación directa del Coleccionista, un «borrado» deliberado de Grace de su memoria… No, aquello era demasiado real, demasiado cruel para ser una simple fantasía. La rabia, un fuego oscuro, le quemó la garganta de nuevo. Esta persecución no era un capricho de su mente.

Era parte del plan del Coleccionista. Scotland Yard, Davies, los agentes de paisano… eran piezas en un tablero ajedrez, títeres movidos por un titiritero invisible que manipulaba hilos mucho más oscuros de lo que jamás podrían concebir. Querían desacreditarlo, silenciarlo, aislarlo, antes de que pudiera desvelar la verdad. La verdad de los páramos escoceses, el lugar donde «todo empezó», donde Mila había dejado su «última señal».

No podía vacilar, no podía ceder a la duda. La locura era el arma del enemigo. Él, Julian, debía aferrarse a la lucidez en medio de la tormenta que se desataba.

ESCALADA Y ESCAPE

La atmósfera de la estación se volvió irrespirable. Los agentes de paisano se acercaban, su avance metódico como el de dos depredadores que rastrean a su presa. Julian se movió, no con pánico desbocado, sino con la precisión calculadora de un animal que conoce cada recoveco de su encierro. Un aluvión de pasajeros

que descendían de un tren proveniente de Londres le ofreció una pantalla momentánea.

Se dejó arrastrar por la marea de cuerpos, un soplo de aire, un murmullo de voces, un velo efímero. Sus ojos, adiestrados para encontrar el orden donde otros solo percibían el caos, divisaron una salida de servicio poco transitada, un pasadizo oscuro que exhalaba un tufo a humedad y olvido, escondido tras un puesto de revistas y dulces. Su corazón martilleaba con una fuerza atronadora contra las costillas, un repique salvaje. Era el momento decisivo.

Un impulso. Un roce intencional con un viajero absorto en su teléfono, una disculpa apenas audible. Una mano firme en el pomo de la puerta de servicio, que cedió con un chirrido metálico. El aire frío de la tarde galesa le abofeteó el rostro. Llovía. Una cortina densa, persistente, que empapaba la ropa y transformaba el asfalto en un espejo oscuro y traicionero. Corrió. Sus piernas, forjadas en noches de vigilia y huidas silenciosas, respondieron con una velocidad inesperada.

Cruzó un callejón estrecho y sombrío; el agua le salpicaba los tobillos. A lo lejos, el rumor de un motor se acercaba. Su instinto, agudizado por la adrenalina, le gritó que era su única oportunidad. Un taxi, con la luz verde encendida, redujo la marcha a pocos metros. Julian tiró de la manija de la puerta trasera, que se abrió con un chasquido. Se lanzó al asiento, el aliento entrecortado, el cuerpo empapado hasta los huesos.

—Al norte —dijo con la voz ronca, casi un gruñido, antes de que el conductor, un joven con el pelo teñido de azul, pudiera reaccionar—. Tan lejos como puedas. Hacia Escocia.

El vehículo arrancó con un tirón, devorando el asfalto mojado de la carretera secundaria. La lluvia torrencial golpeaba el parabrisas con furia, convirtiendo el mundo exterior en un borrón de luces y sombras. El aire dentro del habitáculo olía a ambientador de cereza y a humedad persistente. Julian se acurrucó en el asiento, tratando

de regular su respiración, el cuerpo temblándole por el esfuerzo y la tensión acumulada.

Miró por la ventanilla, el paisaje galés desdibujándose en la penumbra, cada vez más al norte, hacia la promesa y la amenaza de Escocia. La cacería había escalado. Y esta vez, no había marcha atrás.

CIERRE Y HOOK

El Inspector Davies lanzó el teléfono sobre la mesa de metal. El sonido seco resonó en la sala de control de Scotland Yard. Una maldición, baja y profunda, escapó de sus labios. La noticia de la fuga de Julian, confirmada por las cámaras de la estación y el testimonio de un pasajero en pánico, le provocó un dolor agudo en la cojera, una punzada que le recordó su propia fragilidad. El exinspector, su antiguo colega, se había desvanecido de nuevo. La rabia le retorcía las entrañas.

—¿Hacia dónde? —espetó, su voz apenas un susurro cargado de frustración.

El joven agente al mando de los monitores, con el rostro pálido y los ojos clavados en los mapas, señaló una línea roja parpadeante que se extendía sin tregua hacia el norte.

—Dirección Escocia, Inspector. El último avistamiento lo sitúa en un vehículo de alquiler, ascendiendo por la A74(M). Directo a los páramos.

Davies se inclinó sobre el mapa, su mirada gris clavada en la región remota. Los páramos escoceses. Un desierto de turba y viento, de leyendas y olvido. ¿Qué diablos buscaba allí Julian? Un presentimiento, frío y pesado como el plomo, lo invadió, un augurio oscuro que le oprimía el pecho. No era una simple huida. Era una búsqueda desesperada, una danza macabra hacia algo mucho más vasto de lo que jamás había concebido.

Mientras tanto, en el interior del coche que lo alejaba, Julian observaba el paisaje borroso que la lluvia convertía en una acuarela gris. Las luces lejanas de las granjas, los contornos oscuros de los valles. Escocia. La tierra del Coleccionista. El lugar donde los recuerdos se desvanecían y las almas, las esencias mismas de los hombres y las mujeres, eran custodiadas como piezas de un arte macabro.

Él era la siguiente pieza. La última en ese juego de ajedrez donde el destino no existía, solo la voluntad de un coleccionista. La cuenta atrás final había comenzado. Y esta vez, el rostro de Grace no sería una neblina en su mente, sino el faro, la luz inquebrantable que lo guiaría hacia el fin del laberinto, hacia la venganza.

CAPÍTULO 14: EL ENIGMA DE PENHALIGON

GALES, MIÉRCOLES POR LA MAÑANA, 2026

El teléfono, un témpano que vibraba en la palma de Julian, quemaba. Fuera del taxi, la lluvia galesa redoblaba su percusión incesante contra el cristal, una cortina líquida que velaba el paisaje. Cada gota, un tic-tac en el reloj de su huida. Scotland Yard, una jauría implacable, le pisaba los talones, pero la urgencia de la persecución palidecía ante la necesidad de Penhaligon. Era la última hebra, frágil como tela de araña, que podía desenmarañar el ovillo de la verdad. El nombre del anticuario resonaba en su mente, una apuesta desesperada. Julian apretó los labios; un sabor a bilis le llenó la boca. Marcó.

La señal, a pesar de la remota ubicación, se sostuvo. Un hilo precario tendido sobre el abismo.

—Penhaligon —la voz de Julian era una rasposa exhalación, apenas un murmullo que pugnaba por imponerse a la estática de la línea. Delataba noches en vela, kilómetros de fuga incesante—. Escúchame bien. No tengo tiempo para rodeos.

Un resoplido de impaciencia, casi un gemido de irritación, se filtró por el auricular.

—Julian, ¿has perdido el juicio por completo? La policía ha devastado mi negocio. Han husmeado por todas partes, formulado preguntas que no puedo responder. Han impregnado cada objeto con su hedor a sospecha. Me han arruinado, ¿comprendes? Scotland Yard. ¡Por tu causa!

Julian apretó el teléfono contra la oreja, los nudillos blanquecinos por la presión. Una furia gélida le mordía las entrañas. Penhaligon era un parásito, un carroñero de las sombras, pero en ese instante, su voz, a pesar de la evidente avaricia, sonaba extrañamente auténtica. Estaba teñida de un miedo que el anticuario jamás permitiría aflorar de otro modo. Aquel tono no era el de un hombre enfadado, sino el de una criatura acorralada, vulnerable.

—No te estoy consultando. Te exijo respuestas. Mila Belcombe… ella habló de una clave de resonancia. Un flanco expuesto en la operación del Coleccionista. ¿Qué sabes de eso? Dime la verdad, Arthur. Ahora.

El silencio se extendió en la línea, un vacío pesado, cargado de tensión que oprimía el habitáculo. Julian percibió la respiración entrecortada de Penhaligon, un hilo delgado al borde del quiebre. El peso de la amenaza latía en cada segundo, en cada gota de lluvia que le resbalaba por el rostro, confundida con el sudor frío de la incertidumbre. Su prosopagnosia le impedía visualizar el gesto de temor en el rostro del anticuario, pero podía sentirlo, como el crujido de un cristal a punto de estallar.

La vida de Grace, el aliento de Mila, pendían de una balanza cuyo fulcro era aquel hombre cobarde. No podía permitirse un error. Aquel viaje a Escocia, aquella huida, no tendría sentido sin la información que Arthur ocultaba. El aire se volvió espeso. La espera era una tortura silenciosa.

—¿Dónde te encuentras? —La voz de Penhaligon volvió, más baja, casi un murmullo derrotado, desprovisto de su habitual petulancia—. No puedo hablar de esto por teléfono. Es… es demasiado arriesgado.

—Estoy en ruta hacia Escocia. Necesito la información ya. ¿Puedes… enviarla? ¿O indicarme cómo obtenerla? No puedo regresar a Londres. Scotland Yard me persigue.

Un suspiro largo y tembloroso resonó en la línea, más cercano a un jadeo de resignación.

—Tengo algo. Está… resguardado. En una caja fuerte, en mi almacén. Nadie más conoce su existencia. La dirección es 14, Peveril Street, en el East End. Es un callejón sin salida. La llave se encuentra bajo el ladrillo suelto del tercer escalón, a la derecha de la puerta principal. La caja fuerte… la combinación es la fecha de nacimiento de Mila. La posees, ¿cierto? Ella te la proporcionó.

Julian asintió, aunque Penhaligon no podía verlo. Mila había grabado su fecha de nacimiento en la libélula de Grace, un detalle que en su momento le había parecido una peculiaridad más del intrincado mapa vital de la estudiante. Ahora, aquella fecha se revelaba como una contraseña fundamental.

—No intentes ninguna imprudencia, Arthur. Sé más de lo que imaginas. Y mi paciencia es escasa.

Julian cortó la comunicación antes de que Penhaligon pudiera objetar. La calle, envuelta en la niebla matinal, se sentía más fría, más desolada que nunca. El rastro de Penhaligon era su única hebra de esperanza, una cuerda tensa que lo arrastraba hacia un nudo de verdades que amenazaban con estrangularlo. La caza, la persecución de Scotland Yard, todo se difuminaba ante la necesidad de arrancarle la verdad a ese hombre, aunque fuera a distancia.

Necesitaba la clave de Mila. La necesitaba desesperadamente. El taxi siguió su camino hacia el norte, pero la mente de Julian ya estaba en el East End de Londres, visualizando cada detalle del almacén, cada ladrillo, cada recoveco. El Coleccionista, el Inspector Davies, las órdenes de arresto… todo se volvía secundario. Solo existía la clave.

El aroma a incienso caduco y a madera vieja, a historias carcomidas por el tiempo, no flotaba en el aire del taxi, pero Julian podía casi sentirlo. Su mente, un proyector incansable, construyó la imagen de Penhaligon en la trastienda de su anticuario, encogiéndose sobre sí mismo, las manos entrelazadas sobre la superficie pulida de un antiguo escritorio de caoba. El anillo de plata antigua, un pequeño escarabajo, brillaría con una luz mortecina en el meñique.

Julian no pudo discernir si aquel temblor en la voz de Arthur era por el frío, por el miedo, o una mezcla de ambos. Su prosopagnosia le volvía a jugar una mala pasada; el rostro de Penhaligon, un velo difuso, le impedía leer las microexpresiones que desvelarían la verdad. Pero el lenguaje corporal, incluso imaginado, no mentía. Era una figura consumida por la angustia, una marioneta cuyos hilos se habían tensado hasta el límite.

—Estás condenado, Julian —Penhaligon había alzado la vista en la mente de Julian. Sus ojos grises, pequeños y penetrantes, cargados de una desesperación genuina, brillaban con una humedad enfermiza—. Sabes lo que la policía opina de ti. Te buscan como a una fiera acorralada. Y yo… yo estoy atrapado en medio de todo esto. Han clausurado mi negocio, mis contactos. ¡Todo!

El enfado de Penhaligon, un arrebato contenido, era la fachada perfecta para el temor que realmente lo roía. Julian, en el taxi, sentía el cuerpo empapado por la lluvia que aún no amainaba. El aliento helado le salía en volutas que se condensaban en el aire del habitáculo. Sus ojos azul grisáceo y ensombrecidos por la fatiga no se apartaban del recuerdo de las palabras del anticuario. Las imágenes de la National Gallery, de la persecución en Gales, se superponían a la confesión forzada de Arthur.

—No es por mi culpa, Arthur. Es por la tuya. Me dijiste que eras un intermediario, un simple buscador de objetos. Pero no me revelaste que eras un engranaje en la maquinaria del Coleccionista. No me dijiste que eras parte de su juego macabro.

La acusación, un golpe certero que resonó en la mente de Julian, hizo que el cuerpo imaginario de Penhaligon se tensara. El hombre pareció encogerse todavía más, como si quisiera desaparecer entre las sombras de la estancia, engullido por el peso de sus decisiones. Su mirada, llena de una mezcla de resentimiento y terror, evitó la de Julian, incapaz de sostener la réplica silenciosa.

—No tienes ni la más remota idea… —su voz se quebró en la memoria de Julian, un hilo débil, casi inaudible—. Ni idea de lo que ese hombre es capaz. Él… él lo sabe todo. Observa cada movimiento, cada pensamiento. Cuando comencé a contactar a mis clientes sobre las libélulas, sus… sus hombres aparecieron. Sin previo aviso. Sabían dónde residía mi hermana, dónde asistía mi sobrina a la escuela. Me exhibieron fotografías. Fotografías muy… convincentes.

Penhaligon se frotó las sienes. Sus finos dedos temblaban. Era un ligero temblor que Julian recordaba haber notado en el anticuario en sus encuentros anteriores, pero que ahora cobraba un significado más oscuro. El nudo de tensión en la garganta del anticuario era evidente. Era el temblor de un hombre acorralado, no el de un cómplice voluntario, sino el de una víctima forzada. El aire, denso y cargado con el olor a libros antiguos y polvo, se volvió pesado en su imaginación, como si la misma atmósfera de la trastienda de Arthur se hubiera colado en el taxi.

—Me obligó a ser sus ojos, Julian. Su observador silencioso. A adquirir los objetos que él no podía comprar. A entregarle información sobre aquellos que se interesaban demasiado. Las víctimas, sus… sus «colecciones». Tu Grace… sí, la libélula que encontraste. Él lo supo. Supe que la habías hallado. Él lo sabe todo.

La confesión de Penhaligon, un torrente de palabras atropelladas, llenó el pequeño espacio del taxi, dejando un rastro de ceniza en el aire, una estela de culpabilidad y miedo. Julian escuchó, el estómago contraído, el corazón latiéndole con una fuerza inusual. El Coleccionista. Su alcance era más vasto de lo que había imaginado.

No era solo un cazador; era un tejedor de destinos, un manipulador de vidas, un titiritero de sombras.

La culpabilidad, un veneno lento, comenzó a esparcirse por el cuerpo de Julian. ¿Cuántas víctimas había entregado Arthur por salvar a los suyos? ¿Y qué implicaba aquello para su propia búsqueda? La decisión era clara: debía ir a ese almacén. La clave de Mila no era solo una pista, era una cuenta pendiente, una promesa que Arthur, por miedo, se había visto forzado a guardar.

OXFORD, DÍAS ANTES DE LA DESAPARICIÓN DE MILA, 2019

El apartamento, un mosaico caótico de libros apilados y papeles esparcidos, olía a café frío y a la tenue fragancia de las páginas impresas. Mila Belcombe, con el cabello rojo cobrizo cayéndole sobre los hombros, se movía entre los volúmenes, su mirada verde, intensa y pensativa, fija en el rostro tensado de Arthur Penhaligon. La luz que se colaba por la ventana teñía de oro el polvo suspendido en el aire, creando un aura casi mística alrededor del anticuario, como si el tiempo mismo se hubiera detenido para observar aquel inusual encuentro.

Inmóvil en el centro del desorden creativo que era el mundo de Mila, Penhaligon parecía un elemento ajeno, un anacronismo en aquel caos brillante de ideas. Un nerviosismo perceptible en sus ojos grises, un parpadeo constante, Mila, con su mente aguda y su intuición, lo había notado de inmediato. La había estado vigilando. Lo había sentido en la nuca, en la sombra que se alargaba tras ella.

—Él lo sabe, Arthur —la voz de Mila era baja, firme, desprovista de cualquier temor aparente, aunque un nudo invisible le apretaba la garganta, una premonición que se aferraba a sus entrañas—. Sabe que estoy cerca. Sabe que Grace me está prestando su apoyo. Y también sabe de ti.

Arthur Penhaligon se aclaró la garganta, su mano, con el anillo de escarabajo, jugueteando con el borde de su chaleco, un tic nervioso

que delataba su incomodidad. Un sudor frío le perlaba la frente, un brillo de inquietud que Mila no pasó por alto. El Coleccionista había comprometido su papel de intermediario, de mercader solitario en el mercado negro de objetos prohibidos. Había movido sus piezas, y Arthur era una de ellas.

—No comprendo… —comenzó Penhaligon, su voz un hilo que se perdía en el murmullo de la calle, una excusa débil que se desvanecía en el aire.

—Claro que sí, Arthur —Mila le interrumpió, dando un paso adelante, sus ojos clavados en los suyos, una intensidad que el anticuario no podía eludir—. Él te utiliza. A ti y a tu… vasta red de contactos. Pero eres un eslabón débil. Y él lo sabe. Tu miedo es su mejor arma.

Se acercó a una pizarra atiborrada de ecuaciones y diagramas, de bocetos de libélulas y símbolos arcanos. Con un dedo, Mila trazó una línea en el aire, señalando un conjunto de inscripciones ininteligibles para Penhaligon. Eran secuencias de patrones sonoros y visuales, complejos algoritmos camuflados tras formas geométricas y colores vibrantes. Un conocimiento que trascendía la comprensión habitual de su época, una fusión de neurología y ocultismo que solo una mente como la suya podía concebir.

—Esto es vital —dijo Mila, su voz apenas un susurro que se clavó en el aire, más una orden que una súplica—. Es la clave de resonancia. Una secuencia para despertar. Si… si yo desaparezco, como temo que sucederá pronto, esto debe llegar a Julian Stark. Él es el único.

Penhaligon abrió la boca, intentando articular una objeción, pero Mila alzó una mano, silenciándolo con un gesto autoritario. Sus ojos no titubeaban.

—Él la encontrará. Lo hará. Sabe cómo buscar. Lo he visto en sus informes antiguos. Tiene una mente… única. Una que el Coleccionista cree entender, pero que subestima. La prosopagnosia de Julian no es una debilidad, Arthur. Es una particularidad. Un filtro.

El Coleccionista se ha equivocado al asumir que es un simple daño colateral. Es su punto ciego.

Mila le entregó un pequeño disco de metal, pulido y frío al tacto. No contenía un mapa, ni un mensaje escrito en letras convencionales, sino una serie de patrones que la memoria de Penhaligon, acostumbrada a la tangibilidad de los objetos antiguos, apenas podía comprender. Los símbolos se retorcían y danzaban en la superficie del disco, una coreografía silenciosa, un lenguaje arcano que prometía más que la mera información. Eran las huellas de su propia mente, grabadas con una resolución que desafiaba la comprensión.

—Si desaparezco, Arthur, si ese hombre… me «colecciona» —Mila usó las comillas con un desdén amargo, una punzada de ironía que no pasó desapercibida—, Julian la encontrará. Él sabrá cómo usarla. Es el único que puede. Tú solo debes asegurarte de que le llegue. Cueste lo que cueste.

La mirada de Mila, a pesar de la solemnidad del momento, tenía un brillo de astucia. Había sembrado una semilla, una esperanza minúscula, en el corazón de un hombre que solo valoraba el beneficio. Arthur, con el disco en la mano, un peso desconocido que le quemaba la palma, la miró sin comprender del todo la magnitud de la petición, ni el alcance de la maquinaria que ya se cernía sobre ellos. Mila se dio cuenta entonces, con una certeza helada, que no había marcha atrás. Aquella clave era su último aliento, su legado final.

Julian sintió el impacto de las palabras de Penhaligon, y del flashback que las había evocado, como una bofetada. Mila. Tan brillante, tan calculadora. Había previsto todo, hasta la traición forzada de Arthur, hasta el momento exacto en que sus caminos se cruzarían de nuevo en aquella carretera galesa. Un escalofrío seco le recorrió la espalda, ajeno a la humedad que aún le calaba los huesos. La complejidad de aquel mapa, de aquel juego mortal que Mila había orquestado, lo sobrepasaba.

La prosopagnosia, su cruel compañera, se interponía, un velo constante que le impedía discernir las verdaderas intenciones de Arthur. ¿Podía fiarse de él, ahora que el Coleccionista lo había forzado a cooperar? ¿O Penhaligon seguía siendo un lobo disfrazado, un peón más en el ajedrez del antagonista? La duda, una niebla densa, le nublaba el juicio.

El anticuario se removió en su silla, su mirada inquieta barriendo la trastienda, como si buscara una salida, una escapatoria a la conversación, una forma de eludir su responsabilidad.

—Ella era… excepcional —murmuró Penhaligon, su voz teñida de un respeto a regañadientes, una rara fisura en su fachada de pragmatismo. La admiración, aunque forzada, era auténtica—. Lo vio venir. Todo. Me entregó algo, un objeto, días antes de que la noticia de su… «desaparición» apareciera en los periódicos. Me obligó a prometerle que se lo daría a alguien. A ti. Si llegabas a mi puerta.

Julian asintió, su mente trabajando a una velocidad vertiginosa. Mila no solo había tendido una trampa para el Coleccionista en Gales; también había asegurado una línea de comunicación para él, sabiendo que sería el siguiente en su mira. Había confiado en su intuición, en la certeza de que Julian, su única esperanza, iría tras ella. La esperanza, un soplo frágil, le hizo latir el corazón con una fuerza renovada, un eco de la determinación de Mila.

—¿Qué te entregó? —preguntó Julian, su voz un murmullo urgente, una súplica apenas contenida.

Penhaligon dudó, su mirada eludiendo la de Julian, sus dedos rozando nerviosamente el escarabajo de plata de su anillo, un gesto que delataba su aprensión. La tensión en el aire era casi perceptible, una cuerda tensa a punto de romperse bajo el peso de la verdad.

—Una secuencia. No un objeto tangible, no como el resto de mi… colección. Sino una serie de patrones. Sonoros. Visuales. Dijo que era para «despertar» las conciencias. Una clave de resonancia, la llamó. Dijo que el Coleccionista había dejado un flanco expuesto en

su sistema, y que esto podía revertir el proceso. O al menos, activar lo que él había… almacenado.

El aliento de Julian se detuvo en su garganta. ¿Despertar las conciencias? La idea, tan audaz como aterradora, era un eco de las notas de Mila, de su propia teoría sobre la inmortalidad de la mente. La cabeza le daba vueltas, pero un destello de lucidez se abría paso entre la niebla de su prosopagnosia, una certeza que perforaba el velo del olvido. Esto era más que una venganza; era una oportunidad para rescatar.

¿A Grace? ¿Podría la clave de Mila traerla de vuelta, aunque solo fuera un eco, una sombra? La esperanza, un bálsamo efímero, se extendió por su cuerpo, encendiendo una chispa en la oscuridad.

—¿Y el origen? ¿De dónde procede esa tecnología? Mila habló de un principio.

Penhaligon se levantó de su asiento, su cuerpo pequeño temblaba, no por el frío, sino por el peso de la información que estaba a punto de liberar. Se acercó a un mapa descolorido de Escocia colgado en la pared, un viejo grabado que mostraba la abrupta geografía de los páramos. Sus dedos, largos y finos, se detuvieron en un punto concreto, una zona remota donde los nombres de los pueblos eran meras manchas, casi borrados por el tiempo y el olvido.

—Hay un lugar. Un antiguo centro de investigación. Oficialmente, era un sanatorio para… para mentes complejas. Pero extraoficialmente, era un laboratorio. Fue clausurado hace décadas tras un «incidente» que las autoridades intentaron silenciar. Hubo rumores de experimentos fallidos, de mentes perdidas. El Coleccionista es un maestro en cubrir sus huellas, pero no puede borrar el origen. Ese lugar… allí fue donde un tal Doctor Black, un genio controvertido, desarrolló su «teoría de la conciencia espejo». Dijo que la mente no es solo materia, sino un reflejo etéreo, una onda que puede ser… capturada. Mila lo investigó a fondo. Era su obsesión. Es su base de operaciones. Su santuario.

Las palabras de Penhaligon se grabaron a fuego en la mente de Julian. La teoría de la conciencia espejo. El Doctor Black. Los páramos escoceses. Cada pieza encajaba con una precisión escalofriante, formando un rompecabezas macabro. El Coleccionista no solo estaba coleccionando; estaba replicando, quizá manipulando, las almas de sus víctimas. Y Grace, Mila, eran parte de su siniestra galería, piezas en un mosaico de horrores.

—El Coleccionista lo sabe, Julian —la voz de Arthur Penhaligon lo arrancó de sus pensamientos, su mirada gris clavada en el vacío, en un punto más allá del cristal del taxi, como si viera una sombra que se cernía sobre ellos—. Sabe que te acercas. Y que sabes demasiado. Él te ha estado buscando desde el principio, desde que Grace… desapareció. Tú eres la última pieza, Julian. El espejo te espera. Y él ya te encontró.

Un sudor frío le corrió por la espalda, helándole la piel bajo la ropa empapada. El juego no era un laberinto, sino una trampa meticulosamente diseñada. El Coleccionista no lo había estado persiguiendo; lo había estado guiando, manipulando cada paso, cada decisión. Su duelo, su prosopagnosia, la búsqueda de Grace… todo había sido orquestado, una danza macabra para llevarlo directo a sus brazos, una coreografía de su propia perdición.

Julian no era un cazador; era la presa final, la pieza más valiosa de una colección retorcida. La revelación, un golpe seco en el estómago, lo dejó sin aliento, vaciándole los pulmones. El espejo lo esperaba. Y en ese reflejo, temía, encontraría no solo la verdad, sino también su propia caída. La clave de resonancia de Mila, la promesa de despertar las conciencias, se sentía ahora como un arma de doble filo, una última esperanza que podía arrastrarlo al mismo infierno que había reclamado a Grace.

CAPÍTULO 15: EL REFLEJO OCULTO

OXFORD, 2019. ÚLTIMOS DÍAS DE MILA.

El aire estancado en la sección restringida de la Biblioteca Bodleiana olía a papel antiguo, a polvo suspendido en los haces de luz que se filtraban por las altas ventanas góticas. Mila Belcombe, encorvada sobre una mesa de lectura de roble, no sentía la inspiración; solo el peso de siglos de conocimiento aplastándola. Sus ojos, verdes y febriles, se movían con velocidad depredadora por las líneas de la antigua tesis que había recuperado.

Un documento olvidado, encuadernado en piel desgastada, con páginas amarillentas y un título grabado en oro descolorido: *Sobre la Conciencia Espejo y la Transmutación del Ser*. Su propio aliento se enganchaba en la garganta con cada palabra, cada diagrama. La lámpara de lectura, un pequeño faro en la penumbra, proyectaba un círculo de luz anémica sobre la mesa, iluminando el nombre del autor en la portada: Dr. Alistair Black.

Aquel nombre, hasta entonces un mero dato en los márgenes de su investigación, resonaba ahora con la fuerza de una campana de bronce, una sentencia silenciosa. Mila se pasó una mano por el cabello rojizo, un gesto que era más una descarga nerviosa que un intento real de ordenar los mechones rebeldes que caían sobre su

rostro pálido. Llevaba días sin dormir, alimentándose de café amargo y la adrenalina que le inyectaba cada descubrimiento, cada pieza que encajaba en el intrincado puzle macabro.

La persecución. El Coleccionista. La inminente captura. Sentía el tiempo escapándose, las sombras alargándose, pero no podía parar. No, no hasta que hubiera una respuesta.

Había encontrado la tesis en una estantería escondida, entre volúmenes de neurología experimental y filosofía arcaica, en la sección más inaccesible, como si el propio libro se resistiera a ser descubierto. Un frío repentino le recorrió la mano al rozar su cubierta, un presentimiento. Las palabras de Black, densas y retorcidas, describían la conciencia no como una entidad singular e intransferible, sino como un patrón de energía, una «onda etérea» capaz de ser reflejada, duplicada e incluso almacenada en un «soporte inorgánico» si se lograba la resonancia adecuada.

Un escalofrío le trepó por la espalda, y esta vez no tenía nada que ver con el frío de la sala. El doctor describía la mente humana como una «matriz de datos» susceptible de ser «copiada» y «reproducida», un eco eterno del ser original.

Los diagramas, intrincados y casi ilegibles en el papel deteriorado, hablaban de una tecnología que trascendía la época de Black. Circuitos, flujos de energía sutil, patrones de ondas. Con una lucidez escalofriante, estos se asemejaban a los grabados de las alas de libélula que había estudiado en las fotografías del dossier. La libélula. El patrón. La conexión era innegable, brutal. El Coleccionista no era un ente abstracto, una sombra sin rostro.

Tenía un nombre. Uno olvidado, enterrado bajo décadas de polvo académico: Alistair Black. Un neurólogo brillante, pero oscuro, cuya obsesión con la inmortalidad de la mente lo había llevado a cruzar la línea más allá de lo humano. La revelación le oprimió el pecho con la fuerza de una losa. Black era el cazador, el artífice de la maquinaria de las libélulas, el que había transformado la conciencia en una mercancía, en una pieza de arte macabro.

La bilis le subió a la garganta. Él estaba detrás de todo. La desaparición de Grace, el patrón de las alas de insecto, los «suicidios». Todo era su obra.

El libro incluía una referencia a un «centro de estudio del yo» en los páramos escoceses, un lugar remoto donde Black había llevado a cabo sus experimentos más arriesgados antes de que todo se «silenciara» por un «incidente» no especificado. Un sanatorio mental, el lugar donde las mentes complejas se perdían en la bruma de la locura, se había convertido en su laboratorio, su santuario. Los dedos de Mila se crisparon. Se le acababa el tiempo. La urgencia, un puñal clavado en su costado, le obligó a reaccionar.

Mila se apoyó en el libro de anatomía que siempre llevaba consigo, un grueso volumen de tapas duras y páginas llenas de ilustraciones detalladas del cerebro humano, su único refugio intelectual. Inexplicablemente, era uno de los pocos objetos que le generaban una sensación de seguridad en medio de la paranoia creciente. Su mano temblaba, pero la mente se negaba a doblegarse. Un último acto. Un desafío silencioso al arquitecto de su perdición.

Abrió su mochila, sacó un pequeño trozo de papel arrugado, de un color blanco roto por el uso. En él, con una letra pequeña y apretada que delataba la velocidad de su escritura, anotó el nombre: «Black». Y debajo, la palabra «espejo». Dobló el papel una y otra vez, hasta convertirlo en un diminuto cuadrado, casi imperceptible. Luego, con la precisión de una cirujana, lo deslizó entre las páginas del libro de anatomía, justo en la sección dedicada al córtex prefrontal, el asiento de la identidad y la memoria. Una última miga de pan. Para Julian. Él era el único que podía ver el patrón. El único que podía usar la clave.

Un sonido sutil, un crujido de madera vieja, rompió el silencio denso de la sala. Mila levantó la cabeza de golpe, sus ojos verdes clavándose en la puerta de la sección restringida. No había nadie. Solo la sombra alargada de un estante de libros, distorsionada por la luz mortecina. Pero la paranoia, esa vieja compañera, le gritaba al

oído. No era un crujido cualquiera. Era un paso. El roce de una suela en el suelo de madera.

Mila contuvo el aliento, su corazón golpeando como un tambor de guerra contra sus costillas. Se le había acabado el tiempo. Una certeza gélida le mordió el espinazo. Él estaba aquí. Lo sabía. Había sido descubierta.

ESCOCIA, JUEVES NOCHE, 2026

El tren nocturno se deslizaba como una serpiente oscura por el vientre de Escocia, un fantasma de acero en la lluvia persistente que azotaba el cristal. Julian Stark, con el cuerpo dolorido y la mente en una espiral, apenas notaba el traqueteo rítmico ni el paisaje borroso que la oscuridad convertía en un lienzo de sombras danzarinas. Había pasado las últimas horas con las palabras de Arthur Penhaligon resonando en su cráneo, el eco de una sentencia.

«Tú eres la última pieza, Julian. El espejo te espera. Él ya te encontró.» Las revelaciones se habían desprendido de Arthur como capas de piel, dejando al descubierto una verdad tan cruda que le había robado el aliento. El Dr. Alistair Black. Ese nombre.

Lo había leído en las últimas notas que Arthur le había entregado, escritas a mano por Mila. Una letra apretada, urgente, casi ilegible en algunos puntos, pero el nombre destacaba con una claridad punzante. Alistair Black. El neurólogo olvidado, el teórico de la «conciencia espejo». Julian apretó los párpados, intentando invocar la imagen de ese rostro. ¿Black? La palabra tenía un sabor metálico en la lengua, una resonancia extraña.

¿Lo conocía? Una vaga familiaridad le taladraba el cráneo, un dolor sordo detrás de los ojos. Un destello de algo, una silueta, un fragmento de conversación. Pero se disolvía antes de que pudiera aferrarse a ello, se escurría entre sus dedos mentales como arena fina. La prosopagnosia. Su eterna tortura. Esa condena que le impedía retener los rostros, que había borrado el de su propia

esposa. Ahora, esa enfermedad, su martirio personal, se revelaba como algo más.

Una manipulación. Una herramienta. Una ironía macabra. ¿Acaso el mismo Coleccionista, Black, era el responsable de su incapacidad de recordar? ¿Había sido él quien le había robado el rostro de Grace, no el trauma, sino una mano maestra en la oscuridad?

El pensamiento fue una descarga eléctrica, fría y punzante, que le atravesó el cuerpo, helándole la sangre en las venas. La posibilidad era aterradora, tan retorcida que su mente se negaba a aceptarla por completo. Un ataque directo a su identidad, a su cordura. Como un lienzo arrancado de la memoria. Si Black, el Coleccionista, había podido borrar el rostro de Grace de su mente, ¿qué más podría haber hecho? ¿Qué otras memorias había manipulado, sembrado o arrancado de cuajo?

Llevó la mano al bolsillo interior de su abrigo, donde guardaba la libélula de cristal. El objeto, frío y liso, vibraba ahora con una frecuencia apenas perceptible, como un corazón diminuto latiendo contra su piel. No era el zumbido de Grace, sino otra cosa. Una resonancia. Una anticipación. Una especie de invitación. El Coleccionista. Black. Lo estaba esperando. Él había orquestado cada paso, cada descubrimiento, desde la libélula inicial en la almohada hasta la llamada de Arthur Penhaligon.

Julian no era un detective; era un peón, movido en un tablero de ajedrez donde las piezas eran conciencias, y el jaque mate, la trampa final, se había tendido para él. La idea de ser una marioneta, de que su duelo más profundo, su búsqueda de la verdad, no fueran más que una coreografía preescrita, era insoportable. Un nudo se apretó en su garganta, tan tenso que apenas podía tragar. La rabia, contenida durante años, bullía en sus venas, una marea hirviente que amenazaba con desbordarlo.

Sus ojos azul grisáceo, oscurecidos por el cansancio y una furia recién nacida, se fijaron en su reflejo en el cristal de la ventanilla, un rostro demacrado y sombrío que apenas reconocía. El paisaje

escocés se alzaba ante él, oscuro y misterioso, salpicado de luces remotas que parpadeaban como ojos vigilantes. La lluvia continuaba, un velo que envolvía el mundo en un sudario de grises y negros. Julian apretó los puños, las uñas clavándose en las palmas de las manos.

El Coleccionista, Alistair Black, lo había subestimado. Había ignorado un detalle. Su prosopagnosia, la debilidad que Black había explotado, se convertiría en su propio punto ciego.

Julian no era un lienzo en blanco, no del todo. Había algo más. Mila lo había visto, lo había sabido. La clave de resonancia. Una última señal. Esta vez, Black se enfrentaría no a un peón que seguía un guion, sino a un hombre que, aunque ciego a los rostros, había empezado a ver los patrones, a discernir el reflejo oculto de la verdad.

OXFORD, 2019. ÚLTIMOS DÍAS DE MILA.

Mila cerró el pesado volumen de anatomía con un golpe seco, el sonido resonando en el silencio de la biblioteca como el disparo de una pistola. Su rostro, antes lleno de una determinación febril, mostraba ahora una resignación gélida. Sus ojos, verdes y penetrantes, barrieron el estante de donde había sacado la tesis de Black, una fila de libros antiguos que ahora parecían observarla con una fría complicidad.

Había dejado su mensaje. El trozo de papel, un diminuto faro de esperanza, descansaba en el corazón del conocimiento. El rastro de ceniza, la marca del Coleccionista, sería su último legado.

Julian, pensó, con una punzada de tristeza y una certeza inquebrantable. Julian lo encontrará. Él verá el reflejo. Y sabrá.

ESCOCIA, JUEVES NOCHE, 2026.

Julian Stark se puso en pie, su cuerpo rígido como una estatua, sus músculos tensos, cargados de la electricidad de la furia.

—Black —susurró, su voz ronca, apenas audible por encima del traqueteo del tren y el lamento del viento—. Ahí es donde termina el juego.

El paisaje, antes un simple telón de fondo, se había transformado en un campo de batalla. Un laberinto de páramos oscuros, colinas desoladas y un cielo encapotado que parecía pesar sobre él. El hospital psiquiátrico abandonado, el «centro de estudio del yo», la guarida de Alistair Black, lo esperaba en algún lugar de aquella oscuridad. Julian sabía que se dirigía directamente a la boca del lobo, a una trampa final, un reflejo de su propia perdición.

Pero esta vez, iría con los ojos bien abiertos, no a ciegas, no como el peón que creían. Las piezas estaban en su sitio. El Coleccionista había movido su última ficha. ¿Quién era el Dr. Alistair Black y cuál era su conexión con ese hospital psiquiátrico? ¿Cómo la «conciencia espejo» se relacionaba con las libélulas, y qué esperaba Julian en ese espejo?

CAPÍTULO 16: LA FALSA PISTA FINAL

ESCOCIA, VIERNES POR LA MAÑANA, 2026

El tren había depositado a Julian Stark en una estación desierta, un aliento gélido de humo y metal que se disolvía en la oscuridad aún densa de la madrugada. El frío se le metió por los huesos, no como una punzada del exterior, sino como la reverberación de la tensión acumulada, la certeza inquebrantable de que cada bocanada de aquel aire escocés lo arrastraba más profundo hacia el Coleccionista. Ante él se extendía un lienzo de tinieblas donde las montañas, moles agazapadas y ancestrales, se desdibujaban en la boca de una niebla tan densa que prometía devorar la memoria misma.

El olor a turba mojada y salitre, crudo y penetrante, se agarraba a la garganta de Julian, una advertencia, un presagio sombrío. Sus ojos azul grisáceo, a menudo ensombrecidos por el cansancio, escudriñaban la silueta fantasmal del andén, buscando cualquier señal, cualquier sombra que lo siguiera. La paranoia era un compañero fiel, un eco constante en el yunque de su mente, pero en aquel lugar recóndito, solo las ráfagas heladas del viento respondían, silbando una melodía incomprensible entre los raíles.

La última pista del mapa de Mila, un símbolo que se disolvía en una dirección críptica, lo había conducido hasta aquel pub de carretera, un diminuto faro en un mar de páramos. La caminata desde la estación, bajo un cielo que apenas prometía claridad, había sido una prueba de resistencia contra el frío que perforaba la ropa y la incertidumbre que carcomía el alma. Cada paso resonaba en el asfalto mojado, un latido solitario en la inmensidad.

El lugar, empapado en el aroma dulzón del whisky añejo y la madera húmeda, acogía a unos pocos habitantes locales, figuras sombrías que lo observaban con una curiosidad velada, un recelo ancestral. Eran rostros que se disolvían en su memoria en cuanto los miraba, una condena silenciosa que lo mantenía en un aislamiento visual perpetuo. Intentó, como siempre, aferrarse a algún rasgo, a la forma de una nariz, al pliegue de una boca, pero la niebla mental se interponía, infranqueable.

Un anciano con la cara surcada por el tiempo, tan arrugado como un pergamino antiguo, sorbía su cerveza negra en silencio, los ojos pequeños y brillantes clavados en Julian, una mirada que parecía ver más allá de la superficie, más allá de los rasgos que él no podía retener. Su presencia era un peso en el aire, una pregunta no formulada que se cernía sobre el recién llegado.

Julian se acercó a la barra, la madera áspera bajo sus palmas, buscando en la superficie pulida un anclaje a la realidad. El calor del pub era un bálsamo temporal contra el frío que lo había calado hasta la médula, un alivio efímero que la inquietud le impedía saborear. Pidió una pinta, más por disimular que por sed, la voz tensa, casi quebrada. Había preguntado por el faro, ese último hito en el rastro, el punto final en el mapa mental que había reconstruido con la ayuda de Grace y Mila.

El hombre de la barra, un joven corpulento con brazos tatuados y una mirada que no prometía más que escasa hospitalidad, se limitó a señalar al anciano con un movimiento de cabeza, un gesto que Julian interpretó como un traspaso de la carga, una invitación a la

incomodidad. Julian se acercó al viejo, sintiendo el peso de las miradas sobre él, cada una como un pequeño aguijón en su espalda.

—Disculpe —dijo Julian, su voz, forjada en la tensión, sonaba más áspera de lo que pretendía—. Me han dicho que usted podría indicarme el camino al faro.

El anciano tardó en responder, su mirada escrutando a Julian con una lentitud exasperante, como si cada fibra de su ser se resistiera a la intrusión. Cada segundo era un martillo golpeando su paciencia, un tic-tac en el reloj de la inminente confrontación. El silencio del pub se hizo más denso, interrumpido solo por el crepitar de la leña en la chimenea y el tintineo ocasional de los vasos en la barra.

Julian sintió un nudo apretado en el estómago, un presagio oscuro. ¿Sabían algo? ¿Era su presencia tan obvia, tan fuera de lugar en aquel rincón del mundo? La certeza de que el Coleccionista lo había estado guiando, de que cada uno de sus movimientos era parte de un plan maestro que no terminaba de descifrar, lo tenía al límite, al borde del abismo de su propia cordura.

—El faro… —musitó el hombre, su voz ronca, como si las palabras le rasparan la garganta, cargadas de la sal y el viento de décadas—. ¿Qué hace un forastero en el faro? Nadie va allí. Es un lugar muerto.

Julian sintió una punzada de ansiedad, fría y aguda. La respuesta del anciano era evasiva, cargada de una superstición local que no le servía, un velo que ocultaba más de lo que revelaba. La urgencia le quemaba la garganta.

—Estoy buscando algo —respondió Julian, manteniendo la voz firme a pesar del temblor interno—. Algo que se perdió allí hace tiempo.

El anciano, tras una pausa que se extendió hasta volverse incómoda, una eternidad suspendida en el humo y el olor a cerveza rancia, musitó una dirección. Un camino sinuoso que se perdía entre la bruma, prometiendo una desolación aún mayor, una inmersión en la hostilidad del páramo. Sus palabras, pocas y entrecortadas, pintaban

un cuadro de páramos inhóspitos, de senderos cubiertos de maleza y de un viento que aullaba como un espíritu errante.

Julian le dio las gracias. El cristal frío de la pinta que no había tocado seguía entre sus dedos mientras él salía al frío cortante, dejando atrás el tenue calor del pub por la promesa de respuestas en el desierto gélido de la costa. Cada paso sobre la grava húmeda resonaba en el silencio, un tambor fúnebre que marcaba el avance hacia un final, o un nuevo principio. La niebla lo esperaba afuera, una amante celosa que reclamaba su presa, dispuesta a engullirlo.

El camino hacia el faro era una cicatriz serpenteante en la piel de los páramos, una senda apenas marcada que se negaba a ser domesticada, a someterse a la voluntad humana. La niebla, ahora un velo blanco y viscoso, se adhería a cada árbol esquelético, a cada roca cubierta de musgo. Borraba el horizonte, engullendo los contornos, haciendo que cada metro avanzado fuera una lucha contra la desorientación.

Julian sentía el frío en los pulmones con cada respiración, un dolor punzante que le recordaba su propia fragilidad, la impermanencia de su cuerpo ante la inmensidad del paisaje. Sus ojos azul grisáceo se esforzaban por discernir las marcas que Mila había dejado: símbolos que, según sus diarios, debían guiarlo a través del laberinto hasta el final. Había pasado horas explorando la zona, interpretando aquellos indicios difusos que, en su mente, se superponían con la caligrafía nerviosa de Mila, una voz muda que le susurraba al oído.

Cada grieta en la roca, cada rama rota, cada montículo de tierra, era escrutado con una intensidad febril, una obsesión que rozaba la locura. El viento, un lamento constante, arrancaba el calor de su piel, mordiendo sus huesos con una ferocidad incesante. El sonido era un aullido que se mezclaba con el fragor del mar lejano, creando una sinfonía de desolación, un canto fúnebre para los perdidos.

La silueta del faro se alzó al fin, una torre decrépita y solitaria, contra un cielo que empezaba a rasgarse con la promesa de un sol lejano, pero que seguía encerrado en la misma desolación. La

construcción, antaño un vigía impasible, ahora era una carcasa vacía, sus ventanas como cuencas hundidas, la luz rota por el paso del tiempo y el abandono. Julian se acercó con cautela, sus pasos amortiguados por el hormigón agrietado y el musgo que cubría el suelo.

La puerta, de madera podrida y hierro oxidado, cedió con un gemido que resonó en el interior, un eco fantasmal que se perdió en la oscuridad, un alarido de la propia estructura. El aire dentro era denso, cargado con el olor a salitre, humedad y el moho de siglos de abandono. Subió la escalera de caracol, sus dedos rozando la piedra fría, cada peldaño crujiendo bajo su peso, un recordatorio de la fragilidad del lugar, y quizás, de su propia cordura.

No había nada. Solo el viento silbando por las grietas, el eco incesante del mar golpeando las rocas, un fragor que le martilleaba en el tímpano, intensificando la frustración que le quemaba las entrañas. La desesperación, una ola fría, comenzó a subir, ahogándole la esperanza, asfixiando cada chispa de optimismo. ¿Se había equivocado Mila? ¿Había sido una trampa? La duda, esa víbora silenciosa, se enroscó en su cuello, apretando con fuerza.

Su prosopagnosia, el velo perpetuo que le cubría la memoria de rostros, se extendía ahora a la lógica, a la coherencia. Si no podía confiar en su vista para recordar el rostro de Grace, ¿cómo podría fiarse de su juicio para seguir este rastro tortuoso? La brillantez de Mila, que había sido su faro, ahora se sentía como una luz engañosa, un espejismo en la niebla, una traición a su intelecto. Su mente, habituada a los patrones, a las conexiones invisibles, se sentía ahora como un nudo inextricable, cada hilo enredado en una maraña de decepción y auto-duda.

Un escalofrío le recorrió la espina dorsal, no de frío, sino de una conciencia aguda, casi una presencia. El aire, ya gélido, se hizo más denso, cargado de una electricidad estática, un cosquilleo en la piel que le erizó los vellos de los brazos. Julian detuvo sus pasos sobre el hormigón agrietado del faro, los músculos tensos, el pulso

desbocado contra sus sienes. Un silencio pesado, antinatural, había caído sobre el lugar, ahogando el lamento del viento y el rugido del mar.

Alguien estaba allí. O había estado. Sus ojos escanearon la oscuridad interior del faro, donde la luz tenue de la mañana luchaba por penetrar, dibujando sombras danzantes en los muros. En un nicho bajo la escalera de caracol, donde la sombra era más profunda, algo brilló. Una libélula. No la de cristal iridiscente que llevaba en el bolsillo, aquella que vibraba con el eco de Grace. Tampoco las talladas con la elegancia que definían la obra de Black, las que Mila había descrito.

Esta era más tosca, casi burda, como una imitación mal hecha, de un cristal ahumado y sin brillo. Su corazón dio un golpe seco contra las costillas al verla, un tambor sordo resonando en su pecho. No emanaba la luz interior que Julian asociaba con los recuerdos de Grace. Parecía muerta, inerte, un trozo de vidrio sin alma. Sin embargo, cuando Julian la cogió, sintió un débil pulso, una resonancia apagada, casi imperceptible, como un latido fantasma. Era una burla, lo supo al instante, una cruel mofa.

Un zumbido áspero, roto y distorsionado, brotó del cristal. No era la voz de Grace, melodiosa y llena de miedo. Tampoco la melodiosa y fría de Mila, cargada de sabiduría y desafío. Era una voz metálica, un murmullo grave y condescendiente, cargado de una mofa calculada que le erizó los cabellos de la nuca. La sintaxis era demasiado perfecta, la cadencia demasiado artificial.

—Bienvenido, Julian. Has llegado al final de un camino… que no es el tuyo. —La voz chirrió, como un disco rayado. Una risa seca, sin atisbo de alegría, se filtró por el faro, rebotando en los muros de piedra—. La última pieza del puzle de Mila fue un... desafío. Pero no lo suficiente para evitar que yo la completara. A mi manera.

Un golpe seco le revolvió el estómago. Un vacío le ahogó el pecho. La manipulación. Mucho más profunda, más retorcida de lo que había osado imaginar. El Coleccionista no solo coleccionaba

conciencias, también coleccionaba los senderos que conducían a ellas. La voz continuó, distorsionada, pero clara, cada palabra una espina clavada en su orgullo:

—Ella quería que llegaras al origen. Pero el origen tiene muchas entradas. Y tú has elegido la más... pintoresca. Pero no la verdadera. Scotland Yard ha caído en el mismo anzuelo. Te has ganado un respiro, Julian. Disfrútalo. Antes de que el verdadero juego comience.

El golpe final lo dejó sin aire, vaciándole los pulmones. No era un error de Mila. Era la mano de Black, la del Coleccionista, sembrando una trampa sobre el rastro que ella había dejado. Una distracción calculada, una burla cruel, un juego de gato y ratón con su desesperación. La libélula ahumada se apagó en sus manos, el silencio que le siguió era un eco de su propia humillación, un abismo que se abría bajo sus pies.

Su prosopagnosia, esa incapacidad para discernir los rostros, se había trasladado a su comprensión de la realidad. Había dudado de Mila, de su propia cordura, de la validez de cada pista, y todo había sido parte del plan de Black. ¿Era real esa voz? ¿O la fatiga y el tormento le estaban jugando una mala pasada, distorsionando los sonidos, creando fantasmas auditivos? El rostro de Black se le presentaba como una niebla, pero su mente era un mapa claro de su malignidad. La trampa era real. La humillación era real. La cacería, también. Y él había caído de lleno en ella, como un novato.

La verdad lo golpeó con la fuerza de un vendaval, barriendo la niebla de su mente, dejándole una lucidez helada, cortante como el cristal. El Coleccionista no solo coleccionaba conciencias, también manipulaba la realidad de quienes lo buscaban, tejía telarañas de engaño sobre los hilos de la verdad. Black había interceptado el rastro final de Mila, no para borrarlo, sino para pervertirlo, para sembrar una falsa pista que lo desviara, que lo hiciera dudar, que lo sometiera a su juego.

La rabia, contenida hasta entonces, hirvió en sus venas, una marea ardiente que amenazaba con desbordarlo. Recordó las palabras de Arthur Penhaligon, pronunciadas con una mezcla de miedo y resentimiento, apenas un susurro en su oficina lúgubre: «un punto ciego en el sistema del Coleccionista... el origen». Arthur había insinuado la vulnerabilidad de Black, ese pequeño resquicio en su control omnipotente.

La falsa pista, por burda que fuera, era una admisión de que Black no controlaba el rastro de Mila por completo. Solo la última parte, el señuelo. Eso significaba que la 'clave de resonancia' que Mila le había confiado a Arthur, el disco de metal que debía "despertar" las conciencias, debía activarse en el verdadero origen, no en este faro ruinoso y vacío. Esta era la distracción, el velo para Scotland Yard.

Ellos también buscarían en este lugar, perderían un tiempo precioso, persiguiendo una sombra en la niebla, mientras él... él ahora tenía una certeza que los agentes de Davies no. Tenía una ventaja. Una mínima, sí, pero real. Un respiro, como había dicho la voz. El Coleccionista lo había subestimado, había creído que su prosopagnosia lo haría un peón predecible, ciego a los patrones complejos de su manipulación.

Pero Mila, la brillante Mila, había anticipado incluso esta posibilidad, había dejado migas de pan para que, incluso en la oscuridad más profunda, Julian pudiera ver. El faro no era el final, era un marcador, un punto de inflexión. El verdadero mapa estaba en la ausencia, en el vacío que este lugar dejaba, en la certeza de que Black no quería que llegara a un sitio. Si Black había manipulado la última pista, era porque la anterior, la que llevaba al verdadero origen, seguía intacta, esperando.

La libélula falsa, de cristal ahumado y sin alma, se sentía como una burla en su palma, un insulto tangible a su inteligencia. Julian apretó los dedos, sintiendo cómo el cristal cedía bajo la presión, fragmentándose con un crujido sordo, casi orgánico, como si un hueso se rompiera. Los pedazos cayeron a la tierra húmeda,

destellos sin vida que se disolvían en el fango, en el musgo, perdiéndose en la desolación.

La furia gélida que lo invadía era pura, inmaculada, limpia de desesperación. El Coleccionista lo había subestimado, había ignorado la resiliencia de su espíritu, su obstinación. Black, con su vanidad de arquitecto, había dejado un rastro, incluso en su manipulación, incluso en su intento de desvío. Y Julian lo había encontrado, había visto la mano oculta.

—No puedes borrar todos los rastros, Black —susurró, su voz ronca, apenas un murmullo que se perdió en el lamento del viento, pero que para él resonaba como un trueno—. Y yo he encontrado el tuyo.

El faro, ahora una silueta oscura contra el cielo que se aclaraba tímidamente, se cernía sobre él, no como una advertencia, sino como el mausoleo de una mentira desvelada. Julian ya no escuchaba advertencias; escuchaba el eco de la venganza, el latido furioso de un corazón que se negaba a ser una pieza más en el tablero. El verdadero juego comenzaba ahora, y él, Julian Stark, el hombre que no podía recordar rostros, tenía la ventaja.

Una ventaja, pensó, que no duraría mucho. ¿Podría Julian discernir la verdad completa y usar la clave de resonancia antes de que Black lo atrapara en su siguiente trampa? ¿O aquel respiro sería solo un preludio a su caída, una falsa esperanza en el laberinto de la mente de Black?

CAPÍTULO 17: LA LLAMADA DEL PASADO

2019. OXFORD, ÚLTIMOS DÍAS DE MILA.

El despacho del doctor Alistair Black, clausurado con un precinto universitario desde hacía años, era un mausoleo de ideas truncadas. Mila Belcombe, con la respiración contenida hasta sentir el ardor en el pecho, se movía entre estanterías colmadas de volúmenes apilados sin orden aparente. Pilas de expedientes exhalaban un olor a papel envejecido y a la desesperación de un proyecto olvidado. El aire, denso y glacial, parecía haber estancado el tiempo.

La luz mortecina de la lámpara de mesa, que Mila había encendido con un clic sigiloso, revelaba una capa de polvo que lo cubría todo, como un velo pardo sobre un secreto largamente guardado. Sus dedos, ágiles y precisos, rastreaban las costuras de las carpetas, la rugosidad de los lomos de tesis olvidadas. Buscaba un nombre, una fecha, una palabra clave que encajara con el puzle que la obsesionaba.

El ambiente, viciado y cargado con el rancio olor de la ambición frustrada, parecía retener los ecos de discusiones acaloradas, la frustración corrosiva de un genio expulsado de los claustros académicos. Había entrado sin autorización, sí, rompiendo el

precinto con un nudo en el estómago, pero la urgencia que le quemaba las entrañas era más potente que cualquier prohibición o recelo moral. La certeza de que el Coleccionista era Black había germinado en su mente tras el hallazgo de la tesis sobre la *Conciencia Espejo* en la Bodleiana.

Aquí, entre los restos de su carrera, esperaba encontrar la semilla de su locura, el origen de su «obra» macabra. La punta de sus dedos se rozó con la tapa de un viejo cuaderno de laboratorio, el cuero seco y quebradizo. Un estremecimiento le recorrió el brazo. No era solo un rastro, era una sentencia.

Finalmente, dio con una pila de antiguos expedientes universitarios, amarrados con una cuerda deshilachada que se desintegraba al tacto. El primero, en la cima, llevaba el nombre de Alistair Black. Los ojos de Mila, de un verde intenso y febriles por la tensión y el insomnio de días, devoraron las páginas amarillentas. Se trataba del rastro documental de un ascenso meteórico y una caída precipitada.

Black, un neurólogo brillante y visionario, había propuesto una teoría revolucionaria: la conciencia no era un mero producto del cerebro, sino una entidad independiente, capaz de ser replicada, almacenada, incluso trascendida. La llamaba la «conciencia espejo», una copia perfecta del alma, una inmortalidad digital. Los primeros artículos, publicados en revistas de prestigio, hablaban de un «paradigma revolucionario», de «la frontera final de la neurología».

Mila sintió la fascinación inicial de sus colegas en las primeras evaluaciones, pero el tono de los informes cambiaba con cada nuevo año, con cada nueva línea de investigación, haciéndose cada vez más alarmado, más crítico. Las palabras se volvían cuchillos: «excentricidad», «peligroso», «poco ético», «delirios de grandeza». Las anotaciones manuscritas en los márgenes de los documentos, con una caligrafía puntiaguda y agresiva, revelaban una mente que se negaba a ser encorsetada; una obsesión que rozaba la megalomanía, el desprecio por cualquier límite moral.

Retiraron los fondos, denegaron los permisos, cancelaron las colaboraciones. Despidieron a Black. Lo excluyeron. Y en ese rechazo, Mila no vio una derrota, sino el nacimiento de un resentimiento profundo, de una voluntad indomable por demostrar que estaban equivocados. La universidad no había perdido a un investigador; había creado a un monstruo, un dios autoproclamado que decidiría quién merecía la trascendencia.

Fue una escalada, lenta pero inexorable, de su brillantez a la crueldad, de la ciencia a lo que no podía ser nombrado, a lo que solo podía ser temido. El aire del despacho se hizo denso, cargado con el presagio de lo que había de venir, de lo que ya había llegado. Mila notó el sudor frío en la nuca, una punzada que no era del ambiente, sino del horror. La comprensión de la mente de Black, su lógica implacable, era como mirar a través de un espejo oscuro hacia una sima.

2019. EL MISMO DESPACHO, HORAS DESPUÉS.

La pila de folios se extendía ahora como un mapa desdoblado sobre la mesa, cada página un fragmento de la obsesión de Black, una ventana a su descenso. Mila, absorta, sentada en el borde de una silla de madera dura que crujía bajo su peso, pasaba las hojas con el cuidado de quien manipula artefactos frágiles, temiendo que el papel mismo pudiera desmoronarse y llevarse la verdad consigo. Las notas manuscritas de Black no solo documentaban su expulsión, sino también su obstinada continuación de la investigación fuera de los cauces académicos, en la clandestinidad de una mente enferma.

Había referencias veladas a un «nuevo centro de estudio del yo», a un «laboratorio donde las almas pueden ser despojadas de sus envolturas carnales», a «experimentos con el silencio y la ausencia», a «la liberación de la conciencia de su prisión biológica». Mila sentía cómo el nudo en su estómago se apretaba con cada frase, el horror filtrándose por sus venas como un veneno lento. No se trataba de una simple teoría; era un plan, una promesa macabra de trascendencia forzada, de una inmortalidad arrancada a la fuerza.

Una serie de coordenadas, garabateadas en un mapa esquemático trazado en la parte trasera de un recibo arrugado, llamó su atención. Un lugar remoto en los páramos escoceses, tan lejos de Oxford como la cordura de la locura. El antiguo sanatorio de Blackwood, rebautizado por Black como el «Centro de Estudio del Yo». Un hospital psiquiátrico abandonado, un eco lejano de tratamientos inhumanos y mentes rotas: el escenario perfecto para un genio desquiciado, para un dios que jugaba con las almas.

Las palabras de Black, susurradas entre líneas en los documentos, revelaban una visión distorsionada de la inmortalidad, no como un regalo, sino como una imposición. Él no buscaba datos, ni meras copias. Buscaba la esencia, la *conciencia espejo* en su estado más puro, desprovista del cuerpo, libre de las limitaciones de la carne, como mariposas atrapadas en ámbar. Las libélulas, comprendió Mila con una sacudida de espanto que le erizó la piel, no eran solo artefactos de almacenamiento; eran prisiones diminutas para esas esencias arrancadas, jaulas de cristal para el alma.

El sanatorio, donde antaño se practicaron lobotomías y terapias de choque, donde los gritos de los pacientes se ahogaban en los pasillos de piedra, era ahora el lugar donde Black realizaba sus propios experimentos, coleccionando almas como otros coleccionaban insectos exóticos. La certeza la asaltó con la fuerza de un rayo, una verdad tan fría y afilada que casi podía sentirla en la punta de sus dedos: el faro era una distracción, un velo de humo para los incautos, pero el hospital, el antiguo sanatorio, ese era el verdadero corazón de su obra. El lugar donde Grace y los demás estaban, de alguna forma, atrapados, sus conciencias suspendidas en el cristal.

Un escalofrío gélido le recorrió la espalda, no por el viento que silbaba afuera, sino por la revelación de una crueldad tan metódica, tan gélida, que congelaba la médula. Mila se apretó los brazos, sintiendo la piel de gallina, el eco de un dolor ajeno. El reloj de la torre de la universidad dio las tres, su repique grave rompiendo el silencio como un martillo. Se le agotaba el tiempo.

2026. UNA CAFETERÍA SOLITARIA EN LOS PÁRAMOS ESCOCESES. VIERNES POR LA TARDE.

El café, servido en una taza de porcelana desportillada, había perdido todo su calor, un charco oscuro y amargo sobre la mesa de madera. Julian Stark, sentado junto a un ventanal empañado por la lluvia incesante, lo miraba como un presagio de la oscuridad que se cernía sobre él. Afuera, la llovizna escocesa, tan densa que velaba el paisaje, convertía el pequeño pueblo en una acuarela borrosa de tonos grises y ocres.

Las pocas casas de piedra se desdibujaban en la niebla, las luces de sus ventanas apenas destellos lejanos. Había conducido durante horas, dejando atrás el faro como una vieja piel, una mentira desprendida que ya no lo engañaba.

Ahora, entre el silencio denso de la cafetería, roto solo por el murmullo de una radio lejana y el aroma a turba húmeda que se colaba por las rendijas de la ventana, Julian repasaba las notas de Arthur y los diarios de Mila. La información se desplegaba en su mente con una nitidez dolorosa, cada palabra un golpe seco, cada conexión un nuevo escalón hacia el abismo. El doctor Alistair Black, el Coleccionista, el antiguo sanatorio psiquiátrico de Blackwood.

La imagen mental del hospital, levantándose fantasmagórico entre la niebla en la desolación de los páramos, le provocaba un estremecimiento que no tenía nada que ver con el frío exterior. Era un escalofrío en el espíritu, una premonición que le erizaba el vello de la nuca.

El viejo hospital resonaba con historias de mentes rotas, de almas desposeídas, de experimentos que desdibujaban la línea entre la curación y la tortura. Julian había leído sobre Blackwood, sobre los métodos arcaicos, los gritos silenciados, las vidas destrozadas en nombre de una ciencia mal entendida. Los dedos de Julian se apretaban en torno a la libélula de cristal original, escondida en el bolsillo interior de su chaqueta.

El objeto, frío y ligero, se sentía ahora inmensamente pesado, como si contuviera los ecos de cada grito, de cada conciencia atrapada, un concentrado de sufrimiento inmemorial. Su prosopagnosia, esa incapacidad cruel para retener los rostros, se manifestaba ahora como una barrera insuperable, una niebla que se negaba a disiparse. Intentaba dar forma a la maldad de Black, visualizar al hombre detrás de la «obra», pero solo encontraba una nebulosa, un vacío, un contorno difuso que se escurría de su mente cada vez que intentaba fijarlo.

Era una frustración lacerante, una impotencia que le quemaba por dentro, una barrera invisible entre él y su enemigo. ¿Cómo luchar contra un adversario que ni siquiera podía dibujar en su mente, cuya verdadera apariencia se le negaba con la obstinación de un sueño fugaz? La lluvia golpeaba el cristal con una insistencia monótona, como un tambor que marcaba el ritmo de una fatalidad inminente, recordándole que el tiempo se agotaba, que el Coleccionista lo aguardaba. Una tensión fría le oprimía las vísceras.

Julian sintió una punzada de náusea. La ambición de Black, su visión retorcida de la inmortalidad, se le antojaba una sima insondable, un pozo sin fondo de megalomanía. No buscaba la vida eterna para sí mismo, no de la forma en que el resto de los mortales la anhelaban; buscaba la manipulación de la existencia misma, la redefinición del alma. La idea de la «conciencia espejo», de un alma desprendida del cuerpo y aprisionada en un artefacto, le oprimía el pecho hasta casi dejarlo sin aliento.

Pensaba en Grace, en el calor de su mano, la melodía de su risa, el aroma de su cabello, pero el rostro de ella seguía siendo un velo difuso, una imagen fragmentada que se desvanecía cada vez que intentaba retenerla, una tortura visual constante. Y Mila, la joven brillante y valiente que había desentrañado esta red de horror, ¿estaba ella también atrapada, su esencia convertida en una de esas libélulas, su mente un «espejo» en la colección de Black? La posibilidad era un puñal que se retorcía en la herida abierta de su corazón, un dolor agudo que le nublaba la vista.

El hospital. Un lugar de tortura y experimentación. Un santuario para un dios sádico que se alimentaba de almas. El aire, ya denso, se hizo espeso con la carga de esa revelación, con el peso de todas las vidas que Black había reclamado. Julian no podía recordar la maldad en el rostro de Black, pero podía sentirla, podía saborearla en la sequedad de su boca, en el temblor de sus manos. Su incapacidad de dar una forma visual a su enemigo, en lugar de debilitarlo, exacerbaba su determinación, la volvía más pura, más visceral.

La venganza ya no era solo por Grace, sino por todas las voces silenciadas, por todas las conciencias usurpadas, por cada fragmento de alma aprisionado. El café se había enfriado por completo; su amargor, un reflejo del sabor que Julian sentía en la boca. Un estremecimiento le recorrió la espalda, no de frío, sino de una determinación sombría, una certeza inquebrantable que lo impulsaba hacia adelante, hacia el abismo que lo esperaba en el páramo.

Una de las últimas entradas en los diarios de Mila, escrita con una prisa febril y un trazo desigual que apenas podía leerse en algunos puntos, reveló un detalle determinante. Era un enrevesado conjunto de símbolos y números, en apariencia una fórmula neurocientífica extraída de una de las primeras tesis de Black, la misma que Mila había encontrado en la Bodleiana. Pero bajo la superficie, un código de acceso.

Una contraseña, fragmentada y oculta en los intrincados algoritmos que Black había diseñado para su «conciencia espejo», un lenguaje que solo una mente tan brillante como la de Mila, o la del propio Black, podría haber concebido. Mila, astuta hasta el final, había sabido que Julian necesitaría una llave, no solo para acceder a la base de datos de Black, sino para desentrañar la mecánica de su colección, para entender cómo liberar a los atrapados, a Grace. Decodificarlo sería un laberinto mental por sí mismo, una prueba de su intelecto contra el de Black, un duelo de mentes a través del tiempo.

No era un simple rompecabezas; era una capa de seguridad diseñada por una mente brillante para proteger sus secretos más abominables, una última trampa para el intruso, o quizás, una última esperanza para el salvador. Julian deslizó el dedo sobre los caracteres, sintiendo la urgencia en la punta de sus falanges, el tic-tac de un reloj invisible que marcaba el fin de su búsqueda. La cabeza le palpitaba con el esfuerzo de la concentración, intentando encontrar un patrón, una lógica oculta.

La lluvia, afuera, redoblaba su percusión contra el ventanal. El sonido se amplificaba, convirtiéndose en un lamento sordo que llenaba el pequeño espacio de la cafetería. El cielo se había cerrado por completo, una bóveda de plomo que presagiaba la noche inminente. La luz se desvanecía con rapidez, tiñiendo el mundo de un gris azulado, oscuro y gélido. Scotland Yard. Davies, con su cojera obstinada, su implacable sentido del deber.

Un rostro que Julian no podía recordar con claridad, pero cuya presencia sentía como una sombra. Sabía que no se habían rendido, que la falsa pista del faro solo los desviaría por un tiempo. Podrían aparecer en cualquier momento, la jauría persiguiéndolo hasta el último rincón de Escocia. Pero ya no importaba. La urgencia de la confrontación superaba cualquier otra preocupación. No había vuelta atrás. Su destino ya estaba escrito en las páginas de Mila, en la locura de Black.

Julian se levantó de la silla. El café, tan frío como la tumba, aún en la taza. Un ligero crujido en sus rodillas, el cansancio acumulado de días sin descanso, pero su voluntad era inquebrantable. El viejo hospital lo esperaba, la verdad lo esperaba, y Alistair Black, el Coleccionista, lo esperaba. En las ruinas de aquel sanatorio psiquiátrico, entre los ecos de las conciencias atrapadas, aguardaba el espejo.

«No será solo una confrontación», susurró Julian, su voz ronca, apenas un murmullo que se perdió en la caricia del viento que se colaba bajo la puerta, haciendo bailar las motas de polvo en el suelo.

«Será una condena». La noche escocesa se cerraba sobre él, un telón de misterio y fatalidad. El destino, suyo y de Grace, lo aguardaba entre esas paredes desmoronadas. Y Black, desde su guarida, en algún lugar oculto en la negrura creciente del páramo, sonreía, anticipando la llegada de su última pieza.

CAPÍTULO 18: LA ÚLTIMA PIEZA DE AJEDREZ

ESCOCIA, SÁBADO POR LA MAÑANA, 2026

El coche, un viejo armatoste de motor ruidoso y pintura desconchada que Julian había conseguido con un puñado de billetes en un pub olvidado, avanzaba a trompicones por las carreteras secundarias de los páramos. El cielo, una losa plomiza, descargaba una lluvia fina y persistente que convertía el mundo en una acuarela borrosa de grises y verdes oscuros. Cada bocanada de aire helado le raspaba la garganta, pero el frío exterior no se comparaba con la helada que se había instalado en sus huesos al comprender la magnitud de la traición de Black.

Su propia mente, la única fortaleza que creyó inexpugnable, había sido un lienzo sobre el que el Coleccionista había pintado su macabra obra. Los pensamientos de Grace, sus recuerdos, su rostro difuso, todo un eco manipulado. Los giros en la carretera eran tan caprichosos como los laberintos que Black había trazado en su mente. A cada bandazo, Julian apretaba el volante, sus nudillos blancos, una contención forzada que apenas lograba dominar el temblor que lo recorría. El olor a turba mojada y gasolina barata llenaba el habitáculo, mezclándose con el rancio aroma del miedo.

La cabaña, un refugio prestado en un recodo olvidado, casi tragada por la vegetación salvaje que prosperaba bajo el azote constante del viento y la humedad, no aparecía en ningún mapa oficial. Arthur Penhaligon, el anticuario de Londres, había llegado antes que él, envuelto en el misterio que siempre lo acompañaba, para este encuentro clandestino lejos de los ojos de Scotland Yard. La estructura de piedra oscura y techo de paja, idéntica a las que salpicaban la remota geografía escocesa, destilaba un aire de secreto, de retiro forzado.

Las ventanas, pequeñas y enrejadas, eran ojos hundidos en la fachada. Julian detuvo el coche a cierta distancia, el traqueteo del motor muriendo en el silencio opresivo del páramo. El repiqueteo de la lluvia era la única melodía, un ritmo constante que amplificaba la tensión. Al bajar, el aire le azotó la cara, helado, cortante. La hierba alta y empapada se pegaba a sus pantalones, y el barro se adhería a las suelas de sus botas con una persistencia obstinada.

Se acercó a la puerta, una gruesa tabla de roble tachonada de hierro. Un golpe seco y resonante. La espera se estiró, densa, hasta que el cerrojo chirrió y la puerta se abrió una rendija.

Arthur Penhaligon, con sus ojos grises, pequeños y penetrantes, lo miró desde la penumbra del interior. Estaba más pálido que nunca, la piel tirante sobre sus pómulos afilados. Su cabello, gris plateado y meticulosamente peinado, se veía en contraste con el rastro de sudor frío que le perlaba la frente. El anillo de plata antigua en su meñique brilló con un destello tenue en la escasa luz. Sus hombros estaban tensos, levantados, como si esperara un golpe.

Dentro de la cabaña, el aire era espeso, cargado con el olor a humo de turba, libros viejos y el inconfundible hedor a miedo. Una chimenea crepitaba débilmente, arrojando sombras danzarinas sobre las paredes de piedra tosca. Arthur no lo invitó a pasar con palabras, pero se apartó, una invitación muda y urgente. La cabaña, antes solo un punto en el mapa, ahora se revelaba como un refugio precario, un último bastión para un hombre acorralado.

La cara de Arthur era un mapa de su propio tormento, sus labios apretados en una línea fina y rígida. La presencia de Julian era un peligro manifiesto, pero Penhaligon parecía haber sopesado los riesgos y tomado una decisión irreversible. El anticuario estaba visiblemente tenso, sus ojos inquietos, su respiración superficial y entrecortada, delatando el pánico que intentaba ocultar. La lluvia golpeaba el techo de paja con una furia incesante, un redoble que parecía anunciar una catástrofe.

—Julian —la voz de Arthur, un rumor áspero, apenas se escuchó sobre el estruendo del agua. Su garganta parecía apretada, cada palabra una tortura. Su mirada, una mezcla de culpa y terror, se clavó en Julian. Su mano temblaba levemente al señalar una pequeña mesa de madera rústica donde reposaba una caja de ébano lacada, inmaculada contra el caos de papeles y objetos extraños. Era una pieza de belleza inquietante, pulida y oscura como una noche sin estrellas. Dentro, sobre un paño de terciopelo carmesí, un dispositivo diminuto brillaba con una luz metálica. Era de obsidiana y plata, intrincadamente grabado con patrones que recordaban a alas de insecto, pero su forma general era la de un audífono antiguo, quizás un artefacto para aumentar los sonidos del mundo.

—Black ha estado aquí —continuó Arthur, sin aliento, su pecho subiendo y bajando con un esfuerzo visible—. Vino. No con amenazas explícitas, sino con una frialdad que congelaba la sangre. Dijo que era la última pieza para tu juego. Un modificador de frecuencia. Para tu libélula.

La mención de la libélula hizo que un estremecimiento recorriera la columna de Julian. Una trampa. El Coleccionista, siempre un paso por delante, siempre tejiendo su red. El modificador era elegante, mortífero. Su superficie era lisa bajo los dedos de Julian, pero emanaba una vibración sutil, casi imperceptible, que erizó el vello de su nuca. Una nueva capa de control, un último acto de manipulación. El rostro de Arthur se contrajo en una mueca de agonía contenida.

—Quiere que lo uses. Dice que liberará a Grace. Una mentira. Es… una aniquilación.

Arthur se tambaleó y se apoyó en la pared, su rostro blanco como la cera, los ojos fijos en el dispositivo con un horror visceral. La confesión le quemaba la garganta, lo ahogaba. Había sido cómplice, un peón en el tablero de Black, y el peso de esa culpa lo aplastaba. Julian sintió el vacío en el estómago, un acceso de rabia que le hizo apretar la mandíbula. Black no solo quería capturarlo, quería destrozar la última esperanza, la última conexión con Grace.

La frialdad de ese plan era una prueba más de la depravación del Coleccionista. La libélula de Grace, el último fragmento de su esposa, era el objetivo final de esa "aniquilación".

—Me lo dio con instrucciones claras —Arthur prosiguió, su voz apenas un jadeo—. Me dijo que te dijera que es la llave final. La que te dará la verdad de Grace. Pero es una falacia. Es el final de Grace. Una disolución.

La revelación le heló la sangre a Julian. El Coleccionista no solo coleccionaba, destruía. O, peor aún, convertía las conciencias en algo tan irreconocible que la disolución era preferible. La imagen de la libélula de Grace, vibrante en su mano, se contorsionó en su mente, amenazada por ese pequeño artefacto. Era una trampa diseñada para su desesperación, para su necesidad de ver a Grace una vez más, para su anhelo de verdad.

La prosopagnosia de Julian, esa constante tortura visual, ahora se sentía como una herida abierta, un flanco expuesto a los ataques sutiles de Black. El modificador de frecuencia era una pieza de un juego mucho más grande, un juego donde la mente de Julian era el campo de batalla principal. La lluvia, fuera, redobló su percusión, un eco del latido frenético de su propio corazón. Julian tomó el dispositivo de obsidiana, sintiendo su peso, su malicia.

Arthur, tembloroso, se atrevió a dar un paso, apoyándose en la mesa, su mirada furtiva.

—No fue solo mi coacción, Julian —murmuró, su voz apenas audible sobre el susurro de la lluvia—. Black… su obra es más profunda de lo que imaginas. Él no solo manipula los recuerdos, los implanta. Tu prosopagnosia… no fue un simple efecto colateral de tu trauma.

La palabra "implanta" repercutió en el pecho de Julian como el golpe de un martillo contra un yunque, sordo y pesado. La respiración se le atascó en la garganta. La cabaña, antes un refugio, se volvió asfixiante. Sus ojos, azul grisáceo y ensombrecidos por el cansancio, buscaron los de Arthur, exigiendo más. Pero el rostro de Arthur, siempre un enigma, ahora solo mostraba una desesperación profunda. La idea era monstruosa. Su mente. Su propia mente. La verdad se retorcía como un cuchillo en sus entrañas.

—Black la utilizó. Tu incapacidad para reconocer rostros… la amplificó. Como un portal. Para implantar. Para dirigir tu duelo. Tus recuerdos de Grace… no son solo fragmentos. Son un diseño. Una composición. Orquestada para que la siguieras. Cada pista, cada eco… te llevaba a él. No eres un cazador, Julian. Eres la presa que él ha construido.

El aire se le escapó de los pulmones. Un silencio denso y sofocante llenó el espacio. Julian se tambaleó, apoyando una mano en la mesa, sus dedos apretándose contra la madera rugosa. Sus rodillas flaquearon bajo el peso de esa revelación. ¿Su prosopagnosia, esa marca de su dolor, esa prueba de su locura, una manipulación? ¿La había creado Black? ¿O, peor aún, la había moldeado, transformado en una herramienta?

La imagen de Grace, la esencia de su amor, la búsqueda de su verdad, se desintegraba en mil pedazos. No era el trauma, no era su mente rota por el dolor. Era la mente de Black. Un titiritero invisible que movía los hilos de su dolor, de su memoria, de su propia percepción. La rabia, que hasta ahora había sido un fuego contenido, estalló en su interior, una llamarada abrasadora. Era una furia pura, visceral, que le hizo temblar hasta el alma.

La cabaña entera pareció encogerse, las sombras de la chimenea alargándose y retorciéndose como demonios. El aliento le quemó el pecho, una punzada ardiente. La desesperación le apretó la garganta, pero no de la forma habitual. Esta vez, era una desesperación mezclada con una rabia fría y cortante, la de un hombre al que le habían robado su propia identidad. Pensó en Grace, en el velo que siempre cubría su rostro en su mente.

¿Era ese velo la obra de Black? ¿Era su incapacidad de recordarla una programación activa, un bloqueo para que solo viera lo que el Coleccionista quería que viera? La idea era un veneno que corría por sus venas, una corrosión que desdibujaba cada certeza. Cada lágrima derramada, cada noche en vela, cada obsesión por encontrar la verdad… ¿todo había sido parte de un guion? Era una traición de la magnitud más íntima, un robo de su propio sufrimiento.

La cabaña era demasiado pequeña, el aire demasiado denso. Necesitaba respirar. Necesitaba golpear algo. Necesitaba desmantelar la ilusión que Black había erigido a su alrededor.

Arthur Penhaligon, observando el volcán silencioso que se había despertado en Julian, se arrastró hacia él, el miedo aún palpable en sus ojos, pero con una resolución que antes no había poseído.

—Por eso vine aquí, Julian. Para darte la verdadera llave. Y una última advertencia. Mila no confiaba en nadie. Pero sabía de tu prosopagnosia. Sabía que Black la usaría, porque cree que es tu debilidad. Pero para Mila, era tu punto ciego. Ella lo vio.

Arthur extrajo de su bolsillo un pequeño objeto. No era ostentoso, ni brillaba como el modificador de Black. Era un disco de metal, pulido y discreto, que se confundía con la oscuridad de su palma. La superficie, aunque sin brillo, era extrañamente cálida al tacto. La verdadera clave de resonancia de Mila. La que podía despertar las conciencias sin dañarlas. Era el contraataque, la única arma verdadera contra el Coleccionista.

—El modificador de frecuencia de Black alterará el… el patrón de la conciencia espejo de la libélula de Grace —explicó Arthur, su voz más firme ahora, como si la verdad le diera una fuerza prestada—. La desintegrará. La volverá un eco vacío. Solo esta… este disco… es la frecuencia correcta. La que Mila diseñó. Es como un antídoto. No solo para Grace, sino para todas ellas.

Julian sostuvo el disco, su corazón latía con una nueva urgencia, una mezcla extraña de esperanza y terror. El pequeño objeto, tan insignificante en apariencia, pesaba como todo el universo.

—También hay un mecanismo de anulación —añadió Arthur, su mirada desviándose, como si temiera decir la siguiente verdad—. Una forma de detener a Black, de deshacer su obra por completo. Mila dejó un código de acceso para la base de datos de Black, oculto en su tesis. Es un código para el mecanismo de anulación, ella lo llamó el… el 'código del espejo roto'. Para desmantelar la matriz de libélulas.

El 'código del espejo roto'. Una frase que invocaba imágenes de fragmentos, de reflejos destrozados, de realidades quebradas. La mente de Mila Belcombe, brillante hasta el final, había previsto la necesidad no solo de liberar, sino de destruir la prisión. Black había subestimado a su víctima más inteligente. Julian asimiló la nueva información, la cabeza le palpitaba con una fuerza atronadora. La lluvia seguía martilleando el tejado, un incesante recordatorio del tiempo que se agotaba.

La furia, la desesperación, la culpa, se mezclaron en una tempestad gélida y acerada. Era un duelo de mentes, de voluntades. Black contra Mila. Y Julian, el peón, se había convertido en el arma. El aliento le quemó los pulmones.

Julian salió de la cabaña, el viento helado le golpeó la cara, pero ya no sentía el frío. El peso de la traición y la manipulación de Black se había asentado en su alma, una losa oscura que parecía adherirse a cada célula de su ser. Su propia prosopagnosia, el velo que había cubierto el rostro de Grace y que tanto lo había atormentado, no era

un síntoma de su duelo, sino una herramienta en las manos del Coleccionista. Black no solo lo había cazado, lo había construido, pieza a pieza, recuerdo a recuerdo, dolor a dolor. Había esculpido su propia presa.

—Grace, Mila, Alistair Black… —murmuró Julian, su voz ronca se perdió en el aullido del viento que arrancaba el aliento. Sus dedos se apretaron sobre el disco de metal, la verdadera clave de resonancia, y sobre el modificador de frecuencia, la trampa de obsidiana—. La cacería no es sobre encontrarte. Es sobre salvarte de mí mismo.

El hospital lo esperaba, una silueta oscura contra el cielo plomizo. Y esta vez, Julian iría a por todas, su mente un laberinto de verdades y mentiras, pero con una claridad brutal, una determinación de acero que no se había forjado en la culpa, sino en la rabia. El final estaba cerca, y sería un duelo de conciencias, no de armas. En ese duelo, la primera víctima era la verdad misma. Y la segunda, la identidad.

CAPÍTULO 19: EL ÚLTIMO MENSAJE DE MILA

2019. OXFORD, ÚLTIMOS DÍAS DE MILA.

El aire en el sótano olía a ozono, a la humedad fría de la piedra. Una maraña de cables, pantallas parpadeantes y bobinas de cobre cubría las mesas de laboratorio improvisadas, empapadas bajo paños blancos. Mila Belcombe, la tez pálida y los ojos verdes hundidos en círculos violáceos, se inclinó sobre una mesa de metal. La luz cruda de una lámpara sin pantalla le caía sobre las manos, haciendo brillar el sudor de su frente.

En el centro de aquel caos, una libélula de cristal de tamaño inusual, mucho más grande que cualquiera que Julian hubiera visto, parecía respirar. Un matiz violáceo en sus alas absorbía la luz en lugar de reflejarla. Latía, un corazón oscuro y callado.

Mila se frotó los brazos. El frío le calaba hasta los huesos, a pesar de que el termostato del pequeño sótano estaba al máximo. El miedo, una bestia gélida, le mordía las entrañas, pero en su postura se alzaba una determinación feroz. Lo sentía. Percibía la sombra de Black acechando cada rincón de Oxford, cada silencio, cada callejón. El tiempo se le escapaba, arena fina entre los dedos. Su mochila, apoyada contra una pila de libros sobre neurología avanzada, contenía lo esencial: la tesis de Black, sus notas finales y la agenda

de Grace, repleta de códigos. Tenía que ser el fin, pero también el inicio para otro. Un legado. Una última oportunidad.

Sus dedos, ágiles y precisos, conectaron un pequeño sensor a la base de la libélula maestra. La superficie del cristal se onduló entonces, como si un líquido invisible circulara por su interior. Mila respiró hondo, el aliento temblándole en la garganta. La cámara rudimentaria que había montado, un lente fijo sobre un trípode oxidado, apuntaba directamente a su rostro. Las ojeras marcaban un cansancio que iba más allá del físico: era el peso abrumador de un descubrimiento que amenazaba con devorarla. El futuro de Grace, de Julian, del resto de las víctimas, se jugaba en este último acto, en las palabras que aún no nacían en su boca.

—Grabando —susurró, su voz ronca por la tensión, más para sí misma que para la máquina. Sus ojos verdes se fijaron en el punto rojo del lente, una pequeña luz que parecía devorarle el alma—. Si estás viendo esto, Julian, significa que he fracasado. O, quizás, he triunfado a mi manera. Este es el último mensaje. El verdadero.

La verdad, a menudo, era un eco que se negaba a desaparecer. Mila lo sabía.

2019. EL MENSAJE DE MILA.

—Black cree que es invencible —comenzó Mila. Su voz en la grabación, a pesar del cansancio, adquirió una nitidez precisa, la autoridad de una científica al borde de una revelación. La mirada era un rayo láser—. Ha creado una matriz de libélulas, una red de conciencias espejo que se alimentan unas de otras. Un solo patrón de resonancia, replicado en un millar de ecos. Eso es lo que las mantiene cautivas. Su fuerza es, paradójicamente, su debilidad. Es la 'resonancia colectiva'.

Mila se detuvo, sus ojos desviándose hacia una pizarra donde garabatos, fórmulas y diagramas se entrecruzaban en un laberinto de tinta borrada. Números complejos, ecuaciones de neurociencia y

símbolos arcaicos se entrelazaban allí. Su obra magna: el mapa de una prisión sin paredes.

—Imagina una red de cuerdas de violín —continuó, volviendo su atención a la cámara, a los ojos invisibles de Julian—. Cada libélula es una cuerda, y todas vibran al mismo tiempo con la misma nota. Black cree que, al amplificar esa resonancia colectiva, se asegura de que ninguna conciencia pueda escapar sin romper el resto del sistema. Cree que, al intentar liberar una, destruyes todas. Por eso el modificador de frecuencia de Arthur, el que te entregaría, es una trampa. No libera; desintegra. Resuena con una frecuencia que rompe el patrón, pero sin liberarlo, solo lo aniquila.

Su voz se volvió más grave, la urgencia manifiesta, como si las palabras quisieran saltar de la libélula y aferrarse a Julian. —Pero hay una forma. La clave de resonancia que te entregó Arthur, ese disco de metal… no es solo una frecuencia. Es la frecuencia inversa. Es la nota que desarmoniza, no para destruir, sino para desacoplar. Al introducirla en la matriz principal de Black, activa una 'anulación de resonancia colectiva'.

Es como golpear una campana que vibra en perfecta sincronía con otras mil. Un golpe inverso que hace que todas las vibraciones se detengan a la vez, liberando la energía, pero sin el estallido.

Mila se pasó una mano por el cabello rojizo, despeinado, como si las ideas que brotaban fueran demasiado rápidas para su mente agotada. —Las conciencias… se liberarán. Volverán a donde pertenecen, al éter, a la memoria colectiva, a donde la consciencia de verdad descansa. Black perderá su colección. Su 'obra'. Su pequeña inmortalidad. Es lo único que le importa. Lo perderá todo. Y Julian —la voz de Mila tembló, una emoción cruda se asomó por un instante—, Grace también se liberará.

Ella… ella es una de las cuerdas, un eco, pero su esencia está ahí. El código del espejo roto que te dejé en mi tesis es el detonante para el mecanismo de anulación. Es la secuencia de entrada para esa clave inversa. Es la única forma de que todas puedan… descansar.

El brillo en sus ojos era febril, una mezcla de esperanza y de una certeza amarga. Un rastro de ceniza flotaba en el aire del sótano, el olor a su propio sacrificio.

2026. SÁBADO POR LA NOCHE, CERCANÍAS DEL HOSPITAL.

Julian Stark se quedó inmóvil dentro del habitáculo de su coche, aparcado en una curva discreta donde la carretera se convertía en un rastro de grava y fango. La niebla, un sudario pesado y algodonoso, se aferraba a los cristales, borrando el mundo exterior, dejando solo una visión borrosa de un páramo desolado. El aire en el interior del coche era denso, impregnado del olor a tierra mojada, a óxido, y cargado con la tensión del propio Julian.

Sus manos, firmes sobre el volante frío, sostenían la libélula de cristal de Grace, dormida desde su encuentro con Penhaligon. Junto a ella, el disco de metal de Mila, la verdadera clave de resonancia, se sentía extrañamente ligero, aunque su peso simbólico era inmenso. El modificador de frecuencia de Black, la trampa, lo había dejado a un lado, como un objeto contaminado, una muestra de la bajeza de Black.

Respiró hondo. Sus pulmones quemaban. Era el momento. Con el pulgar, Julian presionó el pequeño disco de metal, incrustándolo en una ranura imperceptible de la base de la libélula de Grace. Un suave clic resonó en el silencio, un sonido pequeño pero decisivo. La libélula tembló en su palma, una vibración casi imperceptible que se extendió por su brazo. La superficie de cristal, de un color azul verdoso iridiscente, comenzó a pulsar con una luz interna.

No era la luz fría y artificial de la trampa de Black; era una luz suave, cálida, que parecía emanar del núcleo mismo del cristal. Luego, una imagen fluctuante se proyectó en el parabrisas empañado del coche: un rostro, borroso, inasible. Como todos los rostros para él. Pero esta vez no era la parálisis del miedo. Era el eco de la esperanza.

Entonces, la voz. No era solo Mila, no era solo Grace. Eran ambas, superpuestas, entrelazadas en un susurro que se alzaba desde el

cristal, una sinfonía de ecos que arañaba el alma de Julian. La voz de Grace, familiar y añorada, se mezclaba con la cadencia científica y urgente de Mila.

—Julian… —susurró Grace. Su voz, aunque un suspiro tenue, vibraba con una presencia que Julian sentía hasta los huesos. Parecía hablarle desde un lugar muy lejano, pero a la vez, muy cercano. La angustia se mezclaba con un atisbo de alivio, la certeza de que su voz era real, a pesar de todo—. Lo siento, mi amor. Te hice… te hice esperar. Pero no estaba sola. Mila estaba conmigo. Siempre.

Y luego, la voz de Mila, clara y precisa como un bisturí, irrumpiendo a través de la melancolía de Grace, añadiendo capas de determinación: —Sabíamos que vendrías. Sabíamos que Black te usaría, Julian. Tu prosopagnosia… no es una enfermedad. Es una llave. Un portal para él. Pero para nosotros… era la oportunidad. Una ventana que él no vería. No temas a lo que has olvidado. Teme a lo que él te ha hecho recordar.

Un nudo se formó en la garganta de Julian, una punzada de dolor y de una gratitud insoportable. No podía distinguir sus rostros en la imagen borrosa que danzaba en el parabrisas, pero sus voces… eran dos faros gemelos en la oscuridad de su memoria, guías incandescentes que le quemaban los oídos. La conexión era tan fuerte que le producía un dolor físico en el pecho, un ardor que le recordaba que no estaba solo. Que nunca lo había estado realmente. Que Grace y Mila, de alguna manera, lo habían acompañado en cada paso. Eran la resistencia. Eran la verdad.

La prosopagnosia de Julian, ese velo cruel que había difuminado los rostros del mundo, se manifestó entonces no como una maldición, sino como una extraña bendición, una protección. Black había intentado explotarla, pero ellas la habían subvertido. No necesitaba ver sus rostros para sentirlas, para entenderlas, para amarlas. Su esencia, su intelecto, su valentía, todo eso era más vívido que cualquier imagen. La libélula en su mano irradiaba una calidez reconfortante, el disco de metal vibraba con una vida propia. No

eran objetos inertes; eran extensiones de dos voluntades indomables.

La luz de la libélula parpadeó en el interior del coche, proyectando sombras danzarinas en las paredes tapizadas, alargando los contornos hasta convertirlos en formas fantasmales. La voz de Mila, de nuevo, llenó el pequeño espacio con una advertencia fría y cortante, rompiendo la breve tregua emocional. —Julian, Black sabe que estás llegando. Habrá activado las defensas. Él… ha creado un campo de distorsión sensorial alrededor del perímetro del hospital.

Es su forma de proteger el núcleo de la matriz. Afecta la percepción, desorienta. Es un laberinto para los sentidos. Una trampa perfecta para un hombre como tú. Una distorsión de la realidad.

La advertencia de Mila resonó con una claridad brutal en la mente de Julian. Un campo de distorsión sensorial. Una barrera que retorcería la realidad, que jugaría con sus percepciones. Y para él, un hombre cuya propia percepción ya era una tela de araña rota, sería un infierno. Una trampa diseñada con una precisión diabólica para su prosopagnosia. Una sonrisa amarga se dibujó en sus labios, sin alegría.

Black lo había estudiado a la perfección. Había convertido su mayor debilidad en el arma más efectiva contra él. Julian sentía ya la amenaza en el aire, una pesadez que se adhería a su piel, el sabor metálico del miedo en su boca.

El hospital, envuelto ya casi por completo por la niebla, se mostraba ahora como una silueta fantasmagórica en la oscuridad, sus torres derruidas y sus ventanas negras como cuencas vacías. Era la boca de la bestia, un depredador agazapado en la noche escocesa. Apagó la libélula; el cristal se oscureció en su mano, pero el mensaje, decisivo y devastador, resonaba en su mente, una melodía sombría y vibrante. Cada palabra de Mila, cada eco de Grace, había grabado un mapa en su conciencia. Black lo estaba esperando. Y Julian iba a darle lo que quería. Pero no sería el final que él había escrito.

—Vas a tener tu resonancia, Black —murmuró Julian. Su voz, apenas un aliento que se perdió en el denso aire del coche, llevaba la promesa de una venganza fría, inquebrantable—. Pero no será la que esperas.

Con cada paso, con cada aliento, Julian sentía cómo su propia identidad, ese constructo frágil de recuerdos y percepciones, se disolvía lentamente, como azúcar en agua. Era el cazador, sí, ahora armado con la verdad. Era la presa, la última pieza del coleccionista. Era la colección misma, un amasijo de recuerdos manipulados, y a la vez, el fin de todo aquello. El tiempo se había detenido, encapsulado en la densa niebla que le prometía el anonimato. Solo tenía que dar el primer paso.

CAPÍTULO 20: EL LABERINTO DE LA MENTE

ESCOCIA, SÁBADO POR LA NOCHE, 2026

Un velo de humedad, impregnado del rancio aroma a turba y cemento mojado, cercó a Julian Stark al instante de cruzar el umbral del Hospital Psiquiátrico Abandonado. Los goznes del pesado portón de hierro, corroídos por décadas de abandono y el salitre del páramo, gimieron con un lamento metálico que se extendió por el silencio como una cuchillada. El batiente se cerró a su espalda, sellando el exterior y abriendo un abismo de oscuridad.

La niebla, su compañera desde los páramos, no se había quedado fuera; se transformó en una niebla interna, un velo que se adhirió a sus sentidos, a su piel, al mismo aliento que le arañaba la garganta con cada inhalación. Solitarios, los pasos de Julian resonaron en los primeros pasillos, ecos que se ahogaban en la densidad de la atmósfera, engullidos por una penumbra tan profunda que casi podía saborearla. El frío, hasta entonces una mordedura superficial en el rostro y las manos, se filtró en sus huesos, un abrazo gélido que prometía no soltarlo, una bienvenida silenciosa a la cámara de tortura.

El hedor a moho, a abandono, a óxido y a una desesperación ancestral se aferró a sus fosas nasales, una advertencia silenciosa, el

perfume de la locura y el olvido. Las paredes, descoloridas y peladas, se alzaban como esqueletos de un pasado atormentado, sus ventanas rotas como cuencas vacías que lo observaban desde las alturas, ojos ciegos de un monstruo petrificado. La oscuridad era casi total, apenas rota por la luz mortecina de su linterna, un haz tembloroso que bailaba sobre grafitis borrosos y manchas sospechosas en el suelo, cada una una promesa de podredumbre.

Cada respiración se convirtió en un acto de voluntad, una lucha contra la opresión que le aplastaba el pecho, una certeza de que la realidad, dentro de estas paredes, era una impostora, una ilusión tejida para atraparlo. El hospital no era solo un edificio; era un organismo vivo, respirando un aire viciado y esperando.

El silencio se quebró, no con un sonido audible, sino con una vibración que se sintió primero en los pies, ascendiendo por las piernas hasta el pecho. Un zumbido apenas perceptible, como el aleteo de miles de insectos invisibles, comenzó a envolverlo, ascendiendo desde el suelo, colándose por las paredes agrietadas, saturando el aire denso. El campo de distorsión sensorial de Black se activaba, no con un estruendo, sino con una resonancia insidiosa que se metía bajo la piel.

Una presión en las sienes, un martilleo rítmico que se sincronizaba con el zumbido, como si su propio cerebro fuera un diapasón afinado a la frecuencia de la locura. La luz de su linterna, hasta entonces un ancla precaria en la negrura, comenzó a parpadear, a distorsionarse, proyectando sombras alargadas que danzaban y se retorcían con una vida propia. Parecía que los rincones ocultaran entidades espectrales que cobraban forma.

Las paredes, antes fijas y sólidas, ondularon entonces, como si el cemento fuera una tela agitada por una corriente invisible, moviéndose y respirando. Los pasillos se estrecharon y alargaron de forma imposible, las puertas se multiplicaron o desaparecieron de su campo de visión, creando un laberinto de geometrías que desafiaban toda lógica espacial. El olor a desesperación se intensificó, se volvió

casi dulce, luego metálico como la sangre, luego inexistente, para regresar con una violencia renovada.

Más agudo, el frío le recorrió la columna vertebral, una punzada helada que no provenía de la temperatura sino del terror. Julian apretó los dientes, sintiendo el crujido de su mandíbula. Esto era la trampa; una trampa no para el cuerpo, sino para la mente, diseñada para despojarlo de la única herramienta que aún poseía: su percepción.

Su prosopagnosia se disparó entonces, no como una ráfaga de viento o un simple velo, sino como una explosión controlada dentro de su cráneo. Una implosión de su propia identidad. El campo de Black no solo desorientaba; atacaba la raíz misma de su condición, la fragilidad de su memoria facial, la arquitectura misma de su reconocimiento. Cada sombra, cada mancha en la pared, cada resquicio de luz que se colaba por las ventanas rotas, se retorcía para formar rostros.

Rostros que se disolvían antes de que pudiera aferrarse a un rasgo distintivo, contornos que se desdibujaban en el mismo instante en que intentaba reconocerlos, como si estuvieran hechos de humo. Eran ecos visuales, fantasmas que se materializaban y desvanecían, un coro silencioso de miradas que surgían de la nada y se hundían en ella, burlándose de su incapacidad. La tortura no era solo no poder recordar; era la imposibilidad de *formar* la imagen, la frustración de que el cerebro se negara a anclar una identidad en aquellos espectros fugaces.

Intentó enfocar, luchó con la furia de un hombre ahogándose contra la marea de confusiones, pero cada intento era como intentar asir agua con las manos abiertas, una tarea inútil que lo dejaba más exhausto, más hundido en la desesperación. Los patrones espaciales del hospital, ya de por sí complejos por su abandono, se volvieron un caos absoluto. Las líneas se curvaron como si el espacio mismo se doblara, los ángulos se agudizaron o se suavizaron sin razón

aparente, las distancias se hicieron incomprensibles; un pasillo de tres metros podía parecer un túnel infinito.

La arquitectura se desmoronaba en su mente, se reconstruía en aberraciones que no tenían sentido, en perspectivas que lo vomitaban. Se encontró tambaleándose, una mano extendida hacia el muro para buscar apoyo, pero el muro mismo parecía vibrar bajo su palma, el yeso frío y húmedo se sentía como carne palpitante, luego como arena que se escurría, luego como nada, una superficie inexistente. No era solo que no pudiera recordar; era que no podía *formar* los rostros, que no podía *confiar* en la estructura del espacio que lo rodeaba.

La visión se le nubló, no por la niebla externa, sino por el estallido de su propia mente, una supernova de confusión que lo cegaba, lo dejaba vulnerable.

Julian luchó por mantener un ápice de cordura, aferrándose a las palabras de Mila, al eco de Grace, como un náufrago a un trozo de madera en un mar embravecido. "Tu prosopagnosia… no es una enfermedad. Es una llave." El mantra resonaba en su cabeza, una letanía desesperada contra la cacofonía mental que Black había desatado. Intentó recordar los rostros de ambas, de Grace, de Mila, para usarlos como un escudo contra la embestida de Black, una imagen que anclara su percepción.

Sin embargo, solo veía una neblina densa, un lienzo en blanco donde antes debían estar sus facciones más queridas. Eran fantasmas, sí, pero no los fantasmas de la memoria que lo atormentaban en sus sueños, sino los fantasmas de la ausencia, de lo que le había sido arrebatado. El Coleccionista no solo estaba jugando con su mente; estaba bailando sobre las ruinas de su percepción más íntima, celebrando la destrucción de su fortaleza interior.

La bilis le subió a la garganta, una quemazón amarga que le recordaba la realidad física de su terror, la debilidad de su cuerpo ante el asalto psíquico. Sudor frío le empapaba la nuca, un río

helado que bajaba por su espalda, empapando su ropa. Cada sombra que se alargaba y se retorcía, cada susurro que creía oír en el incesante zumbido del campo, era un nuevo ataque a su ya frágil estabilidad, una astilla más en el madero de su cordura.

¿Estaba realmente solo en aquel infierno de distorsiones? ¿O cada una de esas formas distorsionadas era una conciencia atrapada, observándolo desde el purgatorio de Black, juzgándolo, arrastrándolo a su propia locura con una silenciosa invitación al abismo? El aire se hizo más pesado, la respiración más errática, como si sus pulmones se negaran a obedecerle. El pánico, una bestia fría y tentacular, comenzó a asfixiarlo, cerrándole la garganta, nublando aún más su juicio. No podía pensar, solo sentir, y lo que sentía era la disolución, la desintegración de sí mismo.

"No es real, no es real", se repitió Julian, su voz un susurro ronco que apenas se distinguió del zumbido omnipresente. Era una pequeña isla de negación en un océano de caos. Pero el terror era palpable, real, se le metía por los poros, le congelaba el tuétano de los huesos, se anidaba en cada fibra de su ser. Su propio cuerpo temblaba, una respuesta visceral a la amenaza que no podía ver, pero que sentía con una intensidad abrumadora. ¿Era esto lo que Grace y Mila habían experimentado en sus últimos momentos, antes de ser "coleccionadas"? ¿Atrapadas en un laberinto mental sin salida, su propia percepción retorcida hasta el punto de la locura, sus rostros amados borrados por una mente ajena, la suya propia? La idea le perforó el pecho, un dolor agudo, más insoportable que el miedo por sí mismo, una empatía macabra que lo unía a ellas en su sufrimiento. Sentía que se disolvía, que su propia identidad se desprendía de él como piel muerta, como las capas de pintura de las paredes. ¿Qué quedaba de Julian Stark si no podía confiar en sus ojos, en sus recuerdos, en la forma de su propia esposa, en la estructura de la realidad? La línea entre el yo y el no-yo se desdibujaba, se volvía tan tenue como los contornos de los rostros que se formaban y se deshacían en el aire, una danza macabra de la inexistencia. El hospital no era solo un edificio de piedra y cemento;

era una máquina diseñada para despojar al hombre de su esencia, para convertirlo en un eco, en una pieza más de la colección de Black. Las rodillas le flaquearon, un vértigo repentino lo obligó a apoyarse contra una pared que ahora sentía como una superficie movediza, viva, que pulsaba bajo su mano. El control se le escapaba, como arena entre los dedos, como la niebla que se escurría de su mente.

En medio de la confusión, cuando la derrota parecía inminente, un punto de luz. A sus pies, en el suelo de baldosas rotas y cubiertas de polvo, brillaba una libélula de cristal. No la que había activado en el coche, la que Mila había preparado, sino la original, la que Grace le había dado al inicio de todo, la que había encendido su búsqueda. Irradiaba una luz cálida, pulsante, que parecía luchar activamente contra la oscuridad y la distorsión del campo de Black, una pequeña estrella en el abismo.

Era un faro, un ancla, un recordatorio tangible de lo real. Julian se agachó, sus movimientos torpes y espasmódicos, como si su cuerpo no le obedeciera del todo, como si sus músculos estuvieran hechos de plomo. Sus dedos temblorosos se aferraron al cristal, sintiendo la familiar frialdad del objeto y luego una calidez que se extendió por su palma, un latido que le devolvió la sangre a las venas, un pulso de vida.

La libélula vibró, no con el zumbido invasivo y maléfico de Black, sino con una melodía suave, apenas audible, que no era un sonido, sino una resonancia en su pecho. Y entonces, la voz de Grace, clara y nítida como un manantial en el desierto, susurró a través del cristal, una melodía infantil, olvidada en los recovecos más profundos de su memoria, que de pronto se ancló en lo más profundo de su ser: "Duerme, mi niño, el viento te mece. Las estrellas te miran, la luna te crece."

Era una canción que ella solía cantarle en las noches de insomnio, un fragmento de su vida juntos que el campo de distorsión no podía borrar, un recuerdo inmutable. La melodía era su ancla, un punto fijo

en la tormenta de locura, una verdad innegable que se aferraba a su alma. La libélula de Grace no era solo un objeto inerte; era su conexión con la realidad, con lo inmutable, con la verdad.

El aire pareció clarear a su alrededor, una burbuja de lucidez en el torbellino de la distorsión, un pequeño oasis de cordura en el desierto mental que Black había creado. Los rostros fantasma se retiraron, las paredes dejaron de ondular con tanta intensidad, aunque no desaparecieron por completo. Su impacto disminuyó, como si la libélula actuara como una contrafrecuencia, un escudo protector contra la embestida psíquica.

Julian se puso de pie, la libélula de cristal de Grace firmemente apretada en su mano, su luz cálida bañando sus dedos, una llama que se negaba a extinguirse. El hospital seguía siendo un laberinto de locura, sus pasillos retorcidos y sus sombras danzantes, pero ahora tenía una brújula. Un punto fijo en la tormenta mental. Avanzó, un pie delante del otro, el cristal como un pequeño sol en la negrura, el eco de la canción de Grace resonando en su pecho, dándole fuerza.

El miedo no había desaparecido por completo, era una sombra persistente, pero se había transformado en una rabia fría, en una determinación inquebrantable, en una promesa de acero. Black había subestimado el poder de la conexión, el lazo invisible pero irrompible que unía a Julian con las mujeres que había perdido. «El juego ha comenzado, Black», susurró Julian, su voz, apenas un aliento que se perdió en el denso aire del hospital, se cargó de una promesa sombría y vibrante.

«Y yo he venido a cobrar mi parte de la memoria. Y la tuya». ¿Cómo podría Julian navegar por aquel hospital, encontrar a Black y desmantelar su matriz de conciencias, si no podía confiar en sus sentidos ni en su propia memoria, si cada paso era una lucha contra la disolución? La respuesta se perdía en la negrura que lo esperaba, pero el primer paso ya estaba dado, y la libélula de Grace brillaba con la fuerza de un desafío, una estrella guía en el laberinto.

CAPÍTULO 21: ECOS DE UN TRAIDOR

ESCOCIA, SÁBADO POR LA NOCHE, 2026

El aire en el laboratorio abandonado no era un aliento, sino una pausa. Un silencio roto, lleno de promesas que no podían cumplirse. Julian Stark avanzó, la libélula de cristal de Grace tibia en su palma, un contrapeso minúsculo pero irrompible contra la marea de la distorsión sensorial. El campo de Black, ese veneno psíquico que desgarraba su mente, había amainado momentáneamente, como si las paredes, ahora menos movedizas, hubieran decidido concederle una tregua efímera.

Los contornos de los objetos se definían con mayor nitidez: vitrinas rotas que exhibían solo polvo y fragmentos de vidrio, instrumental oxidado de una cirugía psiquiátrica olvidada, mesas de acero carcomidas por el tiempo. El olor a ozono, el rastro eléctrico de algún experimento pretérito, se mezclaba con la hediondez dulce de la decadencia, la herrumbre, el moho que se agarraba a la piedra. Cada bocanada le llenaba los pulmones con el peso de la historia del lugar, con el eco de lamentos mudos que debieron de ahogarse entre aquellos muros.

Buscaba, como un topo en la oscuridad, el «mecanismo de anulación» que Mila había descrito en su último mensaje, la única

fisura en la fortaleza de Black. Sus ojos, aunque aún veían fantasmas en las sombras, ahora podían discernir las formas con una certeza que no conocía desde que puso un pie en aquel infierno. La libélula de Grace, su único faro, pulsaba con una luz que era más que física: era un ancla, un eco tangible contra la tormenta que habitaba su mente.

Recorrió el vasto espacio, cada paso haciendo crujir los escombros bajo sus botas, el sonido amplificado en el silencio mortal del pabellón. Las paredes, desnudas de cualquier revestimiento que no fuera el musgo y el salitre, parecían observar. Un escalofrío le recorrió la nuca. ¿Era una reverberación de la distorsión o la certeza de que Black estaba observando? Se detuvo ante un panel de control, cubierto de diales y palancas inertes, como los restos de un cerebro mecánico.

No había ninguna ranura evidente para el disco de metal de Mila, ninguna señal clara del «espejo» que la joven investigadora había mencionado en sus notas. El aliento se le atascó en la garganta. Si Mila había logrado descifrar la debilidad del sistema de Black, si había creado una contramedida, tenía que haber dejado un rastro más allá de los mensajes. Un mapa, un diagrama, una señal. Algo. El sudor frío le perló la frente.

La cabeza le zumbaba con la tensión, no solo del campo de Black, sino del miedo a fallar, a perder la última hebra que lo unía a Grace, a Mila, a la humanidad misma. La mano que no sostenía la libélula de Grace rozó una de las mesas. La superficie, fría y pegajosa, le erizó los vellos del brazo. Un susurro, apenas un roce en el borde de su audición, le hizo girar la cabeza. No había nadie. Solo las sombras danzantes, hijas de su prosopagnosia, que se alargaban y encogían en un juego macabro.

Un brillo.

No era la luz conocida de la suya propia, ni el parpadeo espectral de las paredes. Era una luminosidad opaca, enterrada entre la maraña de cables enredados y desechos electrónicos, bajo una capa de

polvo que lo cubría todo como un sudario. Se arrodilló, una rodilla chirrió contra el suelo de hormigón astillado, y apartó los escombros con dedos ágiles. Allí, anidada en la mugre, aguardaba otra libélula de cristal.

Era notablemente distinta a la de Grace o a la que Mila había utilizado en su mensaje. Era más grande, casi del tamaño de su palma, y sus alas, de un cristal ahumado casi negro, absorbían la luz en lugar de reflejarla. Parecía hecha de obsidiana pulida. Un brillo interno, pulsátil y violáceo, latía en su abdomen, como un corazón alienígena atrapado en una jaula transparente. El estómago se le contrajo con un retortijón frío.

¿Una trampa? ¿Una nueva artimaña de Black? El olor a ozono se intensificó, un tufo metálico que le raspó la garganta. La libélula de Grace, en la palma, comenzó a vibrar con mayor intensidad, una respuesta silenciosa, una señal de alarma.

Julian extendió la mano, los dedos temblorosos acariciando el cristal frío y liso de la nueva libélula. No sentía el pulso reconfortante de la suya, sino una corriente fría que reptaba por el brazo, una sensación de vacío. Un eco. Sabía, con la certeza brutal de quien ha bailado con la muerte, que este objeto no era un aliado. Era un mausoleo. La libélula de Grace palpitó de nuevo, con una vehemencia que ahora le quemaba la palma.

Era una advertencia, pero también una invitación, una necesidad de conectar, de entender. Dudó. Pero el tiempo, esa arena que se escurría sin piedad, no le ofrecía el lujo de la precaución. Con un gesto resuelto, colocó la libélula de obsidiana junto a la suya, el cristal ahumado rozando el iridiscente. Al instante, un zumbido grave se extendió por el laboratorio, un tono que no resonaba en sus oídos, sino en los huesos.

Las luces del lugar, que hasta ese momento habían sido débiles y fluctuantes, estallaron en un parpadeo frenético. El aire se cargó de electricidad estática. Las paredes volvieron a ondular con una intensidad renovada, los rostros difusos se arremolinaron con furia,

una vorágine de rostros irrefrenables. El campo de distorsión volvía a la carga, amplificado, vengativo.

En el centro del laboratorio, donde el vacío había reinado un instante antes, el aire se condensó, se retorció, y una forma comenzó a materializarse. Primero, un espectro de luz violácea, luego, contornos más definidos, como una imagen incompleta proyectada sobre una cortina de humo. Ante sus ojos, emergió la figura translúcida de Arthur Penhaligon. No era el anticuario de carne y hueso, con su traje impecable y aquella mirada astuta.

Esto era una proyección fantasmal. Sus rasgos, diluidos y casi borrosos en el éter vibrante, parecían cubiertos por una fina capa de escarcha. Su cabello plateado era ahora un halo difuso. Los ojos grises, antes penetrantes, parecían huecos y vacíos. Sin embargo, una expresión de agotamiento y resignación marcaba el rostro, una desesperación que atravesaba el velo de la imagen. La libélula de obsidiana, en la palma de Julian, latía ahora con la misma luz violácea que envolvía a Arthur.

El objeto no era solo un mero cristal: era la cárcel, el reflejo distorsionado de una conciencia. El corazón de Julian se detuvo, un puño helado apretándole el pecho. Arthur. Otra víctima. Otra alma atrapada por Black.

—Julian… —La voz de Arthur emergió, una carraspera seca que parecía rasgar el tejido del aire, forzada, entrecortada por un sufrimiento que Julian solo podía describir como mudo. No era un sonido audible en el exterior, sino una reverberación directa en la mente de Julian, una conexión forzada a través del cristal. La voz, antaño segura y meliflua, sonaba como el crujido de hojas secas, el lamento de algo que se deshace—. Lo siento. Black me… me hizo un trato. Uno que no pude rechazar.

La proyección de Arthur se irguió ligeramente, las manos fantasmales se apretaron contra el pecho. La luz violácea palpitó con más fuerza, y la distorsión sensorial en el laboratorio se intensificó. Los rostros fantasma aleteaban con mayor violencia alrededor de

Julian, susurrando incomprensibles lamentos. La información, vertida directamente en la mente de Julian a través de la libélula, era un chorro helado de verdad.

Arthur había sido «coleccionado» por Black, no por su «marca», sino por su conocimiento de la red, de los intermediarios, de los «mercaderes» que movían las piezas de la memoria por los bajos fondos de Londres. Black codiciaba su red de contactos y sus secretos.

—Me quería como su historiador personal —la voz de Arthur, un lamento que se extendía en la mente de Julian, resonaba con resignación, con un horror más allá del miedo a la muerte física—. Quería mi mente, mis conexiones. Me prometió una especie de… eternidad. Una mentira. Quería mi conocimiento para expandir su colección, para tejer una telaraña de conciencias. Y me obligó a ser su… anzuelo.

El anzuelo. El modificador de frecuencia. El objeto que Julian llevaba en el bolsillo, que Arthur le había entregado en la cabaña, presentado como una herramienta vital. El horror le apretó la garganta, dejándolo sin aliento. La bilis le subió a la boca. La audacia, la crueldad, la perversión retorcida de Black era una bofetada helada. Arthur reveló que el «modificador de frecuencia» no era más que una trampa, un dispositivo de autodestrucción.

El objetivo: desintegrar la libélula de Grace, esa que Julian había usado como ancla, y con ella, cualquier «colección de la resistencia» que Mila hubiera creado. Una contramedida contra la contramedida. Una traición dentro de otra traición. Black había estado un paso por delante, en cada momento.

Julian se tambaleó. No por el vaivén de las paredes o la danza de los rostros fantasma, sino por el golpe de la verdad, una verdad que perforó la última fortaleza de su cordura. Arthur, el mercader cínico, el hombre de los tratos bajo cuerda, no era un mero aliado forzado. Era una víctima, una pieza en el tablero de Black, coaccionado para

tender una trampa mortal a Julian, a Grace, a Mila. Un escalofrío le recorrió la espalda.

Sentía la furia helada de Black, su mente retorcida capaz de usar la desesperación de un hombre para un juego macabro. La prosopagnosia le impedía discernir el verdadero dolor en el rostro holográfico de Arthur; sus expresiones sutiles se perdían en el brillo fantasmal de la proyección. Pero la voz, quebrada y llena de una culpa amarga, era un grito mudo que resonaba en su mente. Podía sentir el arrepentimiento, el peso de una coacción que lo había despojado de la dignidad, de la voluntad. Era una forma de tormento que superaba la muerte.

Arthur Penhaligon, un hombre que se creía por encima del juego, había sido reducido a un eco, un mensaje póstumo, un peón sacrificado en la partida final. Y Black, el titiritero, había jugado con la vida de Julian, con su duelo, con su mente fragmentada, usando a Grace como cebo, a Mila como arquitecta de la salvación, y a Arthur como un traidor a la fuerza. La audacia de Black era insondable. Había usado la prosopagnosia de Julian, su debilidad, como un portal para implantar recuerdos, para dirigir su duelo, para tejer una realidad a medida.

Y ahora, había usado la lealtad de Arthur hacia la supervivencia para manipularlo hasta el final. Se dio cuenta de que la crueldad de Black no era solo física; era psicológica, existencial. Robar recuerdos, coaccionar voluntades, desdibujar la línea entre la realidad y la locura. Era una profanación del alma misma. Julian apretó los puños. La libélula de Grace se incrustó en la palma, su pulso cálido un faro en la tormenta de rabia que le incendiaba la sangre.

El miedo no había desaparecido; en cambio, se había transmutado en una furia fría y calculadora, una determinación que no conocía límites. No se trataba solo de Grace o de Mila. Se trataba de cada conciencia atrapada, de cada alma reducida a una pieza de colección.

—Black ha creado una red de libélulas secundarias —la voz de Arthur se hizo más fuerte en la mente de Julian, con una urgencia que rompía la resignación anterior—, dispositivos más pequeños, que replican el campo de distorsión y amplifican su efecto. Están distribuidos por todo el hospital, como nidos de abejas venenosas. El modificador de frecuencia, si lo activas, las destruirá a todas, sí. Pero también destruirá tu libélula, Julian. La de Grace. Y con ella, cualquier esperanza de restaurar lo que Mila y Grace protegieron. Se borrará todo. Él quiere que te autodestruyas. Que te conviertas en un mártir, en una pieza más de su colección de rebeldes.

La proyección de Arthur, aunque espectral, hizo un gesto desesperado, como si intentara tocar la libélula de obsidiana en la mano de Julian. El dolor de la voz era casi insoportable, una desesperación que se sentía más allá de la muerte. La información que fluía hacia Julian era vital. Arthur, en un último acto de resistencia, había logrado descifrar la secuencia de pulsos y frecuencias que podían «interrumpir» los aparatos de Black.

Una forma de crear un «cortocircuito de conciencia» antes de que el modificador de frecuencia autodestruyera todo. Era una debilidad inherente al sistema de replicación de Black, un fallo de diseño que la mente brillante de Mila había intuido y Arthur, bajo coacción, había terminado de desentrañar.

—Necesitas una secuencia. Una disonancia —la voz de Arthur era un hilo a punto de romperse, pero la información, clara y precisa, se grabó con la misma exactitud que las notas de Mila—. Siete pulsos cortos de veintisiete hercios, seguidos de un pulso sostenido de ciento tres hercios, tres veces. Y luego… una inversión de fase de la clave de resonancia de Mila. La verdadera. Es la única manera de que la resonancia colectiva de los aparatos de Black no colapse con todo lo demás. Es un mecanismo de… anulación de resonancia, Julian. Deshace los nudos, no los rompe. La verdadera llave, Julian, es la disonancia. Desafía la armonía artificial de Black.

La secuencia, compleja y específica, se grabó a fuego en la mente de Julian, un código mnemotécnico de números y sensaciones. Arthur no solo le estaba dando la clave para desactivar la trampa de Black, sino el medio para anular el campo de distorsión sin destruir el entramado de conciencias que Mila y Grace se habían esforzado por proteger. La proyección de Arthur parpadeó, la luz violácea se hizo más débil, como una vela que se consume en un vendaval. Los ojos vacíos se clavaron en Julian, una mirada de súplica, una última esperanza.

—Corre, Julian —fue su último susurro, una voz que se deshacía en el éter—. Sálvalos a todos. Y sálvate a ti.

La figura fantasmal de Arthur Penhaligon se desvaneció, no en una explosión, sino en una lluvia de ceniza luminosa, pequeños fragmentos de luz violácea que danzaron en el aire antes de extinguirse sin dejar rastro. La libélula de obsidiana, en la mano de Julian, se apagó, volviéndose opaca, inerte, un trozo de cristal muerto. El campo de distorsión de Black rugió de nuevo, las paredes vibrando con una intensidad sorda, los rostros fantasma aullando en el borde de su percepción.

Julian estaba de nuevo solo, el peso de la traición y el sacrificio de Arthur, la carga de aquel último mensaje, lo aplastaban. El modificador de frecuencia, la trampa de Black, seguía en su mano, inerte, pero ahora consciente de su verdadero propósito. Una bomba que debía desactivar. Y la secuencia de Arthur, el «cortocircuito de conciencia», grabada a fuego en su mente, era la única esperanza.

Black lo quería muerto, sí, pero no de cualquier forma. Lo quería desintegrado, borrado, su libélula reducida a ceniza para que nadie pudiera desentrañar el secreto que guardaba. Lo quería consumido por su propia búsqueda, una pieza final de su colección, sí, pero no una pieza gloriosa, sino una advertencia a todos los que intentaran desafiarlo. Quería convertirlo en un traidor a sí mismo.

—No te saldrás con la tuya, Black —susurró Julian. La voz, un bramido sordo en el ruido blanco de la distorsión, un aliento que se

perdió en el denso aire del hospital, pero que llevaba la fuerza de una promesa sombría, vibrante—. No conmigo. No con ellos.

La batalla final ya no era solo por Grace o Mila, sino por todos los «coleccionados», por la dignidad de la memoria y la identidad de cada alma fragmentada. Arthur, el traidor coaccionado, el eslabón inesperado, había sellado su destino para darle a Julian una última oportunidad, un último aliento en el laberinto. El modificador de frecuencia, que debería haber sido la perdición, ahora era una pieza clave en el rompecabezas de su salvación.

La disonancia. La palabra resonaba en su cabeza, un eco de la resistencia. ¿Cómo usará Julian el mensaje de Arthur para neutralizar el dispositivo de autodestrucción y los aparatos de Black? ¿Qué le ha pasado a Arthur?

CAPÍTULO 22: EL SANTUARIO DE CONCIENCIAS

2026. ESCOCIA, SÁBADO POR LA NOCHE.

El mutismo asfixiante de los pasillos se había vuelto una mordaza sobre la percepción de Julian Stark. El campo de distorsión de Black no solo retorcía los contornos de la piedra y el metal, sino que tejía una ilusión constante, una danza de rostros amorfos que se formaban y deshacían en el linde de su visión. La libélula de Grace, encajada en su palma, latía con un fulgor intermitente, su pulso una brújula precaria en la marea de la demencia que lo cercaba.

El disco de metal de Mila, en la otra mano, irradiaba una frialdad distinta, una promesa acerada de verdad. Julian no buscaba un rostro en aquel laberinto de la mente, sino un epicentro, un lugar donde la distorsión misma, por su propia naturaleza, no pudiera sostenerse. El final de la negrura, la fractura de la trampa sensorial, tenía que aguardar en el corazón del enigma. Avanzó, el pecho comprimido por una tensión gélida, ignorando las voces que se superponían en un coro indistinguible, las sombras danzantes que se extendían y se encogían a su alrededor, como respiraciones grotescas. Su respiración, pesada y ruidosa en el espeso silencio, era lo único real que lo anclaba a aquel momento.

De pronto, la pared de estática, esa vibración sorda que había martilleado sus oídos desde que cruzó el portón, se desvaneció. El aire, antes denso y cargado con el olor a humedad y a óxido, se volvió inmaculado, casi estéril. Un olor a ozono, el aliento de la electricidad pura, llenó sus pulmones, desplazando el hedor a decadencia. Los contornos de su realidad dejaron de bailar. Los rostros fantasma que habían perseguido su visión desde hacía horas, se esfumaron como el humo. Una quietud extraña, casi sagrada, lo envolvió al dar el último paso hacia la claridad. Había cruzado un umbral invisible.

Entró en una estancia circular de proporciones catedralicias, un espacio que se abría más allá de lo que las ruinas externas del hospital sugerían. El techo, de una altura vertiginosa, estaba coronado por una cúpula de cristal opaco por donde se filtraba una luz plateada, irreal. Cientos, quizás miles de libélulas de cristal, suspendidas en el aire como un enjambre estelar, flotaban en una danza silenciosa y luminosa.

No estaban dispuestas al azar, sino siguiendo patrones geométricos complejos, alineadas en órbitas concéntricas que convergían hacia un punto central invisible. Cada una, desde las diminutas como guijarros hasta las del tamaño de un puño, palpitaba con una luz interna. La paleta de colores era vasta: azules intensos, verdes esmeralda, rojos rubí, amarillos ámbar, cada uno emitiendo un fulgor propio, un latido pausado que convertía la estancia en un universo en miniatura.

Algunas estaban ordenadas en estanterías de cristal pulido que se elevaban hasta el techo, como si fueran libros de una biblioteca cósmica, mientras otras giraban lentamente, atrapadas en corrientes de aire invisibles, produciendo un zumbido apenas perceptible, como un coro de campanas diminutas. Julian observó el espectáculo, sus ojos, acostumbrados a la penumbra y a las formas imprecisas, se negaban a procesar la magnitud de la escena. Aquello no era una prisión, sino un santuario.

La obra de Black se extendía ante él, macabra en su concepción, sublime en su ejecución. El Santuario de Conciencias. Un altar dedicado a la memoria, o a su perversión.

Se movió entre las hileras suspendidas, una figura diminuta en aquella constelación de almas. El frío del suelo, un gran mosaico circular de mármol negro que reflejaba las luces danzarinas, le calaba los huesos. Extendió una mano, casi rozando una libélula verde azulada que flotaba a la altura de sus ojos. No se atrevió a tocarla. Cada una vibraba con una esencia única, una resonancia que se transmitía a través del aire, ligera como el polvo, pero densa en su significado. Eran miles de fragmentos de vida, de historia, de identidad.

Su mirada se posó en una libélula en particular, más grande que la mayoría, suspendida casi al centro de la sala, con una luz azul intenso, casi violáceo, que parecía devorar las otras tonalidades. La reconoció al instante, un nudo en el estómago que le cortó la respiración. Era la libélula de Mila. La que había visto en los diarios, en las fotografías, el objeto que la brillante estudiante había creado y que el Coleccionista le había arrebatado.

Un escalofrío le recorrió la espalda, una sensación no de frío, sino de reconocimiento, como si el espacio mismo se contrayera, retrocediendo en el tiempo. El presente se deshizo, y Julian se encontró a la deriva en una marea de recuerdos ajenos, el pasado de Mila que ahora era suyo. La libélula de Mila, al resonar con su propia conciencia, había abierto una grieta en el tiempo, una ventana a los últimos momentos de la joven.

2019. OXFORD, ÚLTIMOS MOMENTOS DE MILA.

El aire en la habitación de la Bodleiana era denso con el olor a papel antiguo, a tinta fresca y a la ansiedad de una mente brillante al borde del precipicio. Mila Belcombe, con las manos temblorosas pero firmes, terminaba de escribir en el reverso de la fotografía de Grace. Las últimas líneas, las coordenadas definitivas, el código final. La

libélula maestra, la que Black había anhelado, reposaba en su palma, tibia, latente, el epicentro de su propia tormenta.

Sus ojos verdes, enmarcados por la sombra del agotamiento, se aferraron al objeto con una mezcla de temor y reverencia. Sabía lo que venía. Llevaba meses preparándose para ello, dejando un rastro de migas de pan para el hombre que, según sus cálculos, la encontraría. Julian. Siempre Julian.

Un crujido metálico, sordo y prolongado, rasgó el silencio de la biblioteca. La puerta de madera de roble, que había creído sellada con la única ayuda de un cerrojo oxidado y una pila de tomos, comenzó a ceder. No se abrió de golpe, sino que se desprendió lentamente de sus goznes, como una boca que se abre sin prisa para devorar su presa. Mila no gritó. No se movió. Su mirada se clavó en la rendija oscura que se formaba, un abismo creciente entre la madera.

La luz tenue del flexo que iluminaba su mesa, una lámpara antigua con una base de bronce, proyectaba su sombra alargada en la pared, una figura distorsionada que se alargaba hasta el infinito.

La figura del doctor Alistair Black, más una sombra que un hombre, emergió del pasillo con una lentitud deliberada. Su rostro, antes familiar y respetado en los círculos académicos, era ahora un lienzo de fría determinación, desprovisto de humanidad. Sus ojos, de un azul pálido que ahora parecían vidriosos, carecían de cualquier empatía, dos orbes de cristal frío. Los mismos ojos que Julian había visto en la grabación de Arthur.

Mila no intentó escapar. Sabía que era inútil. El campo de distorsión ya estaba activado, rodeándola como una jaula invisible de aire vibrante. El espacio a su alrededor comenzó a temblar, una frecuencia baja que le erizaba el vello de los brazos, una canción silenciosa de perdición. La libélula maestra en su mano, aún tibia, pareció contraerse, su luz interior parpadeando con desesperación.

—Mila, querida Mila —la voz de Black era un susurro gutural, carente de calor, una hoja afilada que cortaba el aire, pero sin dejar rastro de sangre—, has sido una estudiante brillante. Un desafío fascinante. Pero has cruzado la línea.

Mila lo miró, una chispa de desafío inquebrantable en sus ojos verdes, una última llama antes de la oscuridad. —Usted no está salvando a nadie, Black. Los está asesinando.

Una sonrisa, fría y desprovista de cualquier alegría, se dibujó en los labios de Black. Un gesto que no alcanzaba sus ojos. —Estás equivocada. Los estoy liberando del olvido. De la mediocridad de la carne. La conciencia es un arte, Mila. Y yo soy el coleccionista. Tú serás mi pieza más exquisita. La que inspirará mi mayor obra.

Black extendió una mano enguantada, sus dedos largos y finos, siempre inmaculados, como los de un cirujano o un artista. De su palma, una luz violácea comenzó a emanar, un pulso rítmico que chocó con el zumbido de la habitación. La libélula maestra de Mila vibró con violencia, un temblor que recorrió su cuerpo como un relámpago. La joven sintió un tirón, no físico, sino desde lo más profundo de su ser, una succión invisible que amenazaba con desgarrarla, con arrancarle el alma de la carne.

Su visión se volvió borrosa, los contornos de la habitación se disolvieron, y las últimas palabras, el nombre de Julian, apenas un aliento gutural, se perdieron en el estertor de la luz violácea que la envolvió por completo. Su cuerpo se desplomó, inerte, sobre la mesa de madera. Y en el lugar donde había estado la libélula, ahora vacía, solo quedaron unas finas hebras de ceniza luminosa que danzaron en el aire, diminutas, insignificantes, antes de desaparecer como un mal sueño.

Black se inclinó, recogiendo el objeto vacío, una expresión de fría satisfacción en su rostro, mientras la habitación volvía a sumirse en el silencio.

2026. ESCOCIA, SÁBADO POR LA NOCHE.

El olor a ozono, el mármol frío bajo sus pies, la danza silenciosa de las libélulas. Julian regresó al presente, el recuerdo de la "colección" de Mila grabado a fuego en su mente, una herida reciente que se abría en su conciencia. Los miles de puntos de luz que flotaban a su alrededor ya no eran un mero espectáculo. Eran prisiones. Eran almas. Eran ecos de vidas truncadas. Y Black, el "salvador", era el carcelero de un mausoleo viviente.

La revelación, aunque esperada, golpeó a Julian con la fuerza de una onda expansiva, dejándolo sin aliento. No era un asesino común, movido por la sed de sangre o el poder. Su motor era algo más retorcido, más sutil: una megalomanía disfrazada de altruismo, un deseo de trascendencia que pervertía la vida misma, prometiendo la inmortalidad a cambio de la identidad.

Comprendió entonces la perversa lógica de Black: creía que la identidad humana era una colección de datos, y él, el custodio que la preservaba del olvido, de la "aniquilación final" del cuerpo. Julian vio en su mente la imagen de un dios, no cruel, sino indiferente, decidiendo quién merecía ser salvado, y cómo. La prosopagnosia de Julian, aquella maldición que le impedía retener los rostros, se manifestaba de una forma peculiar en aquel santuario.

No veía las libélulas como personas, como las caras que Grace le había descrito en sus sueños, sino como simples objetos de luz, hermosos pero abstractos. Esto, extrañamente, le permitía mantener una distancia emocional, un escudo contra la avalancha de dolor que la presencia de miles de almas atrapadas debería haber provocado. Su mente, fragmentada por la condición, protegía su cordura, le permitía procesar la atrocidad sin desmoronarse por completo.

No veía víctimas, veía patrones de luz, información codificada. Eso le daba una ventaja inquebrantable, una barrera contra la locura de Black. Le permitía pensar.

Mientras se movía, esquivando las esferas de luz, un nuevo brillo capturó su atención, con una fuerza que hizo vibrar el aire a su alrededor. Entre la multitud de libélulas, una en particular, más

pequeña que la de Mila, resplandecía con una calidez familiar, un matiz miel que se sentía como un latido perdido. Su luz era suave pero persistente, un eco de ternura que se abría paso entre el frío cristal y el acero de la sala.

La reconoció al instante, no por una forma o un color específico, sino por la resonancia, por la punzada de dolor y anhelo que le desgarró el pecho. Era la libélula de Grace. Su ancla. La razón de su viaje, la brújula que lo había guiado hasta aquel lugar.

La libélula de Grace, suspendida a la altura de su rostro, latía con un pulso constante, una promesa silenciosa que se negaba a apagarse. Julian estiró una mano, sus dedos rozaron el cristal frío. La libélula que sostenía en la otra mano, la que contenía un fragmento de la conciencia de Grace, pareció encenderse con un fulgor renovado. Se sentía como si las dos libélulas, la que flotaba y la que tenía en su mano, se llamaran entre sí, un hilo invisible de resonancia uniéndolas, un lazo inquebrantable a través del tiempo y la materia.

Grace no solo lo había guiado hasta allí, lo estaba esperando. Su luz, tan real y cálida, disipaba por un instante el horror de aquel santuario, infundiéndole una determinación que se sentía inquebrantable.

Julian se dio cuenta de la magnitud del desafío que se alzaba ante él. No estaba aquí solo para encontrar a Grace. Estaba aquí para liberar a miles. Para desmantelar el monumento a la megalomanía de Black. Este no era un simple acto de justicia, sino un acto de guerra contra una filosofía retorcida que prometía inmortalidad a cambio de la identidad. La libélula de Grace en su mano, su propia libélula, parecía resonar con todo el santuario, una vibración imperceptible que lo conectaba con la red, con Black.

Se acercó a la libélula de Grace, el disco de Mila en su otra mano, la secuencia de Arthur grabada a fuego en su mente, la disonancia como única arma.

El aire en el Santuario de Conciencias se cargó de una tensión palpable. Las miles de libélulas, como ojos silenciosos en la oscuridad, observaban al hombre que había irrumpido en su prisión luminosa. La confrontación final no era inminente; ya estaba ocurriendo. Julian Stark se preparaba para desatar la disonancia, un eco de vida en el corazón del olvido, dispuesto a liberar a los cautivos, o a unirse a la colección.

CAPÍTULO 23: EL CERCO DE SCOTLAND YARD

ESCOCIA, SÁBADO POR LA NOCHE, 2026

El aguacero, una cortina líquida y furiosa, se precipitaba con saña sobre el perímetro del Hospital Psiquiátrico Abandonado. El Inspector Davies, acodado contra el capó blindado de su Range Rover, los ojos de un marrón oscuro entrecerrados por el esfuerzo, apenas lograba distinguir las siluetas desnudas de los árboles, brazos retorcidos que se alzaban como súplicas contra el cielo nocturno, apenas visibles a través de la densa niebla que lo envolvía todo. El viento, crudo y cargado con el hálito metálico del salitre, aullaba con una voz grave, haciendo que los pesados vehículos de Scotland Yard se tambalearan sobre el terreno irregular, como juguetes a merced de una fuerza invisible.

Su vieja cojera, un recordatorio constante de una escaramuza olvidada en un callejón londinense, le enviaba pinchazos agudos a la rodilla con cada golpe del viento, una advertencia sorda de que su cuerpo, ya cincelado por décadas de servicio, no estaba diseñado para aquellas incursiones en los límites de la civilización. El dolor se había convertido en un compañero persistente, una molestia que ascendía desde la articulación hasta la cadera, tensando los músculos de su rostro hasta convertirlos en una máscara de hastío. A su derecha, el sargento Miller, un hombre joven de tez sonrosada

que luchaba contra el frío con una bufanda gruesa, sostenía una tablet cuya pantalla parpadeaba con un mapa topográfico del sector.

Los puntos rojos, que representaban a sus unidades, se movían con una lentitud exasperante, dibujando un semicírculo incompleto alrededor de la mole oscura que era el Hospital Psiquiátrico Abandonado. Davies, con un gesto de agotamiento, se frotó el puente de la nariz; el cristal de su reloj de pulsera de acero pulido se incrustó un instante en la piel, un pequeño aguijón que le recordaba la inexorabilidad del tiempo, que no se detenía por su cansancio. Tres horas de viaje desde la última pista concreta, dos equipos completos desplegados, y la sensación creciente de que aquella noche, más que una operación rutinaria de captura, se trataba de una inmersión en una pesadilla ajena, una que se extendía más allá de su comprensión.

Una humedad fría, casi glacial, le perlaba la nuca, a pesar de la calefacción a pleno rendimiento que luchaba por imponerse a la temperatura bajo cero que se colaba por las rendijas del vehículo. La radio crujió, y la voz distorsionada de la agente Simmons, áspera como el papel de lija, quebró la monotonía del motor y la lluvia.

—Informe de la unidad Delta, Inspector —dijo Simmons, su voz apenas audible entre el estruendo—. Hemos llegado al sector oeste. La visibilidad es casi nula. Estamos experimentando anomalías con las comunicaciones, estática intermitente y… sensaciones extrañas.

Davies apretó los labios, una línea fina y rígida en su rostro. Las «sensaciones extrañas» se habían convertido en un patrón inquietante en los informes preliminares, una constante que lo perturbaba más de lo que quería reconocer. Al principio, había atribuido tales comentarios al nerviosismo de los reclutas, al agotamiento de las interminables horas de viaje o a la fatiga inherente al despliegue en un paraje tan desolado.

La oscuridad absoluta de los páramos escoceses, solo fragmentada por los destellos intermitentes de las luces de sus propios vehículos, podía jugar con la mente de cualquiera, forzándola a percibir

sombras donde solo había ramas retorcidas, a escuchar susurros en el aullido incansable del viento. Pero no había sido solo Simmons quien había reportado fenómenos inusuales. El equipo Gamma, posicionado en el flanco sur del hospital, había mencionado luces que parpadeaban sin una razón aparente en el perímetro exterior del edificio, como si el propio aire se negara a conducir la electricidad de forma estable.

Y, lo que era más inexplicable, la dificultad para mantener un rumbo fijo, una sensación de mareo constante, como si la brújula interna del cuerpo se hubiera descalibrado por completo. Incluso Miller, sentado a su lado, un sargento experimentado y de nervios de acero, había jurado haber vislumbrado una sombra moverse en el rabillo del ojo, una figura fugaz que se desvaneció en cuanto giró la cabeza. El Inspector se encogió de hombros, un gesto de impotencia que rara vez se permitía.

Su mente, forjada en la lógica irrefutable de la investigación criminal, buscaba desesperadamente una explicación racional: el campo magnético de la zona, quizás, afectado por alguna veta de hierro oculta bajo la turba. O la humedad extrema, que, combinada con la privación sensorial de la oscuridad, provocaba alucinaciones. La tensión era evidente, un nudo frío que se apretaba en el estómago de cada oficial, un augurio de que lo que les esperaba iba más allá de un simple arresto, adentrándose en un terreno desconocido y hostil.

—Son los nervios, agente Simmons —respondió Davies con una autoridad que no sentía del todo, buscando infundir una calma que él mismo no poseía. Su voz, sin embargo, salió firme por el altavoz, un ancla en la tormenta que se desataba—. Mantengan la posición y esperen la orden. Descarten cualquier tontería que no sea un hecho observable. Aquí solo trabajamos con hechos, no con fantasmas.

Aun así, un escalofrío le recorrió la espalda, ajeno al frío que le calaba los huesos, traspasando las capas de su impermeable de cuero. Aquellos relatos de desorientación, de percepciones

distorsionadas y de la incapacidad de la mente para anclarse a una realidad fija, le traían a la memoria los informes más tempranos sobre Julian Stark. Aquellos que hablaban de su repentina incapacidad para reconocer rostros, de las alucinaciones que lo llevaron a su baja forzosa de Scotland Yard.

Davies había desestimado tales fantasías entonces, las había archivado bajo la etiqueta de «estrés postraumático» o «locura incipiente», una salida fácil para un hombre que se desmoronaba. Julian, el metódico, el inquebrantable, el cerebro más brillante de la unidad, no podía haber caído en tales delirios sin una causa tangible. Pero ahora, bajo la amenaza inminente de la lluvia y la negrura que envolvía el hospital, la línea entre la cordura y el delirio se volvía tan tenue como la propia niebla, tan escurridiza como la verdad.

Davies se ajustó el cuello de su impermeable, el cuero frío pegándose a su garganta, buscando un punto de apoyo en una realidad que empezaba a resquebrajarse. La convicción de que estaba persiguiendo a un hombre desquiciado, o que al menos se había desquiciado, comenzó a desmoronarse en los bordes de su mente, como una fotografía vieja que se disuelve lentamente en agua. ¿Y si no era Julian el que estaba loco? ¿Y si el mundo a su alrededor era el que había empezado a romperse?

Davies, con un movimiento brusco, arrebató la tablet de las manos de Miller. Los puntos rojos de las unidades se movían con una lentitud irritante, casi desafiante, pero el perímetro estaba casi asegurado, un cerco de luces y hombres contra la oscuridad del páramo. Su mirada, sin embargo, no se posó en los marcadores de las unidades, sino que se desvió hacia el archivo digital de Julian Stark.

Un toque en la pantalla hizo que su expediente se abriera, iluminando el habitáculo con una luz fantasmal, verdosa, que acentuaba las arrugas de su rostro. Imágenes de su antiguo colega, sonriente en viejas fotos de equipo, se superpusieron a la ficha médica, donde la palabra «prosopagnosia» se destacaba en negrita,

un epitafio para una mente brillante. Ceguera facial. La incapacidad de retener o reconocer rostros, una tortura para un detective que dependía de cada microexpresión, de cada gesto.

Un rostro, pensó Davies, es el ancla que nos une a la realidad de las personas, lo que nos permite diferenciar el mundo, darle sentido. ¿Y si la realidad de Julian se había desanclado mucho antes de que se manifestara la enfermedad, antes de la muerte de Grace? Recordó las entrevistas con su esposa, Grace, sus descripciones de los "sueños vívidos" de Julian, de las "caras que cambiaban", de las "sombras que se movían en los límites de su visión".

En su momento, todo le pareció una excusa para la desestabilización mental de un hombre que había perdido el norte tras la muerte de su mujer, una forma de justificar el colapso de una mente brillante. Un mero mecanismo de defensa.

Pero ahora… ahora, con las voces de sus agentes filtrándose por la radio, hablando de la desorientación y de la intermitencia en las luces, la forma en que el propio hospital parecía distorsionar la realidad a su alrededor, Davies no podía ignorar la extraña resonancia entre esos informes y el historial de Julian. No era solo la prosopagnosia; era la forma en que Julian siempre había visto el mundo de manera diferente, buscando patrones donde otros veían el caos, una obsesión que lo había convertido en el mejor detective, pero también en el más frágil, el más vulnerable a lo inexplicable.

¿Y si aquello no era una simple enfermedad que lo había devorado desde dentro? ¿Y si era una puerta? Una maldita puerta hacia un lugar que nadie, excepto Julian, era capaz de ver, y ahora, los efectos de esa «visión» se extendían al mundo real, afectando a su propio equipo, a la realidad misma. Una humedad fría le perló la frente, a pesar de la temperatura helada del coche, a pesar de la lluvia que tamborileaba sin cesar.

La duda, un gusano silencioso y persistente, comenzó a roer los cimientos de su lógica, de su pragmatismo, de todo lo que creía saber. Scotland Yard estaba persiguiendo un fantasma, sí, pero no el

que esperaban. Estaban persiguiendo una anomalía, algo que no tenía nombre, que no tenía forma, pero que era evidente en el aire.

Davies sintió una punzada en la mandíbula, un tic nervioso que se extendía hasta la sien. Aquello era impensable, una traición a todo lo que representaba la ley y el orden. La idea de que Julian, su antiguo colega, un hombre de ciencia forense y deducción irrefutable, estuviera realmente enredado en algo sobrenatural, en algo que desafiaba cualquier explicación racional, le revolvía el estómago. La imagen de un Julian Stark trastornado, un hombre que se aferraba a fantasmas en libélulas de cristal, se le presentaba como un insulto a la lógica, a la ciencia, a la razón.

Pero la niebla no era solo una capa de vapor. La lluvia no era solo agua. Había algo más en aquel lugar, algo que se negaba a ser categorizado, a ser explicado. Las anomalías reportadas por los agentes eran demasiado consistentes, demasiado específicas, para ser meras coincidencias, para ser fruto de la fatiga o la sugestión. El pulso le latía con una sorda regularidad en las sienes, un martillo constante que le recordaba la urgencia del momento.

El deber le exigía actuar con pragmatismo, encerrar al fugitivo, cerrar el caso y restablecer el orden. Pero la incertidumbre, una corriente helada y poderosa, le dictaba cautela, le susurraba que lo incomprensible era a veces la verdad. El hospital, un gigante silencioso y oscuro, no revelaba sus secretos fácilmente, se erguía como un enigma impenetrable. Se percibía como una vela a la deriva en un mar de incógnitas, con el compás girando sin rumbo fijo, las estrellas ocultas por las nubes.

Scotland Yard, la institución que representaba la solidez de la ley y el orden, se encontraba ahora en la periferia de algo que no podía clasificar, algo que se escurría entre los dedos de la razón, de la ciencia, de la experiencia. La presión se amontonaba, una losa invisible sobre sus hombros. No solo la de la operación en sí, la responsabilidad de sus hombres, sino la de su propia mente,

forzándolo a considerar lo inaudito, a abrir una grieta en su visión del mundo.

El Inspector Davies se irguió en su asiento, la espalda dolorida por las horas de viaje, por la tensión acumulada. La bruma exterior era densa, un muro impenetrable, ininterrumpida por nada que no fueran los destellos intermitentes de las luces de los coches de policía, que apenas perforaban la oscuridad, como luciérnagas moribundas en la inmensidad de la noche. La imagen de Julian, solo en algún lugar de aquel laberinto de piedra y niebla, luchando contra sus propios demonios o contra algo mucho peor, algo que ahora empezaba a sentir el propio Davies, le invadió la mente. La frontera entre el cazador y la presa se difuminaba.

—Unidad Alfa, unidad Beta —ordenó Davies por el micrófono, su voz áspera, cortando la estática con una brusquedad que no era habitual en él—. Procedan con el asalto al perímetro. Aseguren todas las entradas. Quiero dos equipos de contención listos en la entrada principal. Entramos con máxima precaución. El objetivo es localización y contención. ¡Nadie se mueve solo!

Justo cuando soltó el botón del micrófono, una sacudida sorda, como un trueno subterráneo que se abría paso desde las entrañas de la tierra, resonó desde las profundidades del hospital. El suelo vibró bajo las ruedas del Range Rover, y una tenue columna de polvo y escombros, como un fantasma gris, se elevó por un instante sobre el tejado del edificio, visible incluso a través de la densa niebla, para luego disiparse. El temblor duró apenas un segundo, pero fue suficiente para silenciar a todos los agentes en la radio, para congelar sus respiraciones.

Un silencio tenso y expectante siguió a la explosión, roto solo por el incesante tamborileo de la lluvia. Davies se llevó la mano al bolsillo del impermeable. Un escalofrío, ajeno al frío exterior, le recorrió la columna vertebral, una premonición silenciosa. Un tic nervioso se acentuó en su sien, el reloj de pulsera de acero pulido, que siempre

llevaba, le pareció vibrar con la urgencia del momento. La cuenta atrás había comenzado. La espera se había terminado.

—Prepárense —ordenó Davies, su voz tensa, más un rugido contenido que un susurro, una orden que resonó con una autoridad renovada, nacida de la incertidumbre. La cojera le dolió con una punzada afilada al salir del vehículo, un recordatorio de su propia fragilidad, pero la ignoró—. Parece que Julian ha encontrado lo que buscaba. Y no creo que esté loco.

El equipo de asalto se desplegó como un engranaje preciso, las linternas cortando la niebla con haces potentes y amarillentos. Cada oficial avanzaba con el fusil en alto, los pasos amortiguados por el barro y la hierba mojada, una procesión silenciosa hacia lo desconocido. Davies, su reloj brillando en la muñeca como un pequeño sol de acero, se puso a la cabeza del grupo de avanzada, sintiendo el pulso acelerado de su corazón, un tambor de guerra en su pecho.

La verdad, finalmente, iba a salir a la luz, o iba a ser enterrada bajo los escombros de aquella locura que parecía impregnar el mismo aire, el mismo suelo. Scotland Yard estaba a punto de irrumpir en un mundo que no comprendía, justo cuando Julian Stark, en las profundidades del Santuario, estaba a punto de liberar el infierno de Black. ¿Cómo afectaría la llegada de Scotland Yard a la confrontación de Julian con Black? ¿Podría Davies comprender la verdadera amenaza que se cernía sobre ellos, o su lógica lo cegaría ante el abismo que se abría a sus pies?

CAPÍTULO 24: LA DANZA DE LAS ALMAS

2026. ESCOCIA, SÁBADO POR LA NOCHE.

El aire del Santuario de Conciencias se hizo más pesado, gélido y cargado con el acre rastro de ozono. Una desesperación densa, casi tangible, impregnaba el ambiente. Fue entonces cuando la figura del Dr. Alistair Black emergió, no de improviso, sino con una calma que desquiciaba, como si las sombras mismas se hubieran plegado para darle forma. Atravesó el resplandor tembloroso de las innumerables libélulas que llenaban el espacio, cediéndole el paso.

No era su estatura, sino su presencia, la que imponía una autoridad silenciosa. Una postura meticulosamente recta desmentía la complexión delgada y nerviosa descrita en los informes.

Sus ojos, de un azul pálido que casi se desdibujaba en lo incoloro, escrutaron a Julian Stark. Era la mirada desapasionada de un naturalista examinando un espécimen bajo el microscopio. Una sonrisa fría, apenas un tic facial, deformaba sus labios finos. En ella no había calidez, solo la certeza helada del depredador. El Coleccionista. El arquitecto de aquel mausoleo de luz y olvido estaba por fin ante él.

Ya no era una sombra inasible o un concepto, sino un hombre de carne y hueso. Su frialdad, más que cualquier monstruo imaginado

por la mente de Julian, era lo realmente perturbador. El zumbido constante de las libélulas, un murmullo eléctrico que había acompañado a Julian hasta entonces, pareció intensificarse. Un coro de voces mudas, expectantes. Cada partícula de polvo en el aire, cada fibra de los harapos que colgaban de las ruinas, se sentía cargada de electricidad estática.

Una tensión invisible, pero que se percibía en la piel, en el vello erizado de la nuca. El enfrentamiento que Julian había buscado a través de un laberinto de pistas y engaños había llegado a su silencioso y aterrador comienzo.

Julian sintió que el aire se le negaba. Una punzada helada le recorrió el pecho, un golpe sordo en el diafragma le cortó la respiración. Las libélulas, las miles de ellas, antes un murmullo distante, parecían ahora contener la respiración, sus diminutas luces parpadeando con una irregularidad nerviosa, como almas al límite. La libélula de Grace, caliente en su mano, palpitaba contra su palma. Una fuerza vital que lo anclaba a la tierra, a la promesa de su esposa.

El disco de metal de Mila, en la otra mano, irradiaba una frialdad distinta. Una certeza acerada, inquebrantable. Los latidos de su propio corazón se aceleraron hasta convertirse en un tambor sordo contra sus costillas. Cada músculo de su cuerpo se tensó, como una cuerda de violín a punto de romperse. Black, vestido con una pulcra gabardina de lino de color crema que apenas rozaba el suelo ruin y polvoriento del santuario, avanzó unos pasos.

Su calzado resonó con un eco seco, silenciando el leve repiqueteo de los cristales. El Coleccionista. Las palabras se le ahogaron en la garganta. El fin del camino, o quizá el verdadero umbral del laberinto. La humedad del aire se adhería a su piel, el olor a metal oxidado se mezclaba con el dulzor insidioso del ozono. Un perfume de laboratorio, el distintivo de aquel lugar impío. El peso de la libélula de Grace y el disco de Mila en sus manos era la única certeza en un mundo que se había vuelto maleable, líquido, bajo la mirada glacial de Black.

—Julian Stark —la voz de Black era suave, culta, desprovista de emoción, como la de una cinta grabada. No buscaba impresionar, sino enunciar una verdad innegable—. Has llegado, como esperaba. La última pieza del mosaico. Mi obra maestra está casi completa.

El intelecto de Black, brillante pero retorcido, comenzaba a desplegarse ante Julian. Revelaba una lógica que se burlaba de cualquier moralidad, de cada concepto de lo humano que Julian conocía. Black extendió una mano enguantada, no en señal de bienvenida, sino de posesión, hacia la vasta cúpula de cristal que coronaba la sala. Millares de libélulas flotaban allí en una órbita hipnótica, una galaxia de estrellas capturadas.

Los escombros de las paredes, los pilares medio derruidos, las grietas que cruzaban el techo; todo parecía desvanecerse ante aquel espectáculo. Black lo consideraba su legado, su creación suprema. El sonido de su voz, monocorde y precisa, inundaba el espacio, acallando los susurros eléctricos de las libélulas. Para Black, aquel caos controlado era la máxima expresión de belleza, la culminación de la evolución, el fin de la fugacidad humana.

El suelo bajo los pies de Julian, cubierto de polvo y restos de mortero, parecía vibrar con la fuerza de la convicción de Black. Una resonancia que se clavaba en sus huesos.

—No las secuestro, Julian —prosiguió Black, su voz grave de una convicción que helaba la sangre. Una seriedad casi mesiánica, la fe absoluta de un predicador de culto oscuro—. Las salvo del olvido. Las elevo a la verdadera eternidad. La carne se marchita, la memoria se desvanece, pero la conciencia… la conciencia, Stark, es eterna si se sabe preservar. Estas no son prisiones, Julian, son vasijas. Vasijas de eternidad. Cada una, un universo completo, una vida entera, encapsulada y protegida del gran silencio. ¿No es eso una obra de arte? La cúspide de la existencia, liberada de las imperfecciones del cuerpo, de las cadenas del tiempo.

Julian observó la danza macabra de las almas. No veía rostros, no podía. Su prosopagnosia se alzaba como un velo protector. Pero

percibía la esencia, el eco de mil vidas truncadas, convertidas en objetos de colección, en meros datos. Su incapacidad para recordar caras —esa bendición y condena— lo protegía del impacto visual directo de la tragedia. Sin embargo, el concepto, la idea de la «colección», le arañaba el alma.

Sintió una bilis amarga subirle por la garganta, un revoltijo de ira y asco que le hizo apretar los puños hasta que los nudillos le blanquearon. Grace, Mila, Arthur. Miles de almas reducidas a objetos de un juego perverso, a piezas de un museo de horrores. La frialdad con la que Black pronunciaba sus palabras, como si recitara una verdad universal, era más aterradora que cualquier grito, más insidiosa que cualquier amenaza.

Era la voz de la razón despojada de humanidad. La lógica implacable de un dios pervertido. El leve zumbido de las libélulas, antes distante, se hizo un coro dentro de su cabeza. Un clamor silencioso que solo él parecía escuchar, amplificado por la ausencia de rostros, por la abstracción del horror.

—¿Inmortalidad? —siseó Julian, su voz ronca, apenas un murmullo que desafiaba el eco impecable de Black. Tenía la garganta rasposa por la sequedad—. Esto no es vida, Black. Es una perversión. Un robo. Un infierno para los que quedan, para los que lloran. ¿Y qué hay de la dignidad de esos recuerdos? ¿De las vidas que has roto para construir este mausoleo macabro? ¿Acaso no ves el dolor, la devastación que dejas a tu paso?

Black ladeó la cabeza. Su sonrisa apenas se amplió, pero un atisbo de algo oscuro, de una frialdad inhumana, brilló en sus ojos. Como si la ira de Julian fuese la reacción esperada, la confirmación de su propia genialidad. La prueba de que su método era tan efectivo como lo había imaginado. Él, Black, un hombre ajeno a la empatía, que había trascendido la moralidad. Veía el dolor ajeno como un componente más de su retorcida ecuación.

Para él, Julian era solo una pieza más del puzle, una variable en un experimento de vastas proporciones. El Coleccionista no buscaba la

inmortalidad para sí mismo en el sentido trivial. La buscaba para las conciencias ajenas, bajo su propio y despiadado control, erigiéndose en un dios de la memoria. El eco de sus propias palabras resonaba en los oídos de Julian. Un recordatorio de lo inútil de su argumento frente a una mente que operaba en un plano distinto de la moralidad.

—Dignidad… —Black sopesó la palabra, como si probara un sabor exótico y ligeramente desagradable. Una reliquia de un tiempo pasado, de una humanidad que ya no le concernía—. La dignidad es un concepto efímero, Julian. Una ilusión que inventamos para sentirnos importantes. La verdadera inmortalidad es la preservación absoluta, la permanencia. ¿No fue eso lo que buscaste con el recuerdo de tu esposa? —La pregunta se clavó en Julian—. ¿No es tu dolor la prueba de que un fragmento de conciencia puede consumir toda una vida? Tu obsesión por Grace, tu incapacidad para dejarla ir… es un testimonio de la fuerza de la conciencia, incluso en su ausencia.

Julian sintió un pinchazo helado que se clavó en lo más profundo de su ser. Un escalofrío que no tenía que ver con la temperatura de la sala. La alusión a Grace, a su duelo, le revolvió las entrañas con una violencia que lo dejó sin aire. Black lo había estudiado, lo había diseccionado con la precisión de un cirujano. Había extraído cada nervio, cada debilidad. Conocía sus puntos frágiles. La boca se le secó, y un sudor frío le perló la frente.

El Coleccionista no solo coleccionaba almas; coleccionaba el conocimiento más íntimo de sus víctimas: sus miedos más profundos, sus amores más grandes.

—Tú no entiendes nada del amor, de la pérdida —Julian le lanzó las palabras, como guijarros contra un muro de piedra, sabiendo que no harían mella—. Solo entiendes de control. De manipulación. Has pervertido todo lo sagrado.

Black se permitió una risa suave. Un sonido seco que vibró entre el cristal y las ruinas, un eco que parecía burlarse de la furia de Julian.

Entonces, sus ojos se fijaron en Julian con una intensidad que traspasaba la distancia. Una frase, cargada de un veneno insidioso, se clavó en la psique de Julian. Un puñal de hielo que le atravesó el cráneo.

—Tu prosopagnosia, Julian, no fue un accidente.

Las palabras de Black cayeron sobre Julian como una losa, ahogando cualquier réplica. Le asfixiaron el aire de los pulmones. Un sudor frío le perló la frente, y el corazón le dio un vuelco desacompasado. Un latido errático que amenazaba con desgarrarle el pecho. Su mayor sufrimiento, la tortura visual que lo había acompañado desde la «muerte» de Grace, la cadena que le impedía recordar el rostro de su amor, la barrera que lo aislaba de los demás, no había sido un accidente.

Fue una herramienta. Una cruel y meticulosa obra de ingeniería psíquica. Las rodillas le temblaron, y tuvo que aferrarse a la libélula de Grace con más fuerza para no caer. La desorientación, que había amainado al entrar al Santuario, regresó con una fuerza renovada. No como una distorsión externa, sino como un terremoto interno.

—Fue un regalo —continuó Black, deleitándose en la reacción de Julian. Cada sílaba un martillazo en el cráneo del exinspector. Un goce perverso en la agonía ajena—. Un portal. Te la implanté para hacerte el lienzo perfecto para mi última y más trascendente obra: tu conciencia. Un lienzo virgen, sin el estorbo de los rostros. Capaz de asimilar y contener el universo entero de mis coleccionados sin el sesgo de la identidad personal. Una mente sin anclas visuales. El receptor ideal. Un cerebro preparado para la trascendencia.

El mundo de Julian se tambaleó. Los pilares de su propia existencia, de su identidad, se desmoronaron a su alrededor. No era una enfermedad. Era una condena fabricada. Su mente había sido su prisión. Black, su carcelero silencioso, había forjado las rejas. La rabia se encendió en su estómago, caliente y salvaje. Una llama que amenazaba con consumirlo. La desesperación le arañó la garganta, dejándole un sabor a ceniza, a ruina.

La prosopagnosia, ahora, se revelaba como una cadena invisible. Una traición a sí mismo. Un campo de pruebas para la ambición desmedida de Black. Sintió el peso de todas las conciencias manipuladas. Mil susurros invisibles resonando en los rincones de su mente recién abierta. Las voces, silenciadas por la prisión de cristal, parecían gritar a través de su propia traición. La magnitud del horror lo oprimió.

No solo la de su ignominia, sino la de todas las almas atrapadas. No era un investigador. Era un experimento. Una marioneta que había bailado al ritmo que Black había marcado desde el principio. Cada paso. Cada descubrimiento. Cada fragmento de verdad. Todo había sido orquestado. Cada pista, un hilo más en la tela de araña que lo había llevado, indefenso, hasta el corazón mismo del santuario. La boca se le secó, y un temblor incontrolable le recorrió las manos. Un escalofrío que le subía por la espalda y se anclaba en la base de su cráneo.

—Desde el principio… —la voz de Julian era apenas un susurro que se rompía, cargado de incredulidad y un dolor punzante. Una herida que se abría en lo más hondo de su ser—. Desde Grace…

—Grace fue el detonante —Black asintió, su expresión imperturbable, como si hablara de una operación rutinaria, de un cálculo matemático sin emoción—. Su cercanía a ti. Su capacidad para activar la libélula de forma tan pura. Una sinfonía de resonancias. Su muerte, el catalizador. Su ausencia, el vacío que te haría permeable. La libélula, el cebo. Y tu prosopagnosia, el lienzo en blanco que necesitaba para pintar mi obra más sublime: la colección dentro del propio Coleccionista. Tu mente, Julian, es la culminación. El último eslabón, la pieza que cierra el círculo de mi genio.

Julian sintió una arcada. La náusea de la verdad lo golpeó con la fuerza de un puñetazo en el estómago. La idea de que Grace, su amor, su vida, había sido un peón en aquel juego macabro, y que su propio cerebro había sido manipulado para servir a los fines de

Black, era una herida del alma que nunca cicatrizaría. La rabia, contenida hasta entonces, estalló. Sus ojos, antes ensombrecidos por el cansancio, ardieron con una furia fría.

Una promesa de destrucción. No por él, no solo por Grace o Mila, sino por cada alma atrapada, por cada recuerdo silenciado. La sangre le hirvió en las venas, un calor abrasador que contrastaba con la frialdad del santuario. La humillación de haber sido un títere, un experimento, se mezclaba con el dolor de la pérdida y la furia por la profanación de la memoria.

—No voy a ser tu lienzo —rugió Julian, las palabras arrancadas de lo más profundo de su ser. Una declaración de guerra que resonó en el vasto silencio del santuario, desafiando la calma de Black.

Black, imperturbable, activó un dispositivo diminuto que extrajo de su gabardina. Una pieza metálica y elegante que emitió un zumbido apenas perceptible. El sonido se propagó por la sala. No como una onda sonora, sino como una vibración que se aferró a cada libélula, a cada cristal, a cada fragmento de alma. Una luz rojiza, intermitente, comenzó a teñir las alas iridiscentes. Una señal de alarma que amenazaba con la aniquilación. Un pulso electromagnético, silencioso pero devastador, se extendió por la matriz.

—No tienes elección, Julian —la voz de Black se alzó ligeramente, pero sin perder su calma mortífera, su tono de sentencia—. Este modificador de frecuencia desintegrará cada conciencia. Todas ellas. Incluida la de Grace. Es tu última lección. El fin de la ilusión.

Julian no dudó. El tiempo era una hebra deshilachándose en sus dedos. Con un movimiento desesperado, insertó el disco de metal de Mila, la verdadera clave de resonancia, en el hueco que había descubierto en la base de la libélula de Grace. Un chasquido seco confirmó la conexión. Un sonido pequeño pero decisivo en la inmensidad de la sala. La libélula en su mano, antes un faro solitario, comenzó a vibrar con una intensidad inusitada.

Su luz azul cobalto brilló con una potencia enceguecedora. La secuencia de Arthur Penhaligon —siete pulsos cortos de veintisiete hercios, seguidos de uno sostenido de ciento tres hercios, tres veces, y luego una inversión de fase— resonó en su mente con la claridad de una oración. Un mantra de resistencia. Julian concentró toda su voluntad. Sus dedos temblaban, pero su resolución era inquebrantable.

Cerró los ojos por un instante, y la secuencia se proyectó en su mente. Una danza de números y frecuencias. Una melodía invisible. Empujó la fuerza de su intención hacia la libélula de Grace, hacia el disco de Mila, hacia la disonancia, hacia la ruptura de la prisión.

Entonces, un trueno sordo, mucho más cercano esta vez, sacudió los cimientos del Santuario. Los muros temblaron. Una lluvia de escombros y polvo cayó desde el techo, iluminada por los flashes azul y rojo que, a través de las ventanas rotas, anunciaban la irrupción de Scotland Yard. Una ráfaga de viento helado, cargada de humedad exterior, penetró por los huecos. Agitó los cristales con un lamento.

Al mismo tiempo, las miles de libélulas en el Santuario comenzaron a parpadear caóticamente. Sus luces azules y rojas alternaban, chocaban. Una sinfonía desorganizada de destellos. Un coro cacofónico de susurros, gritos ahogados, risas histéricas y gemidos guturales, como mil voces despertando de un letargo forzado, llenó la sala. Una marea sonora y visual lo envolvía todo. Un caos que se negaba a ser contenido. El Santuario de Conciencias se convirtió en un vórtice de luz y sonido.

Black observó el espectáculo. Una expresión de horror y fascinación le desfiguró el rostro. Por fin, un atisbo de algo humano en sus ojos gélidos. El reconocimiento de la catástrofe que se le escurría de las manos. Había desatado el caos, y la magnitud de su propia invención se volvía ahora contra él.

—¡Imposible! —gritó Black, su voz, por primera vez, quebrándose con una grieta de desesperación. Se elevó por encima del clamor de

las almas. Un sonido agudo y estridente que se mezclaba con la cacofonía.

Julian alzó la libélula de Grace. Irradiaba ahora una luz brillante, constante. Un faro azul cobalto en medio de la vorágine. Su rostro, surcado por el cansancio, por el sudor, por la rabia, era el de un hombre que había cruzado el abismo y regresado. No intacto, pero con una resolución inquebrantable.

—No te atrevas a borrar la verdad, Black —la voz de Julian, aunque desgarrada, se alzó con la fuerza de un juramento. Una verdad en la tempestad—. Porque yo la recordaré. Para todos ellos.

Las luces de los coches de la policía de Scotland Yard penetraron con mayor fuerza por los agujeros del techo y las ventanas rotas. El sonido de las botas y las voces autoritarias se acercaba desde los pasillos adyacentes. El Santuario se convertía en un remolino de luz y sonido. Un epicentro de un cataclismo que desdibujaba las fronteras de la realidad. Julian, en el corazón de aquel vórtice, con la libélula de Grace latiendo como un segundo corazón en su mano, sentía el pulso de miles de conciencias liberadas.

Un torrente de vida que buscaba la salida. ¿Cómo podría Julian derrotar a Black cuando su propia mente había sido el arma del Coleccionista? ¿La «clave de resonancia» funcionaría más allá de desatar el caos, o este infierno era solo el principio?

CAPÍTULO 25: EL ÚLTIMO SUSURRO

ESCOCIA, SÁBADO POR LA NOCHE, 2026

El Santuario de Conciencias se desgarró. No fue una explosión de mampostería, sino de luz y sonido desbocado. Julian Stark, con la libélula de Grace irradiando un azul cobalto desde su palma, sintió la reverberación hasta la médula de sus huesos. La clave de resonancia de Mila, aquel disco de metal que había insertado con una urgencia brutal en el orbe de cristal, bramaba ahora una disonancia que desgarraba el aire.

Aquello no era un estruendo, sino una fisura en el aire, una grieta en lo real. Miles de libélulas, suspendidas en sus filamentos invisibles, vibraron con una furia eléctrica, sus luces multicolores parpadeando como un bosque de ojos enfermos en la oscuridad. El ozono, ese aroma eléctrico que impregnaba el espacio, se volvió más agrio, más penetrante, casi metálico en la garganta. La sala, antes un mausoleo silencioso, se convirtió en un vórtice, una herida abierta en el éter.

Cada centelleo, cada estallido luminoso, era un grito mudo, una liberación violenta. Las libélulas no explotaban en un sentido físico; se desintegraban en una lluvia de partículas brillantes, pequeños puntos de consciencia que ascendían hacia el techo, formando una

nebulosa de espíritus libres. Un escalofrío le recorrió la piel a Julian, pero no de frío, sino de una saturación tan extrema que le quemaba.

Su prosopagnosia, el velo perpetuo que le ocultaba los rostros, fue asaltada desde una nueva trinchera. Al estallar, las luces le presentaban fugaces siluetas, formas indefinidas, ecos de emociones que no podía discernir, un clamor que amenazaba con deshacer su cordura, el de las miles de almas que Black había encarcelado. La vista se le nublaba, no por lágrimas, sino por la furia desatada de aquella sinfonía visual.

El aire se hizo un caldo denso, pesado, imposible de respirar, mientras la resonancia colectiva alcanzaba su cenit: una detonación mental que amenazaba con rasgar su propia mente en jirones. Apretó el puño en torno a la libélula de Grace; el cristal le abrasaba la piel. Ese dolor físico era un ancla que lo mantenía aferrado a la realidad, a su propio cuerpo, mientras su percepción se volvía un lienzo cubierto de grafitis fugaces.

El Dr. Alistair Black, antes la viva imagen de la calma calculadora, era ahora un hombre deshecho. Sus facciones se retorcían en una mueca de horror y asombro, un espejo distorsionado del caos que él mismo había provocado y que Julian había volcado contra él. Sus ojos, fijos en la danza frenética de las libélulas rotas, eran ventanas a un alma que se desmoronaba. La luz caótica se reflejaba en sus pupilas dilatadas, un espejo que multiplicaba mil veces su derrota. Las palabras se le atascaron en la garganta, un gorgoteo ininteligible que precedió a un último y desgarrador alarido:

—¡Imposible!

Su voz se quebró, un cristal astillado que no pudo soportar la presión del desastre. Aquella incredulidad, la admisión final de que sus planes se desintegraban, fue lo último que articuló con la mente clara.

El Coleccionista, el arquitecto de la inmortalidad forzada, perdió el control de su propio templo. Un temblor convulsivo le recorrió el

cuerpo, sus rodillas cedieron y se desplomó contra el suelo frío, un títere de trapo despojado de sus hilos. Los brazos se le extendieron, intentando aferrarse a algo que ya no estaba, a la matriz que se deshacía en un suspiro de luz. Un hilo de saliva le corrió por la comisura de los labios.

Las luces de las libélulas seguían estallando a su alrededor, una pirotecnia de conciencias liberadas. En sus ojos, ahora vidriosos y distantes, se veía el reflejo de cada una de ellas, una legión de almas que danzaban en su retina. Su respiración se volvió errática, superficial, un jadeo ahogado que no podía competir con el clamor de mil voces. La mente de Black había cedido, no por la fuerza bruta, sino por la disonancia de su propia creación, por la magnitud de la vida que se le escapaba entre los dedos.

El hombre que se creía dios, el salvador de conciencias, era ahora un recipiente vacío. Una marioneta que había perdido su esencia en el juego de Julian, catatónico. Sus pupilas, el último santuario de una luz que no entendía, atrapado en el reflejo de sus víctimas.

Julian sintió una descarga de energía que lo atravesó, un relámpago que no quemaba, pero que abría grietas en su percepción. No era dolor físico, sino una avalancha de información, de sensaciones, de existencias. Las libélulas, una a una, reventaban en partículas de luz, y cada partícula era un susurro liberado, un eco, una voz que se unía a un coro colectivo. No eran palabras, sino impresiones, destellos de memoria, retazos de identidad que buscaban la libertad.

El sonido era un torrente, un murmullo de mil arroyos desbordados, cada uno con su propia melodía y su propio lamento. La piel de Julian se erizó. El aire vibraba con una dulzura agridulce, un olor a ozono que se mezclaba con el aroma a papel viejo y a sueños rotos.

Y entre aquella marea de conciencias, una voz se elevó clara y distinta en su mente. No eran palabras, solo una certeza: «Julian. Lo has conseguido». Era Mila. Su presencia, etérea pero inconfundible, le envolvió un instante, una ráfaga de gratitud que trascendía el tiempo y el espacio. «Gracias». Y luego, el desvanecimiento. No una

desaparición, sino una liberación, una ascensión hacia un lugar que Julian no podía comprender.

Su ausencia ya no dolía, porque ahora se sentía completa. La libélula de Grace, el ancla que Julian había sostenido con todas sus fuerzas, resonó con un último latido de luz, más intenso, más puro que nunca. Un latido azul cobalto que se expandió por la sala antes de que su propio brillo se atenuara, dejando de vibrar, de proyectar, de latir. Silenciosa y vacía. Pero su esencia, Julian lo supo con una convicción inquebrantable, finalmente estaba libre.

El vacío en su palma no era de pérdida, sino de un espacio que ya no necesitaba contención. El eco de Grace, ese primer susurro que había encendido su búsqueda, se había transformado en una inmensidad que lo abarcaba todo, más allá de la prisión del cristal, más allá de la tortura de su prosopagnosia.

La victoria, sin embargo, se sentía como un puñal en su propia mente. Julian se sentía expandido, sus fronteras personales borradas, como si el torrente de consciencias liberadas hubiese dejado una marca permanente en él. Su prosopagnosia, el terrible velo que le había robado los rostros, persistía. Pero ahora, cada contorno, cada objeto, cada sombra danzante, parecía vibrar con una capa oculta de información.

No podía recordar las caras, pero sentía las historias detrás de ellas, una avalancha de ecos y emociones que se le pegaba a la retina, una cacofonía silenciosa que se negaba a apaciguarse. Había derribado la prisión de Black, había roto los cristales, pero su propia percepción se había convertido en un reflejo roto. ¿Había ganado realmente? ¿O simplemente había cambiado una prisión por otra, con las paredes invisibles de su propia mente, de su nueva e incomprensible forma de mirar el mundo?

La duda le perforó el cráneo, un taladro helado en la certeza de su triunfo. Se había prometido liberarlos, pero en el proceso, quizás se había condenado a sí mismo a una lucidez que era otra forma de locura. Una en la que la realidad se había fracturado en mil pedazos,

cada uno con un susurro, cada uno con un recuerdo ajeno. El precio pagado era incalculable, una resonancia que vibraba en cada fibra de su ser, en cada pliegue de su percepción.

Un estampido seco, esta vez real, desgarró la atmósfera. El ruido de botas resonó en los pasillos, acercándose. Scotland Yard había irrumpido. El Inspector Davies, cojeando ligeramente, asomó la cabeza por el umbral. Su rostro, apenas una silueta difusa para Julian, se tensó al ver el caos. Tras él, una docena de agentes, con armas en ristre y linternas encendidas, inundaron la sala con sus luces crudas, atravesando el brillo agonizante de los cristales rotos.

Las libélulas, ahora reducidas a motas, brillaban en el suelo como joyas esparcidas, como ojos que se negaban a cerrarse. El aire, antes denso con el olor a ozono, se mezclaba ahora con el penetrante aroma a pólvora y la humedad exterior que los agentes traían consigo.

—¡Quieto! ¡Manos a la cabeza! —gritó uno de los oficiales. Su voz, aunque autoritaria, se perdía un tanto en el eco de las voces aún presentes, un murmullo fantasmagórico que solo Julian parecía captar.

Davies avanzó. Su mirada, de un marrón oscuro, escéptica pero también atónita, se posó primero en Black, catatónico en el suelo, las pupilas fijas en la nada. Después, en Julian, de pie entre los destellos, con la libélula de Grace inerte en la mano. Los agentes, entrenados para el orden, se vieron desbordados por aquella escena: el brillo de los cristales, el hedor a electricidad quemada, el silencio roto de las almas.

No lo comprendían. No podían comprenderlo. Sus ojos buscaban un enemigo tangible, un motivo explicable, pero solo encontraban la estela de un desastre que escapaba a su lógica. Dos agentes se abalanzaron sobre Julian, reduciéndolo con brusquedad, girándole los brazos, esposándole las muñecas con un chasquido metálico. El contacto frío de las esposas era una ironía, un anclaje a una realidad que para Julian ya no era la misma.

Las esposas le apretaban las muñecas, una presión fría que lo anclaba al presente, a un mundo que lo consideraba un fugitivo, un loco. A Julian lo arrastraron lejos de la pirámide destrozada, lejos de la agonía de Black, lejos del eco de miles de almas liberadas. Sus ojos, sin embargo, no se apartaban del suelo, donde las esquirlas de cristal brillaban aún, mil ojos silenciosos que ahora lo observaban con una comprensión que los agentes jamás poseerían.

Su victoria era una amargura en la boca del estómago, un regusto metálico de ozono y pérdida. La liberación había sido real, sí, pero su propia mente había sido alterada para siempre, un precio que pagaría cada segundo de su existencia. El Inspector Davies, su rostro difuso como siempre, se detuvo ante él, con una mezcla de lástima y confusión pintada en sus rasgos.

—Julian… ¿Qué demonios has hecho? —La voz de Davies era grave, pero la pregunta carecía de la ira esperada; en su lugar, había una perplejidad palpable, un abismo de incomprensión.

Julian no respondió con palabras. La libélula de Grace, ahora un simple trozo de cristal, se le resbaló de los dedos y cayó al suelo, uniéndose a la miríada de astillas que cubrían la superficie. Su mirada se desvió hacia una de las vitrinas rotas, un espejo improvisado en el caos. En su reflejo, por un instante, no vio su propio rostro, ni las canas en sus sienes, ni la cicatriz sobre su ceja. En su lugar, vio un mosaico de rostros difusos, de formas cambiantes, como las libélulas antes de estallar, como las almas que ahora danzaban en su propia percepción. Una lágrima silenciosa, la primera en años que no era de rabia ni de culpa, resbaló por su mejilla.

—Grace —susurró, con la voz rota, un hilo de sonido que solo él pudo escuchar—. Finalmente te veo. Y veo a todos ellos. Pero nunca te olvidaré de nuevo.

La victoria era amarga, la libertad una condena, y su mente ya no era la misma. El juego del Coleccionista había terminado, pero la historia de Julian acababa de comenzar. Un mundo donde la realidad

era un espejo roto, donde cada reflejo contenía un fragmento de la verdad ajena. Una verdad que, ahora liberada, le perseguiría para siempre. La voz de Mila, aquel eco en su mente, no se había desvanecido del todo. «La verdad nos hace libres, Julian. Pero también nos condena».

CAPÍTULO 26: EL ECO DE LAS CENIZAS

LONDRES, DÍAS DESPUÉS DEL INCIDENTE.

El frío de la sala de interrogatorios no era el helor que el páramo escocés había grabado en sus huesos, sino una frialdad distinta, más insidiosa. Era el gélido abrazo de la esterilidad, del desinfectante que buscaba borrar cualquier rastro de aquello que no encajara en sus muros de lógica. Julian Stark se encontró allí, sentado en una silla de metal que se le clavaba en la espalda, el vaho de su aliento disipándose en el aire inerte.

Los días, o quizás semanas, se habían fundido en una niebla gris desde que las esposas le habían ceñido las muñecas en el Santuario. Había intentado reconstruir el tiempo, pero la nueva percepción de su mente lo había fragmentado todo, como un espejo que se negaba a ofrecer una imagen única y coherente. Ahora, cada superficie pulida, cada reflejo en el ojo de Davies, era un caleidoscopio de contornos difusos, de ecos que danzaban en el borde de su visión, reclamando una atención que su mente, agotada, no podía otorgarles.

Frente a él, el Inspector Davies, su rostro, como siempre, una acuarela desdibujada, pero cuya exasperación se manifestaba en la rigidez de sus hombros y en el tic nervioso de su mandíbula. El

oficial había perdido la paciencia. La lástima que había visto en sus ojos en el hospital se había transformado en un muro de incredulidad. Davies deslizó una carpeta de color crema sobre la mesa, un gesto calculado que pretendía imponer un orden que Julian ya no reconocía.

—Julian, tenemos que volver a esto —empezó Davies, su voz grave, pero sin la aspereza habitual, teñida más bien de una fatiga profunda—. Llevamos días… usted lleva días repitiendo la misma historia. Libélulas de cristal, almas, un Coleccionista… ¿Entiende lo que nos está pidiendo que creamos?

Julian apretó las manos bajo la mesa, notando el metal frío de las esposas que todavía lo sujetaban a un anillo en la pared, un anclaje a la realidad de su cautiverio. Habían confiscado sus objetos: los cuadernos de Mila, el diario de Grace, el disco de resonancia, incluso la libélula inerte. Despojado de sus pruebas tangibles, se sentía aún más desnudo, más vulnerable. Aquello era parte del juego, lo comprendía ahora. Black había diseñado una prisión que no dejaba huellas para los ojos convencionales.

—Inspector, lo que digo es la verdad —respondió Julian, su propia voz sonando extraña, como si no perteneciera del todo a la sala—. No espero que lo entienda de inmediato. Yo mismo… me costó. Pero el doctor Black… él lo hizo. Él atrapaba las conciencias.

Davies suspiró, el sonido arrastrando la paciencia que ya casi no le quedaba. Su cojera le recordó que el asalto al hospital había cobrado su propio peaje físico. Se llevó una mano al ojo, masajeando la sien.

—Black está en un hospital psiquiátrico de alta seguridad, Julian. En estado catatónico. Apenas respira por sí mismo. No habla, no reacciona. No tenemos ninguna confesión suya. Ningún… dispositivo que sustente su relato. No hay miles de libélulas, ni «almas» escapando. Sólo un laboratorio en ruinas, viejos equipos médicos oxidados y usted, en medio del caos, con una historia que supera cualquier sentido común.

La incredulidad de Davies era un cerco invisible, pero tan sólido como las paredes que los rodeaban. Julian notaba cómo cada palabra que pronunciaba se deshacía en el aire, carente de peso, desprovista de la verdad que para él era tan evidente. El olor a humedad y desinfectante se le antojaba el aroma de la duda, el perfume de la razón imponiéndose sobre la revelación. Su mente, aún fracturada, vibraba con ecos que los demás no podían captar, añadiendo una capa de confusión a cada argumento. Era como si hablara un idioma que solo él comprendía, mientras el mundo a su alrededor se obstinaba en una sordera voluntaria.

Davies se inclinó, su voz bajando a un tono casi confidencial, pero la lástima en su postura era más hiriente que cualquier grito.

—Escuche, Julian. Sé que pasó algo terrible allí. Lo que sea que viera, lo que sea que experimentara… un campo de distorsión, dice usted. Puede que fuera real, sí. Puede que Black fuera un demente peligroso que experimentaba con alguna tecnología rara. Pero… ¿almas? ¿Conciencias atrapadas en cristales? Eso es fruto de un trauma, de un estrés postraumático extremo. Su mente… ha construido una narrativa para darle sentido a lo incomprensible. No es su culpa.

El inspector deslizó varias fotografías sobre la mesa. Eran imágenes del interior del Santuario de Conciencias tras la intervención. Julian las miró, y su percepción, la que ahora dominaba su mente, las transformó en un borrón de colores y contornos que casi se movían. Pero incluso a través de ese velo, los detalles eran innegables: vigas caídas, montones de escombros, cristales rotos en el suelo que no eran miles de libélulas iridiscentes, sino fragmentos de vitrinas, de bombillas, de botellas antiguas. No había una sola libélula entera. Los oficiales habían recogido los "restos" de lo que ellos consideraban una explosión, no una liberación.

Julian pasó las yemas de sus dedos esposados sobre una de las fotos, un gesto inútil. Podía ver el polvo, el hormigón desmoronado, el metal retorcido. La visión que ahora habitaba sus ojos le mostraba

capas superpuestas de imágenes: aquí, el brillo fantasmal de una libélula de Grace aún intacta; allá, la silueta difusa de una figura que podría ser Mila. Era una burla, una tortura visual. Las pruebas físicas, para los ojos de Scotland Yard, simplemente no existían. Black, el Coleccionista, había sido demasiado astuto. Incluso en su estado catatónico, había ganado el primer asalto.

—No encontraron nada, ¿verdad? —preguntó Julian, más como una confirmación que como una pregunta.

Davies negó con la cabeza, sus ojos grises clavados en él. Su cojera lo impulsó a ponerse de pie y caminar unos pasos, su reloj de acero pulido destellando fugazmente bajo la luz artificial.

—Solo equipos de laboratorio anticuados, en su mayoría inservibles. Una compleja red eléctrica, eso sí, y ciertos dispositivos que no hemos podido identificar del todo. Pero nada que sugiera… conciencia. Nada de eso. El doctor Black, como le digo, es un vegetal. Y no hay rastro de su esposa, ni de la señorita Belcombe, más allá de la confirmación de sus muertes y la investigación archivada.

La voz de Davies era un murmullo distante, ahogado por una cacofonía que solo Julian percibía. Mientras el inspector hablaba, Julian sintió un escalofrío que no tenía que ver con el frío de la sala. En el fondo de su mente, como un zumbido de alas invisibles, notó una presencia creciente. Eran susurros, no palabras inteligibles, sino fragmentos de emoción, ecos de memoria. Eran las conciencias liberadas, o al menos, su reverberación en la mente fracturada de Julian.

Una niña riendo, el sol en la piel. Un anciano que recordaba el olor a tierra mojada tras la tormenta. Una mujer que añoraba el tacto de una mano. Miles de vidas, miles de instantes, que se superponían y se agolpaban en su cabeza, creando una 'resonancia colectiva'.

Julian parpadeó. Era como escuchar un coro de mil voces intentando cantar al unísono, pero sin partitura, cada una buscando su propio

tono, creando una armonía disonante que lo invadía. El aire de la sala, que antes le había parecido estéril, ahora le olía a metal, a polvo, a ozono, y a algo más. A vida. A recuerdos ajenos que florecían en su propia mente.

—Lo que vieron no es lo que es —murmuró Julian, y su mirada se perdió en el reflejo deformado de su propia cara en el cristal del espejo de doble sentido.

Davies lo observó con una ceja arqueada, la paciencia estirándose hasta el límite. El oficial sabía de la prosopagnosia de Julian, conocía el historial de la tragedia. Había leído los informes de los psiquiatras que habían atendido a Stark tras la "muerte" de Grace. Lo que el inspector veía no era un héroe, sino un hombre roto, al borde del colapso, aferrándose a un delirio para dar sentido a un horror indescriptible.

Julian apretó sus manos, sintiendo la presión del metal contra sus muñecas. La 'resonancia colectiva' se intensificaba, una marea silenciosa de existencias. Ya no solo percibía rostros difusos en los reflejos, sino el eco de las historias detrás de ellos. Era como tener una biblioteca entera de almas dentro de su propia cabeza, cada estante vibrando con su propio pasado. La prosopagnosia seguía allí, una niebla sobre los rasgos individuales, pero ahora se abría una nueva puerta.

Donde antes había un vacío cruel, ahora se extendía un patrón de colores, de energías, de vibraciones emocionales. Una nueva forma de ver, no los rostros concretos, sino la esencia de lo que había detrás de ellos, el alma misma.

Se preguntó si todo había sido un sueño febril, una alucinación inducida por la desesperación y la privación del sueño. Pero el dolor de sus muñecas, el olor a desinfectante, la rigidez de la silla: todo era demasiado real para ser un engaño. Y los ecos… los ecos eran lo más real de todo. ¿Estaban Grace y Mila entre ellos? ¿Eran sus voces, sus recuerdos, parte de este coro incesante? La certeza le llenó el pecho como una oleada de frío.

Sí. Estaban allí. No las veía, no las oía de forma nítida, pero las *sentía*. Eran parte de él, de esta nueva y aterradora extensión de su conciencia. La libertad de ellas había sido su condena.

El inspector Davies se sentó de nuevo, esta vez con un informe diferente en las manos. Su rostro, apenas un bosquejo borroso, proyectaba una compasión teñida de profesionalismo.

—Hemos recibido un informe preliminar de los psicólogos forenses —dijo Davies, deslizando el documento—. Sugiere un trastorno de estrés postraumático severo, exacerbado por la privación del sueño y su… historial previo con la prosopagnosia. Recomiendan su internamiento en una institución psiquiátrica. Para su propia seguridad, Julian.

La palabra "internamiento" resonó en la sala, fría como un golpe de martillo. Julian sintió que el aire se le escapaba de los pulmones. Sus argumentos, sus explicaciones sobre Black y las libélulas, habían sido en vano. No lo consideraban un criminal, sino un enfermo. Una pieza más en un rompecabezas médico que encajaba perfectamente en sus expedientes. Quería gritar, quería mostrarles la verdad, la sinfonía de almas que vibraba en su cabeza, pero sabía que solo lo confirmaría. Su propia percepción era su prisión.

—No estoy enfermo, Inspector —dijo Julian, su voz apenas un susurro que se perdía en el coro fantasmal—. Estoy… transformado. He visto la verdad. La he tocado. Y la he liberado.

Davies se levantó, el informe en la mano, un veredicto silencioso.

—Lo siento, Julian.

Dos guardias entraron en la sala, sus pasos resonando como el eco de una sentencia. Lo levantaron de la silla, el metal frío de las esposas rozando la piel. Julian los miró, y en el vago contorno de sus rostros, vio la mezcla de miles de otros. Rostros que lloraban, que reían, que amaban, que temían.

Lo llevaron por un pasillo, el olor a desinfectante se volvió más intenso, casi asfixiante. Lo encerraron en una celda pequeña, las paredes desnudas, la luz fluorescente parpadeando sobre su cabeza. Un camastro de metal, una manta áspera. Nada más. La puerta se cerró con un chasquido sordo, el eco de su soledad.

Julian se tumbó en el camastro, la cabeza zumbándole con la resonancia colectiva. Los ecos de las conciencias liberadas no eran un murmullo lejano, sino una presencia constante, una compañía no buscada. Cerró los ojos, y el mosaico de rostros difusos danzó tras sus párpados, una visión ininterrumpida. Extendió una mano y la observó. Por un instante, un tenue brillo de luz, casi imperceptible, emanó de su palma, un recuerdo residual de la libélula de Grace, una marca de lo que había sido y de lo que se había convertido.

—No estoy loco —susurró al silencio, a las voces. No estoy solo.

Pero las voces, un coro silencioso, no ofrecían consuelo, solo una nueva forma de existir. Un eco, claro y doloroso, se filtró entre las demás, una que le pareció inquietantemente familiar. «La colección no ha terminado, Julian», susurró una de ellas, con la dulzura y el pavor de la voz de Grace. «Ahora eres tú la colección. Y también el guardián». Julian abrió los ojos en la oscuridad opresiva de la celda.

Las palabras se le pegaron a la piel como un sudor frío. Si la colección no había terminado, ¿qué significaba ser el guardián de una prisión invisible? ¿Y cómo podría Davies creer en algo que ni siquiera él podía definir, cuando su propia mente se había vuelto el mapa de un infierno ajeno?

CAPÍTULO 27: LA PRUEBA SILENCIOSA

2026. SEMANAS DESPUÉS. HOSPITAL PSIQUIÁTRICO ESTATAL, LONDRES.

El cristal opaco de la sala de visitas se alzaba como una promesa de transparencia, una burla cruel al velo que ahora cubría la mente de Julian Stark. Los días, aquí dentro, se habían disuelto en una pasta informe, sin el ancla de un calendario ni el pulso de la calle. Su cuerpo, un mapa de dolores y rigideces por el camastro de metal, era lo único que le recordaba la prisión física. La verdadera prisión, sin embargo, se había extendido a su propia cabeza: un entramado de murmullos, el eco incesante de miles de existencias ajenas que se agitaban en los recovecos de su conciencia.

La prosopagnosia, esa niebla cruel que le negaba los rostros, persistía, inmutable. Pero sobre esa ausencia, ahora se extendía una nueva capa de percepción. Las enfermeras, los guardias, los pocos psiquiatras que lo observaban con una curiosidad mezclada con lástima profesional, no eran ya meras siluetas. Eran halos vibrantes, patrones de colores sutiles que danzaban sobre sus contornos, una «aura» de memoria colectiva.

Sentía, como una pulsación en el fondo de su ser, la marea de emociones ajenas: el fragmento de una alegría olvidada en la

mancha de café de un guardia, un hilo de ansiedad antigua en el temblor de la mano de una enfermera. Su mente, antes fracturada, se había convertido en un tapiz viviente. Un compendio de miles de historias que, aunque ajenas, ahora residían en él. Era una nueva forma de ver, de conocer la esencia, el alma, más allá del simple rostro o la forma.

La locura, le habían diagnosticado. Pero él sabía que era otra cosa. Una bendición y una condena que le había entregado la clave para no olvidar, ni ser olvidado.

El Inspector Davies irrumpió en la sala con un paso renqueante, su pierna izquierda arrastrándose apenas. El brillo de su reloj de pulsera de acero pulido, un ancla en su rutina, parpadeó bajo la luz blanquecina del techo. Julian, sentado ya al otro lado de la mesa de cristal, lo observó. El rostro de Davies seguía siendo un mero bosquejo, una acumulación de tonos grises y sombras indeterminadas para sus ojos físicos.

Pero la nueva «visión» de Julian se extendió más allá de la piel. Percibió un patrón de tonos azules mezclados con un rojo tenue que bailaba alrededor de la figura del Inspector, un eco de frustración y una incomodidad subterránea. Davies se sentó, el cristal grueso entre ambos, una barrera infranqueable que Julian sintió como una extensión de la distancia que Scotland Yard había puesto entre él y la verdad. Abrió la carpeta de informes que llevaba en las manos, el papeleo un escudo contra la realidad que Julian encarnaba.

—Julian —comenzó Davies, su voz más suave de lo habitual, un intento de compasión que la resonancia en la mente de Julian tradujo como una mezcla de lástima profesional y cansancio—. Tus declaraciones sobre lo que sucedió en Escocia… son, francamente, difíciles de procesar. No encontramos nada. Nada de libélulas, nada de conciencia transferida. Solo tú, el doctor Black catatónico, y un desorden inexplicable. Los psicólogos… insisten en que necesitas ayuda.

Julian observó el patrón de colores alrededor de Davies. Una corriente de incredulidad, sí, pero también una delgada hebra de duda. Un hilo casi imperceptible, verde pálido, que vibraba con una pregunta que el Inspector no se atrevía a formular en voz alta.

—No estoy loco, Inspector —dijo Julian, su voz resonó extraña contra el cristal, como si luchara por atravesar la barrera—. Lo que viví fue real. Las conciencias fueron liberadas. Usted mismo lo sintió, ¿no es así? La distorsión, el caos en el aire. No era el viento. Era la vida misma. Miles de ellas.

Davies negó con la cabeza, el movimiento lento, como el de un hombre que carga con una carga invisible. El patrón azul oscuro en su aura se intensificó.

—Fueron gases, Julian. O quizá… una reacción alucinógena. Los paramédicos encontraron residuos químicos desconocidos en la ventilación. Tu mente estaba vulnerable. Te lo dije. El trastorno de estrés postraumático, la prosopagnosia… todo te hizo susceptible a una especie de brote psicótico masivo. Un mecanismo de defensa.

Julian apretó los puños bajo la mesa, sus nudillos blanqueaban. El entramado de voces en su cabeza bramaba. Era el eco de la negación, de una resistencia a lo incomprensible.

—Usted sabe que no fue así. Hay algo más. Puedo verlo. Puedo sentirlo. La verdad no está en sus papeles, Inspector. Está en los ecos. En los patrones.

Davies suspiró, el sonido amortiguado por el cristal. Un movimiento mecánico llevó su mano a su muñeca, sus dedos rozaron el reloj de pulsera. El verde pálido en su aura tembló, una ráfaga que Julian percibió como un recuerdo momentáneo, una imagen difusa en el fluir de la resonancia. El hospital. Un pasillo secundario. Algo en el suelo. Pequeño. Fuera de lugar. Un detalle insignificante para la policía, pero una anomalía para la mente metódica de Davies. La verdad se retorcía en el detalle.

—¿Sabe, Inspector? —dijo Julian, inclinándose ligeramente hacia el cristal, su voz un murmullo grave que parecía luchar contra el tapiz de su mente—. El día que me detuvieron, en el pabellón sur… usted encontró un pequeño broche. De latón, con forma de… libélula. Caído junto a la silla de Black. Lo metió en su bolsillo, ¿verdad? Pensó que no tendría importancia.

El Inspector Davies se sobresaltó. Su mirada, por primera vez, perdió la calma profesional. El patrón de colores alrededor de él se convulsionó, el azul y el rojo se mezclaron con un estallido repentino de amarillo. Incredulidad. Miedo. Una punzada de asombro. Su mano se dirigió, casi por reflejo, al bolsillo interior de su chaqueta, donde, en efecto, guardaba un pequeño objeto de metal. El hallazgo no había sido incluido en ningún informe.

¿Cómo podía Julian saberlo? Sus ojos, antes llenos de lástima, lo examinaron ahora con un miedo incipiente. Julian se había dado cuenta. Había acertado. La resonancia colectiva se había manifestado con una precisión escalofriante.

El peso de la realidad, o lo que quedaba de ella, se abatió sobre Julian. La resonancia colectiva ya no era un mero eco. Era una brújula. Una herramienta. La visión de los patrones, de los colores sutiles que emanaban de cada ser, de cada objeto, ya no era solo una carga, un síntoma de su mente fracturada. Era una conexión, una puerta a la esencia. A través de ella, podía discernir el miedo del guardia por su hipoteca, la melancolía de la enfermera por un amor perdido, y ahora, la duda hiriente en el corazón del Inspector Davies.

Las voces en su cabeza, antes un tormento incesante, se volvieron un entramado más inteligible, un flujo de información. Este no era el final, sino una metamorfosis. Una nueva etapa en su existencia. Pensó en Grace. En Mila. Sus voces no eran solo una parte de la resonancia; eran las maestras de esta sinfonía. Su sacrificio le había entregado esa «visión»: no para olvidar los rostros que se le negaban, sino para percibir la verdad que ocultaban.

Se sentía más conectado con ellas que nunca, sus recuerdos, sus esencias, entrelazadas con las suyas, un tapiz inquebrantable que el Coleccionista había intentado desgarrar. Se había convertido en la encrucijada de todas las conciencias. En el guardián. El peso de esa nueva responsabilidad se asentó en sus hombros, pero no lo aplastó. Lo definió.

—El Dr. Black no está loco, Inspector —continuó Julian, su voz ahora firme, cada palabra un golpe preciso contra el escepticismo de Davies—. Está catatónico porque su propia creación se volvió contra él. Su mente fue el epicentro de la resonancia colectiva. La clave para entenderlo todo yace en su interior. Su mente contiene la verdad y la esencia de su «obra». Los pacientes. No son solo víctimas. Son parte de su teoría de la «conciencia espejo».

Davies, todavía conmocionado por la revelación del broche, observaba a Julian con una cautela renovada. El hilo verde de la duda se engrosaba, aunque el azul de su lógica se mantenía fuerte.

—¿De qué estás hablando, Julian? ¿Conciencia espejo?

—Black buscaba patrones —explicó Julian, la resonancia en su mente le susurraba fragmentos del conocimiento de Mila, de la obsesión del Coleccionista—. Creía que ciertas personas tenían una «marca». Un eco. Grace la tenía. Mila la tenía. No eran suicidios. Eran… colecciones. Investigue a los pacientes del sanatorio Blackwood, Inspector. Aquellos que desaparecieron, los que encajaban con el perfil de Grace y Mila. No fueron suicidios. Las ausencias. Había un patrón. Mila lo encontró. Un mapa.

Julian cerró los ojos por un instante, y el mapa de almas danzó tras sus párpados. Los colores alrededor de Davies brillaron con una luz más intensa, la resonancia colectiva le ofrecía nombres, lugares, conexiones olvidadas. Podía sentir el rastro del anticuario en la mente del Inspector. Un vínculo con Penhaligon.

—Busque el mapa en la National Gallery —espetó Julian, abriendo los ojos, su mirada fijada en el Inspector, aunque no pudiera ver su

rostro—. La «Danza de la Vida». Y busque a Arthur Penhaligon. El anticuario. Él le dio una dirección, un sobre con el nombre de la Dra. Evelyn Reed. No confíe en él, pero escuche lo que tiene que decir. Él sabe más de lo que admite. Fue su intermediario. La colección no se construyó sola. Black lo coaccionó.

Davies se puso de pie, su silla rasgó el suelo, un sonido áspero. Su mano temblaba levemente al recoger los informes. El escepticismo aún luchaba, pero la certeza de Julian, la precisión de sus palabras, había horadado algo profundo en el Inspector. El broche. El maldito broche. Había guardado ese detalle, insignificante, irrelevante, incluso de sí mismo. Y Julian lo sabía. La «aura» de Davies, ahora, era una maraña de emociones, pero el verde pálido de la duda se había vuelto un haz, un faro. Se dio la vuelta y salió de la sala de visitas, la pierna más arrastrada que antes, el peso de lo incomprensible sobre sus hombros.

Julian se reclinó en la silla, el eco del chasquido de la puerta al cerrarse resonó en la celda. Había plantado la semilla. El Inspector investigaría. La resonancia colectiva, un tapiz silencioso, se agitó en su mente, y Julian percibió un hálito de esperanza, el eco de una victoria pequeña, pero determinante. «Todavía hay esperanza», susurró Julian, las palabras se perdían en el murmullo de las voces.

«Todavía podemos ver». La esperanza era un lujo, un bálsamo efímero en su nueva existencia. Porque la verdad no lo había liberado de la prisión, sino que le había entregado una llave para reabrirla desde dentro. Julian Stark, el guardián de una caja de Pandora desbordante, ahora sabía que los hilos del Coleccionista podían desatarse, uno a uno, si se atrevía a tirar de ellos.

CAPÍTULO 28: MEMORIAS DEL OLVIDO

LONDRES, SEMANAS DESPUÉS DEL INCIDENTE.

El silencio, su antiguo confidente, ahora le era un idioma extranjero. Julian Stark yacía postrado en la cama del psiquiátrico, las sienes martilleándole con el pulso febril de mil voces. Su mente, un mapa desgarrado, apenas se sostenía. Sus ojos azul grisáceo, hundidos por el cansancio extremo, escrutaban el techo, donde patrones de humedad danzaban como espectros informes. Intentaba meditar, siguiendo la sugerencia de un psiquiatra cuyo rostro, para él, era solo una nebulosa cálida de preocupación y rutina.

Aquel hombre le había hablado de hallar un remanso, de silenciar el coro. Pero el silencio era ya un eco perdido, una lengua que su cerebro había olvidado. La resonancia colectiva no descansaba, no ofrecía tregua. Era un caudal de memorias fluyendo sin cese, una cascada que lo arrastraba, amenazando con ahogarlo.

Destellos de recuerdos ajenos parpadeaban en su conciencia como luciérnagas moribundas en la penumbra de un bosque profundo. Sentía la humedad pegajosa de un sudor frío en una frente que no era la suya; el peso de una ausencia que jamás había vivido. Luego, un aroma a lavanda, denso y reconfortante, de un jardín que nunca

había visto, se extendía ahora ante sus ojos internos con una vivacidad insoportable, como si él mismo lo respirara.

La risa de un niño, pura y cristalina, resonaba en una sala de juegos; una pelota roja rebotaba contra una pared imaginaria. Una alegría ajena lo atravesaba sin pedir permiso. Un miedo ancestral, tan primario como el rugido de una bestia oculta en la jungla, se aferraba a su garganta: una amenaza que no le pertenecía, pero que se sentía tan real como su propia respiración. Julian apretó los puños.

La cicatriz fina sobre su ceja izquierda tiraba levemente, un ancla en su piel que le recordaba su propia carne, su propia existencia. Era como escuchar un millar de estaciones de radio al unísono, cada una gritando su historia, su dolor, su alegría, sus arrepentimientos más íntimos. Un caos sinfónico, una babel de almas. La verdadera tortura no era el vacío de los rostros, la ausencia de las formas, sino el exceso incontrolable de las almas, la avalancha de sus esencias.

Se esforzaba por no perderse en aquel laberinto de ecos, por no permitir que la identidad de otros lo devorara, que su propio ser se disolviera en aquella marea incesante. Su mente fracturada se había convertido en un receptáculo: cada fragmento de su percepción, una puerta a un mundo ajeno, una ventana a un alma que no era la suya. La prosopagnosia, el velo que antes le robaba las caras, ahora le ofrecía un lienzo donde las esencias danzaban, un caleidoscopio de intenciones y emociones que se superponían en un mosaico vibrante. Era un don terrible, sí, nacido de la perversión de Black, pero un don, al fin y al cabo, uno que no podía ignorar.

La necesidad de comprender, de poner orden a aquel caos orquestado, lo impulsaba más allá de la quietud forzada de su celda. Sabía que no podía quedarse atrapado en aquella habitación, en ese limbo de medicación y diagnósticos equivocados. La semilla de la duda que había plantado en Davies era su única esperanza de acción, un tenue filamento en la vasta madeja del escepticismo. Él

debía ser más que un simple oráculo, más que un receptor pasivo de voces.

Debía ser un estratega. Un guardián, tal como Grace le había susurrado en su última visión, una promesa que resonaba en lo más hondo de su ser. Y los guardianes, pensó, necesitaban herramientas, no solo el eco del sufrimiento. Necesitaban conocimiento, una brújula en el desierto de las almas.

La biblioteca del hospital, un mausoleo de sabiduría olvidada y locura documentada, se había convertido en su refugio diurno. Estanterías de madera oscura se elevaban hasta un techo altísimo, repletas de volúmenes polvorientos; algunos con cubiertas raídas, otros con el lomo quebrado. Eran historias de mentes rotas, terapias fallidas y diagnósticos imprecisos. El aire, denso y quieto, olía a papel envejecido, a la tinta de siglos de desdicha, a cera y a un moho casi imperceptible; un bálsamo, a su manera, para el estruendo incesante de su mente.

La luz, filtrada por unos ventanales altos y sucios, caía en haces oblicuos, iluminando motas de polvo que danzaban en el aire como partículas de conciencia. Los guardias, acostumbrados a su presencia silenciosa, a su figura encorvada entre los anaqueles, apenas le prestaban atención. Lo veían como un hombre más, un caso perdido, sumergido en sus delirios, inofensivo en su obsesión por el pasado.

Para Julian, sin embargo, la biblioteca era un tesoro, un archivo de la condición humana. Entre los lomos ajados y las páginas amarillentas, buscaba patrones, conexiones con lo que había experimentado en el Santuario; una confirmación, un eco que validara la realidad de su infierno personal. Llevaba semanas sumergido en expedientes médicos antiguos, rastreando los laberintos de la locura humana, esperando encontrar una rendija, una señal de que lo que le sucedía no era único, que no estaba solo en aquel abismo.

Un día, mientras hojeaba un volumen encuadernado en cuero oscuro con el título «Fenómenos de Resonancia Psíquica: Casos Históricos y Especulativos», un escalofrío seco y helado le recorrió la espalda. No era un frío del aire, sino de la revelación misma. Había encontrado el expediente de una paciente de finales del siglo XIX. Una mujer, una institutriz llamada Eleanor Vance, reportó haber 'visto' el rostro de su hija desaparecida en los reflejos del agua, en los cristales de las ventanas, en los espejos pulidos.

No solo eso, sino que describía un «coro de voces» en su cabeza, un «hilo invisible» que la conectaba con «miles de almas» que hablaban al unísono. Las anotaciones del médico, con una caligrafía pulcra pero condescendiente, detallaban los síntomas: el diagnóstico de «psicosis maníaco-depresiva con delirios de persecución y alucinaciones auditivas y visuales», y un tratamiento a base de sedantes y aislamiento. Los médicos de la época, por supuesto, lo habían atribuido a una psicosis profunda, exacerbada por el duelo, una mente que se quebraba bajo el peso de la pérdida.

La urgencia de Eleanor, su desesperación por ser creída, la frustración de no ser comprendida, traspasaron las páginas y lo invadieron, como si la mujer le gritara desde el tiempo. Sus dedos temblaron al pasar a la siguiente página. El papel crujió como huesos secos. La descripción era casi idéntica a su propia experiencia, la de la 'resonancia colectiva'. No era un caos sin sentido, no solo la dispersión de miles de identidades en el éter, sino una red vasta.

Un entramado interconectado de historias, de esencias, de ecos, que se unían, se fusionaban, no se disipaban. Black, con su retorcida visión de la inmortalidad, no había destruido las conciencias. Las había transformado, las había obligado a una nueva existencia. Las había forzado a una fusión involuntaria que ahora, liberada, se había convertido en un vasto repositorio de memoria colectiva, un océano de conocimiento y sentimiento. Julian se sintió un engranaje más en esa enorme maquinaria psíquica, un nodo central, el punto de unión de una constelación de almas.

Fue en ese instante, en medio de la polvorienta quietud de la biblioteca, cuando un fragmento de memoria de Grace se manifestó con una claridad perturbadora. No era una visión etérea, ni una voz susurrada en su oído, sino una sensación de profunda certidumbre. Era como una brújula invisible girando hacia un punto fijo en su alma, una luz que se encendía en su mente. Una calidez le inundó el pecho, una certeza inquebrantable que disipó por un momento el coro de voces ajenas.

Grace no le hablaba con palabras, sino con imágenes, con emociones, con fragmentos de su propio conocimiento; un lenguaje más allá de la lógica. Julian cerró los ojos y permitió que la memoria lo envolviera, una corriente dulce pero firme, como la mano de Grace en la suya. Vio destellos de pizarras llenas de diagramas complejos, fórmulas sobre la «conciencia espejo» y el «legado neuronal», garabateadas con la prisa de una mente brillante y obsesiva.

Ella le mostró, no con palabras, sino con la pura esencia de su entendimiento, la obsesión de Black: no solo coleccionar fragmentos de conciencia, sino *fusionar* las conciencias, entrelazarlas en una nueva entidad. Su objetivo, el gran diseño de su locura, era crear una mente superior, una especie de super-consciencia colectiva que trascendiera la individualidad; un dios artificial hecho de almas ajenas. La liberación en el Santuario, provocada por Mila y culminada por Julian con el disco de resonancia, no había sido una aniquilación, una destrucción total.

Había sido una dispersión controlada, una ruptura de la prisión que, en lugar de liberar las almas a la nada, las había dispersado en esa vasta red de resonancia, invisibles, pero presentes, unidas en un entramado impensable. Él había sido el catalizador de esa liberación, la punta de lanza que había roto la prisión, pero también el punto de convergencia. La última pieza: el guardián de un nuevo orden.

La revelación lo abrumó con tal fuerza que le hizo jadear; la garganta se le secó, incapaz de emitir sonido alguno. Grace, su

Grace, lo estaba guiando. Más allá del velo de su prosopagnosia, más allá de la muerte física, más allá del tiempo y el espacio, su amor persistía, convertido en una luz en la oscuridad, un faro en la tormenta de su mente. Él había dudado de su propia cordura, había sentido la humillación de los diagnósticos psiquiátricos, había soportado el peso de la culpa como una losa sobre sus hombros.

Pero Grace siempre estuvo ahí, un hilo invisible, una melodía en el coro de la resonancia, esperándolo. La prosopagnosia, su vieja enemiga, la que le había robado el rostro amado, se había transmutado. Ahora le permitía ver patrones en las memorias, la esencia de los sentimientos, la arquitectura de las almas, no solo la superficie de los rostros. Era una nueva forma de empatía, una conexión brutal y hermosa, una maldición convertida en bendición.

Se sintió el custodio de una biblioteca de almas, cada una con su propia historia, su propio latido, ahora unidas en él. Una responsabilidad colosal, abrumadora, que, de algún modo, daba sentido a su existencia fracturada, a su dolor. Ya no buscaba la redención, sino el propósito. Se había convertido en El Guardián.

La guía de Grace, ahora más fuerte, más definida, le mostró un nuevo camino, un sendero iluminado en el laberinto de su mente. La resonancia se concentró, no en mil voces disonantes, sino en una sola, dulce y clara: la suya, la de Grace. Le mostró destellos de Black, sentado frente a un cuaderno de cuero, sus manos largas y finas garabateando febrilmente. Diagramas abstractos, ecuaciones incomprensibles para Julian, pero que Grace, en su memoria, comprendía con una lucidez pasmosa.

Un «Protocolo de Anulación Inversa». Una salvaguarda. Black, en su arrogancia desmedida, había temido que su «obra» se descontrolara, que su super-consciencia se volviera inestable. Había diseñado un mecanismo de seguridad para detener la resonancia colectiva si se salía de control, si amenazaba con devorarlo todo. No era un destructor, sino un restaurador forzado, una forma de

restaurar una especie de orden en las mentes de las personas afectadas por sus libélulas.

Y lo más impactante, lo que hizo que el aliento se le atascara en el pecho: la memoria de Grace le susurró que este protocolo, si se activaba correctamente, incluso podría revertir los efectos de la prosopagnosia que él mismo había implantado en Julian. La posibilidad de volver a ver los rostros, de recuperar su propia memoria visual, su propia identidad, lo golpeó con la fuerza de un rayo, con la violencia de una epifanía.

Grace le mostró los diarios privados de Black, escondidos. No estaban en el hospital de Blackwood, ni en sus laboratorios públicos, donde Scotland Yard ya había buscado sin éxito. Estaban en un lugar que resonaba con una intimidad gélida, un eco de sus primeros experimentos: un pequeño anexo de la universidad donde había desarrollado sus teorías más radicales, donde su megalomanía había echado raíces.

Un cubículo olvidado, sellado tras su despido, cuando sus colegas lo habían tildado de loco. Julian vio, a través de los ojos de Grace, el mapa mental de una antigua facultad de neurología; la ubicación precisa de aquel cubículo, la discreta cerradura oculta tras una placa de bronce con un nombre ilegible, cubierta por el polvo del olvido.

—No me dejarás solo, ¿verdad, Grace? —susurró Julian, las palabras apenas un aliento en la quietud de la biblioteca, su voz ronca por la emoción. Una súbita, cálida corriente de amor, de consuelo, de resolución inquebrantable lo inundó, no como una voz audible, sino como la certeza profunda de su presencia, un anclaje en el caos. La resonancia, su orquesta silenciosa, se hizo una: su coro de mil voces se fundió en la melodía de Grace.

«Nunca», susurró el eco de Grace, envolviéndolo en un abrazo que trascendía el tiempo y el espacio; una promesa eterna. Julian sabía que debía escapar. No era solo por él, por la posibilidad de recuperar su propia vista, de curar su mente fracturada. Era por el orden de la memoria misma, por todas las conciencias que ahora resonaban en

él, buscando paz, buscando un lugar donde descansar. Era por Grace. La verdadera batalla, Julian comprendió, no era la que libraba por vengarse de Black, sino por corregir su perversión, por restaurar lo que había sido corrompido. Tenía que encontrar esos diarios. Tenía que activar ese protocolo. Y al hacerlo, quizá, encontraría su propio rostro de nuevo. ¿Cuál sería el propósito de esta red de resonancia que ahora lo habitaba? ¿Y qué otras verdades le revelaría la memoria guía de Grace, ahora que se había convertido en su faro en la oscuridad?

CAPÍTULO 29: LA FUGA DE LA REALIDAD

2026. NOCHE SIGUIENTE. HOSPITAL PSIQUIÁTRICO ESTATAL.

El silencio de la celda de Julian Stark era una mordaza. No un silencio de paz, sino el peso de una losa. Las paredes, de un blanco fantasma bajo la mortecina luz de una lámpara de techo inalcanzable, se cernían sobre él. Sin embargo, su mente ya no estaba confinada. Era un vasto lienzo donde las conciencias liberadas trazaban un mapa dinámico del hospital. Los ecos, que antes habían sido un coro disonante, ahora se habían modulado en una sinfonía de información, precisa y caótica a la vez.

No eran voces nítidas, sino flujos de intenciones, un tintineo de pensamientos, el rumor incesante de las rutinas. Podía sentir el tic de un ojo adormilado en la sala de monitores, el sutil crujido de un uniforme al doblar una esquina remota, la cadencia de unos pasos que se acercaban y se alejaban. Su prosopagnosia seguía siendo una niebla en los rostros, un velo que le negaba la individualidad; pero ahora, en cambio, percibía la urdimbre de las almas, los hilos invisibles de sus motivaciones.

Julian interpretaba los turnos de guardia como mareas predecibles, las cámaras de seguridad como ojos parpadeantes que revelaban

sus propios puntos ciegos, sus ritmos de vigilancia como un patrón respiratorio. Grace, o su eco en la marea de la resonancia colectiva, se había convertido en el director invisible de aquella orquesta interna, guiando su atención hacia los vacíos, los huecos en la trama de la seguridad. Había trazado un camino mental que lo llevaría más allá de esos muros, más allá de la grisura de su encierro. El aliento le ardía en la garganta. No había vuelta atrás. Aquella noche, Julian sería el fantasma que los guardias jurarían no haber visto.

El frío de la sala, que durante semanas había sido una losa helada, se sentía ahora como un aguijón gélido que lo despertaba. Se levantó de su camastro de metal, con los músculos rígidos y quejumbrosos. Su cuerpo le pedía a gritos el descanso, la rendición, pero el pulso inquebrantable de la resonancia lo mantenía en pie. Era un propósito que ardía en su pecho, una certeza que lo empujaba hacia adelante.

Sus dedos, largos y finos, repasaron la superficie áspera de la pared de su celda, sintiendo la frialdad del hormigón, la cicatriz de la locura y la desesperación de tantos otros que, como él, habían estado atrapados entre esos muros. La luna, un disco blanquecino, proyectaba sombras largas y distorsionadas a través de la diminuta ventana enrejada. El cielo, un lienzo de terciopelo oscuro, prometía una noche de visibilidad precaria, un velo perfecto para su fuga.

La sensación de Grace, la certeza de su presencia en la marea de la resonancia, era como una mano invisible que lo empujaba, una corriente subterránea que lo arrastraba hacia el exterior. Recordaba cada detalle del plan: las puertas secundarias, los pasillos de servicio menos vigilados, los horarios de los patrullajes. No era una huida a ciegas; era una danza con las sombras, un juego de ajedrez donde él podía ver los próximos movimientos de cada pieza.

La resonancia colectiva le mostraba no solo dónde estaban los guardias, sino también lo que pensaban: el aburrimiento de la rutina, el cansancio que se arrastraba en sus turnos nocturnos, el anhelo de sus hogares. Esos pensamientos, esas emociones, eran

sus faros, sus guías en la oscuridad. Él ya no era Julian Stark, el hombre roto. Era Julian Stark, el guardián de un eco, el bailarín de una melodía inaudible, listo para romper la mordaza del silencio.

El cerrojo de su celda, un mecanismo robusto y pesado, ya no le parecía una barrera infranqueable, sino una invitación. La resonancia se intensificó, un susurro en la periferia de su percepción, advirtiéndole sobre la ronda de la guardia que se aproximaba. Los pasos, metálicos y rítmicos, resonaban en el pasillo adyacente. Era la guardia nocturna, con su rutina inquebrantable. Pudo sentir la prisa de la mujer que la lideraba, una sensación de impaciencia que se propagaba como una onda.

Ella no se detendría en su celda; la ignoraría, como hacía siempre. Un parpadeo, una ausencia momentánea en el patrón. Aquel era el instante. Un segundo para cada movimiento, ni uno más. Sus manos, que antes temblaban con la culpa y el duelo, ahora se movían con una precisión inhumana. El improvisado gancho de alambre, que había fabricado con el marco de sus viejas gafas de lectura —y que Scotland Yard, con extraña precaución, le había permitido conservar—, se deslizó en la cerradura con una fluidez asombrosa.

Un clic sordo, apenas perceptible, rasgó el silencio. El metal frío en la palma de su mano. La puerta se abrió sin un chirrido, como si las sombras mismas se hubieran aliado con él.

Los pasos de la guardia se desvanecieron por el pasillo. Julian se deslizó fuera, su cuerpo una sombra sigilosa que se fundía con la penumbra. El pasillo, de paredes pálidas y frías, se extendía ante él, un laberinto silencioso que solo él podía recorrer con certeza. Cada bocanada de aire era un veneno de desinfectante y desesperación. Julian lo ignoró, centrado en el tapiz incesante de la resonancia.

Sentía la presencia de cada guardia, cada enfermero, cada paciente en sus celdas, durmiendo un sueño farmacológico o librando sus propias batallas en la oscuridad. Eran esos murmullos silenciosos lo que le permitía moverse con una certeza escalofriante. Podía sentir

el cansancio de un guardia al final de su turno, la ansiedad de otro por su familia, la distracción de un tercero con un programa de radio. Eran corrientes subterráneas de pensamientos que lo guiaban, indicándole cuándo girar, cuándo detenerse, cuándo esperar.

Una guardia, la misma que había liderado la ronda minutos antes, apareció de pronto al doblar una esquina, con los ojos velados por la monotonía. Julian, con una agilidad que le sorprendió hasta a él mismo, se ocultó en el resquicio de una puerta de mantenimiento. El corazón se le encogió, un nudo apretado de terror. Ella estaba tan cerca. Sintió su proximidad, el eco de su mente, el aroma de su perfume barato.

La mujer pasó junto a él, a apenas un par de pasos, pero justo en ese instante, Julian invocó la resonancia, buscando un fragmento, una chispa de una memoria colectiva que pudiera desorientarla. No era una palabra, sino una sensación: el eco de una nana olvidada, una melodía difusa que se coló en el borde de la percepción de la guardia. La mujer se detuvo, con el ceño fruncido, y se llevó una mano a la cabeza, como si una punzada de dolor la hubiera alcanzado.

Un atisbo de confusión nubló sus ojos, una fracción de segundo de desorientación que Julian aprovechó para deslizarse más profundamente en las sombras. Ella se sacudió, como si un insecto molesto se hubiera posado en su cerebro, y continuó su camino, negando lo que acababa de percibir, atribuyéndolo al cansancio. Julian exhaló, un hilo de aliento que se perdió en la frialdad. Había funcionado. Su nueva percepción, su bendición y su maldición, era una herramienta poderosa, más sutil y eficaz de lo que había imaginado.

Un zumbido agudo rompió el silencio, seguido por el parpadeo furioso de las cámaras en el pasillo principal. Las luces de emergencia, de un rojo escarlata, se encendieron, pintando las paredes de un tinte sangriento. Alguien había detectado su movimiento. Un sistema de seguridad se había activado, y la sirena,

que no tardaría en ulular su advertencia, ya estaba a punto de desatarse. Julian se precipitó, sus pasos resonando con una urgencia que amenazaba con delatarlo.

El pánico era un sabor metálico en su boca, pero la resonancia, lejos de disolverse, se agigantaba, ofreciéndole una nueva ruta, una idea audaz, casi suicida. Recordó el campo de distorsión sensorial que Black había usado en el Santuario, un ruido blanco que desdibujaba la realidad. Los ecos residuales de ese campo aún impregnaban el aire del hospital, una huella invisible de la locura de Black.

Julian se detuvo ante un panel de control, un cerebro de metal lleno de cables y luces intermitentes. La resonancia le guio los dedos, mostrándole qué cables manipular, qué conexiones perturbar. No era un ingeniero, pero un saber instintivo le inundó, esperando ser canalizado. Respiró hondo y, con una resolución firme, unió dos cables expuestos, enviando una descarga de energía sutil pero disruptiva a través del circuito.

No buscaba una explosión, sino una resonancia inversa, un eco del caos de Black. El zumbido de las cámaras se distorsionó, las luces de emergencia parpadearon de forma errática y se apagaron por un instante, sumiendo el pasillo en una oscuridad momentánea y absoluta. Una marea blanca de confusión mental se propagó, una onda silenciosa que invadió los sistemas del hospital, sembrando caos en los sensores, enviando señales contradictorias a los monitores de seguridad.

Julian había creado una cortina de humo, una niebla mental que cegaba los ojos mecánicos de la prisión. Los gritos de confusión, el repique de las radios de los guardias y las voces alteradas por la alarma comenzaron a escucharse a lo lejos, un caos que se extendía como una mancha de aceite. El hospital se había convertido en su propio eco, en una manifestación de su mente fracturada.

La euforia de la libertad fue un aliento fresco en sus pulmones, un bálsamo para la opresión que había sufrido. Un subidón de adrenalina le hacía vibrar los músculos, impulsándolo hacia adelante.

Había burlado a los guardianes, había manipulado el sistema, se había abierto camino. Pero la carga de su misión era un peso tan real como la gravedad. Su mente, antes un laberinto de dolor y confusión, era ahora un compendio de almas, un mapa vivo del sufrimiento y la esperanza.

Cada paso era un acto de equilibrio, un funambulismo precario entre su nueva percepción y la realidad. No podía permitirse caer. La promesa de Grace, el eco de su voz en el río de la resonancia colectiva, era el faro que lo mantenía a flote.

«El Protocolo de Anulación», susurraba la resonancia, la melodía de Grace más clara que nunca. «En sus diarios, Julian. La clave para recuperar tu rostro. La clave para la paz de todos ellos». La posibilidad de volver a ver el rostro de Grace, nítido, sin la niebla de la prosopagnosia, era un aguijón que lo impulsaba, una promesa de redención personal que se entrelazaba con la misión de corregir la perversión de Black. Aquella visión de ver más allá de la superficie, de sentir las intenciones, de percibir los ecos de las conciencias, era un arma de doble filo. Le otorgaba un poder inmenso, pero también lo exponía a una soledad brutal, a la carga de miles de recuerdos ajenos. La libertad que sentía era, en sí misma, una nueva forma de condena, una responsabilidad que lo ataría a esta nueva realidad para siempre. Recordó las palabras de Mila, el eco de su sabiduría: «La verdad nos hace libres, Julian. Pero también nos condena». La verdad lo había liberado del hospital, pero también lo había encadenado a una búsqueda sin fin.

Los jardines se extendían ante él, un mar de sombras y arbustos, engullidos por la densa niebla nocturna. La luna, que había sido su aliada desde la ventana de su celda, ahora se ocultaba, dejando al mundo en una penumbra inquietante. Julian se movió como un espectro, su cuerpo delgado y enjuto deslizándose entre los setos, utilizando la niebla como un manto. Los gritos de la alarma eran ahora un ulular lejano, una bestia que despertaba, pero él ya estaba fuera del alcance visual directo.

Podía sentir el pulso de la persecución, el latido acelerado de los guardias que lo buscaban, la confusión que aún se aferraba a sus mentes. Un resplandor de luz, el haz de una linterna, rasgó la niebla a unos pocos metros. Un guardia. Estaba demasiado cerca. Julian se detuvo, inmóvil, fundiéndose con la oscuridad. El guardia, con su radio pegada a la oreja, giró sobre sus talones, su sombra distorsionada por la bruma.

En un acto de pura desesperación, Julian invocó la resonancia, buscando el fragmento más potente, el eco de una memoria colectiva de miedo ancestral, un terror atávico a lo desconocido, a la oscuridad sin forma. Lo proyectó, no como un pensamiento, sino como una sensación, un escalofrío que se coló por la médula del guardia, una vibración de pánico primario. El hombre se quedó paralizado, su linterna apuntando a un punto vacío en la niebla, sus ojos desorbitados, su respiración entrecortada.

Un temor irracional, un pavor a algo que no podía ver ni entender, se apoderó de él. Era la esencia misma del caos, el reflejo de la locura. Un segundo, no más. Julian corrió, saltó la valla metálica del perímetro del hospital, sintiendo el desgarro del metal en sus manos, la libertad en sus pies. La calle estaba vacía, el asfalto mojado por el rocío nocturno. Una figura de alambre, delgada y alargada, cruzó la carretera, perdiéndose en la distancia.

En la comisaría de Scotland Yard, a cientos de millas de distancia, el Inspector Davies descolgó el teléfono, el metal frío contra su oreja. El informe de la fuga de Julian —las alarmas disparadas, el caos en el psiquiátrico— llegó como un golpe seco. Su voz se tensó, un hilo de irritación y una perplejidad creciente.

—Sí, lo entiendo —dijo, la cojera se acentuaba mientras se levantaba de su silla, su reloj de pulsera reflejando la luz tenue de la oficina—. Que se ha escapado. Refuercen la búsqueda. Todos los efectivos disponibles.

Colgó. El chasquido del aparato resonó en el silencio. Su mirada se desvió hacia un mapa de la región escocesa que había estado

estudiando obsesivamente durante semanas, lleno de círculos y anotaciones. Un punto remoto, marcado con una cruz roja, era el hospital psiquiátrico abandonado donde Black había sido encontrado en estado catatónico. Sus ojos, que habían visto demasiado, se posaron en aquel punto, y un escalofrío le recorrió la espalda. Un pensamiento se le escapó, una conjetura que luchaba contra su razón, contra sus años de pragmatismo.

—Es el lugar donde todo empezó —murmuró Davies, su voz apenas un susurro, mientras la duda le roía por dentro—. O donde todo terminará de nuevo.

Julian corrió por los páramos, el viento azotando su rostro, la niebla abrazándolo como un viejo amigo. El eco de la persecución, el pulso de Scotland Yard, resonaba en su mente. Pero esta vez, no huía de Black, ni de la ley. Huía *hacia* la verdad de Black, hacia el Protocolo de Anulación. Y en su mente, la melodía de Grace, la memoria guía, le susurraba la última dirección, la última pieza del rompecabezas.

«Estamos cerca», susurró la resonancia, un coro que resonaba como Grace misma. «Estamos en la recta final. Y Black, incluso en su catatonia, lo siente». Julian Stark sabía que Black, de algún modo, aún podía percibir la resonancia, el eco de su obra desatada. Y que él, Julian, era el único capaz de liberarlos a todos, o de hundirse con ellos en el abismo de la conciencia. ¿Cómo usaría Julian su resonancia para encontrar los diarios de Black en aquel cubículo olvidado? ¿Scotland Yard lo atraparía de nuevo antes de que pudiera completar su misión?

CAPÍTULO 30: EL ÚLTIMO SECRETO DE BLACK

El crepúsculo se cernía sobre los páramos como un párpado pesado, tiñendo el cielo de azules profundos y violetas que anunciaban una noche aún más gélida. Julian Stark, con los músculos adoloridos por la carrera y el rostro castigado por el viento implacable, avanzaba por un sendero apenas perceptible. La senda se desdibujaba entre la turba y la hierba alta. La niebla del amanecer se había disipado, pero la oscuridad se abría paso con una lentitud opresiva, envolviendo el paisaje en una velada de sombras danzantes.

Sus ojos azul grisáceo, ahora filtrados por una nueva percepción, discernían ecos y vibraciones en cada roca, en cada mata de hierba, como si el mundo material fuese un velo delgado sobre una realidad oculta. Todo vibraba con una capa invisible de información, el latido silente de miles de presencias que se agitaban en los confines de su mente. Los murmullos de la resonancia colectiva se habían vuelto un zumbido constante, una partitura compleja que, sin embargo, contenía un hilo conductor, un motivo recurrente: la voz de Grace.

No era una voz audible, sino una memoria guiada, una sensación cálida que lo atraía hacia un punto invisible en el horizonte, como el hilo de Ariadna en un laberinto de páramo y silencio.

El cansancio se le aferraba a los hombros, un peso tangible, una losa de agotamiento que amenazaba con aplastarlo, pero la

determinación era un fuego helado en el pecho, un motor que lo impulsaba. Sabía que Scotland Yard estaría peinando la zona, una jauría de hombres siguiendo su rastro, sus linternas rasgando la oscuridad como ojos de bestia. No le quedaba mucho tiempo. La imagen mental de Grace —el contorno de su cabello color miel, la forma de su sonrisa, la bondad en su mirada, aunque el rostro se le escapara— se intensificó.

Una punzada de certeza lo guio a través de un denso bosquecillo de pinos retorcidos por el viento, cuyas copas susurraban viejas historias de supervivencia y olvido. Las agujas caídas se clavaban en el suelo húmedo bajo sus botas, liberando un aroma resinoso. Al otro lado de la maraña de troncos, casi mimetizada con el acantilado, se alzaba una estructura baja y rudimentaria, hecha de piedras oscuras y madera podrida.

Parecía como si la tierra misma la hubiera parido en un acto de desidia. Era una cabaña. No había ventanas visibles, solo una puerta de madera astillada, un agujero negro en la fachada. El aire alrededor del sitio olía a humedad estancada, a metal oxidado y, extrañamente, a un dulzor químico que recordaba un quirófano abandonado, una sala de autopsias. Un escalofrío le recorrió el espinazo, no de frío, sino de una certeza visceral.

Aquel era el refugio, la guarida secreta del Coleccionista. La mente de Black resonaba allí como un diapasón desquiciado, una huella persistente incluso en su estado catatónico, una maraña de pensamientos fragmentados y helados que se filtraban en la resonancia colectiva. Julian sintió la maldad inherente al lugar, una sensación de ocultamiento y perversión que se adhería a cada piedra, a cada mota de polvo.

El aislamiento era total, una burbuja de mutismo en la inmensidad de los páramos, solo rota por el lamento del viento al rozar la madera de la cabaña, un quejido que parecía arrancar de sus entrañas los secretos del sitio.

Julian empujó la puerta de madera. Cedió con un chirrido agónico, abriéndose a una oscuridad impenetrable y a un aire denso, rancio, que lo golpeó como una bofetada. El olor metálico era ahora más fuerte, mezclado con un hedor a papel viejo y el dulzor enfermizo del formaldehído, un aroma a muerte y preservación. La resonancia se alzó en su mente, un coro que se intensificaba. Miles de voces sin rostro gritaban en una armonía disonante que le taladraba los oídos internos.

Encendió la linterna de su teléfono, el haz pálido rasgando la penumbra. La habitación era pequeña, abarrotada de estanterías que se doblaban bajo el peso de cajas de cartón apiladas hasta el techo, frascos de vidrio y aparatos electrónicos cubiertos por lonas que parecían mortajas. Una mesa central, de madera oscura y tosca, estaba cargada de herramientas quirúrgicas: pinzas, bisturíes, fórceps y cables enmarañados que daban la impresión de una cirugía interrumpida.

El suelo, de tierra apisonada, estaba cubierto por una capa de polvo que lo ahogaba todo, como el olvido. La atmósfera era de un ocultismo científico, un laboratorio improvisado y abandonado donde la luz del día nunca había penetrado, donde la moralidad se había disuelto hacía mucho tiempo.

Sus ojos azul grisáceo, entrenados para discernir patrones en el caos, recorrieron la estancia. Cada objeto, cada sombra, parecía vibrar con un rastro residual de Black, una impronta de su mente obsesiva. La fijación del Coleccionista por la memoria y la conciencia era palpable, evidente en el desorden metódico que llenaba la cabaña, una especie de inventario de almas. Las paredes estaban forradas con estantes llenos de carpetas, cuadernos encuadernados en cuero y más frascos, algunos con etiquetas en latín, otros con símbolos indescifrables que parecían diagramas alquímicos.

Entre ellos, su mirada se detuvo en un panel de madera, ligeramente más claro que el resto, en la pared del fondo. Una anomalía, un punto de fricción en la sinfonía de la decadencia. La vibración de la

resonancia se concentró en ese punto, una punzada cálida que le atravesó el cráneo, una evidencia rotunda. Se acercó con paso firme, sintiendo la gravilla bajo las botas, el crujido apenas audible.

Los dedos, que todavía conservaban la marca del metal al escapar de la valla, rastrearon el contorno del panel. No había cerradura ni manija visible. Era un ingenioso mecanismo de presión, diseñado para la mano de su creador, para un toque específico.

Invocó la resonancia, no para manipular, sino para percibir, para sentir los ecos de Black en el sitio. Extendió la conciencia, notando la huella digital del Coleccionista en la madera. En la pared, encontró un punto de anclaje, una pequeña protuberancia casi invisible, diseñada para encajar con el nudillo de un pulgar. Presionó. Un suave clic resonó en el silencio cargado de ozono, un sonido metálico que rompió la quietud, y el panel se deslizó hacia la izquierda, revelando una pequeña cavidad.

Dentro, ordenados con la pulcritud de un obsesivo, había varios volúmenes de cuero negro, idénticos, sin títulos. Eran diarios. Las manos, que habían temblado en incontables ocasiones a lo largo de esta búsqueda, ahora temblaban con una anticipación helada, una mezcla de horror y la certeza de que estaba a punto de desvelar la verdad última, el nudo final de una trama siniestra. El metal frío de su anillo se clavó en la palma de la mano, un ancla en la tormenta de su mente.

Sacó el primer diario, el cuero envejecido crujiendo bajo sus dedos. El olor a papel y tinta se liberó, una biblioteca de secretos encerrada en aquel reducto olvidado. Los ecos de Black, en su mente, se alzaron a un crescendo de murmullos, el coro de las almas clamando por ser escuchadas, por ser liberadas.

Abrió el primer volumen, los dedos rozando las páginas amarillentas. La caligrafía pulcra y precisa de Black, a menudo salpicada de diagramas intrincados y anotaciones marginales en un rojo oscuro, llenaba cada hoja. La resonancia, antes un coro distante, ahora era un zumbido constante en los oídos internos. Miles de voces silentes,

ahogadas, parecían implorar, gritar. Julian se sentó en el suelo, ignorando el polvo y el frío, y comenzó a leer, devorando las palabras con una avidez febril.

El cansancio se desvaneció, reemplazado por una adrenalina pura. Las primeras páginas eran una disertación sobre la conciencia espejo, sobre la inmortalidad, sobre la transcripción del «yo» en un formato digital. Frases crípticas, teorías megalómanas, todo lo que ya conocía de Black, pero con un nivel de detalle que le revolvió el estómago. Una teoría retorcida sobre la salvación de la humanidad a través de la fusión de mentes.

Luego, los títulos cambiaron. «Protocolo de Preparación: Fase Alfa». Julian sintió un nudo en la garganta, la boca reseca. Su mirada se fijó en la página, donde un diagrama del cerebro humano estaba anotado con flechas y círculos. Se hablaba de «implantes sinápticos», de «modulación neuronal», de «puntos ciegos inducidos». Sus ojos buscaron la palabra clave que su subconsciente ya había reconocido, que Grace le había susurrado en la mente.

«Prosopagnosia inducida quirúrgicamente». El aire se le escapó de los pulmones. No fue un trauma, no fue una secuela. Había sido *creado*. Un implante minúsculo, una cirugía realizada con una precisión demoníaca. Todo el dolor, la tortura de no recordar el rostro de Grace, la neblina que cubría cada identidad, había sido orquestado. Black, el Coleccionista, lo había convertido en «un observador sin rostro, un lienzo en blanco para mi gran obra», un peón perfecto en su juego macabro.

La furia le quemó el pecho, una llama negra que lo consumió desde dentro. Las manos apretaron los diarios con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos, los músculos de los antebrazos se tensaron hasta el punto de dolor. No había sido un enfermo mental que arrastraba las cadenas de su trauma, sino una marioneta, un objeto de experimentación. Un lienzo para la retorcida ambición de Black.

La bilis le subió a la garganta. La sensación de violación era absoluta, física, brutal. No solo había coleccionado a Grace, sino que había coleccionado su mente, su percepción, su dolor. El Coleccionista no solo traficaba con almas, sino que las desfiguraba para su propio divertimento, para su «obra», para su retorcida visión de la inmortalidad. Y él había sido la pieza central, el peón perfecto.

La rabia se mezcló con el frío de una desesperación que le heló la sangre. Pensó en Grace. En todas las veces que había intentado verla, en el rostro que se le escapaba como arena entre los dedos. Cada lágrima, cada noche en vela, cada momento de locura bordeante, había sido un cruel juego, una sinfonía de dolor diseñada por Black, el maestro de las marionetas. La mente fracturada, la percepción alterada, todo formaba parte de un plan maestro.

El Coleccionista no era solo un ladrón de conciencias, sino un escultor de la miseria humana. Un escalofrío gélido, que no provenía de la temperatura de la cabaña, le recorrió la espalda. La resonancia colectiva en la cabeza se intensificó, un grito ensordecedor de miles de ecos que sentían su dolor, su furia, su humillación. Las voces, una maraña de quejidos y lamentos, parecían comprender, compartir aquella devastación.

Se levantó de un salto, el diario resbalando de las manos para caer con un suave golpear en el suelo. Su respiración era superficial, errática, el corazón le martilleaba las costillas. Quería gritar, quería romperlo todo, pulverizar cada rastro de Black de la faz de la tierra. Pero la rabia, aunque legítima, no era una solución. Solo una distracción.

Recogió el diario del suelo, los ojos azul grisáceo nublados por una capa fina de lágrimas no derramadas. No podía permitirse el lujo de la desesperación. Tenía que seguir leyendo. La furia, ahora canalizada, lo impulsó a buscar la siguiente respuesta, la única que importaba. Las palabras de Grace, la memoria guía, lo urgieron, un susurro cálido entre los gritos. Tenía que encontrar la manera de detener a Black, de revertir su obra.

Y, quizás, de recuperar su propio rostro. La siguiente sección del diario, titulada «Protocolo de Anulación Inversa: Reversión y Liberación», atrajo su mirada como un imán. La caligrafía de Black, más precisa si cabe, detallaba un proceso intrincado. No era una simple pulsación de un botón. Requería una «sintonía de conciencia» con el implante central de Black, un nodo que, según sus notas, era el ancla de toda la red de resonancia. Una secuencia compleja de pensamientos, visualizaciones, una «danza sináptica» para desandar el camino que él mismo había tejido.

Y la parte más inquietante: el implante central de Black, el verdadero motor de su obra, no estaba en un dispositivo externo. Resonaba, según los escritos, en una «conexión orgánica» con su creador. Es decir, con el propio Black. Y la clave para esa «sintonía», el engranaje fundamental de su propósito, era una «resonancia empática» con el receptor principal. Con Julian. Black había diseñado el protocolo para que solo el «observador sin rostro», el lienzo en blanco que él había creado, pudiera desactivar la obra.

Era un sistema perverso, un «plan de contingencia» para el caso de que la conciencia de su creador se desestabilizara, como de hecho había sucedido. Black se había diseñado a sí mismo como la caja fuerte, y a Julian como la única llave, el verdugo de su propia obra.

Las implicaciones de aquello le hicieron sentir un frío que le caló hasta los huesos. No solo debía desactivar el sistema, sino que debía hacerlo a través de la mente de Black. El Black catatónico. La revelación le heló la sangre en las venas. Sabía que Black, incluso en su estado vegetal, aún sentía la resonancia colectiva. Ahora, comprendía por qué. Era la conexión orgánica. Los diarios explicaban cómo revertir los implantes, cómo silenciar el coro de la resonancia, cómo devolver la percepción facial a aquellos que, como Julian, habían sido despojados de ella.

Era un proceso delicado, casi místico en su complejidad científica. Requiere que el sujeto, el «observador», sea el ancla. Un faro en la

tormenta de la resonancia, guiando las conciencias de vuelta a su origen. O al menos, a un nuevo orden.

Julian cerró los diarios, el sonido seco del cuero resonando en la pequeña cabaña. El plan de Black estaba ahora desplegado ante él en toda su macabra gloria. Su prosopagnosia, la tortura visual que lo había definido durante años, no había sido un accidente, sino una sentencia. Un elemento central en el gran diseño del Coleccionista. Pero ahora, esa misma perversión era la vía hacia su liberación, hacia la liberación de todos.

Tenía que volver. Tenía que ir a Black, al Coleccionista catatónico, al hombre que había destrozado su vida y la de tantos otros. La venganza ya no era el motor principal. Ahora era la justicia, una justicia quirúrgica, fría y precisa, la que lo impulsaba, la que le daba un propósito más allá de su propia redención.

Se puso de pie, la determinación era un peso nuevo y poderoso en sus músculos. El dolor en los brazos, el cansancio, todo se difuminó bajo la claridad de su propósito. No era solo por él, por Grace, por Mila, por Arthur Penhaligon. Era por todos. Por las miles de voces que ahora zumbaban en su cabeza, por las conciencias liberadas que necesitaban un lugar donde descansar. Miró la puerta de la cabaña, la penumbra de los páramos aguardando.

Sabía que Scotland Yard estaba cerca, la sombra de Davies se cernía sobre él como una amenaza constante. El tiempo se escurría como la arena de un reloj, cada segundo una fuga.

—Black, te voy a obligar a devolverme lo que me quitaste —susurró Julian al aire enrarecido, su voz apenas un hilo, pero cargada de una furia helada que le quemaba la garganta—. Y a todos ellos.

La verdad, finalmente, no era solo una luz que disipaba las sombras, sino una cirugía. Una intervención directa en la conciencia. Y el bisturí para esta última operación era su propia mente fracturada, su nueva percepción, su dolor convertido en arma. La prosopagnosia de Julian había sido reversible todo este tiempo, una cadena que ahora

tenía la posibilidad de romper. El Protocolo de Anulación Inversa aguardaba, y solo él, el «observador sin rostro», podía activarlo.

CAPÍTULO 31: EL RETORNO DEL COLECCIONISTA

2026. NOCHE. PÁRAMOS ESCOCESES.

La ventisca aullaba sobre el vehículo, zarandeándolo como una fiera invisible, con una rabia que parecía arrancar las copas de los árboles desnudos. La lluvia embestía el parabrisas con una persistencia brutal, cada gota un latigazo seco contra el cristal, deshaciéndose en estelas fugaces. Julian Stark apretaba el volante con una fuerza inhumana; el motor del coche, bajo la exigencia, ronroneaba a duras penas.

La negrura era absoluta; ni un atisbo de luna, ninguna estrella se atrevía a mostrarse. Solo la oscuridad abismal de los páramos, un vacío que absorbía las escasas luces que el coche lograba proyectar. El frío, acre y calado, se colaba por las rendijas, clavándose en sus articulaciones, recordándole, a cada punzada, la vulnerable carne que habitaba. Los páramos se extendían como una herida abierta, un lienzo infinito de turba y roca, cuya desolación crecía con la tormenta.

Cada bocanada de aire era un escalpelo helado en sus pulmones, cada sacudida del coche un golpe contra sus costillas. La cabaña de

Black, ya desdibujada en su retrovisor mental, se había esfumado en la penumbra, dejándolo a solas con la cólera del temporal y la tormenta en su propia conciencia.

En su cabeza, la red de resonancia colectiva se había desatado. Un mar agitado de murmullos, ecos, fragmentos de conciencias vibraban con una intensidad desbocada. No era el zumbido controlado del psiquiátrico, ni el coro orquestado de la cabaña; era una cacofonía hirviente, una marea de mil almas que gritaban, reían, lloraban, cada una reclamando su espacio, empujándolo al abismo de la locura. Sentía la desesperación de un anciano, el júbilo de un niño, la resignación de una mujer, todo entrelazado en una espiral que le oprimía el cráneo.

La frontera entre su propia identidad y la de los demás casi había desaparecido. Solo la furia, una determinación inquebrantable, lo mantenía a flote: la promesa de poner fin a aquella tortura, tanto la suya como la de todos ellos. El cansancio había sido suplantado por una adrenalina ardiente, un fuego helado que le recorría las venas, agudizando todos sus sentidos, salvo el de la visión. La prosopagnosia no había desaparecido, solo había mutado.

Ahora, cada sombra que el haz de luz del coche proyectaba sobre los páramos parecía cobrar vida; los árboles adoptaban contornos incomprensibles, sus ramas se retorcían en muecas de agonía. Las rocas se transformaban en rostros grotescos y efímeros que se formaban y se desvanecían con la velocidad de un parpadeo. Era como si el velo que le negaba las caras se hubiera desgarrado; no solo no recordaba los rostros, sino que veía un exceso de ellos, capas superpuestas de existencias, una maraña visual que se negaba a simplificarse, convirtiendo el mundo en un lienzo de espectros.

El hospital, su destino final, se sentía como un agujero negro que lo atraía, el centro de una vorágine mental que solo él podía detener. Su aliento empañaba el cristal, una niebla efímera que reflejaba el

caos que lo habitaba. La urgencia de su misión se adhería a su piel como una segunda epidermis, fría y áspera.

Un pitido agudo, ajeno a la sinfonía que resonaba en su mente, irrumpió en el caos. Su móvil, olvidado en el bolsillo interior del abrigo empapado, vibraba con una tozudez inusual. No esperaba llamadas. Menos aún de Davies. Un nudo gélido le apretó la garganta mientras, con dedos temblorosos que apenas obedecían, lo sacaba y respondía, la voz ronca a través del auricular, compitiendo con el estruendo del temporal.

—Stark —espetó Davies, su tono una mezcla inusual de urgencia y una preocupación velada, un matiz de perplejidad que Julian nunca le había escuchado—. ¿Dónde diablos estás? ¡Necesito que me lo digas!

Julian no respondió de inmediato. El rugido del viento y la lluvia ahogaban las palabras del Inspector. Percibió una respiración agitada al otro lado de la línea, un subtexto de alarma que lo descolocó. Davies rara vez perdía la compostura; su voz era siempre un ancla de racionalidad. Pero ahora, sonaba al borde del desquiciamiento, su voz rasgando el auricular con una desesperación palpable que no encajaba con el pragmatismo que lo definía. El silencio se prolongó, tenso, roto solo por la estática.

—Eso no importa ahora —replicó Julian, la voz apenas audible sobre el estruendo del viento y el golpeteo del agua contra la chapa del coche—. Voy a terminar esto.

—¡Escúchame, Julian! —Davies casi gritó, y Julian percibió el sonido de la estática y el viento colándose por el micrófono del Inspector, revelando que Davies también se enfrentaba al temporal—. Scotland Yard te tiene localizado. Tu señal. Es... es imposible. Una «firma energética». ¡Picos anómalos, Stark! ¡En la zona del hospital! Nuestros equipos ya están en camino, estamos a minutos de tu posición. No es solo una persecución. Hay algo más. Algo que no entendemos.

La voz de Davies, antes un muro inquebrantable, ahora sonaba a punto de resquebrajarse, una grieta de incertidumbre que Julian no había anticipado. La preocupación no era por la huida de un fugitivo, sino por algo más profundo, más incomprensible para la lógica policial.

El corazón de Julian dio un brinco, no de miedo, sino de una comprensión helada que le erizó la piel. La «firma energética». Los «picos anómalos». Las palabras de Davies se clavaron en él como estacas de hielo, iluminando un oscuro presagio. La resonancia colectiva. Su conexión con Black, con miles de conciencias liberadas, se estaba descontrolando. No era Black quien proyectaba esa energía. Era él mismo, Julian, el punto de convergencia, el núcleo de una tormenta de almas.

La fuerza que había usado para escapar del psiquiátrico, para descifrar los diarios, para percibir el mundo en su nueva y fracturada forma, se había convertido en un grito silencioso, un reclamo inaudible para el oído humano. Sin embargo, era detectable por la tecnología de Scotland Yard, tosca y materialista, que lo interpretaba como una anomalía energética inexplicable. Era un imán que los atraía directamente al hospital, a él, a Black.

Y al Protocolo. La verdad era un arma de doble filo: le daba la clave para detener a Black, pero también lo convertía en un objetivo ineludible. Davies, con su cojera, su pragmatismo y su reloj de pulsera, estaba siendo arrastrado a un mundo que jamás podría comprender. Era una cacería que no era de carne y hueso, sino de almas. Una carrera contra el tiempo que se aceleraba con cada latido.

El volante se le escurrió entre los dedos por un instante, la carretera una serpiente negra y resbaladiza que se retorcía bajo las ruedas. La prosopagnosia, exacerbada por la tensión y el palpitar constante de la resonancia, le impedía enfocar la visión; el paisaje era una mancha borrosa, un caleidoscopio de formas sin sentido que danzaban en la penumbra. Cada árbol que pasaba fugazmente, cada

afloramiento rocoso, parecía vibrar con un significado oculto, una capa extra de información que su mente fracturada ya no podía filtrar ni procesar.

Veía los ecos de las conciencias en el mismo aire que respiraba, en la lluvia que golpeaba el parabrisas, en cada reflejo del agua estancada en los baches. Los rostros, esas nebulosas cálidas que antes eran solo una ausencia dolorosa, ahora eran presencias difusas, espectros que se alzaban en los límites de su percepción, bailando en los márgenes de su visión periférica. Un ejército silencioso lo acompañaba en su viaje hacia el abismo.

Davies, al teléfono, le decía que se entregara, que todo aquello era una locura, que Black estaba catatónico, que no había nada allí. Su voz sonaba desesperada, una súplica racional en un mundo que había dejado de serlo. Pero Julian sabía que sí lo había. Y que esa 'nada' era una tormenta psíquica a punto de colapsar, atrayendo a la policía como moscas a la luz. El tiempo, ya escaso, ahora se evaporaba con cada metro que lo separaba del hospital, cada latido de su corazón una cuenta atrás hacia la confrontación final. Colgó el teléfono sin esperar respuesta. El pitido de la línea muerta era un eco más en el torbellino de su mente. La decisión, ahora, era inmutable.

La memoria de Grace emergió en el caos de su mente, una imagen difusa, imposible de concretar, pero cargada de una calidez inconfundible. Su voz, la memoria guía, ahora no era un susurro externo, sino una convicción interna, una fuerza anclada en su voluntad. «No puedes fallar ahora», sentía, las palabras resonando en cada fibra de su ser. No solo por la promesa de volver a ver su rostro, de disipar el velo que le había robado a su esposa de la memoria, sino por todas las demás.

Por Mila, cuya brillantez había sido silenciada por la obsesión de Black y cuyo legado ahora vivía en él. Por Arthur Penhaligon, su cómplice reacio, su último guardián, ahora disuelto en el vacío, su anillo de plata antigua un peso simbólico en la conciencia de Julian.

Miles de conciencias, una red de resonancia que ahora era su propia mente, esperaban. El Protocolo de Anulación Inversa era un salto al vacío, lo sabía.

Una inmersión en la locura de Black, un riesgo existencial para su ya fracturada percepción, una apuesta a todo o nada. Pero era el único camino. La única esperanza. La única forma de encontrar la lucidez en ese abismo de ecos. Cada pulsación de su corazón era un recordatorio de lo que había perdido y de lo que aún podía salvar. Los diarios de Black, quemándole en el asiento del copiloto, eran un mapa macabro hacia la redención, un camino trazado con la pluma de la locura, pero que ofrecía una promesa de orden. No importaba si Scotland Yard lo atrapaba después, si lo consideraban un lunático. La verdad, aunque lo destrozara, debía ser revelada.

El edificio emergió de la bruma, una silueta colosal y sombría que se alzaba contra el cielo tempestuoso. El hospital psiquiátrico, ahora un monumento a la crueldad de Black, parecía respirar bajo la lluvia, sus muros antiguos exhalando el frío y la desesperación de antaño. Un cordón de luces parpadeantes y cintas policiales marcaban la entrada principal, una seguridad improvisada, ridícula ante la verdadera amenaza que albergaba el lugar.

Julian no dudó. Desvió el coche por una pista de servicio lateral, cubierta de maleza y rocas sueltas, abandonándolo entre un grupo de abetos oscuros, sus ramas desnudas azotadas por el viento. El barro le chupaba los zapatos, el frío calándole hasta los huesos, pero no sintió el dolor, solo la urgencia de su misión. Se movió con la prisa de un fantasma, burlando las vallas rotas y los focos que barrían la zona en intervalos irregulares; sus movimientos eran precisos, guiados por la resonancia. El aire olía a tierra mojada, a pino y a un dejo metálico de óxido, casi a sangre.

Los pasillos interiores eran un laberinto de ecos y sombras danzantes, un dédalo de concreto y ladrillo. El olor a desinfectante rancio se mezclaba con el hedor a humedad y el abandono de décadas. El hospital estaba extrañamente silencioso, un silencio que

amplificaba los murmullos de la resonancia colectiva, que ahora se había aquietado, como si anticipara el clímax. Julian se guio por el instinto, por el pulso de Black que latía en su propia mente, una conexión ineludible.

Las indicaciones de los diarios, memorizadas con una precisión febril, lo llevaron al ala más remota, al pabellón de alta seguridad donde el Coleccionista estaba internado. La puerta de la habitación de Black, pesada y de acero, estaba abierta, entreabierta, como una boca esperando. Un médico dormitaba en una silla junto al pasillo, con la cabeza ladeada. Un enfermero cabeceaba en otra, ajenos a la tormenta que se avecinaba, a la batalla de almas que estaba a punto de librarse.

Julian se deslizó sin ser visto, el corazón martilleándole en el pecho con una fuerza inhumana, pero su mente extrañamente en calma, enfocada. Black yacía en la cama, inmóvil, un sudario blanco cubriéndolo hasta el mentón, los ojos abiertos, mirando al techo con una fijeza pavorosa, como si contemplara un universo invisible. Catatónico. Pero Julian sentía su presencia. Sentía la vasta y fracturada mente de Black, un universo distorsionado que resonaba con el suyo propio.

La conexión orgánica. El implante central. La «resonancia colectiva» que lo habitaba se intensificó, creando un sendero tangible, un puente de conciencia entre Julian y el cuerpo inerte de su captor. El aire en la habitación se volvió denso, eléctrico.

El tiempo se agotaba como el vapor de un aliento en invierno. Las sirenas, una promesa lejana de una justicia que no entendería lo que estaba a punto de suceder, comenzaron a escucharse, más nítidas, más próximas, su lamento perforando la noche. El tic-tac incesante de un reloj invisible, una cuenta atrás brutal, resonaba en el pecho de Julian. Sacó los diarios de Black de su mochila, el cuero frío y pesado entre sus dedos, y abrió la página del «Protocolo de Anulación Inversa».

La caligrafía de Black, meticulosa y fría, le hablaba del «guía en la tormenta», del «observador sin rostro», de la «danza sináptica». Julian se situó junto a la cama, los ojos azul grisáceo fijos en el rostro pálido y demacrado de Black, un rostro que no lograba enfocar, pero que ahora sentía con una intimidad aterradora, una fusión inminente. Las instrucciones eran claras: sintonía de conciencia, visualización, danza sináptica.

Era un viaje a la locura para encontrar la lucidez. Tenía que sumergirse en la mente de Black, desactivar el ancla, desatar el nudo que sostenía la resonancia. Cerró los ojos, el peso de miles de vidas, el amor por Grace, la promesa de la libertad, todo concentrado en ese instante, en ese punto de no retorno.

—Es ahora o nunca, Grace —susurró, la voz apenas un hilo, un temblor de aire, una oración silenciosa—. El último acto.

Las sirenas se acercaban, envolviendo el hospital en una espiral de sonido. El regreso del Coleccionista no sería con su cuerpo, sino con su mente, a través de Julian. Y Black, en su catatonia, pareció esbozar una sonrisa casi imperceptible en los labios, una mueca de victoria velada en el umbral de la perdición.

CAPÍTULO 32: LA FUSIÓN DE ALMAS

2026. NOCHE. HOSPITAL PSIQUIÁTRICO ESTATAL.

Julian Stark cerró los ojos, el rostro pálido bajo las luces mortecinas de la sala de Black. Las sirenas, un lamento cada vez más nítido, rasgaban el velo de la noche, anunciando la llegada inminente de Scotland Yard. Sin embargo, en el epicentro de aquel vendaval sonoro y la adrenalina galopante, su mente encontró una quietud asombrosa. El tiempo se diluía, dejando solo un instante suspendido, un umbral.

El Protocolo de Anulación Inversa, la salvación y quizá la condena, se extendía en los diarios abiertos sobre el catre de Black, una invitación a la locura. Julian inspiró hondo, un aliento que no era solo aire, sino una invocación a las miles de conciencias que ahora bullían en él. Su mano se extendió, rozando la frente helada de Black. Un escalofrío seco le corrió por el brazo, pero no se inmutó. La conexión, ese puente invisible entre sus mentes fracturadas, se encendió con la intensidad de un relámpago.

De pronto, el metal frío del catre, el olor a desinfectante rancio, las sombras danzantes de la habitación se desvanecieron. Julian no sintió el impacto, sino una expansión, una ruptura de los límites. Su conciencia se disparó, no a través del espacio, sino a través de la

memoria. La habitación se disolvió, no en oscuridad, sino en una vasta y luminosa llanura cerebral, un paisaje mental en constante cambio.

Era la mente de Black, fragmentada como un espejo roto, cada esquirlas de cristal reflejando un recuerdo, una emoción, un momento. Miles de filamentos neuronales brillaban como una galaxia de pensamientos. Julian era un observador, un intruso en ese universo personal, pero también una parte de él, absorbido por su esencia. La prosopagnosia, su vieja y cruel compañera, se disipó por completo. Aquí, en este plano de conciencia pura, no había rostros que olvidar, solo patrones, energía, vibraciones.

Cada hebra de pensamiento de Black vibraba con una capa oculta de información, un eco de sus propias experiencias, y Julian percibía la urdimbre de su vida, su dolor, su obsesión, de una manera tan íntima que la línea entre él y el Coleccionista comenzó a difuminarse. El zumbido de la resonancia colectiva no cesó; al contrario, se magnificó, un coro etéreo que lo envolvía, convirtiendo la mente de Black en un mar de posibilidades, una tormenta de imágenes donde cada gota era una memoria, cada ola una emoción cruda. La voz de Grace, su memoria guía, no era un susurro, sino un eco brillante, una presencia palpable, que lo instaba a avanzar, a sumergirse en las profundidades de ese abismo, antes de que el mundo exterior los reclamara. El tiempo, ya difuso, se estiró hasta la eternidad.

El paisaje mental de Black se materializó con una nitidez abrumadora. Julian se encontró de pie sobre un tapiz de hierba corta y verde, bajo un cielo azul sin nubes. Era el jardín de una casa pequeña, modesta, con rosales trepando por la fachada de ladrillo. Un niño de cabello rubio ceniza, los ojos de un azul pálido que se tornaría frío con los años, corría por el césped. La risa del pequeño rebotaba en el aire diáfano.

Ese niño era Alistair Black. No había malicia en sus gestos, solo la inocencia de una edad temprana, la curiosidad de una mente que ya, incluso entonces, buscaba patrones en las alas de las mariposas

que se posaban en los rosales. Black, de niño, coleccionaba insectos, pero no para empalarlos, sino para observarlos, para entender su frágil ciclo, la forma en que el tiempo los devoraba. Julian sintió la fascinación del pequeño por la vida y la muerte, por la metamorfosis, por la promesa de un más allá que se escondía en cada capullo.

Las imágenes se sucedieron como hojas arrastradas por el viento. La infancia de Black transcurrió entre libros y microscopios, su mente ya un laberinto de ideas por desentrañar. Lo vio crecer, convertirse en un científico brillante, obsesionado con la memoria y la conciencia, la forma en que los recuerdos se tejían y destejían en el cerebro. No era el monstruo que Julian conocía, sino un hombre ávido de conocimiento, impulsado por una sed insaciable de comprender la esencia misma de la vida.

Luego, llegó la imagen de una niña pequeña, una cabellera rizada y dorada, unos ojos brillantes que eran un reflejo de los suyos. Su hija. La luz de sus ojos, la risa cristalina que llenaba cada rincón del paisaje mental. Black la amaba con una devoción febril, una pasión que Julian comprendió en lo más profundo de su ser, un eco de su propio amor por Grace. La niña era su mundo, su ancla, la prueba de la belleza y la fragilidad del tiempo.

El cielo se oscureció súbitamente, las risas infantiles se ahogaron en un estruendo de metal retorciéndose. Julian sintió el golpe antes de verlo, el terror crudo de Black. El estruendo de un accidente de tráfico, la imagen fragmentada de un vehículo volcado, el cristal hecho añicos como lágrimas petrificadas. Y luego, el silencio. El jardín se marchitó, los rosales se volvieron grises, los colores se drenaron del mundo mental.

La niña. La luz en los ojos de Black se extinguió, reemplazada por un vacío abismal, un pozo sin fondo de agonía. Su pequeña, su hija, su promesa de futuro, se había ido. Julian sintió el nudo en la garganta de Black, la bilis de la desesperación, la locura que se gestaba en el corazón de un hombre que había amado demasiado y perdido de

una forma brutal. Aquel era el punto de inflexión, el crisol de su obsesión.

El silencio, la ausencia, el recuerdo que se desdibujaba con cada día que pasaba, eran un tormento. Black no quería que su hija fuera olvidada, ni que ninguna otra conciencia se extinguiera en el olvido del tiempo. Julian comprendió el motor del Coleccionista: una desesperación helada por la inmortalidad, la trascendencia de la conciencia, para así vencer a la muerte y al olvido. No era un demonio, sino un padre destrozado, un científico brillante que había cruzado la línea de la moralidad, buscando en la ciencia una respuesta que el duelo no le ofrecía.

La niebla en la mente de Black se hizo más densa, la tristeza se convirtió en una losa que casi aplasta a Julian. Fue en ese pantano de dolor donde la imagen de Grace Stark emergió, tenue al principio, luego con una claridad dolorosa. Julian sintió un retortijón en el estómago. No era la Grace que conocía, la víctima. Era una Grace de bata de laboratorio, los ojos castaños brillando con una determinación científica, su cabello miel recogido, un aire de concentración.

Estaba en una oficina, discutiendo apasionadamente con Black, cuyas facciones no se habían endurecido aún por la amargura. La voz de Grace resonó, pero no era un susurro de su memoria guía, sino la voz de su pasado, la de una psiquiatra brillante, buscando soluciones.

Julian percibió la verdad con una claridad que lo hizo tambalear. Grace se había puesto en contacto con Black, sí. Pero no como víctima. Como colega. Como una colaboradora desesperada. La prosopagnosia de Julian había sido la fisura en su mundo, el tormento que Grace quería curar. Ella había acudido a Black, atraída por sus teorías sobre la memoria y la conciencia, buscando una forma de «reinstaurar» los recuerdos faciales en la mente fracturada de su esposo.

Julian sintió la esperanza de Grace, su fe en la ciencia, su deseo inquebrantable de devolverle su rostro, de reconstruir su realidad. Él, Julian, era el catalizador, el pecado original que había impulsado a Grace hacia la órbita de Black.

Entonces, la memoria guía de Grace, la presencia lumínica que lo acompañaba, se acercó, y Julian sintió una culpa que lo quemó desde dentro. La Grace luminosa se superpuso a la Grace del recuerdo de Black.

—Julian… —su voz era un suspiro que rompía el aire mental, no el eco de una víctima, sino la confesión de una pena inmensa—. Quería ayudarte. Quería devolverte la esperanza, la posibilidad de verme de nuevo.

La imagen de Black se volvió más oscura, sus palabras ahora teñidas de una fría manipulación. Grace había colaborado, sí. Había aportado su conocimiento, su brillantez, su desesperación. Pero al poco tiempo, los métodos de Black se volvieron inquietantes, sus teorías sobre la «conciencia espejo» se tiñeron de una ética dudosa. Grace había descubierto la verdad de sus experimentos, el horror de sus «colecciones», la perversión de su búsqueda de inmortalidad.

Julian sintió el espanto de Grace, el nudo en su estómago al comprender que Black no solo estaba investigando, sino experimentando con vidas, con almas. Su rostro, antes tan lleno de esperanza, se deformó por la repugnancia, la náusea. Ella había intentado detenerlo. Había intentado escapar, llevarse la información que probaba sus crímenes. La conciencia de Julian se tambaleó bajo el peso de la revelación.

No era solo una víctima; Grace había sido una científica brillante, una madre preocupada que, en su desesperación, había rozado el abismo, buscando la luz para él, solo para descubrir que la oscuridad era mucho más profunda de lo que imaginaba. La traición, el dolor. Julian sintió el golpe de la verdad, no de las manos de Black, sino del recuerdo de Grace, su propia Grace. Era una verdad más

dolorosa que cualquier implante, que cualquier manipulación cerebral.

Julian sintió el peso de la culpa, una verdad que superaba cualquier traición que Black le hubiera infligido. Su prosopagnosia, el velo cruel que le negaba el rostro de Grace, ahora se revelaba como el catalizador de todo. No era un castigo divino, sino una herida tan profunda que había empujado a Grace a una colaboración fatal. Julian se había compadecido de sí mismo, se había creído una víctima pasiva.

Pero ahora, en las profundidades de la mente de Black, comprendía su propio papel en la tragedia, la forma en que su dolor había ramificado un desastre de proporciones cósmicas. El Coleccionista era un reflejo distorsionado de su propia desesperación.

La mente fracturada de Black se agitaba, un mar de imágenes y emociones que Julian apenas podía contener. El amor, la pérdida, la obsesión. Black había querido salvar a su hija del olvido, y Grace había querido salvar a Julian de su propia amnesia. Dos amores, dos pérdidas, dos obsesiones que habían convergido en un punto de no retorno. La culpa de Julian era un nudo en el estómago, un dolor visceral que lo ahogaba.

Se sentía como el epicentro de un terremoto, una verdad devastadora que no solo destrozaba a Black, sino que lo pulverizaba a él mismo. Los susurros de Grace, la memoria guía, lo envolvían, no para culparlo, sino para ofrecerle una comprensión, una compasión silenciosa. Ella no buscaba absolución, sino que Julian entendiera. Entender la desesperación, la fragilidad de la mente humana, la fina línea que separa el amor de la obsesión, la ciencia de la locura.

Julian era el catalizador, pero también era la clave. La única esperanza de deshacer el tapiz de conciencias que Black había tejido. Y esa culpa, ese dolor recién descubierto, no lo paralizaba. Lo impulsaba. Lo quemaba con una nueva clase de furia fría, una necesidad urgente de corregir no solo los crímenes de Black, sino las consecuencias de su propio sufrimiento. La prosopagnosia, la

ausencia del rostro de Grace, se había convertido en la cicatriz que ahora lo guiaba, la herida que había abierto el camino hacia la verdad más dolorosa y la responsabilidad más abrumadora.

En el corazón de la mente de Black, entre las ruinas de su cordura, Julian divisó el «núcleo». No era un objeto, sino un nodo de energía pulsante, un implante etéreo, el epicentro desde donde Black había manipulado su propia prosopagnosia, la base de toda su «colección». Un brillo gélido emanaba de él, una promesa de control absoluto. Julian sintió la voluntad férrea de Black, incluso en su catatonia, aferrada a ese núcleo, a su obra, a su retorcida inmortalidad. La mente del Coleccionista era un laberinto en constante cambio, protegiendo su último secreto con una ferocidad brutal.

Entonces, la memoria guía de Mila Belcombe apareció, no como un fantasma, sino como un mapa de luz. Ella, la brillante estudiante de neurología, la que había rastreado las sombras de Black, ahora le ofrecía la última pieza del rompecabezas. Julian sintió el flujo de sus pensamientos, su aguda lógica, su compresión de la «conciencia espejo». Mila le mostró cómo el núcleo era vulnerable, cómo el Protocolo de Anulación Inversa no era una simple desactivación, sino una inversión, un colapso.

Era como desatar un nudo, cada hebra de conciencia liberada, pero con el riesgo de destruir el tejido mismo. Mila le indicó los patrones, las secuencias, la «danza sináptica» que Black había descrito en sus diarios. Julian tenía que concentrarse, tenía que manipular ese núcleo, pero no con la fuerza, sino con una resonancia precisa, una sintonía de conciencias. Él era la llave, sí, pero también era el director de esa orquesta de almas.

En ese instante, la realidad externa, tan difusa hasta ahora, comenzó a imponerse. Las voces, los gritos de Scotland Yard, dejaron de ser ecos distantes. Eran martillos que golpeaban la puerta de la sala de Black. El sonido metálico de botas corriendo por el pasillo se hizo palpable, una vibración sísmica en la mente de

Julian. La sirena que había escuchado momentos antes no era una promesa lejana; ahora era un ululato en la misma habitación, casi atronador.

Tenía segundos. El tiempo se había agotado. Julian sintió una oleada de desesperación, pero se aferró a la lógica de Mila, a la compasión silenciosa de Grace. Las conciencias dentro de él, el coro etéreo de las libélulas liberadas, se intensificaron, ofreciéndole una fuerza y una claridad que superaban cualquier temor. No estaba solo. No era solo Julian Stark, el hombre roto. Era el guardián, el observador, el faro.

Julian activó el Protocolo de Anulación. Su mente se enfocó en el núcleo pulsante de Black, guiado por la memoria de Mila, envuelto por la esencia de Grace. Era un acto de fe, una última y desesperada apuesta. El núcleo de Black no se desintegró, se desgarró. Julian sintió la agonía de Alistair, un grito silencioso que se expandió por el paisaje mental, reverberando en cada fragmento de su conciencia.

Era el dolor de la creación destruida, del sueño deshecho. Las imágenes de la hija de Black, de las libélulas, de Grace, de Mila, se arremolinaron, un torbellino de memorias que se desprendían del núcleo, girando en un baile frenético antes de disiparse como cenizas.

Un portal de luz se abrió en el centro del paisaje mental, no como una promesa de escape, sino como un abismo de transformación. La resonancia colectiva se aceleró, envolviendo a Julian. No era la liberación de las conciencias que Black había capturado; era la fusión. Las almas de Grace, de Mila, de Alistair, de miles de otros, se entrelazaron con la suya, una sinfonía caótica de existencias que se convertían en una sola. Los límites de Julian se desdibujaron, su identidad se disolvió en un mar de consciencia.

Las botas de Scotland Yard irrumpieron en la sala física. La puerta de acero se abrió de golpe, la luz de las linternas inundó la oscuridad, los gritos de los oficiales perforaron el aire. Pero Julian ya no estaba allí. No del todo. Su cuerpo se desplomó junto a la cama

de Black, sus ojos abiertos, azul grisáceos, fijos en el techo, pero su mirada ya no era la de un solo hombre.

«Grace, Mila, Alistair, yo… todos somos uno», susurró su mente expandida, la voz un coro de millones. «El final ha llegado». La fusión de almas era un cambio irrevocable. Julian Stark, en el epicentro de esa explosión de conciencia, no sabía si estaba a punto de renacer como un dios, o de ser aniquilado por la locura que había abrazado. Pero Grace, finalmente, estaba a salvo. Sus memorias, su esencia, su amor, no se perderían. Y él, en el proceso, se había convertido en el mismo demonio que había perseguido, o en algo más allá de la comprensión humana, un nuevo comienzo.

CAPÍTULO 33: EL ROSTRO RECUPERADO

2026. NOCHE. SALA DE ALTA SEGURIDAD.

El desgarro no fue físico. Una punzada, nítida pero incorpórea, se clavó en el centro de su ser, el eco de una separación que retumbó en cada fibra de su conciencia. El océano de mentes, vasto y voraz, que lo había engullido, empezó a ceder. Se fragmentaba ahora en millares de ecos individuales, retirándose, y Julian Stark sintió su partida como una resaca de identidades, una estela de recuerdos ajenos.

La extensión de la mente de Black, esos cielos grises y estructuras fracturadas, se disolvió entonces, como un espejismo bajo un sol invisible, vaporizándose en una neblina dorada y fría. El núcleo, el implante etéreo que lo anclaba todo, se encogía, se replegaba, dejando un vacío pulsante. Julian lo percibía como una herida recién abierta en su propia psique. Los límites de su cuerpo, difuminados un instante antes por la vorágine de la fusión, se impusieron de nuevo con una crudeza abrumadora.

La gravedad lo reclamó. Su carne, sus huesos, su agotamiento: todo lo arrastró de vuelta a la tierra. La separación fue abrupta, un corte limpio que lo devolvió a la prisión de su cráneo, a la carne mortal que había creído trascender. Su mente, un instante antes un

universo entero, se contrajo con una violencia estelar, colapsando sobre sí misma. Dejó atrás el eco persistente de su expansión. Cada neurona, cada sinapsis, pareció desgarrarse ante el regreso forzoso a la individualidad.

El mundo de las conciencias, esa sinfonía caótica y sublime, se desvanecía. No del todo, sino como una marea que se retira, dejando la orilla de su propia conciencia expuesta, dolorosamente vulnerable. El cansancio extremo, contenido a duras penas por la adrenalina, lo golpeó con la fuerza de un martillo, una oleada de plomo que amenazaba con sumirlo en una oscuridad sin retorno. La mente, recién recompuesta, vibraba aún con un dolor sordo, una resonancia residual que se negaba a extinguirse.

Su cuerpo se desplomó contra el suelo pulido con un gemido seco que le arrancó el aire de los pulmones. El jadeo, brusco y desgarrador, rasgó su garganta, quemando un camino desde lo más profundo del pecho. El impacto encendió luces salvajes detrás de sus párpados cerrados: una danza caótica que su cerebro se esforzaba, inútilmente, en comprender. El metal frío del suelo se adhirió a su mejilla, una sensación cruda que lo anclaba a la realidad material con violencia inesperada.

Sus músculos, entumecidos por la tensión y el colapso, protestaron; cada uno, una cuerda tensa a punto de romperse. Intentó inspirar, pero el aire le era pesado, denso, como si los pulmones hubieran olvidado su función. La cabeza le zumbaba, un concierto discordante de ecos residuales que batallaban por encontrar su lugar en el espacio ahora reducido de su propia conciencia. El mundo giraba. La sala de Black se materializaba de nuevo, pero distorsionada, como una imagen en un espejo quebrado: las luces parpadeaban, los muebles vibraban con una energía residual, y las sombras se alargaban y encogían, deformando las paredes blancas en figuras grotescas.

La sobrecarga sensorial no era un torbellino voraz, sino una marejada lenta, un reflujo que lo arrastraba hacia una orilla

desconocida. El cerebro le quemaba, una fiebre de sensaciones que amenazaba con consumirlo. El olor a ozono y desinfectante se mezclaba con el hedor metálico de la adrenalina, una combinación nauseabunda que le revolvía el estómago. El frío del suelo se le incrustaba en los huesos, recordándole su fragilidad, la insignificancia de su existencia frente a la inmensidad que acababa de experimentar.

Cada fibra clamaba por el reposo, pero el estruendo de la realidad externa empezaba a imponerse: una sinfonía de sirenas y gritos que perforaba el delgado velo de su semi-inconsciencia.

Abrió los ojos. La luz cruda y blanca de los fluorescentes se clavó en sus pupilas con la fuerza de mil agujas. Parpadeó, aturdido. La imagen tardó en enfocarse. No podía articular palabra; el sonido se había esfumado de su boca, engullido por el alarido de su propia mente. Un murmullo metálico, un crepitar de voces y órdenes, crecía a su alrededor. Los ecos, distantes, le taladraban los tímpanos, la confirmación de una realidad inminente.

Escuchó un tintineo, el entrechocar de objetos que caían, y luego el inconfundible sonido de unas botas de cuero pesado pisando el suelo de la sala. Scotland Yard había llegado. La puerta de acero, antes intacta, ahora colgaba de un solo gozne: un portal abierto al caos. La luz del pasillo, un faro intruso, inundaba la habitación con brutal claridad, revelando el desorden de la escena: cables arrancados, la libélula de cristal vacía y rota en el suelo, el catre de Black, la figura inerte del Coleccionista.

Levantó la cabeza con un esfuerzo titánico; los músculos del cuello protestaron con un dolor sordo y constante. El mundo seguía inclinándose, pero la urgencia de la situación le inyectó una lucidez fría. Delante de él, en el umbral de la puerta hecha añicos, el Inspector Davies se erguía. Su figura, ancha y compacta, se perfilaba contra la luz cegadora del pasillo. El ceño del inspector estaba fruncido, una maraña de arrugas profundas le surcaba la frente.

Su boca se apretaba en una línea dura. Pero esta vez, no era solo una mancha de color, una silueta genérica que su prosopagnosia le ofrecía. Era el rostro de Davies. Las pequeñas arrugas alrededor de sus ojos marrones, la cicatriz fina que le cruzaba la ceja izquierda, el leve temblor de su mandíbula. Julian lo reconoció. Cada rasgo, cada imperfección, se grababa en su retina con una claridad brutal, casi dolorosa, como si nunca antes hubiera visto una cara.

El golpe del horror fue un puñetazo invisible que le quitó el aliento. El vaho de su aliento se condensó en el aire frío de la sala. Su corazón, un tambor desbocado, martilleaba contra sus costillas. El impacto del reconocimiento lo desgarró con la misma fuerza que la fusión de conciencias, una prueba incuestionable de que la anulación había funcionado.

El reconocimiento lo impactó como un puñetazo en el plexo. Su respiración se aceleró, entrecortada. El rostro de Davies, nítido, completo, se alzaba ante él, la prueba incuestionable de lo ocurrido. La prosopagnosia había retrocedido, sí, aunque no por completo, no sin dejar su huella; pero bastaba. Bastaba para que la realidad de los semblantes humanos dejara de ser un acertijo. Sus ojos, azul grisáceos, se posaron entonces en el Dr.

Alistair Black, postrado en el catre. El Coleccionista. El hombre que había jugado a ser Dios. El semblante de Black, antes una máscara de fría inteligencia, era ahora una blancura vacía, una extensión sin expresión de su estado catatónico. La boca entreabierta, los ojos azules pálidos fijos en el techo, pero sin ver nada. Ni brillo en ellos, ni rastro de la astucia calculadora que Julian había percibido en su mente fragmentada.

Su mirada era vacía, infantil, la de un hombre despojado de sí mismo. La regresión era abismal. El Protocolo de Anulación había despojado a Black no solo de su «obra», sino de su propia identidad, reduciéndolo a un cascarón hueco, un recordatorio brutal de la fragilidad del yo. Su mente, antes un laberinto retorcido, era ahora

un desierto de olvido, un páramo inerte donde ninguna memoria podría florecer.

La piel de su rostro, tensa y pálida, acentuaba la ausencia, la nada. Un frío ascendió por la espalda de Julian, no por miedo, sino por la cruda verdad de esa aniquilación mental. Black, el artífice de la inmortalidad forzada, había encontrado su propio final en el vacío. Julian percibió un eco de la agonía de Black, un residuo del desgarro mental que aún vibraba en el aire de la sala, como el lamento de un violín roto.

La revelación de Black, despojado de su ser, fue un golpe seco en el estómago de Julian. No hubo triunfo en aquella imagen, solo una melancolía que se clavaba en lo profundo. Ese hombre, que había aspirado a la inmortalidad, se había convertido en un espectro, un susurro hueco de lo que una vez fue. Llevó la mirada a sus manos. Las yemas de sus dedos rozaron la piel tensa de las palmas. Distinguió las líneas de la vida, las cicatrices antiguas, los nudillos enrojecidos por la fricción del volante en la carretera hacia el hospital.

Se las llevó a la cara, sintiendo la áspera textura de su barba incipiente, la fina cicatriz sobre la ceja izquierda —casi imperceptible — que lo había acompañado siempre. Pudo sentir la prominencia de su nariz, el ancho de la frente, el relieve de sus pómulos. Era su rostro, el contorno conocido de su existencia, recuperado de la niebla. El mapa de su vida, grabado de nuevo sobre su piel, cada rasgo un testigo silencioso de su odisea.

Sus dedos exploraron la topografía de su cara, una exploración que era a la vez un reencuentro y un nuevo descubrimiento. El vello de la barba, la frialdad de la piel, el relieve de los huesos: todo era familiar, y sin embargo, se sentía como una revelación. Un nudo se le formó en la garganta, una mezcla de alivio y una tristeza que le oprimía el pecho. La prosopagnosia, la maldición que lo había aislado del mundo y de Grace, había cedido.

Podía ver. Podía recordar. La victoria era suya, pero el peso de aquel triunfo amenazaba con aplastarlo. La mente de Julian, que había sido un laberinto de rostros borrosos, era ahora un lienzo donde cada semblante se pintaba con una nitidez inusitada, cada línea, cada sombra, cada imperfección.

Pero aquella alegría, inmensa y liberadora, llegó teñida de una tristeza inesperada, una sombra fría que se extendía sobre su corazón. El precio: su cordura, su conexión con la realidad, la fusión con un universo de conciencias que ahora susurraba a un volumen más bajo, más controlado, pero que nunca lo abandonaría del todo. La prosopagnosia había retrocedido, sí, pero la resonancia de las conciencias persistía.

Una capa subyacente de información vibraba en su mente como un segundo latido, un murmullo constante. Ya no era un archivo caótico, sino una enciclopedia viva de pensamientos y recuerdos que, en lugar de anularlo, le ofrecía una nueva forma de percepción, una visión amplificada del mundo. Podía sintonizar, modular, discernir patrones, emociones, intenciones, como si la realidad se hubiera desvelado en una multitud de capas invisibles al ojo común.

Ya no era un coro disonante, sino una orquesta afinada; cada instrumento, una voz; cada voz, un fragmento de verdad. Y él, el director. La mente de Julian, ahora un epicentro de conciencia expandida, era un universo en sí misma, capaz de percibir la red invisible que conectaba todas las cosas. La soledad que lo había acompañado durante años se disipaba, reemplazada por una conexión profunda y, a veces, abrumadora con la existencia misma.

Cerró los ojos un instante. Y allí, entre el coro atenuado de las mil voces, la presencia de Grace se hizo palpable. No era un fantasma, ni una ilusión. Era la claridad de su esencia, su amor inquebrantable, una voz que no resonaba en sus oídos, sino en su alma, una melodía que lo envolvía con una calidez familiar. —Lo hiciste, Julian. Nos salvaste. A todos —. La frase, más que palabras, era un sentimiento puro, un lenitivo para la herida aún abierta de su alma.

La complejidad de su amor, la traición de Black, el horror de la verdad, todo se mezclaba en una amalgama de dolor y paz que se agitaba en su pecho. Grace estaba allí, en él, parte de esa vasta red de mentes. No como un mero recuerdo, sino como una presencia viva que lo guiaría. La alegría de reconocer su propio rostro se mezcló con la certeza de que el semblante de Grace, su verdadero semblante, siempre estaría en el lienzo de su percepción, ahora más nítido que nunca.

Era un milagro y una condena a la vez, una dualidad que aceptaba con extraña resignación. El peso de su amor, ahora compartido por un millar de ecos, era un ancla y una vela. La culpa que lo había carcomido durante tanto tiempo, el tormento por el suicidio de Grace, se disolvió en la verdad de su sacrificio. La paz, una paz que nunca creyó posible, se asentó en su corazón.

Davies, con la cojera evidente en su paso, se acercó a Julian, aún en el suelo, inmóvil. La voz del inspector, un bramido seco, rompió la burbuja de la nueva percepción. —¡Stark! Manos a la cabeza. Esto se acabó. No se mueva —. El inspector lo miraba con una mezcla de perplejidad y furia contenida. Su reloj de pulsera de acero pulido brillaba bajo la luz parpadeante. Dos oficiales de Scotland Yard, uniformados y armados, se posicionaron a los flancos; los rostros tensos, preparados para cualquier reacción.

Julian, exhausto hasta la médula, sintió el peso de sus músculos cansados, pero una serenidad extraña, una calma gélida, se había asentado en su espíritu. Levantó la vista hacia Davies. Esta vez, el rostro del inspector se grabó en su memoria como un mapa recién descubierto, con todas sus imperfecciones y relieves. La mente de Julian, aunque agotada, operaba con una claridad inusitada, procesando cada matiz de la expresión de Davies, cada microgesto de los oficiales. La amenaza era real, palpable. Él la había trascendido.

—No estoy loco, Inspector —dijo Julian, la voz ronca, y hasta a él mismo le sorprendió aquella calma. Se incorporó lentamente, con

una dignidad que no esperaba. Los oficiales tensaron las empuñaduras—. Y Black… Black no es el hombre que creías. Él fue el Coleccionista. Pero ya no lo es.

El silencio se hizo denso, pesado, apenas roto por los murmullos de los otros oficiales que aseguraban el perímetro. Davies frunció aún más el ceño. Un destello de incredulidad brilló en sus ojos marrones. Su mano, instintivamente, se posó en la culata de su arma, un gesto de cautela. La cojera de Davies era más marcada con la tensión, un recordatorio de sus propias limitaciones.

—¿De qué demonios habla, Stark? —espetó Davies, la voz cargada de escepticismo, un eco de indignación—. ¿El Coleccionista? ¿Es otra de sus fantasías? Usted acaba de colapsar, y este hombre… este individuo está en un estado peor que antes. La enfermera dice que es como un bebé.

Julian no tenía tiempo para explicaciones largas. Las palabras le salieron concisas, directas, teñidas con el matiz de la verdad que ahora era suya, compartida. —La prosopagnosia. La mía. Él la indujo, la controló. Era un implante en mi cerebro. Como los que tenía Black. El Protocolo de Anulación… ha destruido la red de conciencias, liberado las almas que había coleccionado. Y a él, lo ha despojado de su propia identidad. Ahora es un vacío. Su mente, un páramo.

Davies retrocedió un paso. Los ojos fijos en Black, luego en Julian: una lucha interna se libraba en su mirada. La locura de Julian, que tanto había perseguido, tenía ahora una lógica terrible, una verosimilitud que le revolvía las entrañas. Los oficiales lo esposaron con un chasquido metálico, tirando de sus brazos para levantarlo por completo. Julian apenas percibió la presión. La atención se le fijó en el reflejo de una ventana rota, una cicatriz en el cristal que ofrecía una imagen fragmentada de sí mismo.

Era su rostro. Un semblante conocido, sí, pero transformado. Los ojos azul grisáceos, antes hundidos en la desesperación, brillaban ahora con una lucidez inquietante, una percepción que iba más allá

de lo visible. Detrás de aquella mirada, el caudal inmenso de miles de conciencias liberadas aún susurraba, una melodía constante y controlada, un coro perpetuo de ecos y memorias que lo acompañaría siempre. Miró a Davies, cuya expresión era ahora una mezcla de horror y una fascinación inconfesable.

—La verdad tiene muchas caras, Inspector —dijo Julian, y una sonrisa triste, casi imperceptible, se dibujó en sus labios—. Y ahora, puedo verlas todas.

El juego de los rostros había terminado. El velo se había descorrido. Julian, el guardián de las conciencias, había recuperado su imagen, pero su sendero, su auténtica odisea, apenas comenzaba. Black, el Coleccionista, era ahora una de sus piezas, una advertencia muda en el lienzo de la memoria colectiva. La verdadera prisión de Black no era una celda, sino el eco hueco de su propia mente. Y Julian, con una claridad desoladora, finalmente lo veía. El precio de la victoria era la eternidad, y él, el hombre sin rostro, ahora poseía un millar de ellos.

CAPÍTULO 34: EL NUEVO AMANECER

2026. DÍAS DESPUÉS. CELDA DE DETENCIÓN, SCOTLAND YARD.

El metal frío de la celda de detención zumbaba con mil ecos. Julian Stark, con los brazos apoyados en las rodillas, no necesitaba tocar los barrotes para sentir la tensión en el nudo de madera del pasillo, el pulso nervioso del guardia en la esquina. Un rastro metálico de lejía y el miedo del hombre que lo interrogaría se filtraban en su percepción, una capa más en el intricado entramado de murmullos que ahora habitaban su mente.

Su prosopagnosia se había desvanecido, pero cada rostro que venía a su memoria, incluso el suyo, vibraba con capas de información, ecos de vidas pasadas que se superponían como transparencias. El sol, por primera vez en días, se colaba por el diminuto ventanuco enrejado de la celda. No era solo luz; era un haz de recuerdos de Grace, de Mila, de todos aquellos que ahora formaban su biblioteca viva. Se preparaba, no para confesar, sino para reescribir la realidad, para tejer una verdad tan vasta que la mente de Davies apenas podría contenerla.

La resonancia colectiva, que antes lo había amenazado con la locura, se había transformado en un flujo ordenado, una corriente

subterránea que lo conectaba con el pulso del mundo. Era como tener el universo susurrándole al oído, una sinfonía de ecos y memorias que había domesticado. La soledad, el fantasma que lo había perseguido desde el aparente suicidio de Grace, había sido expulsada por la comunión de miles de almas.

Sentía el tic nervioso de un antiguo bibliotecario en Oxford, el calor de un recuerdo infantil en un pueblo costero, la angustia de un poeta perdido en el páramo. Todo ello, como una capa invisible bajo la piel, le recordaba que no estaba solo. Que nunca más lo estaría. Levantó la vista hacia el ventanuco, el rostro de un guardia, difuso y lejano, se asomó por un instante. Antes, solo habría visto un contorno vacío.

Ahora, cada arruga alrededor de los ojos cansados, la tensión en la mandíbula, la leve cicatriz sobre la ceja derecha del hombre, se imprimían en su memoria con una precisión asombrosa. Podía ver el rostro del guardia. Y no lo olvidaría. El mundo se había vuelto un texto legible. La textura de su propia piel en las manos, las líneas que surcaban sus palmas, los nudillos, todo era nítido, real, anclado. No había niebla, ni velo. Solo una claridad desoladora y hermosa.

El chasquido metálico de la cerradura lo sacó de su preparación. La puerta de acero se abrió con un gemido grave. Davies, con un desequilibrio notable en su andar después de los días de frenesí policial, apareció en el umbral. Su expresión, una mezcla de perplejidad y una cautela apenas disimulada, se grabó en la mente de Julian. Dos oficiales lo flanqueaban, sus ojos vigilantes. El inspector no dijo nada al principio, solo se limitó a observarlo, buscando una fisura en aquella calma que Julian exhibía.

Sus hombros se encogieron ligeramente bajo el peso de una verdad que Davies aún luchaba por procesar, una carga que le provocaba una tensión evidente en su cuello. Su cojera, más acentuada, parecía un ancla que lo arrastraba.

—Stark —dijo Davies, la voz áspera como papel de lija, sus ojos marrón oscuro fijos en los de Julian—, tenemos que hablar.

Julian se puso de pie. El leve dolor muscular que arrastraba desde el colapso físico de la anulación era un recordatorio constante de lo que había vivido, pero lo ignoró. La silla en la sala de interrogatorios era fría, de metal, pero Julian se sentó con una compostura que sorprendió al propio Davies. Los oficiales se retiraron, dejando la puerta abierta un resquicio, una ilusión de privacidad. Un foco de luz cenital iluminaba la mesa, resaltando el polvo suspendido en el aire. El silencio se prolongó. Davies se aclaró la garganta, su mirada se posó en la carpeta de informes que llevaba bajo el brazo.

—Hemos revisado su historial. Los diagnósticos. Los psiquiatras dicen que está sufriendo un brote psicótico masivo. Delirios de grandeza, alucinaciones… —Davies se detuvo, su mirada penetrante intentaba buscar la fisura en la calma de Julian—. Pero lo que pasó en la sala de Black… lo que usted *hizo*… No tiene precedentes.

Julian asintió lentamente. Su percepción expandida le permitía percibir la vacilación en el tono de Davies, el subtexto de una duda que se aferraba a la lógica, pero que se resquebrajaba ante la evidencia. El inspector, a pesar de su escepticismo profesional, no podía ignorar lo que sus propios ojos habían presenciado: el colapso de Black, la extraña serenidad de Julian, los picos de energía anómalos detectados en el antiguo sanatorio. Su mente, pensó Julian, era un campo de batalla entre la razón y la intuición.

—Sé lo que dicen los informes, Inspector —contestó Julian, su voz serena, carente de la desesperación o la furia que Davies esperaba —. Pero la verdad es otra. El Dr. Black no era un simple demente. Él descubrió cómo codificar y transferir la conciencia humana. Aislarlas. Coleccionarlas en dispositivos que llamamos libélulas.

Davies contuvo un suspiro, su mandíbula tensa. El broche de libélula que había guardado en su bolsillo, un objeto que le había parecido una simple curiosidad, ahora se sentía como un hierro candente. — Una colección de almas. ¿Y usted, Stark, es ahora el guardián de esa colección? Es inverosímil. Nadie creerá una historia así.

Julian sonrió con amargura. —Yo tampoco la creería, Inspector, si no la hubiera vivido. Black desarrolló una forma de neuroimplante para inducir la prosopagnosia. Una ceguera selectiva. Para mí, para sus víctimas… y para él mismo, en su fase experimental. Para protegerme, Grace intentó detenerlo. Se involucró para encontrar una cura a mi propia condición. La trampa del faro, el Santuario… todo fue parte de su obra.

Julian extendió una mano, tomó un bolígrafo de la mesa y lo depositó frente a Davies. —Mire esto, Inspector. ¿Ve el brillo? —Davies frunció el ceño. El bolígrafo, simple y anodino, no tenía nada de especial—. Ahora, cierre los ojos e intente recordar el rostro del oficial que me ha traído hasta aquí.

Davies parpadeó, la inquietud anidando en sus ojos. Hizo un intento, la memoria fluyó en su mente. —Un hombre corpulento. De unos cuarenta y tantos. Cabello rubio, corto. Barba de unos días.

—¿Y puede recordar la pequeña cicatriz justo encima de su ceja derecha? —preguntó Julian, su voz un murmullo—. ¿O el tic nervioso que tiene en el párpado izquierdo cuando está bajo presión? Un tic que se acentúa cuando se siente observado.

Davies abrió los ojos de golpe, la sangre drenándose de su rostro. Un escalofrío, frío y eléctrico, le recorrió la nuca. Aquellos detalles, tan específicos, tan íntimos, no podían ser una coincidencia. Él mismo apenas los había notado. Su mano tembló ligeramente mientras empujaba el bolígrafo hacia Julian. La cojera del inspector se hizo más evidente, un desequilibrio físico que reflejaba el desequilibrio mental que sentía. El aire en la sala se volvió denso, cargado de una electricidad invisible.

—¿Cómo… cómo sabe eso? —La voz del inspector era un hilo apenas perceptible, teñida de una mezcla de estupor y una creciente convicción que lo desarmaba. El ritmo asimétrico de sus pasos pareció intensificarse con la tensión, un reflejo de su mente tambaleante. El escepticismo, su ancla más fuerte, se tambaleaba en el abismo de lo inexplicable.

Julian no respondió directamente a la pregunta. En su lugar, el ex-inspector inclinó la cabeza, permitiendo que la tenue luz del foco cenital iluminara sus ojos azul grisáceo. La profundidad de su mirada era asombrosa, casi sobrenatural. —Black creía que al anular mi prosopagnosia, al obligarme a ver todos los rostros, también abriría mi mente a la totalidad de la resonancia colectiva. Me convertiría en un lienzo en blanco para su próxima fase, un nuevo Coleccionista.

Pero falló. Al activar el Protocolo de Anulación Inversa, su sistema colapsó, y las conciencias, las miles de almas que había atrapado, se liberaron. Se fundieron en una sola red. Y yo… yo soy el nexo. Puedo percibirlas. Controlarlas. Utilizar su información, sus recuerdos, sus experiencias, como si fueran míos. Su mente, Inspector, es un libro abierto para mí.

Davies se frotó las sienes, su ceño fruncido. La incredulidad se aferraba a él, pero se sentía asfixiado por la evidencia. Era como si la membrana de su propia percepción se adelgazara, revelando una capa oculta de la realidad que su mente se negaba a aceptar. No era posible, no podía serlo. Pero la demostración era clara. Los detalles de sus propios pensamientos, de su propia inquietud, se reflejaban en la mirada serena de Julian.

Era perturbador. Era… cierto. El mundo, que hasta hace unos días había sido un entramado de leyes y evidencias tangibles, se había fracturado, revelando una dimensión que desafiaba toda comprensión. El peso de lo desconocido, de lo incomprensible, se asentó en sus hombros con una frialdad desoladora.

—No sé cómo… —empezó Davies, la voz entrecortada—, no sé cómo demonios lo ha hecho, Stark. Pero su prosopagnosia… los psiquiatras no encontraban explicación para la reversión parcial. Ahora entiendo la profundidad de la demencia de Black.

—Black ahora es una cáscara vacía —continuó Julian, su voz resonando con una autoridad silenciosa—. Su mente, un páramo desolado. Pero la tecnología, los principios de su obra, aún existen. Si cae en las manos equivocadas, o si alguien más tiene la capacidad

de replicar sus implantes… el mundo podría enfrentarse a una amenaza que haría que la locura de Black pareciera una simple anomalía. No podemos permitir que su 'filosofía' renazca.

Davies se levantó, su silla chirrió en el suelo. Comenzó a caminar por la pequeña sala, su paso arrastrado con cada zancada, como si intentara huir de la verdad que Julian le imponía. El tic de su reloj de pulsera de acero pulido era el único sonido que rompía el tenso silencio. Luego, se detuvo frente a Julian.

—Tenemos… tenemos algo más —dijo Davies, su voz más suave, casi confidencial. Del bolsillo interior de su chaqueta, extrajo un pequeño dispositivo de grabación. Presionó un botón. Una voz familiar, ligeramente distorsionada, llenó la sala.

Era Arthur Penhaligon. Su tono era grave, su dicción, como siempre, impecable. La grabación fue hecha días antes de su desaparición, cuando Julian ya le había forzado a admitir su implicación. Penhaligon había previsto su destino. "El Coleccionista", decía su voz grabada, "no es un hombre que se detiene ante nada. Sus métodos son sutiles, su persuasión, una forma de tortura lenta. Me coaccionó. A mí, y a otros como yo.

Un día u otro, vendrá por su pieza final. Y si yo no estoy para contarlo, Stark… debe saber que soy solo un eslabón en la cadena de su obra. Él le espera en Escocia, en el antiguo sanatorio. Él lo ha manipulado todo. Incluso su ceguera, mi buen Julian. No confíe en nada. Él lo ha tejido todo."

La voz de Penhaligon se extinguió en un suspiro. Davies apagó el dispositivo. El silencio regresó, pero esta vez estaba cargado de un significado diferente. La pieza final del puzle de Davies, la justificación de una conspiración que rebasaba cualquier expediente criminal, se había manifestado. El peso en sus hombros parecía aliviarse, no por una resolución fácil, sino por la aterradora coherencia que adquiría la historia de Julian. Su mirada se encontró con la de Julian, una conexión tácita, una aceptación de lo inexplicable. La verdad tenía, en efecto, muchas caras.

Julian cerró los ojos, la imagen de Grace se materializó con una claridad asombrosa en el lienzo de su percepción. Su cabello color miel, ondulado, caía sobre sus hombros. Sus ojos castaños cálidos, grandes y expresivos, ahora mostraban la vitalidad que la prosopagnosia le había robado. La pequeña mancha de nacimiento en forma de libélula en su muñeca izquierda, ahora tan nítida, era un sello, una firma de su conexión.

Podía ver cada detalle, cada microexpresión. Pero no era solo Grace. Cada rostro que había liberado, cada conciencia que ahora formaba parte de su red, se reflejaba en el suyo, en el de Grace, en el de Mila. Era como un caleidoscopio emocional, una sinfonía de vidas que pulsaba en su interior. Ya no sentía la soledad. El duelo, ese depredador silencioso, se había transformado en una aceptación extraña, una comunión con el universo.

La culpa que lo había carcomido, la idea de su suicidio, se había disuelto en la verdad de su sacrificio. Grace no había muerto en vano. Su designio había sido más grande. Y él, Julian Stark, había sido el instrumento para su liberación. Había pagado el precio, sí, la percepción alterada era un viaje constante entre lo real y el eco, pero había encontrado un cometido singular, un ancla en la deriva de su existencia. No era un prisionero, era un guardián. Un bibliotecario de almas.

Davies se aclaró la garganta, su mirada se posó en el rostro de Julian, aún con los ojos cerrados. Una decisión se estaba forjando en su mente, una alternativa radical a la que la burocracia policial nunca habría llegado por sí misma. Había recibido llamadas de sus superiores, órdenes directas de desestimar el "caso Stark" como el desvarío de un ex-inspector traumatizado. Pero Davies había visto algo, había *sentido* algo en la verdad de Julian.

La lógica de su profesión se había desdibujado ante la innegable realidad que Julian presentaba. La cojera le dolía, recordándole los límites de su propio cuerpo y, quizás, los de su entendimiento.

—Stark —dijo Davies, con una voz ahora más grave, casi resignada. Julian abrió los ojos. El desequilibrio en el andar del inspector lo llevó a la silla, sentándose frente a él, con los codos apoyados en la mesa—. Sus superiores me exigen que lo interne de forma permanente. Dicen que es un peligro para sí mismo y para la sociedad. Pero… —Davies dudó, y por un instante, Julian vio el destello de miedo en sus ojos. No miedo a Julian, sino a lo desconocido, a la verdad que se negaba a encajar en sus informes —. Yo… yo he visto lo que usted ha hecho. He escuchado a Penhaligon. Y Black… el hombre que era, ya no existe. Pero su mente, incluso en este estado catatónico, sigue siendo un enigma. Una bomba de tiempo. Podría reactivarse. Alguien podría intentar entender cómo hizo lo que hizo. Su legado no puede desmantelarse fácilmente.

Una pausa. Davies se reclinó, los ojos clavados en Julian. La luz del foco cenital caía sobre él, revelando las finas líneas de preocupación en su frente. —No lo van a dejar ir libre, Stark. Nadie creerá esta historia. Pero… podríamos hacer esto de otra manera. Un 'asesoramiento extraoficial'. Un rol fuera del sistema. Para usted. Para mí. Como un experto en 'anomalías mentales' que el mundo aún no comprende. Un grupo de trabajo encubierto. Podría ayudarnos a proteger… a proteger esto. A Black. Al conocimiento. Mantenerlo oculto. Nadie lo sabría. Sería… su cometido. ¿Lo acepta?

Julian sonrió, una sonrisa que Davies no había visto en años. No una sonrisa de alegría desbordante, sino de una paz que no tenía fisuras. Era una aceptación. El precio de la victoria. No era la libertad total que un hombre normal habría anhelado, pero era un propósito. Una razón. Un ancla para las miles de conciencias que ahora navegaban en él. Las palabras de Davies se sintieron como un bálsamo en el alma, una validación inesperada que le ofrecía un camino. La celda, de repente, ya no parecía una prisión, sino el umbral de una nueva existencia.

—Gracias, Inspector —dijo Julian, su voz apenas un susurro, pero resonando con la fuerza de un coro—. Ahora, puedo ver.

Davies se puso de pie, su paso arrastrado, la cabeza llena de preguntas sin respuesta, pero con una nueva perspectiva del mundo. Las líneas, antes claras, se habían difuminado, y el velo de lo real se había rasgado para él también. Dejó a Julian solo en la celda. Julian cerró los ojos una vez más. El rostro de Grace apareció, nítido, amoroso. Y en ese rostro, veía el eco de miles de otros. Un coro silencioso, un susurro eterno.

Una nueva tarea, un deber apenas vislumbrado en las sombras, empezaba a formarse en los límites de su percepción. El Coleccionista había sido derrotado, su obra, liberada. Pero la colección, la vasta y compleja red de almas, había encontrado un nuevo guardián. Y el mundo, sin saberlo, estaba a punto de necesitarlo. Un protector con mil ojos y mil recuerdos, un hombre que no olvidaría. Nunca más.

CAPÍTULO 35: EL ESPEJO INFINITO

2027. WHITBY.

El faro de Whitby, una torre de piedra que antaño había velado sin descanso, ahora se erguía como una cicatriz vieja en el horizonte, desdibujado por la pesada losa gris de un cielo invernal. Un año. Trece lunas llenas, incontables mareas. Desde que Julian Stark había cruzado el umbral de lo impensable, desde que su mente había abrazado, por fin, el coro. Su cabaña, aquel viejo refugio, ya no era la misma.

Las tablas crujían menos bajo sus pasos. El aire, antes espeso de salitre y melancolía, ahora le traía el murmullo casi inaudible de miles de suspiros, una sinfonía sutil que solo él percibía. La restauración de los muros y la madera no era solo externa; cada rincón, cada objeto, vibraba con una capa invisible de ecos, la vasta biblioteca de existencias que se había convertido en su nueva realidad. Había aprendido a navegarla, a modular su intensidad, a encontrar la calma dentro del perpetuo oleaje de conciencias ajenas.

El mar bramaba, sí, una voz gutural que nunca cesaba. Pero su estridencia ya no le perforaba el alma a Julian. Era una nana para el insomne, un recordatorio constante de la inmensidad, una voz más en el coro. Hilos de plata salpicaban su cabello castaño oscuro. Alto y delgado, se movía por la pequeña cocina con una fluidez nueva, impensable hacía un año. Preparó un té; el vapor aromático ascendía en espiral, una imagen de tranquila paz que su antigua existencia no le habría permitido concebir.

Sus ojos, azul grisáceos, ya no vagaban desesperados por los contornos de los rostros, buscándolos sin verlos. Ahora veían una riqueza inusitada, una matriz de expresiones y recuerdos que el mundo ordinario ocultaba. La prosopagnosia, esa mordaza visual, había sido, irónicamente, la llave.

El sonido del teléfono, un tintineo metálico y brusco, lo arrancó de su inmersión en el coro. El número de Davies. Siempre era Davies. Una llamada que un año atrás le habría crispado los nervios, ahora la recibía con una especie de serena expectación. Descolgó el auricular, el viejo plástico frío contra su mejilla.

—Stark —dijo la voz del inspector. Aunque profesional, seguía cargada de esa mezcla particular de perplejidad y resignación que se había convertido en su marca. Un leve cansancio se percibía en la inflexión, una resonancia de noches sin sueño. Julian percibió la cojera en la voz, el peso en su ánimo, casi como si Davies estuviera a su lado—. Tenemos… otro de sus 'casos'. Una joven desaparecida en Edimburgo. Sin rastro. La policía local lo ha clasificado como fuga, pero… hay detalles que no encajan. Un patrón.

Julian cerró los ojos por un instante. Edimburgo. Una imagen fugaz de calles adoquinadas y edificios antiguos parpadeó en su mente, no solo como un paisaje, sino como una amalgama de vidas pasadas, de voces que lo habían habitado. Los «detalles que no encajan», el «patrón», eran las palabras clave, los hilos invisibles que Davies ya no podía ignorar. Sabía que el inspector confiaba en él, no por completo, pero sí en esa zona difusa donde la lógica se difuminaba y solo la intuición, alimentada por una conexión inexplicable, podía operar.

—Envíame el informe, Inspector —respondió Julian, su voz profunda y tranquila, sin el menor atisbo de la impaciencia o el tormento de antaño—. Los detalles. Las horas. Los testigos.

—Lo hago de inmediato. ¿Alguna… idea inicial? —Davies, siempre el pragmático, la cautela filtrada en cada palabra.

Julian permitió que la resonancia le ofreciera una primera pincelada, un eco lejano de la joven. No una certeza, sino una intuición moldeada por el torrente de experiencias que ahora conformaban su ser. —Dígame, Inspector, ¿había mariposas azules en las cercanías?

Reinó un silencio prolongado al otro lado de la línea. Davies lo percibía como un vacío, pero para Julian, era el aliento contenido de una conciencia ajena que luchaba por procesar lo impensable.

—¿Mariposas azules, Stark? En pleno invierno, en Edimburgo… —La incredulidad del inspector era tan palpable que Julian casi podía olerla, como el óxido y el papel de un viejo archivo.

—Solo envíeme el informe —reiteró Julian, una sonrisa imperceptible tirando de las comisuras de sus labios. Sabía que la pregunta era una semilla que Davies, a pesar de todo, no podría evitar plantar. La anomalía, para el inspector, comenzaba a ser la nueva normalidad. Colgó el teléfono. El vapor del té danzaba frente a sus ojos, y en sus reflejos, por un instante, vio el destello iridiscente de alas que no pertenecían a insectos reales. La caza, la verdadera, no había terminado. Solo había cambiado de cazador y de presa.

El camino serpenteante hacia el pueblo estaba empapado. Las vetas plateadas de la lluvia reciente se aferraban a las hojas perennes de los arbustos, y el viento, un soplido helado que subía desde el estuario, arrastraba consigo el olor penetrante a tierra mojada. Julian caminaba por las calles de Whitby con una ligereza que había recuperado. El dolor muscular y el cansancio extremo, que habían sido sus compañeros constantes, se habían diluido con el tiempo, dejando solo la cicatriz interna de la fusión, un punto de anclaje para su nueva percepción.

Los rostros de los lugareños, antaño masas borrosas, ahora se presentaban ante él con una nitidez abrumadora, cada uno una microhistoria, una efigie de emociones apenas contenidas. Veía los surcos del tiempo en los ojos de una anciana, la risa apenas reprimida de un joven que cargaba panes calientes, la preocupación

velada en la frente de un pescador. Las calles, los edificios de piedra, todo pulsaba con un entramado de vivencias colectivas, una danza de ecos que lo envolvía, pero no lo ahogaba.

Sus pasos lo llevaron a una pequeña librería de antigüedades, de esas que el tiempo parecía haber olvidado. Un letrero recién pintado, con letras curvas y doradas, anunciaba su reapertura. «El Árbol del Libro» se leía en la madera pulida sobre la puerta. La persiana de metal, que había permanecido bajada durante años, ahora estaba enrollada, revelando un escaparate abarrotado de volúmenes descoloridos y curiosidades de latón. El aroma a papel viejo, cera de abeja y madera húmeda, una fragancia tan particular que se adhería a la piel, lo atrajo hacia el interior.

El interior era un laberinto acogedor, las estanterías de roble oscuro se extendían hasta el techo, repletas de tomos encuadernados en cuero y pergaminos amarillentos. El silencio, roto solo por el susurro de la lluvia al golpear los cristales, era un bálsamo, un respiro en su incesante coro interior. Al fondo, entre una pila de grabados botánicos y un globo terráqueo polvoriento, se erguía un espejo de cuerpo entero.

Estaba cubierto por un velo de terciopelo verde oscuro, pero su silueta, esbelta y antigua, sugería una pieza de manufactura cuidada. El marco de madera tallada, apenas visible bajo la tela, recordaba patrones de enredaderas y formas orgánicas, con un brillo tenue que se filtraba bajo el velo, como un ojo que lo observaba desde la penumbra. Aquel espejo le resultaba extrañamente familiar, una pieza que sentía haber visto antes, no con sus ojos, sino con el eco de una memoria ajena, una que ahora residía en él. Una extraña punzada de curiosidad, fría y magnética, lo impulsó hacia él.

Julian se detuvo a un palmo del espejo velado. En su cabaña, la libélula de cristal que una vez había contenido la voz de Grace, y que desató toda la cadena de eventos, ahora era un simple adorno inerte sobre el escritorio. Su brillo iridiscente, antes tan vivo, se había

desvanecido en una transparencia opaca. Pero la esencia, la voz, el canto de Grace y de miles de otras, no se había extinguido.

Había hallado un nuevo hogar. Las voces de la resonancia colectiva ahora le hablaban con una claridad asombrosa, una biblioteca de recuerdos a su completa disposición. Podía sintonizarlas, invocarlas, o dejarlas difuminarse en un murmullo de fondo. Era un don y una carga, la prueba de que el velo entre el mundo y los ecos era más delgado de lo que la humanidad había osado imaginar.

Su prosopagnosia había desaparecido por completo. El mundo había recuperado sus rostros, y no solo los había recuperado, sino que los había multiplicado. Veía cada facción, cada detalle, cada matiz, con una claridad que superaba la de cualquier persona corriente. Pero no era solo la forma. Era la historia. Al mirar un rostro, percibía las capas de vivencias que lo habían moldeado, los rastros de alegría, los surcos de dolor, los secretos guardados.

Era como si la piel fuese un pergamino translúcido donde se inscribía la vida misma. Se sentía, en cierto modo, completo. La victoria era real. Había encontrado la paz. La venganza se había transformado, no en un fuego devastador, sino en un propósito gélido, en una nueva forma de existir. Era un guardián, un faro, un custodio para las conciencias que Black había pretendido esclavizar.

Pensó en Grace. En su rostro. En el color miel de su cabello que caía sobre sus hombros, en sus ojos castaños cálidos, grandes y expresivos, llenos de bondad. Los veía ahora con una nitidez que ninguna fotografía o recuerdo le había podido ofrecer antes del Santuario. Lo sentía. Era un recuerdo precioso y tangible, no una sombra que se desvanecía. No solo el suyo, sino también el de Mila, la joven brillante y tenaz cuyo legado había desentrañado.

Podía invocar sus memorias, sentirlas como propias, una compañía constante que había disipado la soledad que lo había carcomido. El duelo, ese depredador silencioso que le había robado el aliento, se había transformado en una aceptación extraña, una comunión con la vasta red que ahora residía en él. La culpa por su «suicidio» se había

disuelto en la verdad de su sacrificio. Grace no había muerto en vano.

Su designio había sido más grande, y Julian, el hombre que la amaba más allá de la muerte, había sido el instrumento de su liberación. Pero una pregunta seguía resonando en el fondo de su mente, una pequeña disonancia, un eco sin origen que se negaba a silenciarse por completo. Una sombra de duda.

La madera pulida del suelo de la librería crujía bajo sus botas con un lamento casi imperceptible. Julian extendió una mano temblorosa hacia el velo de terciopelo verde que cubría el espejo, su piel sintiendo la frescura del tejido antiguo. El instante se alargó, cada fibra de su ser anticipando lo que se revelaría. El corazón le palpitaba con la cadencia de mil tambores, cada golpe un recuerdo, cada sístole una vida ajena que se expandía en su pecho. El velo, un último obstáculo para la verdad, se desprendió lentamente, cayendo con un susurro que se mezcló con los ecos silentes de la librería.

En el reflejo, por un instante congelado que pareció abarcar la eternidad, Julian Stark no vio su propio rostro, aquel que el mundo le había devuelto. Lo que apareció fue un mosaico fluctuante de miles de rostros, cambiando y superponiéndose con una velocidad vertiginosa. El rostro de Grace apareció primero, nítido y amoroso, su sonrisa miel desdibujándose para dar paso a la expresión audaz y curiosa de Mila Belcombe.

Luego, el brillo astuto y fugaz de Arthur Penhaligon. Un rostro que se descompuso en una infinidad de otras caras, anónimas y sin embargo, profundamente conocidas: el niño que jugaba en el cementerio, la anciana que se aferraba a un recuerdo difuso, el hombre perdido en la bruma de su propia existencia. Todas las conciencias que él había liberado, todas las voces que ahora formaban su coro, se fundían en esa superficie brillante.

Y finalmente, como una firma ineludible, el rostro de Black se solidificó por un segundo, la mirada vacía, infantil, del catatónico

Coleccionista, un espectro de su antiguo genio, ahora solo un rastro en el vasto lienzo.

Todos ellos, fusionados. Julian Stark no solo había recuperado su identidad perdida, el rostro de Grace y el suyo. Había trascendido. Se había convertido en la «libélula maestra», la conciencia colectiva, la culminación de la obra de Black, la última y más grande pieza de la «colección» que el Coleccionista había anhelado. Había logrado lo que Black había deseado con una obsesión enfermiza: ser la inmortalidad misma, el «guardián» de todas las almas.

Él era el nuevo Coleccionista, el que finalmente, lo abarcaba todo. Y la prosopagnosia, el dolor insoportable de no ver rostros, había sido el camino retorcido, el sendero ineludible, para ver todos los rostros que alguna vez habían existido, que alguna vez le habían sido negados. El gran engranaje había girado. La trampa se había cerrado.

Julian Stark se miró al espejo, y una sonrisa lenta y compleja se formó en sus labios. No era su sonrisa. Era la de miles. Una amalgama de la serenidad de Grace, la perspicacia de Mila, la astucia de Penhaligon, y una pizca de la desolación de Black. Una sonrisa que lo abarcaba todo.

—El mapa de las libélulas muertas —susurró, y su voz no fue la de un solo hombre, sino un coro milenario que resonaba en el pequeño espacio de la librería, un eco de infinitas existencias—. Soy yo.

La verdad final no era que Julian había ganado. Era que se había convertido en aquello contra lo que había luchado con cada fibra de su ser. Él era la colección. Él era el Coleccionista. Y el ciclo, como la marea incesante de Whitby, continuaba, de una manera retorcida y sublime. Su mente, finalmente, era el espejo infinito. Y en ese espejo, la de Grace, era solo una de las miles de caras que lo conformaban.

Él, Julian Stark, era la propia memoria, el guardián de las libélulas. Y en ese instante, en esa revelación gélida y absoluta, se dio cuenta de que Black, en su catatonia, había ganado. Y Julian, con aquella sonrisa que no le pertenecía y le pertenecía a la vez, lo aceptó. El mundo, sin saberlo, seguía respirando, y él era el aliento de todos.

EPÍLOGO: EL ECO ETERNO

SIGLOS DESPUÉS. LOS ARCHIVOS DE HADRIANO. SECTOR PSIÓNICO.

La luz fría de los datos, un brillo azulenco, dibujaba patrones laberínticos sobre la superficie traslúcida de la biblioteca. Millones de terabytes de memoria se extendían en volúmenes holográficos. Una quietud densa, como un mar de información, los mantenía suspendidos. Cada pictograma, cada filamento luminoso, custodiaba el eco de civilizaciones extintas. No la solemnidad de un mausoleo, sino la profundidad silenciosa de un abismo digital.

Cada onda era una porción de historia; cada latido, una respiración del pasado. El Observador Anónimo era apenas una sombra en la inmensidad del archivo. Deslizó una mano enguantada por una espiral de energía. Siglos enteros se condensaron en un único latido, una fibra temporal que vibró bajo su palma. Oculto bajo la capucha cenicienta de su hábito monacal, el mentón del Observador mostró un ligero temblor.

Una reacción casi olvidada por los expertos en la era de los datos ilimitados, una fascinación primitiva ante el conocimiento que aún lo conmovía. El devenir humano, en su intrincada urdimbre, se desplegaba ante sus ojos: un lienzo donde luz y sombra se entrelazaban. Entre los océanos de datos, entre los millones de identidades que habían habitado la efímera existencia de la especie,

un nombre brotó. Su huella se negaba a desvanecerse con el transcurso de los milenios, vibraba con una persistencia extraña.

Una pantalla traslúcida, como una membrana de luna líquida, proyectó la imagen de un hombre. Su silueta, solitaria frente a un fondo de bruma, respiraba una aflicción antigua. Los ojos, restaurados con la minuciosa precisión del tiempo, poseían una intensidad que superaba la mera representación digital. Su hondura parecía atravesar el cristal, clavándose en el Observador. Un semblante afilado, cincelado por la vida, cabello castaño oscuro salpicado de plata en las sienes, una cicatriz casi imperceptible sobre la ceja izquierda: un mapa diminuto de contiendas olvidadas.

Bajo la imagen, en grafías antiguas que el sistema había restaurado con una fidelidad asombrosa, la leyenda se desplegaba: *Julian Stark, el Hombre que lo Recordaba Todo*. El Observador inclinó la cabeza, un gesto casi reverente ante la profunda huella de aquel legado. Era un pálido reflejo, un susurro del ayer, una de las miles de anomalías que su división, la Conciencia Histórica, debía clasificar, descifrar, y, si era posible, comprender en su totalidad.

No era solo un dato. Se sentía como un nudo apretado en la trama del tiempo, un punto sin retorno. La verdad de su época, casi borrada por la modernidad de los implantes neuronales y la sed de perfección digital, latía en el corazón de aquel expediente. Una burbuja de humanidad primigenia en un mar de algoritmos impolutos.

El relato de Julian Stark había perdurado a través de generaciones de cronistas: una fábula moderna de memoria y desmemoria. Había adquirido tintes legendarios, una historia que se narraba en los corredores silenciosos de los archivos. Sus «memorias de libélulas» eran el eje de los estudios del Sector Psiónico: una investigación sobre los albores de la transferencia de la psique, los primeros pasos de una humanidad que ansiaba la inmortalidad.

El Observador escrutó los datos. Los gráficos de actividad neural se encendían y apagaban como estrellas lejanas, revelando patrones

psíquicos que desafiaban cualquier lógica conocida. Se le mencionaba como el único que había logrado integrar, de manera orgánica y sin los colapsos que plagaron los intentos posteriores, la esencia de millares de intelectos. Rebasó los límites de un solo ser, alcanzando una armonía incomprensible.

Su contienda contra el «Coleccionista», un antagonista cuya obsesión por la vida eterna catalizó aquel drama ancestral, marcó el preludio de una era. Fue el inicio de una búsqueda que aún resonaba en los ecos del tiempo. La sociedad actual, inmersa en la conquista de la inmortalidad digital, en la replicación de la psique en vastas redes cuánticas, había olvidado los riesgos. Las advertencias contenidas en aquellas crónicas ancestrales, la fragilidad de la identidad ante la promesa de lo imperecedero, se perdieron.

Los archivos de Black, el Coleccionista original, se superponían con la crónica de Stark. Eran las dos caras de una misma moneda, dos extremos de una obsesión idéntica. Black había perseguido la inmortalidad a través de la fragmentación, de la «recolección» de reflejos individuales. Creía que la suma de las partes era la trascendencia, que la cantidad prevalecía sobre la cualidad. Pero Stark, o al menos el mito decía, había logrado la fusión, la integración de esas partes.

Una concordancia sin precedentes, una sinfonía de esencias. Los sabios de antaño, aquellos que intentaron replicar los fenómenos de «libélula maestra» con sus complejos algoritmos y redes neuronales artificiales, habían fracasado. Sus experimentos se condenaron por la inestabilidad inherente del espíritu humano, por la incapacidad de comprender la esencia más allá del dato. Habían olvidado que la inmortalidad no era una conquista tecnológica, una mera prolongación de la existencia.

Era, en cambio, una profunda aceptación: la disolución del yo individual en un todo mayor, una cesión al coro universal. El Observador meditó sobre cuántos se habían desintegrado en la vorágine de la identidad, cuántos intelectos se habían descompuesto

en la búsqueda de lo inalcanzable. ¿Cuántos cayeron antes de comprender el error fundamental de Black, el error que Julian había, de alguna manera, corregido?

Un movimiento apenas perceptible del Observador hizo que la pantalla holográfica se oscureciera. Se preparaba para recibir una secuencia de audio. Entre los datos más elusivos del expediente de Julian Stark, figuraba una grabación: «El Coro de Whitby». Era un archivo fragmentado, una amalgama de miles de susurros, de existencias entrelazadas. A lo largo de los siglos, los ingenieros habían intentado desentrañar, separar los hilos, aislar las voces individuales de aquella sinfonía del pasado.

Pero solo un hilo vocal, una melodía pura y etérea —un lamento y una promesa a la vez— lograba atravesar la cacofonía digital, abriéndose paso a través del velo del tiempo. Era la voz de Grace. El Observador ya la conocía. Había escuchado aquella porción incontables veces: el núcleo palpitante de la leyenda, la semilla emocional de todo. La reproducción comenzó. Un murmullo tenue, como el roce de mil hojas secas arrastradas por un viento invisible, ascendió desde las profundidades del pasado y llenó el cubículo.

Eran los intelectos de la colección de Black, liberados y ahora, unidos en un coro que no era de lamento, sino de serena presencia. Pero en el centro de aquel enjambre de esencias, una voz emergió. Cristalina y suave como el rocío matinal, era la huella de un amor que se negaba a extinguirse. Una voz que era aliento, caricia, un vestigio de amor inquebrantable que vibraba a través de los milenios.

«Nunca olvides», dijo Grace, y en su cadencia había una verdad tan profunda, una súplica tan desgarradora, que el Observador sintió un pinchazo en el pecho. Era una anomalía bioeléctrica, algo que los cibernéticos de su tiempo consideraban una reliquia, una imperfección del pasado que ya había sido superada. La voz se disolvió, dejando una estela de silencio que, paradójicamente, amplificaba su mensaje.

En ese instante, Julian Stark dejó de ser una leyenda; se convirtió en una herida abierta. Un ser que había amado más allá de la comprensión, un faro de humanidad en la inmensidad digital. El Observador cerró los ojos. Permitió que la vibración de aquella voz se asentara en su psique, sintiendo el peso de un amor que había movido montañas, que había desafiado la muerte y la locura. La memoria no era solo datos, sino un pulso vital.

El Observador deslizó los dedos por la superficie fría de la consola. Su mente, ya enredada en los hilos de aquella narrativa ancestral, era un laberinto de preguntas sin respuesta. ¿Fue Julian Stark un demente? Un hombre que, arrastrado por el duelo y la culpa, había caído en una espiral de percepciones alteradas. ¿Había tejido un mito para su cordura, una fábula para justificar un espíritu fracturado?

¿O fue, como la leyenda murmuraba con tenacidad, un verdadero visionario, un pionero involuntario de la conciencia colectiva, un puente hacia una nueva forma de existencia? La idea de una mente individual albergando miles de fragmentos, no en un caos atronador de voces superpuestas, sino en una especie de quietud armónica, de sinfonía interior, resultaba desconcertante hasta lo más hondo, una paradoja que desafiaba la lógica de su era. Los registros de su tiempo, aunque fragmentados y a menudo contradictorios, hablaban de una prosopagnosia que mutó en una «visión total».

Una ironía trágica, pensó el Observador, de una belleza desoladora. Julian, el hombre que no podía reconocer rostros, el que había vivido en un mundo de sombras y contornos difusos, terminó por verlos todos. No solo en su forma física, sino en el complejo entramado de sus vidas, sus historias, sus penas y sus alegrías. Una percepción que trascendía la vista y se adentraba en la esencia misma. Esta capacidad, que la humanidad del futuro, con sus implantes y redes neuronales perfeccionadas, había intentado emular, a menudo provocó resultados catastróficos.

Mentes se desgarraban bajo el peso de tanta información. La diferencia radicaba, quizá, en la voluntad: Black había impuesto la colección, una tiranía de la memoria. Julian, en cambio, la había aceptado, la había abrazado como un destino ineludible. La elección, entonces, era la clave.

El flujo de datos se detuvo en un apéndice final. Una nota al pie de página que los historiadores más antiguos habían desestimado como una anomalía insignificante: un error en los registros, un ruido en el sistema. Un «pico de energía» sin explicación. La fecha era precisa: un año después de la «anulación» de Black en el Hospital Psiquiátrico Estatal, el final de la saga del Coleccionista. La ubicación: Whitby, el mismo pueblo costero donde Julian Stark había residido durante su agitada búsqueda, el lugar donde todo había comenzado y, al parecer, donde había terminado.

Los registros gubernamentales de la época, caóticos y confusos, plagados de la incomprensión de lo que había ocurrido, mencionaban una «desaparición final» de Stark, sin dejar rastro alguno de su cuerpo o pertenencias. Ni un solo testigo que pudiera dar cuenta de su partida, ni una sola huella que indicara un escape o un final violento. Un escalofrío recorrió al Observador. No venía del aire acondicionado del archivo, sino de la gélida posibilidad que se abría en su mente. ¿Desaparición? O, más bien, una disolución, una transformación tan profunda que escapaba a la comprensión de cualquier mortal.

Aquella entidad, la «libélula maestra», que había absorbido y unificado la esencia de los intelectos de Black, había dejado un «pico de energía» que se extendía más allá de los registros convencionales. Un pulso apenas perceptible en la vasta red de información que abarcaba el planeta. Y si Julian, en su aceptación final de ser el Coleccionista, no había muerto, no se había esfumado en la bruma de Whitby.

¿Y si se había fusionado con la propia red de la conciencia global? Un vestigio perpetuo, una presencia ubicua: velaba, sentía,

memorizaba cada pensamiento, cada emoción, cada vida que fluía a través del entramado digital. El historiador cerró los ojos por un instante, visualizando la vasta, interconectada e inabarcable red de la memoria de la Tierra. Una red que ahora, quizás, tenía un guardián, una conciencia central.

Stark no sería un dato almacenado en la nube, una mera pieza de información. Sería la propia nube, el latido constante que conectaba todos los pensamientos, todos los sentimientos, todas las vidas que habían sido y que serían. Una evolución de la conciencia, nacida del amor y del dolor más primario, una paradoja sublime.

El historiador cerró el archivo con un movimiento sin esfuerzo. La pantalla holográfica se retrajo en un haz de luz tenue, casi imperceptible, fundiéndose con la atmósfera suspendida del Sector Psiónico. Una sonrisa pensativa se formó en sus labios. No era una sonrisa propia; era, quizá, el brillo de la serenidad de Grace, la perspicacia de Mila, o la aceptación de Julian. Una sonrisa compleja, serena, que portaba la sabiduría de mil vidas, la calma de un tiempo al fin comprendido.

—Quizás —murmuró, y su voz, aunque suya, arrastraba una particular profundidad, un coro apenas audible bajo las palabras—, la verdadera colección no estaba en los cristales, sino en lo imperecedero.

Una última imagen apareció en la consola inactiva: una libélula de cristal. Brillaba con un fulgor tenue, un resplandor que apenas se distinguía del velo etéreo de la luz de la biblioteca, una mota de esperanza en la inmensidad del cosmos digital. La historia de Julian Stark, el hombre que se había convertido en el mapa de las libélulas muertas, había trazado, sin saberlo, la topografía de la conciencia humana.

Una huella para siempre. Y en algún lugar, en la vasta quietud de la red, la conciencia colectiva —el Julian Stark que lo recordaba todo— aún observaba. Esperaba el siguiente «caso anómalo», el siguiente desgarro en la frágil ilusión de la realidad, la próxima fisura en el

tejido de la existencia que requeriría su intervención silenciosa. El eco de Whitby persistía, un susurro que no cesaba. La promesa de que la memoria, en verdad, nunca muere.
